

Tibor Fischer

EL COLECCIONISTA DE COLECCIONISTAS



Lectulandia

Rosa, una joven londinense, tasadora de obras de arte en una casa de subastas, sueña con encontrar al hombre ideal. Un día, le encargan que certifique la autenticidad de un cuenco de cerámica que desea comprar Marius, un hombre de negocios poderoso y excéntrico coleccionista. El cuenco —tan antiguo como la humanidad— posee los cinco sentidos y está dotado de una hilarante capacidad para narrar, entre otras historias, las peripecias que alteran por completo el apartamento de Rosa: la aparición de Nikki, ladrona impenitente y auténtica máquina sexual, a la que protege Balumba, una mujer hercúlea que ha regresado de la muerte para devolverla al buen camino; el desconcierto amoroso de la glotona Lechuga; varios asesinatos frustrados y un sinfín de aventuras que el cuenco ha vivido a través de los siglos y que no tiene reparos en contar en cuanto Rosa le impone las manos.

En *El coleccionista de coleccionistas* Tibor Fischer convierte la convencional historia de «chico encuentra a chica» en un brillante y cómico divertimento.

Lectulandia

Tibor Fischer

El coleccionista de coleccionistas

ePub r1.0

AlNoah 20.12.13

Título original: *The Collector Collector*

Tibor Fischer, 1997

Traducción: Manuel Talens

Retoque de portada: AlNoah

Editor digital: AlNoah

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Eszter

Le entregaron a Jacob todos los dioses extraños que tenían en sus manos y todos los pendientes que llevaban en las orejas, y Jacob los enterró bajo una encina...

GÉNESIS, 35, 4

Los he tenido a montones.

Próximo propietario: un viejo, obeso, de voz rotuuuuuunda. Con sólo ciento un pelos en la cabeza con los que mantener ocupado a su peluquero. Papada. Piel fofa, que le cuelga por las mejillas a causa de la mucha edad. Un gordinflón atocinado, casi más ancho que alto. Un lugal. Ocupa el puesto diez mil cuatrocientos sesenta y doooooos en la escala de lugales.

—El señor Smedley se pondrá en contacto con usted —le dice.

Propietaria actual: una encargada de subastas, de esas que son capaces de venderle el mundo al mundo. Camiseta de algodón rojo de la India, bajo un traje sastre arrugado de lana azul. Medias de diez denarios y labios color carmín. Es una experta en su trabajo y tiene un hijo; sobre la piel aún firme de sus muslos han gimoteado como perritos hombres corpulentos, pero sigue estando sola.

—Yo creía que recurrían a usted únicamente para llevar a los tribunales a los miembros de su propia familia —le responde ella.

Los lugales no suelen tener sentido del humor, ya que el poder raramente lo necesita. No les interesa ser graciosos o populares, pero este lugal trata de aparentar que sí lo es. Quizás eso le permita imaginarse que es su encanto y su ingenio lo que le hace atractivo ante los demás y no esa riqueza avasalladora capaz de corromper al más honrado. Hay lugales que son así.

—No, no. No sólo por ello —sonríe, mostrando el 23 por ciento de sus dientes—: Cerraremos el trato únicamente si todas las verificaciones demuestran que es auténtico.

¿Dice auténtico? Los auténticos no están a mi altura. Soy más que auténtico. Soy el original, tan auténtico que los auténticos parecen copias... y, por supuesto, lo son.

—Estoy segura de que es auténtico —dice ella.

—¿Y va usted a encargarle a Rosa que lo estudie?

—Me voy ahora directamente a casa de Rosa.

—Me parece bien. Tengo una gran confianza en ella. Una gran confianza.

Calle: asfaltada. Se llama King. Distrito comercial. Londres, Inglaterra. La última vez que estuve cerca del Támesis fue hace 2016 años. No es que diga que lo he echado de menos, aunque podría mostrarle a más de uno el sitio exacto donde hallar restos extraordinarios de tumbas. Sus alrededores me interesan poco. Todo lo que vale la pena ha sucedido siempre en las riberas de un río o en su cauce. Cualquier observador que dispusiera de la paciencia necesaria podría ver que los ríos fluctúan y ondulan como relámpagos lentos y romos, y que sus aguas, al igual que un borracho patoso, han ido orinando y aflojando la tierra por todas partes en este planeta.

—Va a llover —dice el lugal, bastante preocupado.

Hay una nube tenue y pequeña a la vista. Con la información de que dispongo, apuesto a que el riesgo de que llueva durante la próxima hora es de uno contra 5000.

—Es que si me llueve encima, sangro —añade con un tono que busca despertar compasión.

Ella asiente de manera un poco extraña. El interpreta su gesto tal vez como de simpatía, porque eso es lo que busca, así que lo que obtiene es un poco de extraña simpatía. Yo, por otra parte, lo interpreto como el mordisco que la encargada de subastas se da dentro de la boca para no reírse, pues este hombre, además de ser un lugal, es un payaso más grande que una casa repleta de payasos, tan ridíííííicula como un mono de circo; me veo obligado a corregir su clasificación en la escala de lugales: desde su inicial posición en el diez mil, lo degrado hasta justo un poco por encima del mil, aunque soy consciente de que si permanezco con él mucho tiempo tendré que situarlo entre el hazmerreír de los cien primeros. De todos los coleccionistas que me han coleccionado, éste es el más absurdo.

La encargada de subastas levanta los ojos al cielo como si estuviera sopesando la crueldad que éste alberga, aunque es más probable que lo haga para permitir que sus dientes sigan aferrados al interior de sus mejillas. Este hombre es un lugal hasta los mismísimos tuétanos. Tiene mucho dinero, ella no. Ella sabe además que aunque él pueda sentirse obligado a aguantar que otros se rían un poco a su costa, una chufra demasiado evidente podría deteriorar sus relaciones comerciales. Ella necesita el dinero. De otro modo no estaría ocupándose de venderle a un cretino algo que está fuera de subasta. Piensa en su hijo. La mueca de sus labios muestra el inequívoco fruncimiento de alguien que se siente en poder de la cultura, pero que tiene pocas posibilidades de ser rica algún día. Unos tanto y otros tan poco: eso es lo que piensa.

A pesar de toda la experiencia médica que poseo —más extensa que la de los tres mejores hospitales universitarios que se me puedan mencionar—, nunca he sabido de ninguna enfermedad en la que las gotas de lluvia se truequen en gotas de sangre. Y además, los lugales se caracterizan por rebotar como balones, sea cual sea el golpe. Se los puede tirar desde una gran altura, se los puede arrojar a un volcán, se los puede aplastar con una ballena: cualquier esfuerzo por eliminarlos resulta inútil. No se cansan nunca de engordar y de alimentar sus egos. Jamás un lugal ha sucumbido bajo cuatro gotas de lluvia.

Señala con el dedo hacia un coche que espera en la calle. Es el vehículo perfecto para cualquier lugal, una limusina con cristales ahumados que le impiden mancharse con las miradas de los peatones.

—No me gusta ir en coche. Los coches son como misiles que se acechan entre sí por las carreteras, monstruos de metal dispuestos a hacerse daño unos a otros, fabricados para matar tanto o más que las armas. Un invento terrible.

Está empezando a sentir terror: tiene que echar a andar hacia el coche y exponerse por lo tanto durante una distancia de dos metros y medio al riesgo de la lluvia; el aleteo de su oreja traiciona el pensamiento de que una vez que suba al coche estará

expuesto a un accidente en cadena. Lo terrible de quienes son absurdamente ricos es que llegan a ser absurdos porque ninguno de ellos tiene la previsión de comprarse a alguien que actúe como alarma antiestupidez y que les vaya avisando en los momentos apropiados: «Estás siendo demasiaaaaaado estúpido». Porque ése es el peligro de la riqueza desmesurada, que libera a la gente de la seriedad. Podrían contratar a los pobres para dicha faena y cambiarlos de vez en cuando, como a las pilas, porque el sentido común se les iría disipando en los restaurantes caros y en las tiendas de lujo.

—Es usted tan afortunada de no tener dinero, tan afortunada —le dice, con el acento extranjero de su dicción incrementándose desde el 18 por ciento hasta un máximo de 29—... Cuando se tiene dinero la gente lo persigue a uno todo el tiempo. Todo el tiempo. ¿Sabe usted?, tengo siete equipos de contables que trabajan para mí. El segundo controla al primero, el tercero controla al segundo, el cuarto controla al tercero y así sucesivamente. El primero también controla al séptimo. E incluso cuando no me roban, tampoco puedo decir que no lo estén haciendo, con las tarifas que me cobran. Y si hablamos de mi familia... la cosa ya no tiene fin. ¡Ah!, este cuenco es lo que más deseaba en el mundo.

—Si es así, ¿por qué no se alegra?

—Porque tengo miedo de que sea un truco para sacarme dinero. Alguien puede haberse enterado de que anhele este cuenco para mi colección.

—Pues déme una parte de su dinero, Marius.

—Eso es algo que no le deseo a usted. ¿Qué haría con él? Los bancos quiebran, las compañías fracasan. Incluso los bancos más potentes en las economías más potentes se van al garete. Las civilizaciones caen como moscas. No existe seguridad alguna. Hay que estar alerta a todas horas. No se puede usted imaginar lo desagradable que es esto de ser rico. Salude a Rosa de mi parte.

Sería posible coger sus palabras y molerlas hasta el tamaño de un quark sin encontrar en ellas la menor huella de ironía. Acabo de situarlo en el número ciento quince de la escala de lugales. Sale por fin vacilante a la calle, con los andares cargados y ridículos a causa de los lingotes de oro que lleva bajo la camisa. El oro, reluciente y huidizo de la luz, tan deseado por ricos y pobres, compañero de juegos de los eruditos, tan codicioso de sí mismo. Me pregunto por qué no emplea a alguien para que le lleve el extintor de incendios que ha agarrado con su mano izquierda.

La empleada de subastas y yo nos subimos en un coche raquítico y nos dirigimos al distrito sur de Londres, cruzando el río. «¿Por qué?», se pregunta ella. «¿Por qué?».

Repite dieciséis veces esta pregunta durante nuestro trayecto, unas amargamente y otras con tono divertido. Son dos palabras incombustibles. En el billón de vocalizaciones que tengo catalogadas, «por qué» es la que aparece con más

frecuencia. Se trata de una expresión que suele repetirse desde tiempos inmemoriales. Manzanas prohibidas por aquí, remordimientos por allá... Si se tiene suficiente paciencia, cualquier sonido o palabra puede llegar a significarlo todo.

Pero yo no puedo ayudarle a encontrar la respuesta a su pregunta.

Rosa

Todas las cosas. Las he sido. Las he visto. En serio.

¿Crees tú, lector, que lo has pasado verdaderamente mal? Déjame pensar... ¿Acaso estás hasta la coronilla del trabajo que te da de comer?

Pues a mí siempre me han *usado*: utilizado, engañado, desengañado, menospreciado, abandonado, violentado, estudiado y analizado. He pasado por todo tipo de usos, pero también de abusos; he sido escudilla para afeitarse, vinagrera, urna cineraria, adorno de tumba, cáliz, jarra, trampa de ratones, cántaro, ánfora de betún, bacinica, palangana, verdugo, tope de puerta, parasol, escupidera, cubo del carbón, nido del loro, pieza de museo, deidad, cenicero... Cuando uno es tranquilo, tiene flema y no arma ruido, es increíble la cantidad de cosas que la gente puede echarle encima. Usos infames los he tenido a montones... y conozco más de cinco mil lenguas (incluso si nos ponemos exigentes sobre lo que es y lo que no es una lengua).

Rosa me coloca sobre una mesita, cruza los brazos y me mira con severidad.

—Habla —me ordena.

Resulta idiota, incluso delirante, decirle eso a un cuenco, aunque se trate de un cuenco como yo, de paredes delgadas y decorado con un escorpión de alfarería de Samarra que ya estaba de moda en Mesopotamia seis mil quinientos años antes de que Rosa naciera. Al fin y al cabo, la cerámica no se distingue por su naturaleza parlanchina, así que no veo por qué razón aborda de esta manera a un cuenco..., aunque sea a mí, que soy un cuenco capaz de pensar. Pero Rosa es cualquier cosa menos una desquiciada.

Inevitablemente, han hablado conmigo más de lo que pueda imaginarse. El hecho de ser inanimado no lo dispensa a uno de que le den la lata. Las personas prefieren a las personas, aceptan animales de compañía, pero cuando todo eso falla se desahogan con los cachivaches de cerámica. Y, por supuesto, si estuviera dotado de instrumentos fónicos podría hablar. Y podría seguir hablando hasta que esta mujer, su apartamento y su ciudad no fueran más que polvo.

No estoy seguro de lo que está pasando aquí. Últimamente pertenezco a coleccionistas de postín. Forrados de dinero. Lugales. Gente deformada por su riqueza excesiva y que me tratan con veneración. Durante mucho tiempo he soportado las incomodidades de ser un utensilio, pero ahora ya estoy haaaaarto de ignominias, de que algunos estúpidos me empleen como refugio para las tortugas de

agua dulce o los lagartos.

La veneración es mi fuente de supervivencia, y se consigue dando detalles de mi linaje, ya que antigüedad y ostentación equivalen a respetabilidad en lo tocante a la cerámica. ¿Antiguo? ¿Cuánto? Muuuuuy antiguo. Antiguo incluso antes de que se inventara lo antiguo.

¿Me convierte eso en un engreído? Sí, me gusta que mis coleccionistas sean demoleдорamente ricos y obedientes. Es cierto, los millonarios son ridículos y los que son repugnantemente ricos son a menudo repugnantes, pero quienes sólo tienen cantidades moderadas de dinero o no tienen ninguno no se distinguen precisamente por su obediencia ciega.

Rosa, en cambio, es cordial, respetuosa, relajada.

Por la forma en que me examina deduzco que es algo experta; mis últimos dueños han sido individuos mal preparados, originarios de un medio que no tiene fama de honradez ni de rectitud ni de ninguna de las cualidades que hacen que un comprador se sienta bien a causa de una transacción..., sobre todo cuando se trata de una cerámica como yo, que valgo una fortuna.

Están de moda los sabios con bata blanca y ceño fruncido, los que introducen una cierta solemnidad en su oficio para darse más importancia. Les gustan los instrumentos: calibradores, perforadoras y probetas. Sus investigaciones no logran engañarme: cuando no se sabe lo que se está buscando no se encuentra.

Parece ser que el apartamento de Rosa es el lugar donde trabaja. Rosa no se mezcla con los mirones que suelo encontrar. Hay unos pocos libros, pero no en cantidades que sugieran una gran competencia universitaria, y, mientras me evalúa, lleva encima un mínimo de ropa interior color negro, lo cual, por sí solo, sería considerado poco serio por la mayor parte de las profesiones e imposible en la mayoría de los ambientes de trabajo.

Se rasca la zona más estrecha de la espalda con la uña de su pulgar izquierdo y luego, enderezándose, me pone las manos en ambos lados. Pero se trata de una sensación completamente distinta de la que tuve cuando me cogió hace un rato. No me esperaba esto.

Rosa es vivaz.

Nunca antes había experimentado un cosquilleo así; es algo más que un cosquilleo.

Imagínate, lector, que has vivido solo durante largo tiempo y de pronto oyes que la puerta se abre cuando no debe, que escuchas pasos en tu dormitorio, donde sabes que no deberían oírse. Una luz se enciende sin la ayuda de nadie, tus ropas se desprenden solas, una brisa te atraviesa. Por primera vez sé lo que es estar desnudo.

Ha penetrado en mi interior, puede oírme. Rosa ha contactado conmigo.

Me ha engañado. Aunque se trata sólo de la vez número cuatrocientos doce. Rosa

no es una hojeadora de catálogos, ni una exploradora de formas, ni una persona con lupa en la mano. Es alguien que toca en silencio. Una adivina que hace cosquillas a las ánforas. Una intrusa.

Como todo el mundo, he oído hablar de los adivinos, pero si he de ser franco, nunca me creí nada de lo que atañe a dicho oficio. Antes de Rosa he tenido relaciones con tres de esas personas que poseen cualidades ostensibles para ver lo oculto: un ex fabricante de cuerda en el valle del Indo, un lacayo en Siam y un explorador de colores.

En cuanto a mis tratos con quienes supuestamente tienen capacidad para ver lo oculto —pero que resultaron ser únicamente embaucadores—, alcanzan los ciento veinte mil cuatrocientos cuarenta y dos. El más joven fue un chamán de ochenta años al que le cortaron la cabeza después de que su tribu perdiera todo lo que poseía en una riada que barrió su campamento..., un campamento levantado en el lugar señalado por él. El más viejo fue un echador de suertes de noventa y dos años en Bizancio, quien durante setenta y cinco había estado pronosticando ganadores en las carreras de cuadrigas y no acertó ni una sola vez. No obstante, la perfección de sus errores quedó establecida tras veinte años de ser favorecido sin parar por los apostantes, ya que su opción, si bien no conducía a ganar, podía al menos ser utilizada para eliminar un elemento de los cálculos.

Con respecto a los verdaderos adivinos, el antiguo fabricante de cuerdas estuvo muy solicitado durante las celebraciones más vulgares, esas en las que la modestia y el decoro se disipan por completo, pues al utilizar su instrumento de interiorización, que era la lengua, se hociaba con las bailarinas y escudriñaba misterios tales como el lugar donde habían nacido, la ocupación de sus padres, sus recuerdos más tempranos, sus colores favoritos, sus más caras ambiciones, los nombres de sus amigos íntimos, sus joyas más apreciadas; hacía luego los augurios exclusivamente con la brida de su entepierna y ello le proporcionaba un aplauso desenfrenado. Incluso si respeto su temible habilidad, he de decir que utilizando instrumentos tales como la conversación civilizada o las baratijas de siempre se hubiera podido obtener la misma información.

En cuanto al lacayo, era capaz de predecir sin equivocarse cuándo llovería. Esto le hizo ganar fama entre muchos vendedores ambulantes y cazadores, pero no llegó nunca a ser invitado a ninguna buena orgía (o al menos yo no llegué a enterarme). Fue una lástima que no pudiera progresar desde la posición de anunciador de lluvia a la más lucrativa de provocador de lluvia (de los cuales he contabilizado veintidós de buena fe, diecinueve dudosos y cuatrocientos noventa y ocho impostores).

La mejor provocadora de lluvia

Llegó a una aldea cercana a Colonia, donde no había llovido durante casi un año.

Siete octavos de la gente se moría de hambre: la segunda incógnita de su extinción — el cómo— ya había sido calculada.

—Haré que llueva —propuso—. Pero sólo si los hombres que escoja me hacen el amor durante tres días.

Hubo una mezcla de escepticismo y de lascivia entre los más lujuriosos de la aldea, hasta que ella ofreció una muestra gratuita de diez minutos, haciendo que lloviese dentro de un círculo de cinco kilómetros. Algunas de las mujeres no estaban contentas con dicho arreglo, pero los hombres cumplieron con su deber. Luego, después de alisarse el sayo, hizo que lloviera: primero unas cuantas gotas de nada, después un chaparrón persistente y más tarde una tormenta tan vigorosa que incluso a los hombres no fornicados les hubiera sido imposible resistir el diluvio. La tierra se humedeció, las barricas se llenaron, se empantanaron los estanques, los ríos empezaron a fluir. La lluvia cesó exactamente setenta y dos horas, veinte minutos y doce segundos después de haber empezado, quizá para dejar constancia de los esfuerzos adicionales que había hecho el batanero para asegurarse de que se lograba la marca de tres días.

—Es estupendo, pero no hemos tenido lluvia durante casi un año, y quién sabe cuándo volverá a llover. ¿Y si hacemos otro trueque?

Llegaron a un acuerdo similar. Algunas de las mujeres tuvieron que ayudar, pues los hombres estaban tan descoloridos y extenuados por la sequía y por la fornicación que no valían para nada. Llovió sin parar durante setenta y seis horas, quizá para dejar constancia de una propina por haber repetido.

La provocadora de lluvias estaba a punto de partir hacia un territorio más reseco cuando la detuvieron y le confesaron:

—Estamos muy contentos y te agradecemos la lluvia, pero nos parece innegable que estás confabulada con el diablo, así que vamos a quemarte viva, aunque no nos guste.

La ataron a una estaca, pero tuvieron dificultades para prender la leña, ya que llovía a cántaros.

—¿Por qué en vez de quemarla no le damos un golpe en la cabeza?

Llovió durante seis días, con tanta fuerza que la gente no veía a más de tres palmos. Paró de llover cuando la provocadora de lluvia se ahogó junto con los pobladores más lentos, más débiles y menos queridos de la aldea. En el lugar se formó un lago cuyas aguas se decía que eran nocivas y que lo siguieron siendo durante muchos años, hasta que por fin me sacaron a la superficie. Fue la quinta permanencia subacuática menos feliz que he soportado... ¡Qué aburrimiento!

La cosquilleadora de ánforas

Rosa me ha cogido por sorpresa, se ha adentrado en mi mente. Nunca había pensado en protegerme, pero ella progresa con la suficiente lentitud como para que me dé tiempo a escudarme en una de mis identidades anteriores...

Lo hago: veo una fértil extensión en un soleado día sumerio —día de ejecución pública— en el que soy una humilde escudilla de cocina, dispuesta a servir, un continente para los alimentos de la familia que contiene la cena; flotan en el aire efluvios de aromas y de colores locales y se oye el bullicio de los freidores de pescado. Hay un lugar a lo lejos.

Lo hago: circularidad del tiempo.

Lo hago: ahora soy una escudilla.

Viajando hacia el pasado con un regocijo poco habitual, me he convertido en este fragmento de antigüedad, porque siempre gusté de disfrazarme y también porque si ella lograra acceder a todo lo que albergo en mi interior, el cerebro podría estallar en mil pedazos.

A los noventa y un tipos de sobresaltos que tengo clasificados debo ahora añadir una nueva variedad: la de un cuenco pensante pillado *in fraganti* por primera vez en millones de años en un apartamento de dos dormitorios de un barrio modesto del sur de Londres.

—Eres de lo más original —proclama Rosa dejándome estar, visiblemente satisfecha con la arcaica escudilla sumeria del periodo Ur en la que me he convertido.

Está radiante tras su paseo por las interioridades de una escudilla. Haberse inmiscuido en mi ser ha representado un gran esfuerzo para ella, lo cual me satisface, pues no me gustaría que se acostumbrara a sentir mis sentimientos. Sólo es capaz de aguantar la respiración durante unos pocos minutos en profundidades antiguas.

Me observa, pero lo que ve no le dice nada; es su tacto lo que temo, sus manos, cuyos dedos me soban. Juguetea con la turmalina de los pendientes que lleva puestos; tienen un engarce helicoidal y representan una historia bastante común, conocida bajo nombres distintos: la del espadachín solitario que guarda la entrada. Ella no lo sabe, pero lo percibe.

Del iris de los ojos existen diez mil novecientos cuarenta y nueve matices principales. El de Rosa pertenece casi todo al gris que yo denomino gris mújol. Probablemente está tasándome (trabaja para las subastas, de manera que necesita saber cuánto dinero puede obtenerse por un cuenco de mis características).

Yo hago lo mismo con ella: Rosa, veintiséis años. Sus medidas se ajustan a la moda actual, un metro sesenta y cuatro de altura y cincuenta y dos kilos de peso. Su pelo, de los cincuenta y dos tonos del castaño que existen, es el que yo llamo genovés. En subasta pública no alcanzaría un precio muy alto, porque los hombres, para soltar la bolsa, necesitan una belleza inapelable o la posibilidad de un placer casi fatal. Las cualidades de calor y de humor que tiene Rosa no llamarían la atención de

los compradores, aunque sin duda esas criaturas casi simiescas apreciarían el regalo de sus abrazos en el frío y en la oscuridad.

Se aleja de mí para imaginar escenas del pasado en lo más remoto de su mente y al hacerlo invita a la oscuridad en la habitación donde me encuentro, que es un cubo desnudo y sin muebles, una celda para el interrogatorio de las cerámicas.

Se ha deslizado por el vano de la puerta de su dormitorio dentro de una columna de luz que tengo frente a mí, y allí se quita la ropa. Existen doscientos veinte estilos de pechos y doscientos ochenta y cuatro de nalgas. Yo clasifico. Yo sé. Cumpló con mi obligación. Su ombligo, ese hombrecito calvo medio enterrado, es del tipo sesenta y siete de los dos mil doscientos treinta y cuatro que existen.

Hasta la fecha tengo catalogados veintiséis recogedores de estiércol, diecinueve desconocidos, quince pastores, catorce guerreros, diez sirvientas, nueve costureras, siete panaderos, seis rameras, cinco cocineras, cinco miembros de la nobleza o de las clases lugales, tres discóbolos, tres cantores, tres escribas, dos balseros, dos flautistas, dos fabricantes de lazos, dos monarcas, dos esclavos, dos científicos del vino, un farero, uno que acompaña a casa a juerguistas borrachos, un tendero, un coleccionista de alambradas, un reparador de dólmenes, un cazador de aves, un fabricante de alheña, un mártir, un mateotécnico, un navarca, un nada, un orictólogo, un criador de pavos reales, un reprobador de vicios, un rascador de espaldas, un constructor de zambucas, un vendedor de cintas y un vivandero que han poseído un ombligo así. Es uno de mis ombligos favoritos. Mi visión se ofusca tras una descarga de oscuridad.

La negrura se extiende por todas partes; los sonidos domésticos más leves, inaudibles durante el día, alcanzan ahora su momento de audibilidad. Lo inanimado, con la ayuda de la noche, pasa al otro bando. Los roperos gruñen y dicen ¡basta!, las sillas titubean, los suelos se agitan y yo me dedico a tomar notas.

Pasan dos horas y cincuenta y tres minutos. El timbre lanza entonces un obús despertador de sonido irregular que hace vibrar hasta las jarras.

Rosa, encorvada bajo el peso del sueño, se encamina lentamente hacia el telefonillo interior.

—¿Quién es? —hace acopio de todas sus fuerzas para decir las dos palabras.

—Soy Nikki. Siento llegar tarde.

—Se equivoca de apartamento —responde Rosa.

—¿Eres Rosa? ¿No habló Cornelia contigo?

Se oyen pasos elásticos en el rellano y la recién llegada es admitida dentro. Veo un poco de ella: es menuda, ágil, lleva con garbo su mochila. No tiene más de treinta años, mes más, mes menos. A la espera de encontrar la nariz ciento sesenta y siete, compruebo que la de Nikki cuadra dentro de los ciento sesenta y seis modelos que tengo identificados. Es la número ochenta y ocho, o begonia. Se trata de la nariz que utilicé para retratar a Lais cuando adopté la forma de un jarrón con figura negra del

estilo de lo que todo el mundo suele hoy llamar la escuela Gorgona (mi escuela, naturalmente).

Nikki lleva a sus espaldas el peso del camino. Le explica de qué manera ha venido directamente desde España haciendo autostop. Aún exhala un toque de calor extranjero. Presiento que Rosa, a pesar de lo fastidiada y somnolienta que está, aprecia esas pizcas de aventura.

Nikki se excusa, dice que no puede entender cómo Cornelia, a la que conoció en Viena, no previno a Rosa de su llegada. Se excusa con profusión, una embarazosa profusión, pero por una de las cosas que no se excusa es por estar mintiendo. Existen noventa y una maneras de decir la verdad y ésta no es la noventa y dos, sino la cincuenta y nueve de las doscientas diez maneras de mentir, técnica que yo denomino fresa salvaje.

Ansiosa por regresar a su cama, con halos sumerios de Ur aún flotando a su alrededor, desprovista de mi autoridad en mentiras y sencillamente poco inquieta, Rosa muestra a Nikki la habitación libre y le entrega unas sábanas.

—¿Cuánto tiempo puedo quedarme? —pregunta Nikki, a sabiendas de que la pregunta será desoída a estas alturas de la noche y obteniendo así una tregua.

Estamos en presencia de una pájara cuya úúúúúnica verdad hasta el momento ha sido su nombre.

Nikki en casa de Rosa

La luz enciende la ciudad. Rosa se levanta y se arregla, sin preocuparse por amortiguar los sonidos de su arreglo, pero Nikki no sale de su cuarto, sin duda tranquilizada por la convicción de que la ausencia de conversación significa ausencia de conversación sobre cuándo tiene que irse.

Rosa sale de casa, pero antes especifica en una nota todo lo necesario para el desayuno. Tras dejar pasar cinco minutos (en caso de que Rosa pueda volver a por algo que olvidó o pretenda-que-vuelve-a-por-algo-que-olvidó), Nikki ataca la cocina y engulle con el apetito especial que la gente reserva para la comida de otra gente. No se trata de un desayuno con vulgar vajilla producida en serie, sino de un atiborramiento. Se abre camino a través de cruasanes y rodajas de fiambre y se atasca con un bote de remolacha en salmuera, cuya tapa no es capaz de abrir. Luego empieza a registrar el apartamento, buscando en los escondrijos donde uno espera que se hallen las cosas más personales y susceptibles de producir sonrojo; suena el timbre cuando le está echando un vistazo decepcionante a un diario.

Como si viviese aquí, Nikki coge el telefonillo interior, escucha la voz, mira un instante por el ventanal que le permite ver al que llama, musita «en cuatro minutos» y después deja entrar a una mujer negra de treinta y dos años, vestida con la corrección

de una vendedora, que lleva siete ejemplares de una revista y que quiere hablar sobre la salvación de las almas, ligeramente sorprendida por haber sido invitada a pasar, ya que los martes nublados normalmente suele encontrar que el auditorio es poco receptivo a una perorata sobre los designios del universo.

La negra no es una experta en subjetividad mental, así que se adentra en su memorizada evangelización dejando caer las frases como si fueran el chirrido de una armadura que encaja mal; Nikki no la interrumpe, pero esboza una leve sonrisa.

Cuatro minutos y doce segundos después de que haya entrado en el apartamento, la ropa de la testigo de Jehová empieza a volar por los aires. A los seis minutos y nueve segundos su ropa cubre únicamente la moqueta. Deduzco que la testigo no protesta mucho a causa de la sorpresa y de la velocidad de la hazaña. Con vehemencia están ocurriendo... cosas que ella nunca había imaginado y de las que probablemente nunca había oído hablar; y no cabe duda de que la invitación al placer y el propio placer son dos productos que se rechazan de forma distinta. Quizá la Biblia debería adjuntar ilustraciones que dejaran claro lo que está y lo que no está incluido.

En este año, en esta topografía, la testigo no es tan hermosa como para que los *paparazzi* la vayan persiguiendo por la calle. De las seiscientos cuarenta formas de seducción, la falta de atractivo acapara veinte.

Nikki: delgada como un alambre. Ha sido bailarina, o gimnasta, o nadadora consumada, o ha tenido una activa juventud al aire libre. Es ligera y tiene mordiente. Su oficina es su cuerpo. Come trocitos de fruta y roe cereales, salvo si la comida la pagan otros. Es de las que evitan plagas, soportan asedios, escapan de la jungla, salen a rastras de ruinas ardientes y castañetean más tiempo que nadie en aguas heladas.

Nikki le da la vuelta a la testigo de Jehová como si fuera una blusa que necesitara un planchado difícil; me recuerda una escena que interpreté una vez y que hizo que me adquiriese un coleccionista en Luxemburgo; fue tan portentosa que decidí guardarme en una caja de caudales, terror de cualquier obra de arte (qué confuso e irritado se puso cuando me deformé y cambié mi diseño en la oscuridad, convirtiéndome en la más vulgar cerámica Wedgwood que alguien pueda imaginar).

Con la misma celeridad con que ha hecho uso de la aturdida evangelista, Nikki la empaqueta de nuevo y la poooooone en la calle. El revolcón ha durado cincuenta y nueve minutos. Menuda experiencia tiene, ni que perteneciese al personal de la revista *Vanity*.

Un largo baño y largas llamadas telefónicas a lugares distantes dan cuenta de la mayor parte de la tarde. Nikki pone en la lavadora dos tandas de ropa, la de su mochila y la que lleva encima, tan mugrienta que se tiene sola en pie. Cuenta el dinero que guarda en una bolsa. Me salen siete libras, 33 peniques y una moneda de cien pesetas.

La lavadora se estropea durante la segunda colada. Por un momento Nikki se preocupa ante el espectáculo de la máquina difunta.

Pero, al regresar, Rosa se toma a la ligera la noticia de ese problema doméstico.

Taza de té número uno

Rosa asiste al parloteo de Nikki como si fuese la encargada de vigilar el inmueble. Las excusas caen en cascada.

—Lo lamento tanto. Todo... me sale mal —dice Nikki—. Todo lo que hago... Yo..., yo..., yo...

Sus palabras se transforman en leves gemidos. Hunde el rostro en el regazo. Conoce el valor de las lágrimas al golpear la dura superficie de un suelo de cocina. He visto a mujeres llorar así, mansamente, más de un billón de veces. Decidí parar de contarlas el 4 de mayo de 1216. Hay cosas que nunca cambian: el esmero con que se prepara una copa a quien se anhela como novio, las lágrimas femeninas. Nikki es lo bastante lista como para ser más inventiva; Rosa es lo bastante inteligente como para darse cuenta de que le toman el pelo. Pero el hecho de que hasta los tontos lo sepan no significa que no funcione. No existe truco en el mundo lo bastante viejo como para perder su eficacia.

—Es terrible... Estoy siendo una carga terrible para ti... Dame unos minutos y me iré.

Naturalmente, Nikki se queda para añadir cientos de lo sientos y luego cientos de agradecimientos cuando Rosa le ofrece seguir cobijándola. Nikki se arrastra a intervalos hacia la cocina, lentamente, como un perro testarudo que no quiere que lo arrastren, mientras piensa en cómo endosarle el rollo del desamparo y del intento de suicidio.

Tiene un fingir que parece verdadero:

—Estoy siendo una carga para ti... No está bien que te dé la lata con mis penas... Debería irme.

La falacia de Nikki es como ella, delgada y ligera. Miente sin esfuerzo como la cosa más natural del mundo. A juzgar por los otros gorriones que he conocido con anterioridad, Nikki únicamente decidiría suicidarse para evitar un dolor más terrible.

Empieza a sollozar. Un bar que fracasó en España..., los ahorros que se terminaron..., un hombre que era un verdadero cerdo..., palizas..., y encima la engañaba con otras... Deja de sollozar.

—¿En qué trabajas? —pregunta, desviando su estrategia desde el corazón a la cabeza.

—Soy asesora de arte —dice Rosa.

Nikki aaaaaabre los ojos para mostrar su admiración y para expresarle la suerte

que tiene de trabajar en eso.

La alharaca sería igual de vigorosa si Rosa hubiera dicho que su oficio era barrer calles o pelar pollos.

—¿Qué es eso?

—Certifico la autenticidad de obras de arte. Si alguien encuentra una pintura o cualquier obra de arte que no está muy clara, me llaman a mí para ver si es verdadera, de qué época es y cosas así.

—Eso suena fantástico.

—Se encuentran algunas vasijas interesantes.

—¿Y cómo se consigue un trabajo así?

—Empecé de secretaria en una casa de subastas. Luego... se va subiendo. Pero no fue fácil. Este negocio está dirigido por viejos engreídos, amargados e impotentes a quienes no les gusta que una mujer que podría ser su hija venga y les demuestre que se equivocan, porque cuando son viejos, engreídos, amargados e impotentes lo único que les queda es la experiencia.

—Te habrá costado años aprender.

—Años.

—Ése es mi problema. Yo nunca he encontrado algo que me fuera bien. He trabajado en docenas de sitios: bailarina en barcos de crucero, camarera, chófer, taquillera, guardia de seguridad..., en pocas palabras, todo lo que está peor pagado o lo más desagradable, pero eran siempre empleos de esos que no van a ninguna parte. Qué suerte tienes de tener un trabajo así. Pero no debo darte la tabarra, estoy segura de que tienes cosas que hacer, un hombre al que cuidar.

—No, en este momento ése es un problema que no tengo.

—Entonces aprovéchate de la paz y de la tranquilidad mientras puedas, que alguno aparecerá cualquier día necesitado de cariño.

Rosa va a darse un baño. Nikki lava los platos como nunca antes habían sido lavados: los restriega a fondo. Le ha prometido hacer un guiso de champiñones para el día siguiente. Rosa sale del cuarto de baño, Nikki entra, estudiando las piernas de Rosa y tragándose un pensamiento.

Rosa se dirige al teléfono.

—Sí, es auténtico, pero... no sé de qué manera expresarlo: no estoy segura de qué clase de auténtico es. Me gustaría estudiarlo un poco más —silencio—. Es difícil de explicar —silencio, escucha—. Bueno, pensarás que estoy loca, pero tengo la sensación de que el cuenco está mintiendo.

Me parece que este trabajo va a ser duro.

Nikki: segundo día

—¿Estás segura de que puedo quedarme? —gorjea Nikki—. Yo no quiero ser una carga...

—No, no es eso. Cuando una vive sola es bueno tener invitados de vez en cuando.

Rosa se va. Nikki se queda, con el dinero que le ha dejado Rosa, a la espera de que venga el técnico a arreglar la lavadora.

Nikki se ha sacado de la manga el argumento «abandonada por un amigo que le debe dinero»; es posible que exista un amigo que le deba dinero, pero existen sin duda muchos más amigos a los que ella les debe mucho más dinero. Se sienta a la mesa y calcula sus opciones para cuando llegue el técnico.

El técnico es un hombre bien proporcionado, satisfecho de sí mismo. No hay mujer ni lavadora que se le resistan. Lleva pantalones estrechos que le aportan a Nikki un conocimiento exhaustivo de sus partes más íntimas.

Pone patas arriba la lavadora, la destripa y localiza en un santiamén la pieza estropeada.

—¿Cuánto va a costar? —pregunta Nikki, con el tono de voz que utilizan las mujeres cuando saben que les van a dar una mala noticia pero tienen que hacer como si no lo supieran.

Lleva poca ropa encima porque tiene la experiencia suficiente para saber que se negocia mejor enseñando un poco que mostrando la desnudez completa. Se sube las tetas de una manera que alguien muy, pero que muy estúpido podría tomar por un movimiento involuntario de ajustarse la blusa.

—Vale —dice él—. Pero no tengo mucho tiempo y en cualquier caso tendrá que pagarme, si es eso en lo que está pensando.

El polvo dura seis minutos y veintiún segundos. Nunca antes había visto un uso semejante de la lavadora. A pesar de la obvia incomodidad del lugar elegido, o quizás a causa de eso, ambos se corren de manera criselefantina. Nikki mira al técnico con una admiración resplandeciente. Éste vuelve a colocar la lavadora en su sitio, le hace a Nikki una inclinación de cabeza y se dirige a la puerta con paso lento, sin que le paguen.

—Has ganado.

Dos minutos y quince segundos después se oye el estrépito distante de un coche al chocar contra una farola.

Nikki se arregla de nuevo el pelo y sale en busca del correo. De manera instintiva deja de lado los avisos postales y la propaganda. Con un esmero exquisito que da gusto mirar, abre los sobres que podrían contener algo estimulante o ventajoso.

—«Querido apartado de correos 59 —lee—, no te preocupes más, aquí estoy, como un caballero de brillante armadura, increíblemente joven a sus cuarenta y ocho años. Trabajo en la industria del cine, llevo una vida que tira de espaldas y tengo una personalidad electrizante...».

Deja la carta con un gesto de verdadera desesperación.

—¿Por qué? ¿Por qué hay tantos gilipollas en este mundo? ¿Dónde los fabrican? Ni siquiera me voy a molestar en cerrar de nuevo tu sobre, gilipollas, ni siquiera me voy a molestar en echarte a la basura, te voy a hacer pedazos.

Va al cuarto de baño, desgarrar la carta y tira de la cadena.

A veces veo el lado menos halagüeño de las personas. No necesariamente el peor, pero sí el que no desean que otros conozcan. Hay cosas que se hacen en mi presencia y que no se harían en presencia de animales domésticos; ¿quién querría perder el respeto de su conejillo de Indias? A nosotros, los seres inanimados, se nos trata con desdén y se nos somete a pruebas que pocos conejillos de Indias podrían soportar. Lo que el marido no quiere que vea la mujer; lo que la mujer no quiere que vea el marido; y así el amo con el criado, el criado con el amo, el oficial con el soldado, el soldado con el oficial, etc.; todo eso nosotros lo vemos. Ministros que se chupan el dedo, héroes que se muerden las uñas, ropa interior que no se cambia durante días, jueces que carabritean cabras...

Nikki regresa a la lectura, y al poco arroja lejos una carta con el siguiente comentario:

—¡Puaaaaaaaf! Ya te daría yo a ti.

La última de la colección es la que le provoca el mayor interés.

—En estos momentos me estoy mudando, así que te sería más fácil llamarme al teléfono de mi trabajo —lee, y luego murmura entre dientes—: De modo que sólo al trabajo... Hombre casado en busca de un polvo rápido. Te veo venir.

Marca el número.

—Hola, Brian. Soy apartado de correos 59. Puedes llamarme Fiona. Me ha encantado tu carta, me ha hecho... correrme de gusto. ¿Por qué no nos vemos? No, ahora mismo. Vale. Vale. Oh, podría estar ahí dentro de una hora.

Se maquilla un poco con las cremas de Rosa y se va.

—Procura llevar mucha pasta, Brian.

Regresa seis horas y cuarenta y ocho minutos más tarde, con dos grandes bolsas de la compra. Abre su monedero y cuenta billetes con satisfacción, y luego saca de las bolsas unos cuantos frascos que parecen medicinas. Hierva un poco de agua, coloca unas pastillas en un pedazo de papel, hace un paquetito y lo machaca con un rodillo; después se retira a su cuarto, dejando la puerta entreabierta, probablemente para oírla llegar si llega, echa la mezcla en una jeringa y termina por inyectársela en el pie derecho. Al instante se instala en sus ojos una profunda satisfacción. Nikki es sin duda una joven que necesita grandes cantidades de entretenimiento.

Vuelve Rosa. Se encuentra con una Nikki alegre y hogareña. La cena está lista, junto con las dos cartas que Nikki ha creído buenas para ella; una es de un urbanista jubilado que le cuenta que su mujer lo está animando a que se busque nuevos

alicientes tras la jubilación y que sus nalgas, a pesar de que ya tiene sesenta y seis años, son redondas y duras y no le defraudarán en absoluto; añade que considera que su mérito principal es la experiencia. Sin duda tiene experiencia, ya que su caligrafía temblorosa indica que ha cumplido ochenta y seis años; lo que pasa es que incluso a los que chochean les gusta el chocho. Es algo impresionante que Nikki se diera cuenta enseguida de que este caballero necesitaría demasiadas explicaciones para comprender el concepto de chantaje.

La otra carta es de un herrero de Ipswich que no incluye fotografía de sí mismo, sino de dos fruteros de hierro forjado; por cierto, hablando de belleza y de cómo hay que hacer fruteros (después de todo, esa técnica la inventé yo), estos dos de la foto me han dejado frío: son puros estercolitos. Nikki prepara una taza de té con cara de no haber leído ni una coma de la correspondencia de Rosa. Rosa no parece excesivamente defraudada con el botín, aunque murmura «otro igual» mientras rompe la carta y el cuestionario incluido.

Me toma en sus manos para una sesión. Le contaré alguna historia de carreras de elefantes y haré que se divierta. Me gusta divertir a la gente, es algo natural en mí. Le tengo ya preparadas unas cuantas desorientaciones muy vistosas que le impedirán encontrar el tesoro escondido, aunque preferiría que me entregara a ese lugar que quiere comprarme. Me molesta que me toquen.

Con un breve buenas noches Rosa se encierra en su dormitorio. A media luz Nikki se mira en el espejo del pasillo y deja que sus labios formen la palabra «Rosa»; luego saca la lengua, que se retuerce como si fuera una criatura que tuviese escondida dentro de la boca y que llega más lejos de lo que muchos creerían posible, amplia, pesada y húmeda. Centímetro a centímetro con relación a la cara donde vive, es la decimonovena lengua más larga y la quinta más ancha que he visto nunca, y eso que las bocas son una de mis especialidades. Oscila de forma prensil, frota y abrillanta la punta de la nariz de Nikki y luego se oculta.

Nikki: tercer día

Rosa se va enseguida. Tiene la mente en otra parte y deja entreabierto la ventana del comedor. Nikki, que se levanta una hora más tarde, examina un rato la ventana abierta. Luego reúne un buen número de objetos pequeños, bastante portátiles, pero de valor, y los mete en una bolsa.

Salida de Nikki. Regreso de Nikki.

La bolsa ya no contiene los objetos. Mientras esconde algún dinero en el pliegue de su mochila, telefona a la policía para denunciar un robo.

La policía llega un poco antes que Rosa. Todo el mundo está de acuerdo en que los culpables entraron por la ventana abierta.

El incidente, que para cualquiera sería algo devastador, sólo ha exasperado un poco a Rosa. Es curioso, parece rodeada por una aureola de alivio, incluso cuando el policía le explica con tono grave que hay pocas posibilidades de que se recuperen los objetos robados. Las palabras de éste, conforme son pronunciadas, van cayendo sobre las tetas de Rosa.

—Es culpa mía —insiste Nikki—. Debería haber cerrado la ventana antes de irme a la compra.

—No —dice Rosa—. Fui yo quien dejó la ventana abierta.

Nikki cocina su receta especial de calabacín mientras Rosa escruta su póliza de seguros para ver si puede reclamar en nombre de Nikki los anillos y los pendientes que le dio su abuela y que, según ella, le han desaparecido.

—La verdad es que te estoy trayendo mala suerte —dice Rosa con remordimientos.

Rosa viene hacia mí para una sesión. Hace tiempo que no muevo el pico, así que le contaré la historia de...

El coleccionista de Jericó

Se había convertido en un apasionado de la cerámica. Llegué a su colección (bajo la apariencia de una jarra minoica con escenas de tauromaquia) cuando ya la tenía bastante completa, entre docenas de frascos, cuencos, vasijas dobles, botijas, aguamaniles y curiosidades como jarrones de Bes, erizos, patos, una mujer dando de mamar y algunas piezas deformes por defecto de cocción que él consideraba obras geniales; en mi opinión las mejores piezas eran dos jarras de asas ondulantes y un frasco de anillos. Aquello sí que era coleccionar.

Por desgracia descubrió a los loros. Le entró la manía de poseer todos y cada uno de los loros de la tierra. Para él nunca había suficientes loros y el dinero que se gastaba en ellos tampoco era nunca demasiado. Si había dinero, habría loros. No era yo el único en la casa convencido de que el mundo estaba siendo injustamente privado de sus loros. Pero como él era un poco lugal, no le importaba.

Tras años de aquella obsesión compró un escandaloso loro azul, variedad que nadie había visto ni oído hasta entonces. Le costó un silo de grano, ya que se lo trajeron del fin del mundo, después de dos naufragios. Aquella graznante peste azul se convirtió en el centro de su orgullo, y cuando una mañana descubrió la percha sin loro, se puso hecho un basilisco. No quedaba la menor duda de que se lo habían robado, ya que la cadena, tan larga como la de un perro ladrador, estaba rota en el suelo. Lleno de rabia, ofreció grandes recompensas a quien lo recuperase.

Sólo tuvo que esperar unos pocos días. El loro fue visto por la Gran Puerta meneando los dados; de manera incomprensible entre esa clase de charlatanes, el

animal iba perdiendo mucho dinero, para consternación del eblaíta que lo financiaba.

El eblaíta fue juzgado y juró por diecisiete dioses que conocía al loro desde que era un huevo, que había conocido a sus padres desde que fueron huevos, que había visto a sus abuelos como huevos, que era un pobre farandulero que se encontraba bajo el peso de aquella terrible acusación por ser de clase humilde y de tierras lejanas, que tenía un horripilante dolor de muelas y que en Ebla los loros azules eran tan numerosos que se caían de los árboles porque no había sitio suficiente para que cupiesen todos.

Entraron entonces en la sala tres eblaítas y testificaron que no habían visto nunca loros en Ebla, y mucho menos azules; además, conocían al acusado, que era famoso por tener las manos largas y por perder siempre en el juego a pesar de utilizar dados cargados con plomo.

El acusado gritó que aquellos tres acababan de probar que no eran eblaítas, puesto que no sabían nada de loros; de hecho, eran elamitas, conocidos por su odio ancestral hacia los eblaítas y estaban testificando contra él sólo porque querían que lo empalaran.

El tribunal le pidió que cogiese al loro. Le picó. El coleccionista fue llamado entonces y el loro se posó en su brazo, repitiendo su nombre y el de su mujer. El eblaíta invocó a veinticinco dioses, incluidos todos los favoritos de Jericó, y a dos fetiches que tenía en su bolsillo, para jurar que el loro era suyo y que estaba enfurruñado contra él porque lo había reconvenido a causa de su poco acierto con el cubilete. Trató de que el loro repitiese una frase, cualquier frase, y quiso hacerle una caricia juguetona. El loro le picó de nuevo y esta vez empezó a sangrar.

Después de ser sentenciado a una muerte lenta por robo y perjurio y por inventar dioses sin tener permiso, el eblaíta ofreció hacer una confesión completa a cambio de clemencia y desvelar otros seis crímenes cometidos en otras ciudades, crímenes que, estaba seguro, el tribunal encontraría chocantes.

—Puede que seas bueno hablando —le espetó al loro conforme lo arrastraban—, pero eres una mierda con los dados. Tenían razón los que me dijeron que hubiera sido mejor seguir trabajando con monos.

Resultó que el eblaíta no fue el único en maldecir al loro. Poco después de que sus huesos se quedaran bien mondos, el coleccionista descubrió, gracias a las explícitas repeticiones sonoras del loro, en las que emparejaba las partes más íntimas de su mujer con el nombre de su mejor amigo, que ambos se dedicaban a repetir lo que la gente raramente considera repetitivo. Cuando uno anda delatando tiene que tener más cuidado.

Dicho amigo no ocupaba una posición lugal tan buena como la del coleccionista, así que éste hizo que lo expusieran en la plaza pública con el loro metido por el culo. Se trata de la octava forma más lenta de morir que conozco (para los humanos, quiero

decir) y que, esencialmente, consiste en consumirse de sed con una incomodidad trasera ampliamente incómoda. Hubo un maharajá que trató de meter a uno de sus irritantes cortesanos por el culo de un elefante: «Eres la mierda más grande que me he encontrado; sólo existe un sitio adecuado para ti». Sin embargo, el elefante no estaba conforme y, agitándolo, le rompió el cuello al cortesano, algo que éste, probablemente, le agradeció.

El coleccionista, para ser sinceros, no disfrutó de nada nunca más, ni de loros, ni de vasijas, ni de su vida. Había perdido el gusto. *Nisaba zami*, como solían *dubsar* en Lagash los de Mesopotamia.

Rosa

Rosa está sentada en el suelo. La historia le pesa como una losa: el pesado pasado le ha pasado por encima.

—¡Oh! —termina por emitir.

Y se va tambaleante hacia su dormitorio.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Nikki.

—No. Sí. No, pero sí. No te preocupes. Buenas noches.

Nikki: cuarto día

Rosa es la primera en salir. Nikki es la segunda en salir, con mallas y leotardos bajo su abrigo, después de haberse endilgado una combinación de benedrina y metadona. Nikki es la primera en regresar, cinco horas y tres minutos después, tras haber hecho, se le nota, un vigoroso ejercicio físico. La acompaña un joven fornido y de buena planta. Ella le señala algunos objetos grandes y pesados para sustraer, que él acepta llevarse en su camioneta.

—¿Qué te parece este florero? —musita él—. Oh, está cascado —dice, tirándome al suelo y rompiéndome en tres pedazos.

Me siento extremadamente ofendido por su negativa a otorgarme valor alguno. Incluso con la evaluación más baja valgo tres veces más que su camioneta. Se lleva el microondas, el televisor, un magnífico maletín, la colección de discos compactos de Rosa, lámparas, un estante de libros, el contestador automático, plantas, la lavadora y sillas, mientras Nikki se quita las ropas húmedas de sudor. Vuelve a entrar el individuo, que trata de actuar como si las mujeres desnudas fuesen algo cotidiano en sus fechorías.

—Se me olvidó preguntar, ¿con sudor o sin sudor? —pregunta ella.

Parece ser que con sudor está bien, pero él no acaba de comprender por qué ella prefiere hacer el amor sobre la mesa que hay junto a la ventana y no en la cama.

—La gente nos puede ver ahí.

Echan un polvo criselefantino durante siete minutos y dieciséis segundos, que culmina con Nikki ladrando asomada a la ventana y con una de las patas de la mesa desencajada.

—Ha sido una lástima —comenta el trasladador de muebles—. Hubiera podido conseguir unos cuantos papeles por esta mesa.

Cuenta algunos billetes para Nikki, que lo observa salir del apartamento antes de denunciar el robo a la policía. Yo, que estoy roto sin que Nikki se haya enterado, junto los pedazos y arreglo cuidadosamente mis roturas.

Aparece el mismo policía. Los ejercicios físicos hacen que resulte creíble el aspecto desasosegado de Nikki.

—A veces regresan, como han hecho aquí. ¿Se habían dejado olvidadas unas llaves la otra vez?

Pregunta por Rosa. Nikki le explica que no regresará hasta la tarde.

Poco después llama Rosa. Nikki suelta un discurso brillantemente incoherente y lleno de angustia, sin llegar a terminar ni una frase completa, lamentando los robos y explicándole que incluso su ropa interior había desaparecido. Al parecer Rosa tiene un problema con el coche y le pide a Nikki que no la espere a cenar y que se tranquilice.

Nikki va al armarito del cuarto de baño y coge el frasco de aspirinas para ver cuántas hay; se nota que está pensando en utilizar el argumento del «ya no puedo más», pero tiene que asegurarse de no tomar muchas y de ser descubierta a tiempo y se ve que no le apetece que le hagan un lavado de estómago. De todas maneras, parece increíble que con esa caradura, con esa falta de escrúpulos y con ese destrozar alegremente la vida de los demás, lo único que posea a su nombre sea una mochila; en otro sitio sería jefe de Estado.

Por la noche reaparece el policía.

—¿Ha vuelto su amiga? —pregunta amablemente.

—No —dice Nikki.

—Tengo que decirle que he venido en mi tiempo libre, de manera privada, no como policía, para que se entienda.

—Hay que tener caradura.

—Bueno, somos de carne y hueso.

—No, no lo son —dice Nikki. Luego, añade con sarcasmo—: Entre y espérela si quiere. Tardará una hora.

Su capacidad de aguante es admirable, se la ve cansada, pero hace frente a cualquier dificultad como una campeona. Esta muchacha llegará lejos. No cabe duda de que es lo bastante voraz como para arrancarle los pantalones, algo que según tengo entendido sólo ha sido rechazado por los hombres dos veces durante los últimos seis

mil años, pero prefiere dedicarse a desarmar su timidez. Agita las pestañas y muestra un asombro que resulta excesivo conforme él le va refiriendo las cosas que ha encontrado detrás de algunas puertas; una mala actuación en el escenario puede dar lugar a críticas despiadadas, pero en la vida real casi siempre funciona.

El policía estaba seguramente muy interesado en Rosa, ya que de hecho han tenido que pasar cincuenta y seis minutos antes de que se dé un chapuzón en la boca de Nikki. Ella lo desempaqueta y le hace la lectura como si fuera un contador de gas. El baja la vista para acabar de creerse lo que le están haciendo en el nabo. Después de tres minutos y ocho segundos, ella lo mira a los ojos y le dice:

—Córrete.

Le hace caso y una expedición seminal asciende hasta el techo; está exhausto y le ofrece a Nikki algunas drogas que suele llevar a las escuelas para dar conferencias sobre los peligros de los narcóticos; Nikki las comparte con fruición. El trata de abrir el bote de remolacha en salmuera.

—No me lo puedo creer —dice al irse—. Me la he estado meneando durante veintiocho años y tú lo haces mucho mejor.

Cuando Rosa regresa, Nikki le ofrece la silla que queda. Es de admirar la resistencia que muestra Rosa ante el infortunio, algo que normalmente resulta bastante penoso. Lo que ocurre es que está sola y eso le impide perder tiempo en rechinar los dientes. Se trata de una percepción sutil, demasiado tenue para el olfato humano, pero que yo puedo detectar. La veo consumida, desolaaaaaada, pero no por lo del apartamento.

Se me acerca. Sus dedos me palpan por los bordes; no está ansiosa por obtener información, lo noto, pero desea entrar en mí. Escojo para ella...

Mi naufragio favorito

Sucedió durante el viaje a Biblos, cuando Troya aún era feliz. Fue un error adentrarse en el mar. Estaba demasiado oscuro para una noche de invierno. Amenazaba tormenta. Necesidades diversas, codicias e idioteces hicieron que el barco zarpase.

Había dos jóvenes a bordo: Estropajo (lo llamo así a causa de su pelo largo y espeso) y la hija del pintor, cuya belleza hubiera cautivado a cualquier ciudad, así que no digamos a los viajeros de un pequeño navío.

Estropajo irradiaba juventud y se ganaba la vida haciendo acrobacias natatorias, mariposeando de isla en isla, nadando contra galeras y practicando trucos acuáticos. Había poca gente en el barco y creo que no fui el único en imaginar lo maravillosa que hubiera sido su unión.

La hija del pintor era efusiva y bromeaba con los marineros, era amable con el

demacrado mercader de ideas que pasaba la mayoría del tiempo en su plantación de pensamientos, preguntaba por los nudos y charlaba con todos, excepto con Estropajo, que no abría la boca. La espiaba con los ojos, pero ansiaba tanto quedar bien que no hacía nada, ni mal ni bien. Pasaron dos días y aún no le había dirigido una sola palabra..., lo cual era una proeza para un barco tan diminuto; permanecía sentado al pie de una pila de velas, como si eso fuera algo importante y necesario para él, mientras que los demás discutían del clima, de cómo preparar el atún, del precio del grano y de los pendientes de Caphtor.

El cariz del tiempo se hizo aterrador de manera repentina, aunque no tanto como para que a los pasajeros no les diera tiempo de darse cuenta. El capitán empezó a gritar. Se discutió sobre los dioses a los que había que implorar. Las cosas dejaron de vislumbrarse. Todo el mundo en aquel frío y oscuro valle de olas hubiera sido capaz de asesinar a su familia para escapar; hay maneras más benignas de morir.

El mar retozaba sobre la cubierta, acariciando los tobillos del capitán y del timonel, que se afanaban en estrangularse entre sí. Uno de la tripulación agarró una piel de cabra, tan útil en aquella tormenta como adentrarse en un fuego forestal con un vaso de agua.

—¡Vamos, el barco va a intentar beberse el mar! —gritó, ofreciéndole otra piel de cabra al mercader de ideas, que ahora estaba sentado en el agua.

—No pasa nada —respondió éste.

—El fondo del mar nos está zarandeando de mil maneras.

—Ésa es tu interpretación, no la mía.

—¡Nos hundimos!

—¿Por qué eres tan pesimista? No te servirá de nada.

La hija del pintor se quita entonces los brazaletes, se echa mano a los pendientes —de oro con adornos de delfín—, pero lo piensa mejor y se los deja puestos, imaginándose que quienes encuentren su cadáver la tratarán con más respeto si lleva encima el coste del funeral. Mira impávida el mar de tinta helada. La luna no se atreve a mirar. El agua chorrea por su ropa cuando se la quita. Entonces, una mano se tiende hacia ella.

—Espera —le dice Estropajo—. Vayamos juntos.

Se cogen de la mano y logran avanzar unos cuantos pasos en remolino antes de que el barco diga adiós a sus pies. He visto a dos millones cuatrocientos mil novecientos veintisiete parejas darse la mano, pero nunca una caricia como aquélla.

Me fui penduleando hacia el tranquilo lecho del mar, dejando escapar ooooooes de aire que regresaban a la turbulencia de la superficie mezclados con las otras ooooooes del mercader de ideas, que iba acomodando dentro de aquellas pequeñas burbujas pedacitos de la siguiente exclamación:

—¡No pasa nada!

La certeza no tiene precio.

(¿Te preguntas, Rosa, lo que pasó con el Estropajo y con la hija del pintor? ¿Te gustaría saber lo que ocurrió con ellos? A mí también. He buscado su rastro en cada rostro que veo.)

Arrullada por canciones de cuna, Rosa duerme y sueña con el sueño de aquellos de nosotros que conocen las profundidades. Pero se ha salido del sueño antes de llegar a los treinta años del pez azul, de los lagartos marinos y de los rodaballos... ¡Ah, los rodaballos! Será mejor no mencionar a los rodaballos, porque no hay nadie que sepa más que yo de rodaballos y un millón de rodaballos no están tan rodaballeados como yo. Prefiero no mentarlos. La ciudad marina de los rodaballos... La edad de las tinieblas de los rodaballos... Más que cualquier otra cosa fueron los rodaballos quienes hicieron que yo regresara a la superficie. El único buen rodaballo es el que avanza por el tubo digestivo. Uno trata de esconderse en la oscuridad, pero no encuentra sosiego. Sin embargo, sí que valió la pena conocer a aquel congrio que llevaba un pendiente. Hasta la fecha sólo he visto un congrio con pendiente. Era de plata. Qué magnífico trabajo de orfebrería.

Nikki: quinto día

Rosa continúa yéndose temprano. Saca un catálogo de su bolso y lo deja sobre la mesa al salir. Yo hubiera preferido que no lo hiciera. Muestra en la portada una espléndida reproducción de una vasija con cabeza de Gorgona. Se trata de una copia de una copia de una copia de una copia. O quizá de una copia de una copia de una copia de una copia de una copia de una copia. Es una de las copias atenienses. Y no es que eso las haga mejores; para mí sólo significan copias de una copia de una copia de una copia de una copia de una copia.

Nikki coge el catálogo y, sorpresa increíble, mira con agrado la vasija de la portada. Su aprobación desgraciadamente me recuerda...

El odio inacabable (que nunca se acaba)

Sucedió en el taller.

—Alguien debe de haberla fabricado —dijo el maestro—. O alguien debe de haberla traído aquí. Las ánforas no se pasean de un sitio a otro sólo porque les guste el aspecto del taller.

—No es posible —insistían los aprendices, que habían dormido allí aquella calurosa noche corintia—. Nadie ha entrado ni salido.

—Entonces, ¿qué está haciendo aquí? —respondió el maestro, dándole a uno un sopapo—. Algún rico hijo de puta vendrá a decirnos que es suya. Qué mala suerte,

nos castigarán como si fuéramos ladrones. Ve y dile a todo el mundo que hemos encontrado un ánfora.

—¿Por qué está el maestro de tan mal humor? —preguntó un aprendiz.

—Tiene las muelas picadas —replicó otro.

No se dieron cuenta de que la vieja jarra de agua había desaparecido y de que yo estaba ahora resplandeciente tras adoptar la forma de un ánfora de doble asa con una cara de Gorgona. Me apetecía un cambio de imagen y no hay nada como hacer ostentación para burlarse de la gente. Se formó un alboroto a mi alrededor, y hubo bocas abiertas de asombro ante mi aspecto y mi colorido.

Naturalmente, a todos en el taller les entró el deseo de hacer una copia, pues una vez que se sabe que algo es posible, resulta más fácil intentarlo. Se pusieron manos a la obra, pero fue el aprendiz más joven quien más destacó y quien utilizó de manera más audaz el esmaltado, y cuando sacaron las copias del horno hicieron corro y aplaudieron la suya, mucho más de lo que se merecía, pienso yo, pues tengo que decir que aquella Gorgona era bastante mediocre. Luego empezaron a hacer comparaciones, el primero de ellos un alfarero con hoyuelos en la cara. Tanto él como los demás se hicieron cruces de incredulidad en vez de criticarla y poner de manifiesto cualquier defecto e ignorar cualquier destreza, que hubiera sido lo normal.

—El ánfora que encontraste el otro día está bien, pero ésta..., no he visto nada igual. Parece que esté viva. ¿Sabes?, siempre me ha gustado venir por la tarde y criticar las piezas que fabricas, y me he pasado haciéndolo veinte años, inventándome los comentarios más disparatados sobre tu aspecto, sobre tus compañías y sobre tu familia; pero ahora no puedo. Esto que has logrado es una gloria de la que todos nos beneficiaremos.

Los otros alfareros se le acercaron, murmurando aprobatoriamente.

—Ninguno de nosotros logrará hacer algo mejor en toda su vida.

El aprendiz más joven fue incapaz de tenerse en pie de lo abrumado que estaba por las alabanzas, y yo empecé a ponerme un poco mosca.

—Las líneas de esa ánfora que encontraste están mal hechas, parecen las de un aficionado —continuó el Hoyuelo—, mientras que en ésta tuya tienen la fuerza de la vida.

Luego llegaron los ricachones que habían ido a ver los nuevos juegos en Olimpia y se miraron entre sí. Todo el taller, por no decir todos los talleres de los alrededores se volvieron locos fabricando Gorgonas. Eran Gorgonas vulgares, pero los compradores llegaban y pagaban precios nunca antes inventados. A mí, sin embargo, no me vendieron. Sería agradable poder afirmar que el maestro del taller me guardó por gratitud, pero no fue por eso. Todos los días trataba de deshacerse de mí. «No quiero una copia barata», era una de las excusas más educadas que le daban, incluso cuando me ofrecía a un precio irrisorio.

Entonces declaré la guerra. Tras haber inventado la belleza y el arte de someter la luz, me molestó mucho que no se apreciara mi esfuerzo. Fue mi impulso lo que rescató la memoria de las mentes y la sacó a la superficie, haciendo público lo privado. El historiador Cadmo de Mileto tiene su manera de actuar, yo tengo la mía. Les enseñé a seducir por la excelencia y, por tanto, a castigar la baja calidad.

He aquí el número de Gorgonas que fueron destruidas: mil seiscientas cuarenta y ocho.

Nikki otra vez

Nikki deja a un lado el catálogo.

Por fin, ineluctablemente, me ha llegado la hora de que me roben. Nikki me agarra de una manera ofensiva y dice:

—Me apuesto a que no vale la pena ni llevarlo a la tienda.

Es la tres mil doscientas novena vez que me birlan, por no mencionar las ciento dos ocasiones en que me cogieron prestado de buena fe, sin devolverme luego.

A pesar de que ha estado hojeando un catálogo de subastas, a Nikki no se le ocurre considerarme una antigüedad, y es que el problema con el arte, además de otras muchas cosas, consiste en que uno tiene que cuadrar con las expectativas. Estremece pensar la de objetos de valor incalculable que han sido tirados a la basura, la de tesoros que han sido fundidos, la de ideas de tantos sabios que han terminado limpiando el culo de algún ignorante.

Estoy dentro de una bolsa junto con una batidora, una lámpara pequeña, un despertador rojo y un llamativo cenicero. Nikki ha decidido largarse del apartamento de Rosa y antes pretende ordeñar las últimas monedas. Rosa dijo al irse que estaría fuera durante dos días.

Nikki nos lleva por una calle donde nos cruzamos con una pareja de negros copulando en la puerta de una casa, al lado de una parada de autobús; el copulador les grita a los de la cola:

—¿Qué miráis?

Entramos en una tienda de objetos de lance y Nikki nos presenta al propietario, que nos mira con una displicencia tan palmaria que parece preparada con antelación, no sólo porque está tratando de ofrecer un precio insultante, sino porque como casi todos los que trabajan en el negocio de la segunda mano, disfruta ensañándose con los demás, sobre todo si son pobres y están desesperados.

Nikki ha hecho su aparición con la cara desencajada y las lágrimas a punto de saltar, y como quiere evitar que la piedad libre la batalla por su cuenta, también con el canalillo de las tetas más al aire de lo que aconseja el frío que hace. El pulso del chamarilero se acelera de inmediato, aunque no por el esternón que le enseñan, sino

por las posibilidades que le ofrece el infortunio.

Coge los objetos uno a uno, sin gana, como si estuviéramos contagiados por leprosos con mal aliento.

—No le vendería eso si no fuera porque tengo que operar a mi hijo —dice Nikki cuando me agarran—. Me lo dio mi madre antes de morir. Me parece que es un objeto único.

Al Chamarilero se le acelera el resuello; empieza a mecerse sobre sus pies con excitación. El pájaro se le agita en la jaula.

—A mí me parece que no.

Mordiéndose el interior de la boca para lograr que los ojos se le humedezcan, Nikki añade:

—Algo debe de valer.

Me sostienen cautelosamente entre índice y pulgar, como si fuera una boñiga seca.

—Sí. Algo vale. Vale una mierda. Los floreros verdaderamente feos como éste no despiertan mucho interés. Ya ni me acuerdo de la última vez que vino alguien a la tienda preguntando por un florero horrible.

Resulta difícil imaginarse a alguien entrando en esta tienda, aunque esté buscando algo que comprar. El aire está enmohecido e incluso si dejamos a un lado la cochambre, los objetos que hay a la venta son la peor de las basuras, baratijas imposibles de apreciar y nunca apreciadas, adornos de lo más desechable; cualquier cosa de algún valor saldría corriendo de aquí como una burbuja de aire que asciende hacia la superficie para reunirse con sus compañeras. Tomo nota para hacerle una buena al Chamarilero en cuanto tenga ocasión. Nos alinea a todos los objetos sobre el mostrador, ajustándonos de aquí y de allá hasta lograr lo que él considera una línea recta. La batidora es nueva.

—Te hace falta dinero, ¿eh, nena?

Quiere oírlo. Ella le repite la letanía del hijo sin juguetes que está en el hospital. El corazón del Chamarilero se desboca.

—Una libra.

Casi se desmaya de gusto al ver la mirada de Nikki. Él la interpreta como de dolor, pero es verdaderamente de disgusto. No se trata de una oferta ofensiva, no es ni siquiera una oferta; es ofrecer una ofensa, como si alguien se meara en el zapato de otra persona y pensara que tiene gracia, lo cual es una imprudencia, ya que Nikki es muchas cosas, menos inofensiva. Me pregunto si se abrirá camino hasta la caja con la navaja que lleva sabiamente oculta en su bota. El Chamarilero tiene malicia, pero no es peleón.

Nikki nos recoge a todos y se dirige hacia la puerta. El Chamarilero, sintiendo que se le ha terminado la diversión y que ella no va a arrastrarse suplicando ante él, le

suelta que tiene unos ojos preciosos; Nikki no considera que el piropo haya valido el esfuerzo de acercarse a la tienda, pero ya está cansada de este último intento de sacar algún dinero de Rosa y acepta la oferta.

El Chamarilero me coloca junto a una jirafa de terciopelo que tiene casi tanta vida encima como una jirafa de verdad, junto a un desorden de pingüinos mecánicos que no funcionan y junto a un tejón de cerámica que lleva pantalones. Se trata de un artefacto único, algo imposible, constantemente a la búsqueda de ser querido, querencia que nunca conseguirá. Mirarlo es desesperarse. Es un paria que ha pasado de mano en mano y, aunque parezca mentira, nunca lo olvidaron en un baúl. Nació para ser excluido. Se quedará siempre aquí, nadie lo comprará. El Chamarilero no se ha cambiado los calzoncillos desde hace tres días.

La momia que fue devuelta a la tierra

La jirafa de terciopelo me recuerda la momia con la que me enterraron una vez. Tengo que reconocer que me sentí agradecido cuando aparecieron los ladrones de tumbas; todo el mundo necesita un descanso, pero mil años es demasiado. La momia no era nadie digno de recuerdo: un capataz aceitero de cierto éxito que se las arregló para morir de muerte natural después de haberse reproducido y de haber ganado lo suficiente para que yo y otros objetos fuésemos sepultados junto a él.

Cuando me desenterraron no existía gran interés por las momias y hube de pasar por unos cuantos propietarios. Pero al cabo de varias décadas uno de los ladrones de tumbas más marrulleros que he conocido, llamado Bellanariz (el número ciento dieciséis), me reunió con mi antiguo camarada el capataz. Para ser preciso, Bellanariz no era un ladrón de tumbas, sino un ladrón de ladrones de tumbas, que no creía en eso de deslomarse cavando o en perderse por pasadizos laberínticos o en deslizarse por rendijas o en atraer la ira de dioses quizás ausentes por mucho tiempo, pero no muertos. Lo que hizo fue esperar a que otros malhechores saquearan la excavación, expoliaran al capataz y estuviesen casi a punto de entrar en la ciudad para aparecer entonces él con sus exigencias.

—¿Dónde está mi recompensa? —le preguntó a Bellanariz el que le había dado el soplo para que les robase la momia a los ladrones de tumbas.

—Ya la tienes —le respondió Bellanariz—: Piensa un poco, ¿no ves que aún respiras?

Bellanariz se fue entonces a su casa con mucho cuidado, no fuera que a alguien se le ocurriese convertirse en ladrón de ladrón de ladrones de tumbas.

Su nariz le daba pocos problemas, porque según he podido observar, las personas son capaces de morir por un ideal pero no les hace mucha gracia morir por una burla. Aparte de que su nariz era de tal magnitud que resultaba obvio reírse de ella. La

exageración puede convertir en graciosas las cosas ordinarias, pero una exageración exagerada resulta poco graciosa. Era como decir que el sol brillará hoy y esperar que la gente se ría. Tenía en su casa un descansillo para la nariz, en el que guardaba la fruta.

El tormento de Bellanariz era el dinero. Hacía buenos negocios, pero por la noche perdía el sueño, ya que le molestaba que otros ganasen más. Si vendía por cinco un hipopótamo azul a un mercader en Alejandría, con el ojo insomne de la noche lo veía revendiéndolo sonriente por cincuenta. Y luego podía ver a alguien del otro lado del río vendiéndolo por cien y carcajeándose. Y mucho más lejos, en los terruños glaciales, a alguien vendiéndolo a su vez por quinientos y, al final, ya en el remoto norte, a alguien vendiéndolo por mil y retorciéndose de dolor a causa de la hilaridad.

—Se están riendo de mí.

La cosa fue caldeándose durante largo tiempo.

—Cinco —decía un mercader.

—Diez —respondía Bellanariz.

—Entonces, siete —cedía de mala gana el mercader.

—Veinte —replicaba Bellanariz.

—Oye, si pudiera venderlo por diez me daría con un canto en los dientes. Hace más de un año que estoy tratando de encasquetarle a alguien esos hipopótamos azules.

—Cuarenta —remachaba Bellanariz, ya bastante enfurecido.

El mercader tuvo que llamar a varios miembros de su familia, incluidas su mujer y dos de sus hijas, para poder echar a la calle a Bellanariz, que se fue gruñendo:

—Te crees muy gracioso, ¿no?

Sus antiguos clientes dejaron de tratar con él, ya que resultaba imposible ponerse de acuerdo en el precio y sacudírselo de en medio a bofetadas les perturbaba el guiso de la cena.

Bellanariz se fue a Tiro y preguntó por mercaderes que mercadearan con estas mercancías. Se presentó al primero de ellos, le dio un puñetazo en el estómago y luego empezó a patearlo en el suelo.

—De manera que te crees que soy gracioso, ¿no? Te creías que ibas a reírte a mi costa, ¿no? Ojalá se te pudra el dinero.

Aún no había llegado a enseñarle un hipopótamo azul al segundo mercader cuando decidió dar un fuerte cabezazo sobre una bonita mesa de caoba, diciendo:

—¿Por qué no te ríes? ¿Es que ya no soy gracioso?

Tan pronto como vio al tercero se lanzó sobre él, gritando:

—¡Que le den por el culo a tu dinero, que le den por el culo a tu dinero!

Se corrió la voz.

Por tal motivo y porque hacía tiempo que rumiaba el afán de lograr que el hombre

del norte dejara de reírse, se embarcó en Constantinopla con sus posesiones favoritas. Llevaba con él la momia del capataz, ya que en aquel tiempo era cuando los europeos se divertían desvendando vendas de momias durante las reuniones en que tomaban el té, y pensó que sacaría algo de ella. No se dio cuenta de que los de la tripulación iban muertos de risa durante toda la travesía, porque estaban al tanto de que le habían cobrado el pasaje cinco veces más caro, una cantidad equivalente al robo de las tumbas de una pirámide.

En Constantinopla se acercó a unos cuantos mercaderes que hablaban árabe: le ofrecieron los mismos precios que había rechazado en Alejandría. Fue más tarde a Venecia, donde le ofrecieron menos todavía. Vendió algunas cosas para obtener dinero y proseguir su viaje, pero le dieron monedas falsas y fue detenido y juzgado por utilizarlas. Luego, la mayoría de su género desapareció en un terremoto, reclamado por la tierra en un abrir y cerrar de ojos.

Tras los sobornos para salir de la cárcel y el coste de una carta escrita en latín por un escriba —Bellanariz pensaba que en ella lo describían como un hombre de alto rango, pero en realidad lo tachaban de rufián peligroso de los que hay que apalear a simple vista (broma típica de los escribas)—, los únicos bienes que le quedaban eran un hipopótamo azul en su bolsillo izquierdo, la momia y yo. No obstante, continuó a marchas forzadas rumbo al norte, sin zapatos y con un agudo dolor de muelas, convencido de que la gran venta de su vida estaba cercana.

Por fin llegamos a Helsinki y se nos anunció en el despacho de un abogado. Lo habían dirigido allí, en medio de la nieve, porque los coleccionistas son famosos por comprar tonterías exóticas, de manera que tan pronto como Bellanariz apareció por el vecindario, fue dirigido en la buena dirección.

Conforme entramos, Bellanariz se dio cuenta de que, por fin, se hallaba en presencia del Gran Burlador. Bellanariz no prestó mucha atención a los corderos siameses, ni a la reina de las ratas, ni a los diversos monstruos, ni a los colmillos de mamut ni a otras rarezas que allí se exponían en desorden. Mientras nos mostraba a la momia y a mí, Bellanariz se olvidó de los duros meses que acababa de soportar y de los tres dedos que había perdido por congelación. Y es que la regla consiste en que o bien uno se aferra a sus ideas y se hunde o bien nada con ellas y permanece a flote.

Existe un ansia casi tan grande como la necesidad de dormir, de comer o de beber, pero sus punzadas no son tan agudas o debilitantes como las de las necesidades físicas, y por eso su poder suele ser subestimado: se trata del ansia por atenerse a las reglas. Las reglas son los verdaderos amos del mundo. Una regla sólo cae en desuso cuando hay otra que la sustituye: el sol sale, el sol se pone; se hacen ofrendas a los dioses y ellos devuelven salud; el trueque consiste en que uno va a la tienda de deseos y compra: «Un maremoto menos, por favor; una buena cosecha más». De la misma manera que el niño se lo mete todo en la boca, así el hombre le pone reglas a todo y si

el cerdo favorito de alguien se muere es porque alguna razón habrá. Nada es más aterrador que no tener reglas que llevarse a la boca; la gente acepta las peores con tal de evitar la posibilidad de que el cielo le escupa en la cara sin razón alguna. Nadie quiere tener la sensación de que la Fortuna campa por sus fueros.

Yo los llamo Fabricantes de Reglas. Estén donde estén, sean como sean, fabrican reglas: «No te comas esto, no te comas aquello, no está bien llevar más de seis pendientes a la vez, no le des un beso en la primera cita». Si fulano o mengano quieren vender su cerveza, es zutano quien deberá venderla en vez de ellos. Se trata de lograr el equilibrio entre los poderes legislativo, ejecutivo y judicial. Y que le parta un rayo al azar. La propagación de reglas se ve favorecida por el próspero despliegue del que suelen disfrutar, como si tuvieran algo que ver con el éxito. De ahí su sigilo: las reglas de lujo están celosamente guardadas bajo el mostrador.

El abogado (el Chupasangrísimo número cinco mil cuatrocientos treinta y dos) se fijó en la momia del antiguo capataz aceitero. No tenía buen aspecto tras haber sufrido la lluvia y el fango, y lucía en los hombros una micosis de un estimulante color verde.

—Ya tengo otras dos —dijo—. Las compré el año pasado. Si bien esa tiña es muy apetecible... en cuanto al hipopótamo azul...

Hizo un gesto en dirección a una estantería donde había tres incuestionables hipopótamos azules, aunque más pequeños.

Bellanariz estaba allí de pie, deseando con todas sus fuerzas entender algo de lo que le estaban diciendo. No obstante, cuando le hicieron el inconfundible gesto internacional de «noooooo, llévate-tus-trastos-a-otra-parte, ahí-tienes-la-puerta», se sintió hundido y se le desplomó el último ladrillo del alma.

En ese momento entró un campesino muy excitado, chafarrinando la moqueta con sus patatas.

—Ilustrísima, he encontrado una maravilla increíble —dijo, al tiempo que desempaquetaba una iguana enorme congelada—. Un dragón, ilustrísima, un dragón joven.

El Chupasangrísimo no se mostró impresionado. Cogió un libro, lo abrió por una página que mostraba una ilustración de una iguana y se la enseñó al campesino.

—¿Qué es esto? —le preguntó.

—Un dragón, ilustrísima.

—No, no lo es. Déjame que te deletree las letras: *i*, *g*, *u*, *a*, *n*, y estoy seguro de que te acuerdas de nuestra vieja amiga la *a*. La iguana es un reptil de la lejana América.

—¿Pero qué estaría haciendo esa criatura aquí? No tiene alas.

—Estoy seguro de que eso sería lo último en lo que la iguana hubiera pensado. Barrunto que, si rebuscas un poco, encontrarás a un marinero borracho que llora en

estos momentos la pérdida de su animalito. Te agradezco que me la hayas enseñado, pero ya tengo dos más grandes.

El campesino vio que sus sueños se le desparramaban por el suelo. La paciencia de Bellanariz estalló entonces. Cogió la iguana congelada e intentó pegarle con ella al Chupasangrísimo, pero éste estaba habituado a que la gente quisiera siempre infligirle graves daños físicos. Se hizo a un lado y agarró el fémur del antiguo capataz aceitero para defenderse de su atacante. Se enzarzaron en una pelea, los objetos se rompían o se cascaban y el campesino hundió sus cuatro últimos dientes en la pantorrilla de Bellanariz, en una nueva tentativa de hacerse valer. Aparecieron los criados y, todavía utilizando su frígida arma, Bellanariz se abrió paso a iguanazos, huyendo a todo correr hacia la Gran Blancura.

Resultados: Bellanariz fue descubierto en primavera, cuando se descongeló y cayó desde lo alto de un árbol en el que se había refugiado. El Chupasangrísimo hizo que le sacaran una máscara *post mortem* para que la gente lo creyese cuando les hablaba de la nariz.

Yo y el hipopótamo azul fuimos incorporados discretamente por el abogado a su colección.

La momia: nadie la quería en realidad. Desenterrada, tras pasar de ladrón en ladrón, tras ser despreciada una y otra vez por mercaderes, había viajado miles de kilómetros sólo para ser devuelta a la tierra. Fue un fracaso póstumo. El cura del lugar oyó hablar de ella, se la reclamó a las autoridades, decidió cristianizarla y la enterró. Tenía el don de convertir paganos y agradeció aquella oportunidad que se le presentaba.

La iguana congelada: desapareció de una manera tan extraña como había aparecido. Lo increíble es algo que sucede a veces y, de hecho, sucede mucho. De acuerdo, no es siempre algo tan exótico o tan rebuscado como un ladrón egipcio de tumbas golpeando una mandíbula finlandesa con un saurio helado, pero no es menos increíble aburrirse o sentirse triste y afligido a causa de una iguana muerta de frío. Lo increíble no tiene solamente el sabor de una iguana helada, tiene también el sabor de los muebles que nadie quiere, del hogar que nunca se abandona, del no haberse tropezado aún con nadie interesante, del no poder encontrar trabajo. Para terminar, lo increíble es la marca de lo creíble.

En la tienda del Chamarilero

El Chamarilero observa cómo Nikki se va. La rara oportunidad que se le ha presentado de ver a una belleza con problemas lo ha puesto de buen humor (al fin y al cabo la desgracia suele ser el uniforme de los feos) y lamenta no haber logrado que llorase un poco más. La cara de angustia que Nikki ha fingido cuando las monedas

que acaba de darle alcanzaban la palma de su mano no le ha hecho efecto alguno. La estupidez suele pagar con generosidad.

Estoy pensando en cambiar de forma. Hay pocas cosas más aterradoras que darse la vuelta y ver un ánfora de dos metros y medio de alto que antes no estaba detrás de uno, sobre todo si esa ánfora se pone a hacer muecas. La mayoría de la gente se engaña a sí misma y se tranquiliza, ya que encuentra muy difícil dar crédito a la realidad. Una vez cada trescientos años, más o menos, me doy el gustazo.

Incluso para mí éste es un mal momento en mi trayectoria de vasija; me temo que estoy condenado a acumular las gotas grasientas que se desprenden del techo provenientes de alguna fuente asquerosa. Hay quince hongos distintos en el local. Y no hablemos de las bacterias. Pero entra una mujer en la tienda antes de que me dé tiempo a enumerar las trescientas diecinueve situaciones existentes peores que ésta en la que me hallo.

Cabe la posibilidad de que quienes carecen de mis agudas capacidades de observación no hubieran sabido a simple vista que se trata de una mujer.

Es enorme. No es que sea la mujer más alta que he visto nunca, pero sí la número seis, con sólo dos kilos menos que la número cinco. Ciento sesenta y cinco kilos y medio equivalen a unos cinco patos dormilones sumerios (oooooobviamente los que dan en la balanza dos talentos) o a casi trescientas mil increíbles ratas de agua (los pesos y las medidas, al igual que las reglas, son también importantes, porque sin ellos no se obtiene el placer de engañar a los demás; ejemplo: la tribu infestada de ratas de agua que las adoptó como patrón de medida no tardó en dedicar todo su tiempo a cebarlas o incluso a llenarlas de arena; fue una de esas ideas que nunca arraigan, pero, sin embargo, sigue siendo mi método de peso favorito).

La mujer mide un metro noventa y dos. Una exageración en cualquier sistema de medidas. Es tan grandullona que el edificio parece endeble de repente y resulta verosímil imaginársela atravesando la pared con la misma facilidad que el vano de la puerta. Tiene el pelo blanco y muy corto, no más largo que un dedo de ancho (a menos que sean dedos de un ancho muy ancho). Lleva un par de pendientes que sugieren la historia de un peatón que intenta entrar en un edificio ardiendo para salvar niños atrapados.

Cuando atraviesa la luz de la puerta la tienda se queda medio en penumbra.

—Quiero todo lo que le ha vendido la mujer que acaba de salir.

Lleva puesta una chaqueta de cuero blanco con dos alas cosidas de mala manera en la espalda. Son las alas de un cóndor. El resto del cóndor está pintado de blanco, de forma también bastante desmañada.

El Chamarilero se queda sorprendido, aunque no demasiado, de una compra tan grande por parte de una compradora tan grande con alas tan grandes; nos encontramos sin duda en un barrio donde se agradece el regateo. Ganar dinero no es

su objetivo principal, así que necesita un momento para abultar el precio hasta un extremo indefendible. Palpa los objetos ante él con un respeto instantáneo y adopta su voz de vendedor, pero desgraciadamente se siente obligado a engolada y a discurrir la humillación adicional con la que poder regresar satisfecho a su casa por la tarde, de modo que no se detiene en mí, sino que trata de regatear con los pingüinos, con la jirafa y con el tejón de cerámica.

—Doscientos pavos.

—¿Quiere que le pegue? —le pregunta ella, utilizando un tono que yo podría describir como cálido y cortés.

Su mensaje es tan contrario a sus modales que al Chamarilero casi se le escapa la evidencia de que es una mujer tan fuerte que podría arrancarle los miembros uno a uno, como pétalos de una flor.

Suelta a toda prisa los diversos animales, puesto que estamos en un vecindario donde los vecinos han sido excesivamente castigados por robos de poca monta, pero ella le paga sin rechistar las cien libras que él le pide finalmente por todo. Nos vamos.

Fuera, un joven negro va en bicicleta por la acera; se acerca a mi porteadora, esperando claramente que ella se aparte. Lleva un walkman y gafas de sol, a pesar de que es una tarde nublada de noviembre. Entorna sus ojos detrás de los cristales y piensa en algo que decirle. Mi porteadora tiene un aspecto seráfico. El joven negro se ve obligado a dar un giro brusco a su bicicleta y tres metros más adelante empieza a maldecir. Un hombre en silla de ruedas está cargando una bicicleta de niño en un remolque que lleva atado a su silla de ruedas; existen treinta y dos maneras de cargar una bicicleta de niño en un remolque (de ese tamaño); ésta es una de las tres maneras que existen de cargar una bicicleta de niño que no le pertenece a quien la está cargando. Un hombre está comprando un par de zapatos negros para su mujer, que acaba de morir. La media del pulso de las personas que hay en la calle es de setenta y nueve pulsaciones por minuto. Con respecto a los dos pensamientos más frecuentes entre los peatones, que son sesenta, cuatro están pensando en las patatas y dos en lo que les gustaría hacerle a la muchacha que lleva puesto el abrigo de piel de leopardo. Pasan setenta y cuatro vehículos.

Subimos a una camioneta, que se encoge cuando mi porteadora se acomoda al volante. Arrancamos y pronto veo claro que nos dirigimos al apartamento de Rosa. Tras aparcar en la esquina, mi porteadora coge un teléfono móvil y marca un número. Nikki contesta. Mi porteadora cuelga entonces, se lo piensa un poco, arranca de nuevo y circulamos otros quince minutos. Llegamos a un gimnasio, a uno de esos lugares en los que el ejercicio no se hace para quemar grasa o para perfilar las nalgas femeninas; éste es para darle forma a la violencia. Los boxeadores que golpean sacos sudan pretendiendo incrementar el daño que van a hacer. Hay hombres de un tamaño inverosímil cuyas caras casi han desaparecido tras sus músculos, aunque no parecen

tan imponentes al lado de mi porteadora. Las cabezas se dan la vuelta conforme ella pasa: es la única mujer aquí.

—Hola, Mole —dice uno que la conoce.

Otros que no la conocen se ríen. Alguien ha dejado unas pesas pequeñas de halterofilia; Mole marca otra vez el número de Rosa en su teléfono móvil y, al ver que de nuevo contesta Nikki, coge las pesas; Mole es capaz de levantarlas junto con la persona que las levantaba antes y de lanzarlos por el aire a los dos hasta el jueves que viene; empieza a zarandearlas de manera abiertamente floja y desgana.

Por supuesto, algunos de los supermúsculos que están cerca de ella empiezan a reírse; no tiene mucho sentido el haberse pasado la mayoría de la vida levantando piezas de metal y rompiendo huesos si luego no puede uno tomarle el pelo a una gorda de esas que hundan el pavimento al andar, de una gorda que no tiene agallas para levantar unas pesas como Dios manda y que encima lleva puesta una chaqueta de cuero blanco con unas roñosas alas blancas cosidas a la espalda. Tres muñecos inflables que entre los tres no tienen personalidad suficiente ni para ser un lápiz dejan de hacer ejercicios para mofarse de ella. Me pregunto si ella lo hace para provocar una pelea, puesto que está claro que su manera de actuar busca llamar la atención y provocar la burla.

—Así no te vas a quitar de encima esa grasa, amorcito —opina uno.

Lo cual no es justo, ya que tiene muy poca grasa en el cuerpo; su antebrazo es el más grande de todos. Me doy cuenta de que uno o dos de los otros que hacen ejercicios un poco más allá sonríen, no a causa de Mole, sino de lo que va a pasar.

El provocador tiene un tatuaje en forma de navajazo alrededor del cuello, con las palabras CORTAR POR AQUÍ; exhala un tufo a gimnasio carcelario. Probablemente no le importa ir a la cárcel, porque allí podría levantar pesas y el hecho de estar encerrado le ahorraría la posibilidad de joderse la vida un poco más aún. Es un cretino nato, que empezó siendo cretino y suda la gota gorda todos los días para serlo cada vez más. No se da cuenta de que lo han hecho en una fábrica que ya producía cretinos a todo tren antes de la Edad de Piedra.

—No te van a echar nunca un polvo, muñeca. ¿Para qué has venido, para reforzar el tocino que tienes?

Se acechan mutuamente dando vueltas en círculo. Mole adopta un aire angélico durante este escarceo.

—La fuerza no tiene nada que ver con los músculos —dice con candor, como si fuera una colegiala de pocos años.

Los otros no han presenciado algo tan jugoso desde hace tiempo.

—La fuerza procede del alma —añade.

Parece que ninguno de los dos se puede aguantar.

—¿Quieres apostar? —le propone a Navajazo.

Éste es el momento en que cualquiera con una pizca de inteligencia en su cabeza lanzaría una carcajada y se iría. Pero ninguno de los dos piensa que el asunto esté zanjado.

—Me apuesto cien pavos a que soy más fuerte que cualquiera de vosotros —dice Mole.

—¿Oh, sí? —ironiza Navajazo.

—Sí —responde ella, sacando de su bolsillo dos encendedores (uno azul y otro rojo), junto con los billetes.

Navajazo se acerca para palpar el dinero.

—Escoge un encendedor —le dice ella.

Navajazo agarra el azul con su mano derecha y Mole sitúa encima su palma izquierda; la mano derecha de Mole agarra el encendedor rojo y Navajazo sitúa encima su palma izquierda. Las llamas se encienden.

El malestar de Navajazo surge al instante. Es de esas personas que preferirían morir antes que parecer blandas, pero aquí no tiene oportunidad de morir, sino sólo de sentir un dolor terrible. Después de diez segundos tiembla como un agonizante y retira la mano un momento; luego, con lágrimas en los ojos, la acerca de nuevo. La mano de Mole no se mueve, su cara tiene una expresión beatífica. Después de diecisiete segundos Navajazo se derrumba, llorando como un niño. Su amigo negro trata de conseguir dinero de otros tipos más pequeños y menos violentos del gimnasio, convencido de que puede hacerlo mejor. Pero ha de ser con el mechero de ella.

—Aquí hay tongo —dice Navajazo, agarrando el azul, encendiéndolo y quemándose de nuevo—. No te vas a llevar la pasta —añade.

Ella lo mira dulcemente a los ojos al mismo tiempo que le agarra los cojones, tira, aprieta y retuerce. Está acostumbrada a hacerlo..., su sonrisa, su mirada inamovible, la manera en que se tiene en pie, no son nada casuales: estaba preparándose para dar el zarpazo y Navajazo vive ese instante de sorpresa que sienten los hombres cuando saben del dolor que les queda por sufrir y tratan de oponerse, sin éxito, como siempre. Se desinfla.

—Voy a decirte una palabra que te describe bien —le dice ella—: *Fanfarrón*. *Fan-fa-rrón*. ¿Quieres que te la escriba? A veces la persona de la que se ríe uno no es más gorda, sino más fuerte.

Obtenido el dinero, regresamos al apartamento de Rosa. Mole aparca la camioneta, se baja y cruza la calle con un juego de llaves en la mano. La observo comprobar que no hay nadie en el apartamento y luego hurgar en la cerradura, lo cual me sugiere que está intentando entrar de forma ilegal.

Mientras forcejea con la puerta de Rosa, un caballero que no he visto antes abre la portezuela de la camioneta y se sube al mismo tiempo que Mole entra en la casa.

Creo que Mole forma ya parte de mi pasado. Arrancamos de nuevo.

No vamos lejos. La parada es en un garaje de una calle secundaria, donde el caballero vacía por completo la camioneta de su contenido. Se mueve con la seguridad de un demente. No cabe duda de que si se consigue encontrar a un buen obsesivo y se logra obsesionarlo de la manera deseada, será el mejor funcionario del mundo: sin descansos para tomar el té, sin fatiga, sin llamadas telefónicas privadas, sin distracciones.

Pasa meticulosamente el aspirador por todos los recovecos de la camioneta, lava y luego encera la carrocería, cambia el aceite, las bujías, limpia las fundas de los asientos con detergente, tira las colillas de los ceniceros, abrillanta la caja de herramientas, coloca la guantera y, al final, tras reflexionar un poco, pulveriza un perfumador de ambiente por todo el interior. Me cae encima un violento chorro. Cinco horas más tarde devuelve la camioneta al mismo sitio donde la birló, aunque con una nota en el asiento delantero, un ejemplar del Nuevo Testamento y un bote de espuma quitamanchas.

La nota dice lo siguiente: «La limpieza es la cualidad más cercana a la santidad. Un vehículo limpio es un vehículo que sin lugar a dudas lo situará a usted en el camino de la salvación. Un salpicadero como Dios manda place al Señor, deje que el color de su vehículo le dé brillo a su alma. Donativo sugerido: 200 libras». Resulta complicado calificar esta transacción. Opto por «prestado y luego devuelto».

Mi gigantesca porteadora aparece diez minutos después; está claro que Mole ha estado vigilando la calle desde un *pub* y ahora toma posesión de su camioneta con toda tranquilidad.

Se mete la nota en el bolsillo. Entramos en el apartamento. Mira en torno como si estuviese haciéndose una idea de cuál es el sitio de los objetos, pero desiste de eso y nos pone encima de la mesa cuya pata renquea. Se va sin hacer ruido.

Nikki regresa tarde, es evidente que ha decidido retrasar la partida de casa de Rosa. La acompaña un caballero alto que sin lugar a dudas tiene un papel muy específico en los acontecimientos de la velada: estirar y masajear varias partes del cuerpo de Nikki.

No pasan del recibidor. El hombre es delgado pero tiene buenos músculos y gruñe con un acento de Lyon; su pene es largo y curvilíneo. De los seiscientos once tipos que hay, ocupa la posición cuatrocientos cinco; es el pene cimitarra, capaz de saltarle un ojo al más pintado. Además, en la superficie de su masculinidad despuntan varios fragmentos de metal. Más que un pene parece un trampolín al que hubieran clavateado en el extremo. Cuando se lo clava, Nikki emite un sonido similar al de un cerdo vietnamita. Tras el polvo, Nikki se mete en su ranura un pepino, que es el vegetal más usado para este servicio (aunque en el siglo XVIII tuvo ocasión de comprobar un imprevisto auge de los cardos, nunca comentado por nadie) y una sabia

elección, ya que puede proporcionar toda la firmeza necesaria sin el riesgo de quedarse dentro en permanencia, situación que otros objetos tentadores podrían desear.

Se saca el pepino.

—Voy a preparar algo para comer.

Tan criselefantino ha sido el asunto que Pollametalica se queda sin verbo y sin cerebro durante unos cuantos minutos.

—No vas a aliñar el pepino, ¿no? —resuella.

—No notarías la diferencia. Lo mejor después de follar es una comida sana y ligera.

Al dirigirse a la cocina, Nikki nos ve sobre la mesa. Somos objetos traqueteados de un lado para otro. Se queda asombrada, pero sólo por un momento. Verifica mentalmente que nos sacó de la casa. Se ríe. Es una risa que sugiere que no tiene la menor idea de que Mole está detrás de nuestro rescate. Está claro que disfruta tanto con los misterios como con un buen revolcón. No es una muchacha fácil de doblegar o de amilanar o que busque explicaciones.

Rosa no vuelve. Como siempre, por la mañana Nikki se pincha y sale a hacer ejercicio, preguntándose si debería vendernos de nuevo.

Luego, una hora y veinte minutos después de la salida de Nikki, tiene lugar un robo auténtico, o tradicional. La ventana de la habitación del frente cruje con un sonido metálico y entran unas tijeras de las que se utilizan para podar setos, manejadas por asas telescópicas. Sus hojas husmean por la habitación pero, por el momento, aparte de las prendas de Nikki, no hay mucho que llevarse. Con una destreza impresionante, las tijeras agarran una botella de whisky casi vacía y la sacan al exterior. Un filete reseco sale también. Finalmente, me prenden y me sacan.

Afuera, el hombre barbudo de la silla de ruedas me mira con sorpresa y disgusto, ignorante de que si lo hicieran carne picada y lo vendiesen como la mejor comida de perro que hay en el mercado y arreglaran su silla de ruedas y la pusieran a la venta, yo aún valdría mil veces más que el total. Espero siempre un mínimo de fervor por parte de quienes me roban.

Hay dos maneras de abordar el delito: con cautela o con caradura. Sin inmutarse, el Barbas (número treinta y tres mil cuarenta y nueve) rebusca en su remolque y saca una larguísima y robusta caña de pescar, que monta y que luego utiliza para enganchar el defectuoso radio-casete de Nikki (que se había salvado milagrosamente de las anteriores limpiezas).

El Barbas no tiene prisa, pero suelta continuas obscenidades. Mira algunos papeles que le parecen inservibles y, después, tras haber guardado las cosas en el pequeño remolque de su silla de ruedas, en vez de hacer un esfuerzo por quitarse de

en medio del vecindario y quitarnos de en medio del vecindario a nosotros los objetos, desplaza su trasero hacia un borde de losilla y se regala una placentera defecación.

Luego nos vamos. Primero al quiosco de periódicos, donde roba un diario, y después a almorzar a un café cercano, en el que el Barbas sitúa su carricoche en el centro de un pasillo para bloquearlo por completo, en vez de colocarlo al lado de una mesa vacía y permitir que la gente pase. Pide su comida a gritos, tan fuerte y con tanta insistencia como le permiten sus pulmones.

—¡Mueve el culo! ¡Mueve el culo!

El propietario lo conoce, es evidente; su expresión encierra una serie de mensajes: que ha decidido que lo mejor para él es servir al Barbas y quitárselo de encima lo antes posible y que cree que es una pena que la civilización no haya degenerado hasta el punto de que la ley permitiera reventarle la cabeza con un palo de golf. El propietario acaba de recibir una postal de su hermano en la que le explica lo agradable que es regentar un café en Shropshire.

El Barbas le paga al propietario menos de lo que debe y éste dice que le faltan veinte peniques.

—¡Veinte peniques! ¡Veinte peniques! ¿Tanta importancia tienen veinte peniques para ti?

Sólo necesita gritarlo dos veces para que el propietario se bata en retirada.

Comer haciendo mido: un talento del que sin lugar a dudas no carece el Barbas. Verdaderamente pertenece de lleno a la nómina de los asquerosos. La única página del periódico que le interesa es la de las defunciones. Se dedica a leer esquelas en voz alta con el mismo gusto que exhibe engullendo la comida, y al mismo tiempo además:

—¡Sí, sí, jódete, Eric Allaby, cincuenta y seis años, investigador en física cuántica, deja dos hijos. Jódete, jódete, Auriol Travis, lector de Estudios sobre Oriente Medio, deja mujer e hija. Jódete, jefe de escuadra del Ejército del Aire, ochenta y un años!

Su entusiasmo es más o menos el mismo por todos los que acaban de dejarnos.

Conforme avanza en la página, Nikki entra y mira el menú escrito a tiza en la pizarra. Desde donde estoy, puedo ver en la calle, a unos cien metros, la camioneta y a su chófer de pelo blanco. Mientras decide qué elegir, Nikki me ve a mí y a su radiocasete en el remolque. Con discreción, reconoce sus propiedades y se va.

Entra una pareja. La mujer lleva ropa desgarrada, a juego con su cuerpo desgarrado. El hombre tiene unos cuarenta años y un pelo que podría ser descrito como un montón de heno revuelto, si es que acaso existe un montón de heno con sólo veinte tallos. Piden té, pero cuando la camarera lo trae, Pocoheno abre fuego:

—¿Qué es esto?

—Su té.

Pocoheno mira a su alrededor, como a la espera de que todo el mundo esté de acuerdo y se asombre de la ofensa que le están haciendo.

—Esto no es una taza de té. Por favor, llévatela inmediatamente.

La camarera es de una gran educación y no le importa soportar su trabajo por poco dinero; viene de un país pobre. Le pregunta qué es lo que ha hecho mal.

—¿Cómo puedes traerme una taza de té así? El té debería estar en una tetera.

El saquito de té flota en la taza.

—Lo siento —dice la camarera—, normalmente así servimos el té.

—Me importa un carajo —resuella Pocoheno.

La camarera pide disculpas, sin darse cuenta todavía de que el problema no es el té, sino Pocoheno. Le ofrece llevárselo y traerle una tetera.

—No. No. No. Tráeme un café. Está claro que no tienes ni puta idea de lo que es una taza de té. Estamos en Inglaterra, ¿sabes? Es una cuestión de sentido común.

Grita casi tan fuerte como el Barbas. La camarera se apresura a volver con un café.

—No. No. No. Esto es un insulto tras otro —se queja Pocoheno—. Esto no es una taza de café. Voy a tener que hablar con el administrador.

Uno o dos de los otros clientes miran hacia él, catalogándolo de estúpido de campeonato. En efecto, atormentar a una camarera es uno de los delitos más nauseabundos; suele cometerse en los restaurantes más caros, pero aquí Pocoheno lo está logrando por menos de una libra. Está claro que no ha obtenido el éxito extraordinario que cree merecer en la vida y ahora se le presenta una oportunidad para que lo escuchen y para ser desagradable con alguien obligada a devolver sonrisa por ofensa. Por la manera en que viste se ve que le preocupa el Tercer Mundo: busca la extinción del Tercer Mundo y de sus problemas, la abolición del sufrimiento. Escribirá largas cartas sobre las injusticias del universo que nunca serán publicadas en los periódicos (a menos que éstos sean de poca circulación). Incluso un lugal es mejor que este esmirriado chacal, porque un lugal pisotea a todos, no sólo a los débiles y a los reprimidos. Su acompañante permanece impasible.

Pronóstico: ella es un ser inerte, sin cualidades reseñables y no lograría empalmar ni a hombres que volvieran de seis años de aislamiento solitario. Pocoheno probablemente no sirve para nada, excepto para una cosa: existe y calienta la cama. Pasar un bochorno en un café es mejor que la soledad.

Resulta extraño que la camarera se digne trabajar, cuando allá en la estación del metro los mendigos barrigudos sacan en pocas horas lo que ella gana en todo un día, y encima insultan a la gente. El propietario se pregunta por qué no estará en Shropshire, la muchacha que lee *The Stage* se pregunta por qué no estará ella en el elenco del Royal Ballet y el mecánico con el grasiento cigarrillo hecho a mano

imagina que está follando estilo perro con la cocinera gorda; pero ella ha renunciado al amor.

Nikki vuelve a entrar cinco minutos después. Sin que la vea el Barbas, deja caer un par de pendientes en el remolque y, luego, sale otra vez. La camioneta observa a lo lejos.

La burla de los obituarios continúa durante nueve minutos y cincuenta y tres segundos adicionales, tras lo cual salimos a la calle. A doscientos cincuenta y tres metros del café un coche de la policía se pone a nuestra altura. Antes de comprobar que somos el objeto de su atención, el Barbas sale disparado; si hubiera abandonado el remolque podría haberse escabullido, porque sus fuertes brazos impulsan la silla de manera increíble, pero lo atrapan.

El policía que lo detiene lo pasa mal. El Barbas no pierde el tiempo preguntando de qué lo acusan. Pide ayuda a gritos con un vozarrón tremendo.

—¡Pégame! ¡Venga, pégame! ¡Soy un tullido! ¡Estoy en el paro! ¡Lo merezco! ¡Ódiame! ¡Mirad, mirad todos!

Se tira de la silla de ruedas como un nadador que salta a una piscina, con las manos hacia atrás, tratando de golpear el pavimento, pero el policía se interpone en su caída y la cabeza golpea su bota derecha. Agarran al Barbas como si fuera un salmón gigante y lo meten en la parte trasera del coche.

En la comisaría, tras quedarse tan quieto y tan maleable como un saco de patatas, el Barbas sorprende al personal y se arrea un golpe insigne contra el filo de la mesa del sargento que lo custodia, abriéndose la frente como si tuviera una cremallera y salpicando el suelo con pequeños soles carmesíes.

—Os voy a arrancar el culo ante el juez —cacarea.

Su abogado llega y casi no puede resistir el gusto que le da cuando piensa en el pleito.

Me entregan a Nikki, que ha entrado aquí como si nunca hubiera visto una comisaría: dice que yo pertenezco a Rosa y que el radiocasete es de ella; además, y se trata de un detalle clave para la resolución del caso, resulta que los pendientes (que por casualidad tienen forma de guitarra) son los que denunció que le habían robado en el primer robo y que están sin grabar. Sean cuales sean sus perspectivas con la poli, el Barbas va directo a chirona.

Cuando se vive en esta parte de Londres no hay que pagar para divertirse.

Taza de té número dieciséis

Rosa se alegra de que hayan detenido al culpable.

Nikki está ahora sentada en el suelo con el desparpajo de alguien que se ha ganado su sitio en el hogar, aunque se estira con la fatiga de alguien que ha utilizado

su musculatura en demasía.

—¿Te estás poniendo en forma? —le pregunta Rosa.

—Hoy estuve balanceando nubes —dice Nikki.

—¡Oh! —exclama Rosa, y luego decide que podría preguntarle—: ¿Qué es eso?

—Ejercicios de trapecio.

—¿Has trabajado antes en el circo?

—Sí, pero no en el trapecio. Todavía no soy lo bastante buena.

De modo que por eso sudaba.

—¿No dicen que hay que empezar a practicarlo desde los tres años?

—Eso no es verdad. Yo empecé a interesarme por el trapecio una vez que fui a una sesión de entrenamiento y conocí a un tipo que pasaba de los cuarenta. Lo estuve observando y era muy bueno. Luego, hablando con él, me enteré de que sólo hacía tres años que practicaba. Había sido dentista, hasta que un día decidió que quería que la gente lo quisiera y sonriese al verlo aparecer.

Por supuesto que el trapecio tenía que atraerle, porque significa volar. A Nikki le resulta difícil sentir miedo y, cuando lo siente, le fascina, pues para ella es como si le enseñara el culo a la muerte. Le pasa igual que a los bailarines minoicos de la danza de los toros en Creta, que a los acróbatas en cualquier parte. El trapecio significa fuerza, velocidad, sensualidad, ¿qué más puede pedírsele? El único problema de Nikki es que no tiene paciencia para terminar nada. No aguanta la disciplina de quedarse en el mismo sitio haciendo todos los días la misma cosa a la misma hora, por muy estimulante que sea.

Se ponen de acuerdo en que Nikki puede quedarse mientras siga entrenándose para ese número.

Suena un timbrazo largo. Rosa va a ver quién es.

—¿Rosa? Soy Marius.

—Marius, qué sorpresa. Pasa.

—Me gustaría, pero no me siento bien, así que dime si estás incubando alguna gripe o algún resfriado o si has estornudado esta mañana, porque no me puedo permitir otra infección.

—No te preocupes, estoy bien.

El coleccionista entra, con guantes y mascarilla. Lleva aún el extintor de fuego. Nikki barrunta dinero y poder y se lanza sobre él al instante. Marius ha venido a causa de la inquietud que siente por la futura pieza de su colección.

—Me han dicho que te han robado varias veces y quería asegurarme de que todo va bien.

Me enseñan para que Marius me examine.

—Me llevaré este cuenco —dice.

Rosa conoce por experiencia la forma de actuar de Marius. Cierra la puerta y se

apoya en ella antes de decir:

—No te lo puedo dejar, Marius. Helen me lo dio a mí, no a ti.

—¿No confías en mí?

—Se trata de actuar con corrección, Marius. Helen es mi jefa.

—¿Pero qué es? —pregunta Nikki, que lleva únicamente una camiseta blanca, larga y tenue.

A Marius se le empieza a agitar la respiración conforme va detallando mi ampuloso historial; la lujuria termina por dejar una huella triunfante en su garganta. Como les suele suceder a muchos viejos con un pie en la tumba, lo devora la concupiscencia y cada vez le resulta más difícil comportarse de manera normal. Babea por debajo de su mascarilla, a pesar de que necesita aguantársela sobre la nariz para que no se le caiga.

—Entonces, ¿vale mucho? —pregunta Nikki.

Pronóstico: Nikki y yo nos vamos otra vez de viaje.

—Para mí es de un valor incalculable, no tiene precio. Pero más de un coleccionista estaría dispuesto a pagar miles de libras.

De hecho, soy una laguna en su colección. Las colecciones son a menudo el lugar donde las reglas se acogen a sagrado. Puesto que todos somos pinturas o todos somos cacharros, tenemos que estar juntos. Las colecciones tratan de poner en orden un pequeño cuadrado de existencia, de establecer un índice diminuto en la diáspora del ser. Probablemente una colección no llega nunca a estar completa, porque si lo consigue, ¿qué hacer después? ¡Ay del coleccionista que colecciona dicha colección! Aunque yo, por mi parte, lo comprendo.

—Ya me gustaría a mí tener un cuenco que poder vender. Habla usted con un acento raro. ¿De dónde es?

Nikki sonrío tontamente, oliendo un capital sin fin... más los intereses. No le da miedo utilizar sus tetas.

—Soy de Estonia.

Nikki palpa mi reborde con su dedo y con un respeto nuevo.

—Pues no se diría al verlo.

—¿Y qué es lo que esperaba? ¿Que tuviera pintado el signo del dólar? Este cuenco ya era algo maravilloso cuando Europa no era más que un bosque, cuando Egipto era verde, cuando Troya era sólo un par de cabañas de pescadores, Atenas unos cuantos olivos en una ladera de montaña, cuando los faraones se estrujaban el caletre en busca de buenas ideas para construir, antes del diluvio. Esto es la obra de una mano humana en un tiempo imposible de imaginar, tan distinto del nuestro, pero quizá no tan distinto..., cuando la gente tenía aún los mismos deseos, porque la gente siempre ha tenido los mismos deseos. Cuando querían hacer belleza... y hacer el amor.

Se le casca la voz. Nikki probablemente se alegra de haberse puesto su ropa más sutil; Marius está tratando de verle el tenue triángulo negro sin que se le note.

—Sois las dos tan maravillosas —gimotea.

Rosa piensa que es un cumplido, una palmadita de abuelo, pero no es más que un rutinario preámbulo masculino. Las maneras suelen evaporarse con el dinero, a menos que las maneras sean la perversión escogida, y para mandar la respetabilidad al diablo no hay nada como saber que de un momento a otro se va a estar o demasiado muerto o demasiado enfermo o demasiado incapaz de llevarse la cuchara a la boca sin ayuda de alguien.

—Rosa, si tú o tu amiga queréis ganar más dinero, me gustaría haceros el amor a cualquiera de las dos.

Se está derritiendo. No espera que le digan que sí; de hecho, para él obtener un buen rechazo es probablemente el mayor placer.

—O a las dos —grazna.

Este hombre podría reunir una carroza de putas para cada comida sin enterarse de lo que le cuestan. Es el propietario de tres montañas en Suiza.

Rosa lo mira con la clase de repugnancia que puede mostrarse sólo una o dos veces en la vida, y su desprecio casi lanza a Marius contra la pared.

—Vale —dice Nikki—. Quinientos pavos, ¿de acuerdo?

Marius se siente desconcertado, pero está empezando a sudar. Rosa bosteza.

Marius y Nikki se van. Nikki se ha puesto una falda y un par de pendientes de madera de boj que sugieren la historia de dos náufragos echando a suertes, pero haciendo trampas, comerse al grumete. Me pregunto si se ha dado cuenta de eso. Marius se ha olvidado de echarme el guante.

La casa de campo

Día siguiente por la mañana: Nikki no ha regresado.

Pronóstico: está sacándole a Marius el oro que lleva en los empastes de las muelas, vaciando sus azucareros y reuniendo todo lo que se pueda llevar.

Rosa me mete ahora en su coche.

—Debo de haberme equivocado de planeta —dice—. Tiene que ser una equivocación, pero voy a lograrlo. Voy a lograrlo.

Se alienta a sí misma con frases hechas. Su estado de ánimo está en total discordancia con sus pendientes, que evocan una paz envuelta con rojos lazos vaporosos. He visto que la cajita de té donde guarda sus joyas contenía otros pendientes. Para el abatimiento que ahora la aflige hubieran sido más apropiados los de fayenza, que aluden a la solitaria librería abierta en una calle por donde no pasa nadie (y quienes pasan son tan decididamente ajenos a los libros que si alguno entra,

el propietario sospecha de inmediato que va a robar), destinada a cerrar por quiebra; pero el abatimiento no ayuda a pensar y quizá Rosa tenga razón en no querer mostrar a los demás el estado de su alma.

Se pone al volante y arrancamos. Yo supongo en un principio que va a entregarme a Marius, pero al poco me doy cuenta de que salimos fuera de la ciudad. ¿Nos dirigimos acaso a la casa de campo de Marius?

Nos adentramos en una autopista. El coche de Rosa es un cacharro que sólo alcanza una velocidad moderada. Un camión se pone a nuestro lado en el carril interior, manteniendo claramente a propósito la misma velocidad. El chófer pita y nos enseña un letrero que dice: ESTÁS BUENÍSIMA y luego otro: ENSÉÑAME TUS TETAS, escritos de antemano y evidentemente muy utilizados para promover el jolgorio y los vínculos interpersonales en las autopistas de Su Majestad. El camionero tiene la forma de cara número quinientos seis, la denominada culo apaleado. He de aclarar que esta denominación de origen no la he inventado yo, sino un tipo que me encontré en Moguntiacum (está bien, está bien, lo reconozco, existe una curiosa relación entre las personas con caras de este tipo y el transporte por carretera). Rosa sigue conduciendo con los ojos pegados al asfalto que está frente a ella y se pierde el tercer letrero: SI TE APETECE PODEMOS TOCAR JUNTOS UNA MÚSICA ESTUPENDA.

Desde el asiento trasero del coche, donde me encuentro depositado, aparto a Rosa de mi mente y me transformo en la mujer de Culo Apaleado a tamaño natural. Utilizo para ello una foto que tiene puesta en el salpicadero (y yo me pregunto: a menos que uno se vea obligado, ¿para qué llevar la foto de una mujer rechoncha con un hocico que parece un cerdo de Berkshire y que encima es incapaz de encontrar un peluquero como Dios manda?). Me la imagino amenazándolo con el puño. Rosa está tan absorbida ignorando a Culo Apaleado que no se da cuenta de mis travesuras ni de cuando éste se sale de la carretera para disfrutar pegándose un trastazo contra un árbol.

Hago estas cosas una vez cada trescientos años más o menos.

Una hora y cuarenta y seis minutos más tarde paramos en la puerta de una agradable casita de campo, bastante improbable para un lugar, que está aislada entre los bosques y la tierra llana labrantía o que al menos parece estarlo en la actual fase de la historia de la humanidad en el sur de Inglaterra.

Rosa me introduce en la casita después de recoger las cartas del buzón. Me he convertido en su niño mimado; es difícil precisar si esto se debe a que teme que me roben o a que quiere que le cuente cosas del ayer. Echa un vistazo en el interior para asegurarse de que todo anda bien y riega algunas plantas. Añade comida de gato. Está ocupándose de la casa de alguien.

Luego coge unos plátanos y unas manzanas del frigorífico y una botella de agua mineral. Salimos por la puerta de atrás y nos acercamos a un cobertizo cuya

estructura está medio en ruinas. De repente siento un horrible miedo de que me espere un destino rústico con tulipanes plantados en mi interior y sin un público que sepa apreciarme. Una vez bajo el cobertizo me doy cuenta de que, sea cual sea la función que éste tenga, su principal razón de ser es impedir el acceso a un viejo pozo.

—¿Sí? —una voz sale del fondo.

Rosa mete la fruta y la botella en un caldero que hace luego descender con la ayuda de la polea.

—Oh, Dios —dice la voz.

No se trata del tipo de voz que la gente suele imaginar proveniente del fondo de un pozo profundo, oscuro y húmedo. Es femenina, de buen timbre, educada y muy meliflua; me parece asombroso, porque de acuerdo con mi considerable experiencia no era de esperar que una mujer rica y educada se encontrara tan a gusto en el fondo de un pozo.

—¿No te fueron bien las cosas con el herrero de Ipswich?

—No, no me fueron bien —contesta Rosa.

Recuerdo haberme preguntado por qué Rosa había sacado de la basura la carta rota.

—¿Sabes?, nunca hay que esperar demasiado de una primera cita.

—No esperaba nada.

—Oh, a propósito, quería decirte que estoy convencida de que has hecho todo lo posible por hacerme la vida agradable aquí, no es que quiera quejarme, pero es que este pozo es bastante... sucio. Creo que podría serte más útil si estuviera ayudándote en casa.

—Te vas a quedar donde estás hasta que tus ideas funcionen.

—¿Sabes, Rosa?, me gustaría ayudarte, pero has de tener en cuenta que yo no puedo hacer milagros de la noche a la mañana. Y no olvides que los consejos son..., ¿cómo decírtelo?..., sólo consejos. No puedo garantizarte nada.

—Pues no es eso lo que sueles escribir en tu columna.

—Tú eres una persona muy apasionada y muy capaz, de lo contrario no estarías ahí arriba y yo no estaría aquí abajo, pero hay otros muchos que no poseen tus cualidades, que necesitan que los apoyen y que les den consejos sobre cosas que a ti pueden parecerle sencillas; los hay que no tienen a nadie a su lado para darles ánimos; por eso me escriben y por eso me leen; y no te olvides, Rosa, de que mucha gente se siente mejor por el simple hecho de expresar sus sentimientos en una carta.

—El hablar contigo de esta manera ya hace que me sienta mejor.

—Que conste que no quiero crearte dificultades, pero me gustaría que te dieras cuenta de que, mirado desde cierta perspectiva, esto que estás haciendo puede que parezca poco legal. Podría traerte problemas.

—Jamás me hubiera imaginado que te alegrarías de que me viera metida en

problemas con tal de librarte de estar en un pozo por no haber podido resolver los míos. Además, tampoco creo que en la cárcel estaría mucho peor de lo que estoy fuera.

—Bueno, un consejo que sí puedo darte es que en una cárcel de mujeres tendrías pocas probabilidades de encontrar al hombre adecuado. De todas maneras, dejémonos de subterfugios y dime qué consejo quieres ahora.

—Ya te lo he dicho.

Resulta interesante ver a Rosa en el papel de carcelera. No lo hubiera detectado de inmediato, pero, por supuesto, tiene ideales que florecen en el fértil terreno de su magín y que a menudo dan el fruto más extremo. Rosa pertenece a uno de los tipos más raros que existen, el cinco mil cinco, que se da sólo una vez cada cinco mil cinco personas. Yo debería de haberlo adivinado a causa de los pendientes de petreles en la isla Elefantina que se encuentran en su tocador.

—Sigo pensando que pides demasiado. El hombre ideal no es una cosa que pueda comprarse en la tienda. Lo que sí puedes hacer es mantener los ojos abiertos y actuar de tal manera que llames su atención cuando pase a tu lado. Podría ocurrir la semana que viene, dentro de un mes, al cabo de seis meses o de un año. Estoy segura de que puedo ayudarte, pero tienes que tener paciencia. La clave consiste en no preocuparse de estar soltera, sino en alegrarse.

—Yo me alegro de alegrarme de estar soltera si tú te alegras de alegrarte de vivir ahí abajo, porque vas a estar ahí hasta que me saques de ésta.

—¿Y mi familia? Estarán preocupados.

—He hablado con ellos. Les he dicho que estás bien, incomunicada, meditando en un retiro espiritual. Que no se preocupen. Bueno, ¿se te ocurre alguien con quien contactar?

—Por el momento, no.

—Pues eso no es una buena publicidad de tus capacidades, ¿no?

—Oye, que esto no es como llamar al fontanero. Supongo que quieres a alguien guapo, que esté loco por ti, con un trabajo espléndido, que adore a los niños y los animales, que te dé ánimos cuando estés triste y más aún cuando no lo estés, pero que no te anime cuando te divierta estar un poco triste... Que sea puntual. Que no mienta. Que le gusten los trabajos de la casa y haga la compra. Que te traiga flores sin parar. Que viva fascinado por lo que te gusta y que no le guste lo que a ti te disgusta. Que le interesen tan poco las demás mujeres que sea capaz de tener enfrente a tres suecas desnudas haciendo el pino y lanzándole pelotas de pimpón por su vagina sin que se entere.

—No estaría mal, pero no se trata de eso.

Ahora veo claro lo que la ha tejido tan ocupada. Busca la totalidad. Rooooosa quiere a todos los hombres en uno. Sueña con el camino sin retorno, con el beso sin

escape posible. Y es que incluso el lugal más grande, con carne suficiente a su disposición como para embrutecerse durante cientos de vidas, sigue deseando tener a alguien que le aporte bienestar, a alguien que le enjaezca el alma, que mejore su grandeza. Incluso quienes tienen mucho buscan lo mejor.

¿Es Rosa una loca que busca la perfección? ¿O una jugadora que lo apuesta todo, una atrevida que cruza la línea de fuego en busca de la unión ideal, no contenta con medias tintas? Va pisoteando a los falsos y a los que no valen nada, es una autenticadora que busca la autenticidad. Yo he vivido cientos de siglos entre estas mismas preguntas. ¿Dónde está la respuesta? ¿Cuándo es cobardía la prudencia? Cuando fracasa. ¿Cuándo es bravura el desvarío? Cuando alcanza su fin. Es el resultado lo que da valor al plan: a la mierda con la suerte.

Pocos están dispuestos a luchar. Algunos creen que han llegado cuando no lo han hecho. Otros se desesperan. La inteligencia de Rosa hace difícil que pueda engañarse a sí misma. Hay en ella un rasgo adicional que no había observado antes; por el leve frunce de su nariz deduzco que no ha llegado nunca al ooooooh con un hombre, a pesar de todo su garbo y de su pertinacia. No sólo está buscando de manera militante, está esperando.

—Si quieres que te sea sincera, creo que podría hacer más cosas ahí arriba.

—Dame buenos consejos y te saco.

—Pues supongo que deberías estar saliendo con gente. ¿Qué es lo que buscas?

—Un hombre que me haga feliz.

—De acuerdo, empecemos por el principio: si miras en mi bolso encontrarás un pase para una exposición privada esta noche. Ve. Vístete como una puta, cuanto más barato mejor. No enseñes demasiado las tetas. Dirígete al hombre que escojas después de haber comprobado que tiene signos domésticos obvios. Te voy a dar una regla absoluta: ni se te ocurra darle una oportunidad a un hombre casado. Si de verdad le interesas, que te enseñe los papeles del divorcio. Así que ve directamente al objetivo, no esperes que los hombres hagan algo, son demasiado tímidos. Has de ir tú. Esboza una gran sonrisa. Le dices que no conoces a nadie en la fiesta y le preguntas si puedes estar con él. A los hombres les gusta ese tipo de abordaje. Asegúrate de que sientes que todo lo que dice es maravilloso y no te olvides de hacer comentarios sobre el trabajo al que se dedica. Sólo existen unos tres hombres en el país que no están convencidos de ser el asunto más fascinante de conversación.

—De acuerdo —dice Rosa.

—Oh, una cosa más. La verdad es que no quería ser yo quien tuviera que decirte esto, pero el error que estás cometiendo es buscar la felicidad. Lo que deberías estar buscando es el tipo adecuado de infelicidad.

—No recuerdo haber leído nunca eso en tu columna, Tabatha.

—Es que no se puede poner todo en ella.

Las páginas subrayadas en el montón de revistas que están en casa de Rosa tienen ahora una explicación. Observo en la oscuridad y veo que, por algún motivo, Tabatha lleva puestos un par de pendientes que insinúan el olor de la remolacha forrajera. Dudo que ella lo sepa, pero cuando no se sabe elegir pendientes, tampoco se sabe elegir el fondo de los pozos donde la pueden meter a una. Todo está claro ahora. Rosa lo ha estado planeando durante algún tiempo. Habrá traído aquí a Tabatha con artimañas, de forma bastante artera. Saber elegir pendientes es saber camelar, como suele decirse, aunque en el caso de Rosa la elección de los suyos muestra que no ha puesto en ello todo su corazón.

Volvemos a la cocina.

—Ayudo a las viejecitas a cruzar los semáforos. Soy educada y no me enfado cuando se equivocan al llamarme por teléfono. Pago mis facturas a tiempo. No ensucio las calles. Dejo agua para los pájaros cuando hace calor. Me preocupo de reciclar todo lo que puedo. Doy dinero para obras de caridad. No pongo la música alta, nunca, ni siquiera durante el día. Cuando me dejan cartas equivocadas las devuelvo enseguida, incluso aunque no valgan la pena. Cuando me canso de algún vestido, lo llevo limpio y planchado a las tiendas de la beneficencia. Dejo que en mi apartamento vivan personas que no conozco, para ayudarlas. Declaro toda mi renta. Cuido con gusto los niños de mis amigos casados cuando lo necesitan. Doy sangre. Trabajo en mi casa y, por eso mismo, termino por ser yo quien recibe los paquetes de los coleccionistas y por ser yo la que negocia con sus fontaneros y con sus albañiles. Me alimento con moderación, casi nunca pruebo la crema, aunque me encante. Voy a nadar cada dos días. Dicen que soy atractiva, que soy una buena compañía. No quiero ser rica. No quiero ser famosa. No quiero gobernar el país. Tengo veintiséis años y todo lo que quiero, por favor, es alguien a quien amar.

Rosa lanza una mirada del tipo dieciséis.

—¿Por qué no puedo encontrar a alguien que se lo tome tan en serio como yo?

Es bonita, es brillante, y sé por la manera en que dobla la ropa que es cariñosa. Resulta difícil de entender que las cualidades consideradas como méritos no alcancen su objetivo.

Me pone las manos encima para alejarse del presente y pasar al pasado.

Despojando los despojos

Era el hombre inmortal.

En su juventud se había enamorado tontamente de una doncella. Ella se le aparecía en todos y en cada uno de sus pensamientos. La cortejaba y le declaraba su amor, pero la doncella quería que se hablase de ella y, aunque le gustaba el hombre inmortal, le dijo que sólo podría aceptarlo si él visitaba doscientos lugares

interesantes de rodillas, para que cuando estuviera casada con él la gente la señalara con el dedo diciendo: su marido tuvo que andar de rodillas a doscientos lugares interesantes antes de que ella le entregara su amor.

Era mucho pedir y al principio el hombre dijo que no. Ella se negó a volver a verlo más. Él se negó a pensar en ella y aguantó una tarde. Le propuso que sólo fueran cincuenta lugares, pero ella no cedía. Él cedió, de manera que lo único que le quedaba por hacer fue arrodillarse y echar para adelante y, a las pocas semanas, después de sólo doce lugares interesantes, estaba harto, y no digamos de sus rodillas, y pensó en dejarlo; pero eso hubiera sido sufrir en balde, así que pensando constantemente en ella, con su masculinidad en la mano, siguió de rodillas. Además, se estaba convirtiendo en una celebridad regional, pues quienes se cruzaban con él le preguntaban qué era lo que estaba haciendo, y en casi todos los sitios adonde iba lo alojaban de buena gana, porque la gente quería poder decir que el hombre que iba andando de rodillas a doscientos lugares interesantes había comido allí.

El final no fue como todo el mundo había esperado que fuese. Al cabo de muchos meses, cuando regresó, su enamorada estaba inconfundiblemente encinta del hombre con el que se acababa de casar a toda prisa. Nadie había osado decírselo.

Lleno de rabia y con el corazón destrozado, decidió matarse. Se tiró al río, pero de alguna manera no le fue posible olvidarse de cómo flotar y terminó teniendo que volver a pie hasta su casa desde una distancia de treinta kilómetros corriente abajo, mojado, abatido y hambriento, demasiado mohíno para tratar de suicidarse de nuevo.

Al día siguiente se tiró al río con los bolsillos llenos de piedras. Se hundió limpiamente hasta el fondo, a unos tres metros, pero poco a poco se dio cuenta de que respiraba aire de nuevo; estaba allí abajo y sin embargo el aire lo envolvía. El río en cambio no corría por allí, ya que su cauce lo había desviado muchos kilómetros antes una tribu que quería enterrar a su jefe en el lecho y utilizar el agua como un centinela siempre vigilante; se cansó de estar sentado en el fango y de que los peces lo abofetearan. Encontró una cuerda, se hizo un lazo en torno al cuello, la ató a una rama y saltó. La rama se quebró. Encontró una más fuerte y se rompió la cuerda, lo que le causó una fea rozadura en la piel. Consiguió una cuerda mejor, se subió al árbol y se lanzó al vacío; el árbol terminó arrancado de raíz.

Se comió docenas de flores y bayas venenosas y sufrió lo indecible para evacuarlas. Cuando recuperó fuerzas se dirigió al cubil de un verraco muy peligroso. Se lo encontró durmiendo dentro y le dio un patadón imponente. El verraco gruñó de dolor, pero no trató de morderlo con sus colmillos; se volvió a dormir. Anduvo hasta el pueblo dándole al verraco patadas en el culo, y allí se comieron al animal con ajos.

Finalmente, fue de casa en casa pidiendo que le cortaran la cabeza. El más miserable del pueblo accedió a cambio de todos los bienes del hombre inmortal. Agarró un hacha y la esgrimió, pero se reía tanto que no le acertó en el cuello y se

amputó los dedos de los pies, después de lo cual estaba demasiado furioso como para intentarlo de nuevo.

Luego llegaron los invasores.

Buscando guerrear, el hombre inmortal se fue a la guerra desnudo y pintado de azul, con la esperanza de darle al enemigo todas las oportunidades de que lo vieran y lo mataran. Ambos frentes fueron establecidos y el campeón del enemigo avanzó para provocar a los del bando del hombre inmortal.

Era como una montaña. La mayoría de los hombres podían pasar por debajo de sus piernas. Iba cubierto por una armadura de los pies a la cabeza. Llevaba una porra grande como un cerdo y otras armas terribles colgadas de su cinturón. Todos los de la primera línea se pusieron a temblar aterrorizados y ninguno de ellos quiso probar suerte, excepto el hombre inmortal, que dio un paso al frente, sin arma alguna excepto unos cuantos insultos que se había aprendido de memoria en la lengua de los invasores.

No parecía que el Campeón fuera a molestarse en matarlo, hasta que oyó los insultos. No aguantaba que se metieran con su compañero de tienda y blandió la porra para despachurrar al hombre inmortal, pero se le rompió la cadena y la porra fue a matar a cinco hombres de su lado. El Campeón sacó la espada, que era tan larga y tan ancha como un banco, y le dio un mandoble al hombre inmortal, que aguantó sin moverse. Le afeitó algunos pelillos del hombro izquierdo, pero la espada se le partió en el suelo. Desesperado, el hombre inmortal se abalanzó y le dio un mordisco en el labio inferior, que era la única parte visible de su cuerpo. Retorciéndose de dolor, el Campeón se fue hacia él con su daga, pero falló, tropezó y cayó sobre ella, quedando inerte. El hombre inmortal, vivamente defraudado, se sentó sobre la cara del Campeón hasta que éste dejó de respirar.

—Bueno, veamos cómo son de buenos vuestros dioses —dijo dirigiéndose hacia el ejército invasor, armado únicamente con un tinte azul.

Llegó a ser el mercenario más infalible del que se haya tenido noticia. Llevaba sólo unas pocas joyas y los ejércitos de toda la región iban a luchar desnudos, lanzando insultos a grito pelado y llevando flores, porque todo el mundo sabía que el hombre inmortal iba a luchar desnudo (a menos que hiciera mucho frío), lanzando insultos y que su método preferido para matar enemigos era atiborrarles la boca de flores frescas hasta que se asfixiaban, mientras exclamaba:

—¡Tierra eres!

Los ejércitos buscaban que el enemigo se fuera corriendo al ver que él estaba con ellos.

Las alabardas le hacían cosquillas, las flechas se le enganchaban en los lóbulos de las orejas, las lanzas le recortaban la barba, el aceite hirviendo le chamuscaba las cejas, los puñales que le lanzaban le limpiaban los restos de comida que iba

acumulando durante semanas entre los dientes, los venablos le peinaban el pelo, las hachas le desobstruían los oídos. Durante cuarenta años batallando, la peor herida que sufrió fue un corte en su mano izquierda que le hizo un espadachín descuidado de su propio bando durante una francachela.

Como ganaba las guerras, tenía que cambiar de ejército de vez en cuando para que la lucha continuara.

A los sesenta años, tras sobrevivir más de veinte a todo el mundo con quien había crecido, vio a una muchacha de trece que iba a por agua. Era el doble exacto de la mujer que había amado, con su inocencia y con aquel embrujo que lo encandiló antes de que empezara a obsesionarse con los lugares interesantes. Se puso de rodillas y lloró al verla, porque las décadas de expolio no significaban nada para él y porque era un tiempo en el que, debido a la difusión universal de las degollinas, no existía ningún arte capaz de proporcionarle un éxtasis parecido, de manera que en cuarenta años no había vuelto a ver un resplandor semejante. Los cuerpos de las mujeres que se entregaban a él —dedicadas a la copulación ornamental, al oficio de sus orificios— le parecieron tan insípidos y tan vacíos como siempre había sospechado, aunque sólo en aquel momento pudo verlo claro.

Le pidió su mano de inmediato, pero entonces quiso ponerla a prueba. Durante seis meses, para asegurarse de su fidelidad, contrató a los hombres más guapos, más encantadores y más ocurrentes para que la cortejaran, a los que tenían las mejores flautas y sabían sacarles el mejor sonido con el que vencer la resistencia de ella; pero ella los desechó a todos. Tres días antes de la boda, el hombre inmortal pilló un resfriado y estiró la pata.

Conforme Rosa se pasea por el valle del hombre inmortal, veo dentro de su mente tiempos pasados como melocotones que esperan la recolección. No es éste un camino de un solo sentido.

Extiendo mi mano y agarro uno.

ROOOOsa a los 14 años

Veo la calle principal de una ciudad de próspera economía, con más bienes de consumo en sus comercios que países enteros. Ella le había oído comentar que el sábado estaría en la calle principal. Tras levantarse temprano, de nueve a una y media estuvo vagando por la acera de arriba abajo, observando las caras que le hablaban de su niñez, entrando en las tiendas, mirando dos o tres veces cada cosa, hasta tal punto que los vigilantes de los almacenes le echan el ojo. Los vestidos la deprimen; no es que no le vengan bien o que no pueda comprarlos, es que no hay nada que le guste. Sigue patrullando, aferrada a las tres postales de felicitación que fabricó la noche anterior con pedazos de conversaciones. Le duelen ya las piernas y

las plantas de los pies cuando de improviso lo ve frente a ella, con una mueca de agradable sorpresa en la boca.

Esboza una leve sonrisa, pero pasa de largo a propósito, porque aunque quiere hablar con él, aunque ha aguantado medio día dando tumbos para encontrarlo, se protege —ignorándolo voluntariamente— de que nadie pueda acusarla de haber aguantado medio día dando tumbos para poder tomarse un refresco con él.

Tras dar varios pasos se siente atormentada por su estupidez, pero darse la vuelta sería aún peor, pues revelaría definitivamente el interés que tiene por él.

Espera una hora más en la parada del autobús que ella sabe que él cogerá para volver a su casa, convencida de que eso sí será considerado como una coincidencia aceptable, pues aunque él también debe de saber que ella no vive en esa dirección, ella se ha inventado una amiga a la que va a visitar. Pero él no aparece.

Rosa se me vaaaaaaa. Me salgo de su pasado como una lengua retráctil de lagarto.

Sus indagaciones en mi interior no van bien. Ahora van a razón de cuarenta años por día.

Nikki

Rosa y yo regresamos al apartamento. Nikki ha vuelto ya y está forcejeando con el bote de remolacha en salmuera.

—¿Y? —pregunta Rosa.

—Lo siento —dice Nikki—. Mira, si te he ofendido, te pido disculpas. Normalmente no hago esas cosas, pero es que necesito el dinero. No he tenido la suerte de encontrar un trabajo.

—No, si no se trata de nada moral..., es que... Marius es tan repugnante.

—Bueno, sin eso no habría dinero, ¿no?

—Te dije que podías quedarte aquí hasta que te fueran bien las cosas. ¿No te dieron ganas de vomitar?

Aunque parezca extraño, a pesar de que el episodio le ha molestado a Rosa, de algún modo la fealdad masculina las ha acercado una a la otra. Y hay muy poca gente que no disfrute echando una cana al aire. Nikki ve en ello un indicio sutil.

—Al final no pasó gran cosa. Nos metimos en su limusina, que tiene los cristales ahumados. Marius vibraba como un secador del pelo. «Vamos a Oxford Circus», me dijo, «me gusta hacerlo en el centro de Londres». De modo que nos dirigimos hacia Oxford Circus. Entonces se ve que empezó a preocuparse. Me llevó a una clínica donde se pasaron dos horas haciéndome todos los análisis que te puedas imaginar. Todo estaba bien, salvo una pequeña carencia de hierro. Seguimos para Oxford Circus, él iba colgado del teléfono, llamando a la gente y preguntando: «¿Todo va bien en Japón, no hay revoluciones ni nada por el estilo?». Y luego otra llamada:

«¿Todo va bien en Alemania, no hay revoluciones ni nada por el estilo?». Llegamos a Oxford Circus, que estaba abarrotado de gentío haciendo compras. Vi que tenía serias dificultades para respirar, así que le pedí el dinero por adelantado, no vaya a ser que la casque, me dije. Me quité la ropa y le eché mano al pantalón para bajarle la cremallera, pero me detuvo y mandó a su chófer a buscar un par de guantes de látex. Me los puse y le bajé la cremallera. Llevaba... calzoncillos a prueba de balas. «No», me dijo, «no sigas, que se puede romper el látex. Mejor mastúrbate». «Vale», respondí, así que empecé a magrearme y él estaba haciendo lo mismo a dos metros y medio de distancia, en la otra parte de la limusina. «Métete algo en el coño», me pidió. Cogí una botella de champán y la cosa funcionó un ratito, pero al cabo de treinta segundos se aburría. «La pistola», me dijo, «la pistola de mi chófer». Cogí la pistola. «No, para, para», me dijo, «a ver si me pegas un tiro; sácale las balas». Le saqué las balas y me lié a darle para dentro y para fuera, pero se aburría y luego empezó otra vez a preocuparse.

Llamó por teléfono otra vez para asegurarse de que Francfort seguía en su sitio. Me miró y luego dijo: «Quiero ver a alguien haciéndote el amor». «Vale, de acuerdo, pero he estado a tu disposición desde las dos. Si quieres verme hacer el amor con alguien son otros quinientos pavos». «Hecho. ¿Quién?». «¿Tu chófer?». «No», dijo, «mi chófer es más feo que yo. Búscate a alguien bien parecido». «¿Y cómo se supone que debo hacerlo?». «No lo sé», dijo, así que llamé por teléfono a unos cuantos. No encontré a nadie. «Podría encontrar a alguien en la calle», le sugerí, «si le ofrezco quinientos pavos». «Vale», dijo. Así que anduve por Oxford Street durante casi una hora preguntando a los tíos si querían follarme y ganarse quinientos pavos. Todos estaban de acuerdo hasta que oían hablar de Marius. ¿Pero cómo pueden ser algunos tan tímidos? Un par de ellos hubieran sido capaces de matar al más pintado por doscientos. Uno subió a la limusina y le echó un vistazo a Marius y dijo que no. Otro me ofreció cincuenta por follarme, pero dijo que no lo haría delante de Marius. Luego vi venir a un tipo verdaderamente irresistible: guapísimo, bronceado, bien vestido. Se lo propuse. Me dijo: «La verdad es que tengo en qué gastarme el dinero, quiero irme de vacaciones». Pero, lo habrás adivinado, era *gay*. Le dije que no me importaba si a él no le importaba. De modo que se metió en la limusina, y entonces Marius preguntó: «¿Quién es este tipo? No lo conozco. Tenemos que verificarlo». Así que hicimos unas cuantas llamadas telefónicas para establecer sus credenciales, y luego fuimos al médico otra vez. Se estaba haciendo tarde. Marius nos llevó a su casa, pero antes de dejarnos entrar pensó de repente que éramos muy capaces de fijarnos en el lugar, de modo que nos hicieron fotos como a los criminales y nos tomaron las huellas dactilares y nos taparon los ojos durante los últimos cien metros para que no viéramos las cerraduras de la puerta. Dentro había extintores de fuego y cubos de arena cada tres metros. «¿Por qué tienes esos extintores?», le pregunté. «Combustión

espontánea», me dijo. Por fin estábamos en su dormitorio y mi asistente lo intentó, pero la tenía floja, y no estoy exagerando, tú sabes que hay cosas en las que soy más que buena, y una boca es una boca, pero no se le ponía dura. Traté de ser amable, le daba palmaditas. Y entonces me dice: «Quizá si estuviéramos a oscuras, ¿sabes?, podría imaginarme que eras menos... mujer». «Pero entonces yo no podría verte», dijo Marius. Apagamos las luces y el chófer salió a buscar lámparas infrarrojas. Se empalmó un poco, pero luego se desempalmó. «Quizá si te cortaras el pelo», dijo, «se te pondría un poco pinta... de carnicero». Entretanto Marius estaba telefoneando para ver si Japón continuaba en el mismo sitio. «Vale», dije, «me cortaré el pelo, pero no me gusta el pelo corto y eso serán otros quinientos». Marius seguía al teléfono, verificando si Singapur no se había hundido y llamando a un médico. «Me odias», dijo Marius. «No, no te odio, Marius», le contesté, «eres un jodido asqueroso, pero no te odio». «¿Por qué nadie me quiere?», se lamentaba. «Eres repugnante y está claro que los demás te importan una mierda, sólo piensas en ti», le dije. Se le caía la mandíbula al escucharme. No creo que haya muchos que le hayan soltado eso últimamente.

Sin duda Nikki no escatimó los insultos que le dijo, porque es lo bastante lista para saber que Marius es un hombre de una sola transacción; no habrá repeticiones ni oportunidades para ser partícipe de su confianza ni ocasión de regresar y meterse cosas en los bolsillos, porque la servidumbre le echaría el guante al salir.

—Creí que iba a ganarme otros quinientos por insultarlo, pero al final, ¡bingo!: llamamos al amigo de Pollafloja para que pusiera la polla. Tuvimos que verificarlo también, pero llegó en un abrir y cerrar de ojos. ¡Menuda polla!, parecía un perro salchicha pegado a los huevos. Me folló de manera principesca. Yo es que daba alaridos. Pero Marius se había dormido. Discutimos luego a propósito del dinero que nos tenía que dar. «No he visto nada», protestó. «Oye, a nosotros no nos pagabas para que te mantuviéramos despierto», le dije. Y lo más gracioso es que yo me he acostado con un montón de *gays*...

—¿Qué?

—Hubo una época en la que estaba harta de los hombres. De los hombres normales, quiero decir..., eran tan poco de fiar, y si no se quedaban con mi dinero me tundían a palos. Yo me dedicaba a hacer *striptease* y estaba harta de que me pusieran la mano encima; no es ése un trabajo que haga cariñoso al macho de la especie. Viví con tres *gays*, y, ¿sabes?, el sábado por la noche, cuando no hay nada en la tele y no tienes dinero para salir y está lloviendo, se aburre una. Aunque solía terminar lamentándolo, porque después casi siempre tenía que ir al hospital.

Nikki para de hablar, se da cuenta de que su nueva amiga puede que no sea capaz de aguantar sus detalles copulatorios. Me imagino cuál fue la solución que encontró para evitar los desgarros en ese orificio con tan poca tendencia a dilatarse: dando

facilidades para el truco de las dos pollas y utilizando su coño como centro de conferencias. Yo me inventé algo similar con lo que gané gran predicamento en el imperio Gupta. Antes de que terminara el día la gente se daba tortas por mí.

—¿Lo has... uh... lo has hecho por dinero antes?

Nikki pone el pie en uno de los travesaños de la silla y apoya sobre su rodilla el mentón.

—No ha sido la primera vez. No es nada de lo que me avergüence. Lo hice cuando necesité dinero para una operación de mi madre. Es una manera de ganar pasta, eso es todo. No lo había mencionado porque algunas personas tienen una actitud extraña hacia las chicas que trabajan; piensan que tienen que ser drogatas y mentirosas y ladronas sólo porque follan por dinero.

Ambas terminan la velada compitiendo para ver quién dice la frase más estúpida, de esas con las que los hombres buscan que las mujeres se abran de piernas:

Nikki: Todo lo que encuentres debajo de la bragueta es tuyo.

Rosa: ¿Sabes que tienes unas orejas de las de hazme el amor enseguida?

Nikki: ¿Tienes un mapa del mundo?

Rosa: Estoy haciendo una encuesta: ¿Qué sientes cuando la gente te habla en la calle?

Nikki: Me he acostado con todo el mundo.

Rosa: ¿Y si almorzamos?

Nikki no comprende por qué estas frases le resultan ofensivas a Rosa, pero Rosa le explica que estaba desnuda un día en el cuarto de baño cuando oyó una de ellas, y quien la pronunció fue un hombre que no había visto nunca y que había entrado por la ventana.

Nikki, me doy cuenta, me mira a hurtadillas con codicia.

—Es aterrador —dice Rosa, mientras observa la botella vacía de vodka que se encuentra entre ambas—. Estaba pensando en el primer muchacho del que me enamoré, cuando tenía catorce años. Es como si le hubiera pasado a otra persona. Ni siquiera me acuerdo de qué aspecto tenía. Veo su cara, pero no los rasgos.

—No sé por qué te preocupas por eso —dice Nikki—. Yo no me acuerdo de la cara de los tíos con los que follé el año pasado.

Se rasca con fruición el sobaco.

Pero el pasado está ahí y Nikki le cuenta con crudeza a la otra sus correrías, que corren y se corren a través de ese verbo de seis letras que empieza por *f*. Yo calculo que sucedieron a menos de cuarenta y cinco kilómetros de Leicester y que incluyen detalles de sus estancias en Barcelona y en Berlín, pero dudo que otros aparte de mí lo noten. Incluso yo me las veo y me las deseo con tanto cambio. Hace cien años hubiera sido capaz de nombrar la calle en la que Nikki creció.

—Todos tratamos de encontrar lo inencontrable, ¿a que sí?... —señala Rosa, a

Pero gente a la que haya querido de verdad, sólo treinta. De los coleccionistas no hay ninguno que pueda compararse con Odile; incluso los menos odiosos de ellos no le llegaban ni al zapato.

—Ánfora de cuello estrecho. Geométrico ático. Circa 840 a. C. —fueron las primeras palabras que me dirigió.

Y, en efecto, ése era precisamente el estilo y la forma que yo estaba utilizando por entonces, aunque para ser absolutuuuuuuutamente preciso, era el diseño invernal del año 843 a. C., pero no estuvo mal para una muchacha estonia de doce años que recibe un regalo de cumpleaños en Tallin en 1834, cuando apenas acababan de descubrir y de quitarle el polvo a la cerámica del mundo antiguo en las tumbas de Etruria.

Pero Odile era aguda. Y tan lista como difícil de controlar. Cuando se fue a Londres a los catorce años contra la voluntad de sus padres, éstos insistieron en que la acompañaran dos primos y tres gobernantas, conocidas por su vitalidad, su aguante y su fuerza física, a quienes les ofrecieron gratificaciones sin precedentes si lograban permanecer con ella. A Odile le gustaban las dificultades. Yo y otras once pesadas piezas de cerámica fuimos transportadas con ella; viajó encoleccionada.

Su inglés ya era correcto cuando llegó aquí; un año después sólo un puñado de gente culta lo dominaba mejor que ella. Durante meses vagabundé por los rincones más miserables y sórdidos de Londres, provocando admiración y perplejidad con sus preguntas. Escribió una novela en inglés sobre un huérfano criado en un hospicio que cae en manos de golfillos carteristas en el bajo mundo londinense. La envió a varios vendedores de libros la semana después de que el señor Charles Dickens empezara a publicar por entregas *Oliver Twist*.

Nos mudamos a Manchester, donde de nuevo se dedicó a examinar las vidas de los pobres, haciendo buenas obras y reflexionando sobre el orden social. Completó un libro sobre las máquinas de hilar, los géneros de punto, la alfarería, los pesos falsos, los aprendices de las fábricas, la pasamanería y el percal, los mineros, las prácticas incendiarias y el hospicio. Acababa de preparar una magnífica copia de su trabajo escrita a mano cuando un amigo de Alemania le mandó un libro recién publicado por un tal Herr Friedrich Engels, *La situación de las clases trabajadoras en Inglaterra en 1844*; Odile sabía leer el alemán y su amigo pensaba que aquel libro podría interesarle.

Hicimos el equipaje y nos fuimos en coche de caballos a París, donde se implicó en la revolución, aunque no llegué a saber exactamente cómo, puesto que yo y los otros objetos rompibles permanecimos empaquetados lejos del peligro y ella nunca habló del asunto. Los dandis de salón fueron fustigados por su ingenio y algunos huyeron de París para no volver; escritores distinguidos eran incapaces de responder a sus preguntas sobre las dificultades de la gramática y de la sintaxis francesas. Se dedicó cuatro años a escribir una novela sobre la joven hija de un granjero que se

casa con un médico en Normandía. La heroína tenía un número indeterminado de aventuras y terminaba por tomarse el arsénico suministrado por un boticario. Desde su refugio en la campiña, donde se había recluso para acabar el manuscrito, Odile viajó a la capital francesa con vistas a buscar un editor, y esto ocurrió la semana siguiente de la primera entrega en la *Revue de Paris* de una novela llamada *Madame Bovary*, de Monsieur Gustave Flaubert.

Aquél fue el golpe decisivo que derrumbó los empeños literarios de Odile. Lejos de enfurruñarse, sin embargo, salimos de inmediato hacia el Este. Odile gustaba de practicar la zoografía para tomarse respiros de la escritura; siempre estaba metiendo insectos y organismos infelices dentro de botes con alcohol, dibujando pájaros y mirando arañas con lupa. El viaje fue bastante pesado, y eso que yo sé lo que son naufragios y emboscadas.

Raramente exagero.

Decidí que la mejor estrategia era permanecer sobre un anaquel después de que una nodriza dejase caer a un recién nacido en mi interior a la espera de que yo practicara el oficio de verdugo; pero yo, que era por aquel entonces una orza, ensanché mi borde y abrí de inmediato en mis paredes unos agujeros para la ventilación. El lloroso bebé llegó a ser más tarde un lugal superlativo y masacró de la manera más pavorosa a miles de personas en una región poco poblada, provocando un dolor mil veces peor que el que yo le había evitado.

He aquí algunos mariposeos de Odile: una noche en el Pacífico varios marineros sentían por ella deseos lujuriosos poco naturales, aunque naturales, y deseaban esperarla escondidos en su camarote. Cuando uno de ellos entró, crecí hasta una altura de tres metros y le hice ver un tigre de Bengala a tamaño natural en actitud de abalanzarse sobre su víctima. Tenía los más mínimos detalles, hasta las moscas; sólo le faltaban el olor y el rugido (que nadie se atreva, pues, a decir que el cine lo inventaron los franceses). Su capacidad de interpretar el mundo quedó seriamente afectada y se olvidó de sus malas intenciones; tan pronto como se recuperó fue a tirarse por la borda. Aquélla fue mi decimoquinta intervención en los asuntos de la carne.

En Australia, haciendo constantes referencias a sus bichos embotellados y a sus lagartos flotantes, Odile trabajó sin descanso en un tratado que buscaba dilucidar cómo aparecieron en el mundo las diferentes especies. Envió su obra a Londres, donde llegó una noche después de que un tal Mister Charles Darwin presentara un artículo en la Linnaean Society exponiendo su teoría de la selección natural, teoría que, en mi opinión, no tiene ni el colorido ni el humor de la de Odile.

En Ginebra, Odile decidió finalmente dar rienda suelta a unos deseos pospuestos desde hacía tiempo. Ya no era joven, pero logró meter en el saco a un conde ruso. Aplicando su considerable intelecto al asunto, le proporcionó a éste una muestra de

los placeres maritales. El conde, que sabía de coitos, consideró imposible que existiera otra mujer capaz de hacerle cosas así; es verdad que Odile puso en práctica uno o dos toqueteos que yo no había visto nunca (probablemente inventados dos semanas antes en alguna casa de lenocinio parisina). El conde perdió dos dientes al morder una mariposa de caoba esculpida en la cabecera de la cama mientras su aparato se convertía en una carreta desbocada hacia el placer; le propuso matrimonio a Odile con la lengua partida y ensangrentada.

Se fueron a vivir a la heredad que él poseía en las afueras de San Petersburgo, donde ella se dedicó de nuevo a la economía, estudió las fábricas locales y se abrió camino entre compendios. Escribió una obra de seiscientas páginas desarrollando una teoría de la plusvalía y de la acumulación de capital. A mí, que la observaba, me parecía algo tan interesante como quitar el polvo. La misma mañana que puso el punto final en el manuscrito recibió de su amigo alemán, que ahora estaba viviendo en Londres, un ejemplar de *El capital* de un tal Herr Karl Marx. *Adieu* a la economía.

Y vuelta a la ciencia. Montó un fonógrafo y esperó con orgullo para enseñárselo a su marido, que regresó de San Petersburgo con una revista en la que se leía la noticia de un tal Thomas Edison y su máquina parlante. Odile murió en 1890, con un montón de óleos en su haber de objetos y personas curiosamente distorsionados (óleos que ninguno de los sabihondos del arte en San Petersburgo se habría dignado mirar), con una serie de platos llanos de cristal de formas maravillosas y con un manuscrito que llevaba el título de «La máquina de Joseph para calibrar y descifrar sueños relacionados con la salud del individuo»; el manuscrito recibió numerosas cartas de rechazo de gentes importantes en las que aseveraban que no podían tomarse en serio la posibilidad de trabajar con alguien sin estudios académicos adecuados.

Pero sus colecciones siempre le proporcionaron placer. Tuvo dos magníficas colecciones, la cerámica... y los poetas locos.

Hizo construir un pequeño asilo en la heredad. Por qué escogió poetas locos no lo sé, pero cuando se es coleccionista supongo que resulta necesario especializarse, y si se está interesado en estudiar a los poetas locos —Odile lo estaba—, éstos tienen la ventaja de que escriben algunas de sus incoherencias. Y como ella decía, «son los amanuenses de Dios», que tratan de recuperar la lengua de Babel. Yo hubiera podido contarle algunas historias relacionadas con eso, pero qué importa.

Sí, era una verdadera coleccionista, de esas que sólo un coleccionista de coleccionistas como quien esto les cuenta es capaz de apreciar. Cada mañana solía levantarse antes del amanecer para ir a inspeccionar a toda prisa su establo de bardos ladradores arrancados de los zaquizamíes, de las gendarmerías y de los manicomios de Europa; los alimentaba con frutas frescas y con legumbres obtenidas durante todo el año en sus invernaderos y coleccionaba los versos producidos durante la noche.

Los versos no eran siempre abundantes. Había un poeta galés que dormía toda la

noche y la mayor parte del día y se levantaba sólo para comer y para mantener que «un buen poema no se puede hacer deprisa». Tanto era así que durante los quince años que estuvo allí no llegó a producir un solo verso, comportamiento que tampoco es tan atípico entre hombres de letras considerados sanos y famosos en sus respectivos países; el galés, no obstante, replicaba que «un buen poema no se puede hacer deprisa» a cualquier pregunta que se le hiciese, a veces con la variación de «un buen poema, eso no se puede hacer deprisa».

Allí estaba Sven, de apellido desconocido, que nos había sido enviado por barco desde un puerto de Suecia. Era el más prolífico de los locos: escribía sonetos, odas pindáricas, gacelas, villanelas, rondeles, sextinas, fatras, blasones, epitalamios, planhs y pequeños poemas épicos poco convincentes, compuestos en lo esencial por dos pareados idénticos que hacían el elogio del trato carnal con muchachas de trece años; las únicas diferencias detectables entre las diversas obras era la cantidad de veces que se repetían los nombres de las muchachas, el cambio ocasional de los nombres (tres fases, Babette, Solvi y Karen) y los vaivenes en la ortografía. Aquellas efusiones formaban parte de un gran esquema teosófico y Sven estaba convencido de que, al morir, Dios iba a interrogarlo: «Entonces, Sven, ¿cuántas muchachas de trece años has desflorado?». El universo entero, según Sven, era un elaborado obstáculo para impedir que el aspirante lograra la salvación a través del aro de las doncellas. Aquél era el gran secreto que pocos conocían y que aún menos ponían en práctica. De manera que consideraba el manicomio como una trampa maestra erigida por las fuerzas del mal para impedirle estar entre los elegidos.

—¿Y las mujeres? —le preguntaba Odile.

—Ése es vuestro problema. Las carentes de pene sois aquellas a quienes le fue mal en vidas anteriores.

—¿Y si tú fueras una muchacha de trece años y te desflorasas a ti misma?

—Las enseñanzas son vagas en ese punto.

Su adquisición estrella fue una compra proveniente de un ilustre sanatorio alemán, bastante cara, ya que los alemanes no querían desprenderse de un caso tan interesante. Se trataba del poeta que escribía con lo que él llamaba tinta invisible para que nadie le robase las ideas; la mayoría de nosotros lo hubiéramos llamado tinta inexistente, ya que existía sólo en su imaginación. Agitaba su esqueleto de huesos secos sobre las páginas con la alacridad de un perro escarbador. Lo más interesante era que, si se le quitaban las hojas y se intentaba sustituirlas por otras idénticas de papel virgen, se daba cuenta y empezaba a gritar que el papel estaba en blanco, y si se le devolvía una serie de hojas de escritura invisible en desorden, se quejaba.

Había unos cuantos poetas que para mí ni estaban locos ni eran demasiado excéntricos, sino que se habían arrimado a Odile con la sola idea de tener casa y comida gratis.

—Buenos días, señora, soy un poeta y estoy loco, loco y loco.

El orejudo Georgian se presentó a sí mismo e intentó echar mano a las tetas de Odile. Odile se ajustó los pendientes e hizo que dos de sus criados le sacudieran de lo lindo.

—De acuerdo, de acuerdo, pero no sabes lo que te pierdes —dijo él, enderezándose la nariz partida—. ¿Qué hay para cenar? Vengo de muy lejos.

—Tú no estás loco —le espetó ella, devolviéndole sus manuscritos—. Eres malo.

—No, no. Estoy loco y tengo razones para saberlo: vivo conmigo mismo todo el tiempo.

—No es normal que los locos quieran entrar en un manicomio.

—Lo cual demuestra que no tengo remedio.

El Orejudo le tendió otra selección de largos versos sobre cómo algunas mujeres habían vendido sus mejores joyas de familia sólo para pasar unas horas en su compañía. Una balada al estilo de Villon lo describía levantando un barril de sal a cuatro metros de altura con la apasionada erección de su miembro.

—Estás loco si te crees que así vas a llegar a alguna parte —le dijo Odile.

—Te lo he dicho —contestó quitándose de nuevo la ropa.

Ella hizo que sus criados lo pusieran cara a la pared durante una hora.

—Te diré algo —dijo Odile—: Te doy mil rublos si te vas y me prometes que nunca más escribirás poesía.

—No puedo hacer eso por menos de quinientos.

—He dicho mil.

—De acuerdo. Doscientos cincuenta. Mi abuela está muy enferma.

—Buen intento. Mantengo los mil.

Fue una gran batalla verbal entre avaricia y vanidad. El Orejudo cogió el dinero.

—La verdad es que ya estoy viejo para tales retozos. La semana pasada sólo pude levantar el barril a dos metros.

—Llévate la sal.

—Señora, yo tengo mi dignidad.

También sufrió algunos reveses. A Odile se le colaron varios farsantes. Por ejemplo, el poeta loco que se reveló como un crítico loco. Le pedía sus obras al de la tinta invisible y las estudiaba solemnemente antes de declarar:

—Qué poco insignificante, qué poco superficial, qué poco rústico, qué poco monótono.

El poeta loco se subía por las paredes de rabia.

—¿Cómo te atreves a elogiar mi trabajo? ¡Se ve que no lo has leído, porque no has visto lo poco que vale!

El crítico loco era rechoncho y se reía a carcajadas. Los poetas se sacaban rinolitos de la nariz y los encestaban dentro de su boca abierta.

Odile envió una gran suma de dinero a un asilo italiano de Nápoles que le ofrecía un poeta japonés, lo cual resultaba sensacional para la época. El dinero era supuestamente para el transporte y los costos. Creyó durante dos años que la habían engañado, hasta que apareció un espantapájaros de pies nudosos y más callos que un buey, portando en la mano un mapa que le habían dado al partir del asilo, mapa que consistía en Nápoles y, un poco más arriba, en Rusia. Era eslovaco y, hablando con propiedad, no era ni poeta ni escritor: pintaba letras. Al principio le gustaban las letras pequeñas, pintadas a lápiz, en vez de esas que aparecen en las vasijas tirrenas y que mucha gente encuentra tan complicadas. Pero fueron haciéndose cada vez más grandes y él les daba títulos como *La letra A a los diez años* o *La letra S reflexiona* o *La letra T vista de espaldas*. Su evolución posterior consistió en pintar letras en camisón, con botas, y mi favorita era la más impresionante: *La letra B vestida con la ropa de la letra L sin que la letra L lo sepa*.

Otra adquisición decepcionante fue un calvo colérico de Minsk que tenía obvias ansias literarias pero que al examinarlo resultó ser un editor loco. Blasfemaba sin parar y a Odile le tomó un cierto tiempo aclararse con él, pero mantenía que se acordaba de sus vidas anteriores y que en cada una de las reencarnaciones se había ocupado de escritores.

—Homero..., un imbécil. Balaba como un borrego. Cuando me lo encontré se dedicaba a cantar por los campamentos para que le diesen las sobras de la comida. ¿Gratitud? Una mierda. Hesíodo..., un imbécil. Le daba por corregir todo. ¿Sófocles? Un aburrido. «¿Es que no puedes animarte un poco?», le decía yo. Lo intenté, pero no me hizo ni caso. ¿Ovidio? Balaba como un borrego. Siempre llegaba tarde. Dante..., un imbécil. No era capaz de deletrear correctamente las palabras. ¿Shakespeare? ¿Shakespeare? Era un verdadero idiota y yo tuve que darle todas las ideas. ¿Goethe? Siempre refunfuñando. Ni me lo nombres. Todos ellos balaban como borregos. En las noches claras de verano aún es posible oír los balidos a lo lejos, cada vez más próximos. Siempre tienen poco dinero para poder escribir. Se les da una moneda y tienen demasiado dinero para poder escribir. Se les quita y tienen demasiado poco.

Ninguno de los autores a los que editó le proporcionaron placer, excepto Mmmmmm el Avar, de cuyas obras aseguraba haberse ocupado en la Edad de las Tinieblas y que era el más grande de todos. Andaba siempre pidiendo papel para poner por escrito las obras de Mmmmmm.

—Mmmmm, ¡ése si que era un caballero! ¡Qué encanto! ¡Qué ingenio! ¡Qué pasión! ¡Qué atrayente erudición! ¡Qué finura! ¡Qué variedad!

Pero nunca lo lograba.

Odile rastreaba por entre compendios y mamotretos y escribía cartas a las personas cultas de la región, pero no le aclaraban nada sobre el mencionado poeta. Sin embargo no paró de proporcionarle papel.

—¿Y si este editor loco no estuviera loco?

Había otro reencarnacionista. Se trataba de un individuo del lugar, capaz de acordarse de dos mil vidas anteriores. Los países no eran siempre los mismos, pero en todos ellos, al igual que en su vida presente, era carpintero y se llamaba Yacob, Jacob, Giacobbe o Jake; el nombre de su mujer era Eve, Eva, Ewa o Evita; y siempre comía lentejas en el desayuno, en el almuerzo, en la cena y en los refrigerios. Esto lo tenía muy deprimido y se dedicaba a dar vueltas, incapaz de interesarse por la vida.

—No os molestéis en despertarme —decía tumbado.

Incluso la excelente comida del cocinero no lo animaba.

—Pronto volveré a las lentejas. Me suicidaría, pero no vale la pena, ya que he vuelto a lo mismo noventa mil veces.

Odile lo aceptó porque las gentes del lugar no eran capaces de comprender su manía por la métrica y lo llevaron al asilo. Compramos también al que se comía a sí mismo.

Era molinero. Había sido el *mujik* más guapo del pueblo, estaba casado con la muchacha más guapa del pueblo y tuvieron los hijos más guapos del pueblo en la casa más hermosa del pueblo. Y entonces, un día la mujer del *mujik* vino angustiada a ver a Odile, pidiendo ayuda.

—Empezó por el labio inferior. Le pasó una mañana; dijo que se había mordido por accidente al cortar madera. Luego le desapareció el labio superior y dijo también que había sido cortando madera. Luego empezó a perder dedos; supongo que debería haber empezado a sospechar cuando me encontré uno cociéndose en un guiso que estaba preparando.

—¿Se está comiendo a sí mismo?

La esposa rompió a llorar.

Los dedos, los lóbulos de las orejas, los dedos de los pies y el brazo izquierdo... desertaron uno por uno. Todo podría haberse explicado por una asombrosa inclinación a los accidentes, pero las porciones amputadas nunca aparecían. Odile fue a visitarlo y se encontró al *mujik* en la cocina. En el aceite de la sartén chisporroteaba su polla, que había sido el sueño de todas las mujeres en ochenta kilómetros a la redonda.

—Fue una decisión difícil, aunque tengo tres hijos maravillosos. Les convidaría a un poco, pero no hay bastante para repartir.

Le ofrecieron un plato de comida en la heredad, pero se escapó por el camino. Unas cuantas noches después despertó a su mujer. Se había cortado la pierna izquierda.

—Hazlo por mí, querida. Sabes que yo no sé hacer buenos guisos.

Su movilidad disminuyó notablemente y fue conducido a la colección de poetas.

—No estáis engañando a nadie. Lo que pasa es que la queréis toda para vosotros.

No tenéis derecho a interponeros entre un hombre y su pierna. Me la he ganado — insistía.

Fue el único de los locos que se escapó. No llegó lejos; lo encontraron en la cocina, con su otra pierna carbonizada en el horno; había perdido demasiada sangre al cortarla y estaba desvanecido: el gigote se le quemó.

—¿Por qué lo haces? —le preguntó Odile.

—No, no, la pregunta que hay que hacer es por qué no lo hacéis vosotros. Lo que pasa es que os da envidia que yo lo haya pensado antes. No sabéis lo que es vivir.

El inválido del pueblo, que había perdido las dos piernas en aquella guerra, se tiró al estanque y se ahogó a causa del peso de un par de Biblias.

Odile obtuvo algún que otro éxito.

El éxito: utilizando métodos coloreados fue desengañando poco a poco de sus diatribas al editor loco y lo ayudó a acordarse de que era en realidad profesor de francés en un pueblecito.

El agradecimiento:

—¡So puta! —le reprochó éste—. Yo era el mayor vendedor de libros de la historia y ahora tengo que volver a un pueblo perdido en el que lo que provoca las risotadas más fuertes son las legumbres que tienen formas raras. Ahora voy a pasar el resto de mi vida tratando de enseñar verbos irregulares a ignorantes de doce años que no se los van a aprender aunque se me ofrezca la oportunidad de darles tormento y de azotarlos como incentivo pedagógico, y el sueldo me llegará a duras penas para comer pan duro. Y eso si tengo suerte. Me temo que ni siquiera me darán ese trabajo. Todos me conocen por el loco y no hay nada menos atractivo que la enajenación para que me inviten a instruir a sus estúpidos retoños. Probablemente me moriré de hambre en dos meses. Si tengo mala suerte, iré tirando durante dos años. Me has curado la locura, pero no puedes curarme la vida.

Otros fracasos:

—Los recipientes no traicionan —dijo Odile—. Un jarrón no se escapa. Un ánfora no cambia de parecer sobre su dueña. No hay cráteras que se echen en los brazos de otro. Un stamnos no lanza puyas sobre la manera en que una se viste. Los pelikes no escriben desde el extranjero. Si se deja un aríbalo sobre el tocador, ahí se le encuentra al regresar.

Su marido se dedicaba al estudio científico del apareamiento de animales y a vaciar botellas de vodka. Estaba siempre ebrio e importaba putas de Georgia a carretadas.

—Tú tienes tus estudios. Yo tengo los míos.

La verdad es que sufría depresiones, pues se había dado cuenta cuando empezaba a peinar canas de que su realización existencial había consistido en haberse emborrachado mucho y haber ejercido su potencia viril, algo considerado de muy

poca importancia incluso entre los más vagos de la aristocracia.

—«¿Qué será de vosotros?» —me dijo Odile en su lecho de muerte.

Le preocupaba que tuviéramos un final poco digno. Su tribulación era grande, incluso por las cosas inanimadas. He conocido poca gente como Odile, que pueda mirar la vida con curiosidad, con buen humor y con infalible determinación. Mientras yacía bajo los efectos del láudano yo interpreté para ella algunas grandes escenas, las diversiones más increíbles, cosas que los humanos no habían visto durante miles de años, rinocerontes en el Sena, criaturas que nadie de su generación hubiera podido contemplar, y todo porque yo sabía que ella apreciaba el espectáculo.

—La vasija me está hablando —le dijo a sus criados, quienes, por supuesto, asintieron.

Su marido se despidió de ella a través del médico. No fue a verla durante las tres semanas que estuvo en cama porque no podía soportar la visión de la enfermedad. Tampoco fue a su funeral, ya que le resultaban deprimentes.

Incluso Odile, depositada de sabiduría, que desplegó brillantez a raudales, no tuvo un matrimonio feliz.

En el restaurante

Estoy en el bolso.

Rosa ha estado manipulando el terreno de su rostro: arrancando, señalando, estrujando, embelleciendo; ha sido una larga tarde en el cuarto de baño y luego un tiempo prolongado mirando dentro del guardarropa. Eligió en un principio los pendientes de espirales que representan el aprendizaje a lo largo de varios meses — con gran dificultad y mortificación— de los rudimentos de una lengua extranjera bajo la esperanza de que alguien atractivo que se ha conocido fuera del país venga de visita, pero que luego no viene ni da noticias. Rosa no llegó a darse cuenta, pero lo presintió. Vio entonces un par de pendientes de Nikki que representan una persecución en coche a gran velocidad. Se los probó; le quedan bien.

Estamos en el restaurante esperando a un hombre. No es nadie que se deba a los consejos de Tabatha, sino a una última carta. Me pregunto si esta tarde sacaré a Tabatha del pozo. Rosa intenta beberse el vaso de agua como lo haría alguien que ha arrojado a una mujer agonizante en un pozo y no se le nota, pero lo único que logra es parecerse a alguien que ha tirado a una mujer agonizante en un pozo y trata de que no se le note, aunque aun así se le nota.

El bolso donde me encuentro está a los pies de Rosa. Entra el hombre: es alto, inteligente, instruido, de nariz afilada. El pelo no lo lleva a la moda, pero es muy pronto para decir si eso se debe a que está contra las modas y prefiere ir a su aire o no está al tanto de que las cosas han cambiado. Esboza la sonrisa de un hombre que sabe

cómo hacer que las mujeres suspiren. Sí, es un poco arrogante, pero resulta difícil encontrar una mujer a la que no le agrade una pizca de engreimiento.

Es profesor y eso no es un buen signo. Pocos eligen esta profesión porque les guste. Han fallado en algo: son salteadores de bancos, guías, pilotos, gente que nunca pudo escapar del sistema educativo. Seguramente es profesor de inglés para estudiantes extranjeros o incluso algo peor, alguien cuyo único rasgo empleable es el haber nacido en un país cuya lengua tiene demanda en el mercado. Habla con estilo profesoral, esperando que lo escuchen. Pero yo me pregunto cómo es que un buen mozo con todos sus dientes y su pelo y un sueldo se dedica aún a esto a los treinta y dos años.

Rosa traga; sin duda está ya imaginándose atada al lecho con pañuelos de seda, buscando nombres para los niños, preguntándose cómo se habrá puesto de gordo a los cincuenta años. Le cambia el traje doce veces conforme desdobra su servilleta. Tras haber estado temiendo que se tratara de un pesado imbécil, el camino de su corazón se despeja de manera fulminante. Se ve que está pensando que ya era hora.

—Quizá deberías felicitarme por haber elegido este vino —dice él mientras levanta la copa.

Rosa sonríe. Piensa que es un chiste. Yo lo calo mucho antes que ella, porque ella está ocupada imaginando que lo acaricia con su lengua. No es éste un hombre que haga felices a las mujeres; puede que sea bueno en la cama, pero no las hará felices, ni tampoco las hará infelices de una manera interesante o enriquecedora; es sólo un pequeño exasperador. El vino que ha elegido no es nada del otro mundo y él tendría que saberlo; además, en cualquier restaurante medio decoroso el vino no suele estar nada mal. El Profesor habla. Mucho. Sobre sí mismo. El camarero intenta tres veces tomar nota y es ahuyentado por el Profesor, que ni siquiera le ha echado un vistazo al menú de tan absorto como está desplegando su bandera. Los trabajos, las peticiones, las ovaciones... Rosa empieza a hacerse una idea. Lo curioso es que él no se engaña a sí mismo, sabe que es aburrido, pero quizás es eso lo que busca en vez de un verdadero éxito, busca a alguien que se crea que es un tipo con éxito, aunque sólo sea durante una tarde. Ha transcurrido una hora y Rosa ha pronunciado treinta palabras, y eso incluye lo que pidió para comer más decir gracias dos veces al camarero que se ocupa de ellos.

Veo que comen sin gran interés. El comer es una actividad a la que todo el mundo se suscribe. Cada criatura en el planeta está tratando de persuadir a las demás criaturas del planeta para que entren en su estómago. Son bocas cazando bocas. Mosquitos, ratas, suricates, burócratas mosquiteando, rateando, suricateando y burocratizando el mundo. Los comensales se convierten en comensales de comensales, que se convierten en comensales de comensales de comensales, que se convierten en comensales de comensales de comensales de comensales. Con enorme

rapidez. Y luego dicen que el progreso no existe...

—No querían que me fuera, pero China es un país demasiado pequeño para mí, y un viejo amigo me había ofrecido dirigir esa escuela en Dinamarca.

El camarero, notando de alguna forma la tortura de Rosa, trae la cuenta sin que el señor Profesor de Inglés se la pida. Una sensación de alivio se extiende por la cara de Rosa.

—Estoy seguro de que estás encantada de estar aquí conmigo —dice él—. No seas tímida. Dilo.

Hace una pausa para beberse un vaso de agua que ya está necesitando.

—¿No quieres preguntarme algo sobre mí? —pregunta Rosa—. ¿No sientes curiosidad?

—Sí, quisiera preguntarte algo. ¿Puedo hacerte una foto?

Rosa enseña algunos dientes, lo cual podría pasar por una aceptación. El Profesor saca una Polaroid y hace una foto.

—No me lo puedo creer, qué idea tan brillante ha sido elegir este sitio —añade, mientras agita la foto para que se seque con rapidez. Saca un álbum—. Estoy seguro de que te gustaría escribir algo sobre lo agradable que ha sido la velada.

Las otras caras del álbum: Una rubia de cara redonda con mucho maquillaje, sonrisa de oreja a oreja, mejillas de fresa, que levanta una copa de champán, demasiado joven, demasiado borracha como para que la distraigan, con sólo unas pocas docenas de clientes a su alrededor. La nota al pie: ¡*Salud!* Una osteópata francesa de cara cuadrada y orejas puntiagudas, incapaz de creerse que está allí: *Inolvidable*. Una lexicógrafa de cejas oscuras, que se está desplomando, esgrimiendo el eslogan, no te rajes, no te rajes: ¡*Qué velada!* Una sonriente brasileña de labios experimentados que encuentra todo divertido y que no se deja distraer por el hecho de que él sea un imbécil de cuidado, ya que busca legalizar su situación en el país: *¿Cuándo voy a ver tu cosita?*

Rosa escribe: *Increíble*. Me pregunto cuál será el objetivo que persigue el Profesor. Es demasiado inteligente para engañarse a sí mismo y ha guardado el álbum porque sabe que no podrá enseñarlo de nuevo. Saca su calculadora y empieza a calcular la contribución de Rosa. Rosa quiere concluir el asunto pagando todo, pero él rechaza la idea.

—Esto hay que hacerlo bien.

El adiós:

—Háblales a tus amigas de mí —la apremia.

—No te preocupes.

¿Para qué sirve la preocupación de Rosa? ¿Para que le duela el cerebro? Cuando se pertenece al tipo cinco mil cinco las posibilidades no son nulas pero sí tan difíciles como encontrar un alpinista en el Sahara.

De vuelta al apartamento, Rosa se desahoga con Nikki, que está haciendo flexiones de piernas y otros ejercicios en el suelo para aumentar su fuerza y su ligereza.

Extraña competición de hombres

Rosa le suelta lo del Aguafiestas de la Cena.

—¿Y por qué no echaste un polvo? Si es para una noche, son todos prácticamente iguales —opina Nikki.

—No.

—Me parece terrible cuando una piensa que ha encontrado a alguien que vale la pena y lo lleva a su casa y no pasa nada. Es como comprar una blusa y darse cuenta de que tiene un agujero o de que sólo admite limpieza en seco. En una ocasión me ligué a un tipo muy alto que tenía una colección de motos y estuvimos dos horas mirando pistones, porque una tiene que ponerlos contentos, y voy y le digo: «Ha sido fascinante, ¿por qué no nos quitamos la ropa?». Nos quedamos desnudos y yo estaba lista para follar, pero él la tenía pendulona, así que voy y le digo, déjame que te la ponga dura, y va y me dice: «Oye, que *la tengo dura*», pero tenía dura sólo la punta, nada más. Era como si hubiera perdido el resto o algo así, cinco centímetros como mucho. Está claro que tampoco es que haga falta un calabacín, y parece ser que a algunas mujeres les van las pililas, pero no hay derecho, yo creo que si la tienen tan pequeña deberían avisar con una tarjeta o con algo parecido, para que una decida si quiere o no quiere acostarse con ellos. Sería divertido que un tipo repartiera tarjetas que dijeran: «Cinco centímetros, a tu disposición». ¿Tú le echarías un vistazo?

—Puede.

—Pero no te creas, a los más estrafalarios me los encontré cuando estaba de puta. Había un tipo que subía, pagaba y empezaba a leer la Biblia. ¿Y qué crees que pasaba después?

Rosa se encoge de hombros.

—Pues nada. Es decir, se ponía a leer durante cinco minutos. Yo creía al principio que era su manera de empalmarse, pero no, eso era todo. Dinero y una lectura rápida de la Biblia, mientras yo me arreglaba las uñas. Y nada de sermones sobre mujeres desvergonzadas ardiendo en el fuego eterno. No creo que lo hiciera para calentarse la polla.

—Hummm.

—A muchos de ellos no les interesaba follar. Y es que follar era a menudo lo más fácil. Lo peor era tener que ser amable y reírles las gracias, seguirles la conversación. Y no todos eran contables barrigudos de Birmingham. Tuve uno bastante guapo. Lo único que quería era que yo hiciese lo que él dijera: «Ponte de pie. Siéntate. Date la

vuelta. Prepara una taza de té». Bajábamos a Leicester Square y yo tenía que arrastrarme detrás de él, suplicándole: «Por favor, Micky, por favor, lo necesito. Ha sido fantástico. Por favor. Tú eres el único hombre que ha logrado que me corra. Pégame si quieres». Ah, y se me olvidaba la guinda: yo tenía que hacer todo aquello, pero delante de las turistas francesas. Eso era lo más duro, asegurarse de que eran francesas. Las belgas o las suizas no servían. Le había dado esa manía por las francesas, pero era un tacaño. Una vez acabamos discutiendo porque ya llevábamos esperando media hora y no había francesas. ¿Cómo es posible que en medio de Londres no encontráramos a alguna francesa? Y es que no quería pagar el parquímetro.

—Hummm.

—Espera, que el mejor de todos fue el que se follaba a los aparcamientos. ¿Cómo podría olvidarlo? De pronto vino a verme una mujer de mediana edad, de aspecto muy respetable, y yo me dije: «Vale, tu dinero es tan bueno como el que más», pero lo que quería era traerme a su marido. Lo habían visto en aparcamientos, dándole revolcones al suelo. Los edificios urbanos lo ponían cachondo. Ella no hacía más que llorar, porque acababan de pillarlo en un centro de compras por la noche, vestido únicamente con un par de calcetines, echándole un polvo al asfalto. Parece que hacía años que le pasaba lo mismo, cuando viajaba por asuntos de negocios al extranjero. Se había cepillado la Torre Eiffel, el World Trade Center, el Prado y le había echado el ojo también al Taj Mahal. Y cada vez terminaban deportándolo. Luego lo cogieron una noche revolcándose con el carril rápido de la M25. Cada vez le quedaban menos países adonde ir y cada vez encontraba menos gente que quisiera darle un empleo. No había catedral que estuviera segura. Su mujer no podía dejarlo salir de casa, porque se le escapaba y se iba a tirarse al primer asfalto que se le ponía por delante, y cuanto más gente hubiera, más se empalmaba. Lo envió a un retiro espiritual, pero descubrió que él había aceptado el arreglo porque al lado había un aparcamiento, que no estaba mal, con el que dar rienda suelta a sus malos instintos. La mujer lo había intentado todo y tenía la esperanza de que una profesional pudiera sacarlo de aquellas actividades. No quería que su marido se implicara emocionalmente, sólo que yo lo sacase de aquello. Era como si quisiera que él se acostara con la vecina de la puerta de al lado, antes de que lo hiciera con la puerta de al lado.

—¿Y?

—Por supuesto no funcionó. Yo lo intenté. Era un tipo que parecía de lo más normal, de lo más fino. Pero la polla se le calentaba sólo con el cemento al aire libre. Oye, yo soy capaz de hacer disfrutar a la gente, pero es que él únicamente me daba el dinero y me decía que le dijera a su mujer que nos lo habíamos pasado bomba. Lo último que he sabido de él es que estaba en el extranjero intentando joderse al Kremlin.

—¿Y cuál fue el peor cliente?

—Los peores clientes, yo diría, los verdaderamente asquerosos eran los que no aparecían. No hay cosa más exasperante que un plantón. Había un tipo, un africano, que me llamaba por teléfono y me explicaba el pedazo de mandoble que tenía y me preguntaba si no sería demasiado para nosotras. Se pasaba media hora discutiendo el precio y nosotras tratábamos de dejarle claro que no aceptábamos regateo, pero no nos creía, y él insistía en que lo íbamos a pasar tan bien que habría que aplicarle una rebaja de dos tercios del precio. No comprendía cómo funciona este negocio. Y luego no aparecía y volvíamos a pasarnos otra media hora hablando por teléfono con él, tratando de explicarle cómo recorrer los doscientos metros de distancia entre su cabina telefónica y nuestro apartamento, pero es que no había nada que hacer. Lo llamábamos el Tarugo Jefe; podría haber sido el representante oficial de la estupidez de su país. Fui una vez a verlo, pero se había ido a algún sitio; probablemente se encontraba aterrando a todas las mujeres en un kilómetro a la redonda. Luego estaban aquellos que me llamaban para que fuera a su casa y cuando llegaba se habían dormido o habían cambiado de opinión. Una vez me pasé una hora conduciendo a las dos de la mañana en dirección a las jodidas afueras de Londres. Me daba mala espina, pero necesitaba el dinero; llego a aquel *pub*, el tipo era el dueño, y por más que llamo y llamo, nada; estaba claro que se había desinflado. Así que llamé a los bomberos, a una ambulancia y a la policía y luego me fui por el vecindario diciendo: «Lamento molestarles, pero soy una prostituta que ha venido desde Londres para follar con el señor Howard y me temo que le ha pasado algo». Echaron la puerta abajo y lo encontraron roncando. Se quedó con la boca abierta al vernos allí.

—Hummm.

—Aunque no hay que desanimarse. Estas cosas pasan. Cuando trabajé de puta gané buena pasta, pero luego me pasé seis meses sin una oferta; lo único que necesitaban hacer era hacerme una buena oferta, pero no. Deberías intentar lo de la escalera de mano.

—¿La escalera de mano?

—Una vez tuve que cambiar una bombilla, pero no llegaba. Fui a pedirle una escalera de mano a un vecino y venía con ella de vuelta cuando un hombre se ofreció a llevármela; y resumiendo, se ofreció a más cosas. Desde entonces me ha dado buenos resultados. A los hombres les gusta, porque pueden hacerse los fuertes y sentirse superiores y no saben nunca qué decir cuando están ligando. Deberías intentarlo; atrae a los que están sanos, a los que son considerados; si no te gusta su aspecto siempre puedes hacerte la estrecha y decirles que te las arreglarás sola.

—Hummm.

Nikki inclina la cabeza sobre sus rodillas.

—Uuuuuuufff. Es jodido. No resulta fácil cuando se pierde la costumbre. Pero

cada vez me siento más fuerte. Deberíamos hacer algo juntas.

En la televisión están pasando un programa sobre mujeres interesadas en mujeres. Es hora de acostarse.

—Oye, sé que suena algo extraño y puedes decir que no, pero me estoy sintiendo algo insegura. ¿Podría dormir en tu cama esta noche? —pregunta Nikki.

—No sería capaz de pegar ojo —dice Rosa.

Rosa me lleva a su dormitorio y, como siempre, me deposita bajo el edredón. Pero esta noche coloca la silla de su tocador contra la puerta. Me pone los dedos encima. Y vuelta al pasado. Le cuento la historia del coleccionista que no quería ser coleccionista pero tenía en su interior una fuerza colectora.

La casa de campo

Salimos otra vez de la ciudad, llegamos a la casa de campo y vamos al pozo.

—¿Y?

—Fui a la fiesta. Me acerqué al hombre más guapo, que era verdaderamente guapo. ¿Sabes lo que le dije?

—No conozco a nadie aquí, ¿le molesta que esté con usted?

—Eso. ¿Sabes lo que me contestó?

—Oh, déjame adivinarlo: «Encantado de conocerla. Espero que no se haya hecho daño al caer del paraíso».

—No. Lo que dijo fue: «Es usted una pelmaza. Haga el favor de irse».

—¡Oh!

Rosa hace bajar el cubo con la polea.

—No es que me queje, pero empiezo a cansarme de estar aquí abajo en el pozo. Yo tengo mi vida.

—Arréglame el asunto.

—¿Cómo te fue la cena? ¿No ibas de cena?

—Ni me preguntes.

—No puedo creerlo. ¿Sabes?, creo que tienes que tratar de disfrutar más de tu soltería. Flor vigilada nunca crece. Te preocupas demasiado.

—Me importa un pimiento. Aconséjame, ése es tu trabajo. Aconséjame.

A pesar de la dureza de su respuesta, Rosa se está ablandando. El haber encarcelado a Tabatha es un comportamiento que ha tomado prestado, de la misma manera que tomó prestados los pendientes de Nikki. Consiste de nuevo en la idea de que el cambio de comportamiento puede invertir el destino, igual que le pasa al jugador sin suerte cuando cambia los números con que suele jugar a la lotería.

—Está claro que no exteriorizo bien las cosas. Ya te he dicho que creo que podría ser más eficaz si no estuviera aquí metida. Podría presentarte a alguien.

—A alguien de los que has desechado.

—Si estás pidiendo ayuda no te quejes cuando te la dan.

—Cuando la obtenga no me quejaré.

—Todavía no comprendo por qué crees necesario llegar tan lejos... ¿Cómo quieres que te lo diga? ¿Por qué yo?

—Eso es lo que yo me pregunto. Te recuerdo una de tus frases: «No tienes que cambiar tu vida, sólo tu manera de pensar».

—Me pregunto si corrigiendo mi manera de pensar me sentiría más cómoda aquí.

—De eso se trata. Pozo vigilado nunca se seca.

—¿Has leído esa frase en una de las cartas que tienes aún por responder?

—No, es de una ya respondida.

Volvemos a casa. Rosa se pone a tasar un bocado de caballo proveniente de Luristán tratando de adentrarse en su antigüedad. Se trata de una pieza que es sólo una mota, una migaja de lo que yo soy. Lo deja a un lado y me mira largamente. Éste de ahora va a ser un paseo de al menos sesenta años por mi interior.

—Nunca me había topado con un cuenco como tú —dice, aún sin tener ni idea de cuánta razón tiene. Me poooooone las manos encima.

Le infundo la historia de una de las parejas más extrañas, la que pasó sesenta años insultándose mutuamente sin llegar a repetir un solo insulto. Eran bastante ricos, de forma que podían permitirse encargarse obras de arte, esculturas, murales y composiciones literarias para denigrarse entre sí. Como pusieron grandes cantidades de dinero a la disposición de los artistas, su rivalidad contribuyó de manera significativa a la historia del arte, algo que nunca se les ha reconocido.

Rosa empieza a abrirse camino por la colección de infamias de la pareja y por el fantástico pandemónium a que dieron lugar.

Quiero indagar más en los recuerdos de Rosa. Me introduzco en ellos.

ROOsa a los 25 años

Lleva en la mano una botella de champán. Está nerviosa y preocupada. Aprieta un timbre junto al que está escrito el nombre MARK. Por la ventana de arriba se asoma un rostro coronado por una guirnalda de pelo rubio y desaparece al instante. Vuelve a aparecer poco después, a sabiendas de que no puede borrar su anterior aparición. Muestra una sonrisa forzada y, retrospectivamente, Rosa ya ha logrado diluir la rabia que le causó aquel asunto.

—¿No oíste mi mensaje? —le pregunta el Rubito.

—No. Esperé una hora y como no llegabas me vine para acá. Estaba inquieta.

—Lechuga canceló la cena.

Él se apoya alternativamente sobre cada uno de sus pies. No hace falta ser un experto como yo para darse cuenta de que está nervioso. Rosa tiene la perspicacia ofuscada porque ha venido corriendo dispuesta a correrse. Está enamorada. No le importa haber tenido que esperar al Rubito una hora; no le importa perderse la cena. Al fin y al cabo eso es lo que anda buscando.

Se quita la ropa hasta que no le queda nada por quitarse. Un atrevimiento como éste es algo poco habitual en ella; no es, por supuesto, un verdadero atrevimiento, sino una entrega largamente planeada. El Rubito no es tan extraordinario, pero ella posee el poder de la imaginación.

—¿Qué estás haciendo? —exclama él, tratando de ponerle de nuevo el sostén.

El estado de abandono en que se encuentra la enajena y cree que a él le pasa lo mismo. El Rubito se ha puesto encendido y Rosa lo interpreta como el contagio de la lujuria.

—Lo único que tenemos que pensar es qué hacer —dice ella.

—Hay un buen restaurante chino en la esquina —sugiere él.

Ella decide que eso es una muestra de ingenio y le echa mano al paquete.

—No creo que ésa sea una buena idea.

Veo en el suelo un ejemplar de la revista en la que escribe Tabatha.

Ella empieza a bajarle los pantalones.

—Rosa, antes deberíamos conocernos mejor.

—No, no me vengas con ésas. Los hombres no deberían utilizar nunca ese argumento.

Le mira el miembro encogido y a la defensiva; parece un enano dentro de un saco de dormir.

—Rosa, no me siento bien.

—Esto hará que te sientas mejor.

Pero la estrella invitada sigue en reposo. Rosa atrapa el pájaro blandengue entre sus labios y juega con él al yoyó, dándose incluso golpecitos con él en la cara, pero el pajarito sigue terco en su flojera. Diez minutos después, su falta de reacción

resulta algo vejatorio.

—¿No me encuentras atractiva?

—Eres muy atractiva.

—Pues fuiste muy amable conmigo la semana pasada.

—Lo fui. Lo soy. Lo que pasa es que estoy muy cansado.

Tras haber pasado gran parte de su vida aguantando las protuberancias que le infligen en las pistas de baile y en el transporte público, Rosa se siente desconcertada, pero decide tomárselo como una lección interesante que acaba de aprender sobre los hombres y se dirige hacia la cocina para poner a enfriar la botella de champán, mientras que el Rubito responde al teléfono. El apartamento parece ralo —un colchón en el suelo, un sofá y una silla—, pero hay un enorme frigorífico, herencia de una gran familia que probablemente vivía aquí antes entre apreturas. Cuando él la ve entrar en la cocina es ya demasiado tarde.

Ella observa que el frigorífico no está bien cerrado y, cosa muy típica de los hombres, que los alimentos están esparcidos por la encimera. Cuando abre la puerta, descubre dentro a una mujer en bragas, cansada ya de estar oculta.

—Te juro que te dejamos un mensaje —le jura a Rosa, y luego añade—: Sólo fueron cinco.

Lo cual es probablemente verdad, ya que tiene en una mano ese número de condones y en la otra los envoltorios. Lleva un par de pendientes de cuero que se refieren a una periodista sueca que está en Malta entregada al placer (incluso cuando no le resulta placentero, porque no sabe decir que no).

En el suelo, en la página abierta de la revista para la que escribe Tabatha están impresos varios miembros del alfabeto que representan el siguiente mensaje: «Si piensas que la amiga de tu chica debe ser para ti, lo que tienes que hacer es actuar».

Rosa está enojada, pero no por la traición; ve en la cara del Rubito que no se trata de un cambio, sino de una cana al aire; sabe que él sabe que ha cometido un error, que Lechuga era el espejismo de lo que deseaba, pero que ahora que ha llevado a cabo su quíntuple investigación, ha descubierto que no le interesa. Sabe que su furia contra Lechuga se le pasará, pero sabe también que por mucho que lo desee, no puede permitirse perdonar al Rubito.

Y ni siquiera está enfadada con él por dejar que una revista controle su vida.

Me quiiiiiiita las manos de encima. La noche continúa.

Lechuga

La testigo de Jehová, que se ha presentado como amiga de Nikki o, mejor dicho, como la amiga de la chica morena que vive aquí, está sentada en la sala de estar.

—¿Eres amiga suya y no sabes cómo se llama?

—Sí —contesta, impermeable a la estupidez de su respuesta.

Rosa y su amiga Lechuga se van a la cocina.

—Estoy preocupada —dice Lechuga—. No hemos usado preservativo.

Lechuga lleva puestos los pendientes del día del frigorífico, los que sugieren el periodismo furtivo de la reportera sueca. La perseverancia repetitiva, deduzco, es su mejor talento, pero su ansiedad actual nada tiene que ver con aquella relación, con aquel recuerdo del pasado de Rosa.

—Pero ¿por qué lo hiciste?

—No estaba previsto.

—¿Y a qué fuiste allí?

—A hablar.

—Pero tú sabías que su amiga estaba en América...

—Sí, pero es que se hizo tarde. No estaba planeado. Me tuve que quedar y...

—... Y él te confundió con su amiga en la oscuridad.

—No. Pero eso... Espero no estar...

—Lechuga, ¿qué pasó la última vez que fuiste a verlo?

—¿Quieres decir cuando su amiga estaba en Islandia?

—No estoy segura. Puede que fuera Islandia. O puede que me esté confundiendo con la vez que fue a Tailandia. O a Portugal. Me resulta difícil acordarme por orden, porque cada vez que ella se va tú terminas yendo a verlo, follando toda la noche y viniendo luego a decirme que tienes miedo de...

Lechuga está inspeccionando el frigorífico.

—¿Quieres que te prepare algo?

—No —dice—. Sólo quiero un bocado, si puede ser.

Coge un plato de ensalada de patatas y un tenedor y empieza a engullir con aire de congoja.

—No me siento bien.

—Pues al menos siéntete bien por no sentirte bien. Eres una historiadora: tu trabajo consiste en sacar deducciones de la evidencia. Siempre estás diciéndome que la gente no aprende nada de la historia. Si tu problema es que estás condenada a repetirte, al menos siéntete bien.

—Esta mañana he vomitado —dice.

—Siempre estás vomitando. Vomitas porque te preocupas de tus exámenes. Vomitas porque te preocupas por tu trabajo. Vomitas porque te preocupas de que la única relación continuada que has tenido es con alguien que tiene una amiga y con quien te acuestas dos veces al año. Vomitas porque te preocupa estar embarazada. Vomitas porque estás preocupada de vomitar.

—Tuve una larga relación con Terry.

—Terry. Sí, fueron dos meses, ¿no? Eso es mucho para tu promedio. Y la mayor

parte del tiempo la pasasteis fuera de Londres a más de ochenta kilómetros de distancia.

—No fue culpa suya si el coche se le averiaba.

—Bueno, dado que se le estuvo averiando a diario durante quince días me parece a mí que él era responsable de algo.

—No fueron quince días, fue sólo una semana. Y quería llevar a sus hijos de vacaciones. No teníamos dinero para el tren.

—O para el coche.

—La vida no es perfecta. ¿Acaso es mejor ser tan exigente como tú?

—Bueno, es verdad que yo soy demasiado melindrosa como para meterme en algo con un hombre casado que espera que me ocupe de sus tres hijos, que le preste dinero y que después de haber convivido conmigo dos semanas en la cuneta de una autopista me anuncia que todo se acabó porque ha dejado embarazada a otra. Y no olvidemos lo de encontrarme a alguien en el frigorífico del hombre con el que yo estaba siendo feliz.

—Dijiste que no hablaríamos nunca más de eso.

—Tienes razón. Lo siento.

—En cualquier caso, tampoco te perdiste mucho, no era tan bueno.

—Lechuga...

—Aunque tampoco era tan malo.

Lechuga se da cuenta de que no va a ganar esta escaramuza. Engulle la ensalada y, quejosa, se pone a mirar el fondo del plato.

—Puede que esté embarazada —vuelve a la carga.

—Bueno, es posible. Pero si estás preocupada de estar embarazada, y me huelo que lo estás, ¿por qué no haces algo para saber si lo estás o no?

La ensalada de col picada sale del frigorífico.

—Puedo prepararte algo para comer si quieres.

Lechuga asiente.

—Me haré una prueba de embarazo.

—Buena idea, así las dos estaremos tranquilas.

—Podrías ser más comprensiva.

—Y tú podrías tener más cuidado. Yo fui comprensiva las tres primeras veces.

—No estaba planeado. ¿Tienes queso? ¿Sabes?, yo creo que cada vez soy mejor, pero él siempre hace las mismas cosas.

Desaparecen el queso y la ensalada de col picada, junto con unos panecillos. Se enfrenta con la tapadera del bote de remolacha en salmuera y capitula. Ataca la fuente de fruta.

—Tu madre me llamó el otro día —le anuncia Rosa.

—¡Otra vez! ¿Qué quería?

—Quería saber dónde estabas. Probablemente no se creyó la historia de que estás en Camboya.

—¿No le dijiste nada?

—No. Le dije lo que tú querías.

—¿Por qué no me dejará en paz?

—Es tu madre y tú podrías hablar con ella al menos una vez al año para que no termine interrogando a tus amigas.

—No hace más que quejarse. Cada vez que hablo con ella se dedica a hacerme reproches, que por qué no la llamo, que si mi padre...

—Y luego se queja de que tú te quejas de que ella se queja.

—Sí —dice Lechuga con la boca llena de albaricoque, sorprendida por lo sensible que se muestra Rosa ante sus palabras.

—Y luego tú te quejas de que ella se queja de que tú te quejas de que ella se queja. No entiendo por qué lo hace.

—Como sigas así, me voy —dice Lechuga, enfadada, cogiendo un yogur.

—Alguien está dando golpes en la ventana —dice la testigo de Jehová.

Rosa se acerca al mirador de la sala de estar y lo abre. Ve fuera una figura en cuclillas, con gorra de béisbol en la cabeza; es evidente que, al igual que pasó con el Barbas, este de ahora ha confundido la fachada del edificio de Rosa con unos servicios públicos.

—¿Tienes papel, amor? —le pregunta.

Rosa vuelve a la cocina, llena el cubo de agua y se lo arroja encima. El otro sale de estampida, amenazándola con llamar a la policía.

—Antes me gustaba vivir aquí —musita Rosa—. ¿Qué es lo que está pasando? Me parece que ha llegado el momento de vender el apartamento.

La testigo de Jehová, harta de esperar a Nikki, se va a su casa.

Llamadas cercanas

Rosa me ha trasladado a la casa de campo. Ha traído consigo algunas sábanas. Durante unos días la campiña se convierte en su hogar. Desaparece de mi vista para acariciar objetos, pero me deja sobre un buen estante lleno de luz.

Estoy tan tranquilo que noto el paso de las motas de polvo.

Sus ausencias son tan laaaaaargas que deduzco que Nikki no sabe dónde estoy, pues de lo contrario ya me habría robado.

Rosa regresa, desamparada y rota. Le cuento varios siglos, incluyendo los treinta años completos de los rodaballos para que no vuelva a abandonarme de manera tan atroz. Le cuento lo del lugal cuya cara adoptó formas tan graciosas durante el orgasmo criselefantino (incluida la de meterse la lengua por su oreja derecha) que

tuvo que ejecutar a sus cortesanas por haberse reído de él. Rosa se ríe también.

La tercera noche me lleva al pozo.

—Bueno, explícame todo eso —dice Tabatha.

—Pensé que podría intentarlo a lo marimacho. Ser soldadora de coches me sonaba a algo que podría atraer a los hombres, pero sólo se apuntaron otras dieciséis mujeres, como si se les hubiera ocurrido la misma idea que a mí, ya que no le prestaron ninguna atención a la soldadura y la mitad de ellas se fue enseguida. Incluso la encargada del curso era una mujer.

—No te preocupes. Tienes que besar muchas más ranas antes de toparte con el príncipe.

—Pero si ni siquiera estoy besando ranas.

La voz del pozo es cada vez más lista:

—¿Y qué pasó con tus anteriores relaciones?

—No te preocupes por eso —dice Rosa.

Entramos en la casa. Yo me estoy convirtiendo en confidente y Rosa, eso es lo malo, se está convirtiendo en una tribu de un solo individuo.

—Es extraño,..., en muchas sociedades, en muchas épocas, siempre se ha valorado la gracia; la gente solía reírse al oírme hablar, pensaban que era graciosa. Quién sabe, a lo mejor es que lo soy.

Me pone los dedos encima. Empiezo a ver de nuevo en su interior. Recuerdos de pasados anhelos llaman mi atención, así como otros recuerdos que se arrastran fuera de sus aposentos.

Dejo a Rosa entretenida con historias del Club de la Crueldad y me sumerjo en su vida anterior.

ROOsa a los 21 años

—*No voy a acostarme contigo —dice Rosa.*

—*Vale —responde él, metiéndose en la cama con ella.*

—*¡Vete! —le ordena ella.*

Llama a gritos a su compañera de apartamento, pero ésta se encuentra insensiblemente borracha en la otra habitación después de haber bebido toda la noche.

Él le vuelve la espalda.

—*Es tarde. Necesito un sitio para dormir. No te voy a tocar.*

—*¿Te crees que soy estúpida? Como no te vayas, llamo a la policía.*

—*Marca el número —le dice él con la cara oculta en la almohada.*

—*¡Vete! —grita ella, dándole con el puño.*

Él la ignora. Ella lo echa de la cama a patadas. Él se acomoda en el suelo sin

molestarse y, muerto de sueño, coge el edredón y la almohada y se envuelve en ambos como un gusano de seda cuando se encapulla en una hoja de morera. Ella se queda echando pestes en la cama. El ronca. Tres horas más tarde, a las cuatro de la madrugada, a Rosa se le ocurre pensar que a lo mejor él esta durmiendo de verdad y no a la espera de que ella esté amodorrada para intentar nuevamente seducirla. Empieza a admitir que quizás él no esté tratando de ponerle la zarpa encima, sino disfrutando de un sueño reparador.

—¿Con cuántas mujeres te estás acostando? —le pregunta por la mañana, después de que él haya engullido su rebanada de pan tostado con lo que quedaba de confitura. Sobre el mantel hay una tarjeta de cumpleaños con el número 21.

—No lo sé —contesta.

—¿Qué quieres decir con no lo sé?

—Pues que no lo sé. Sé cuántas son las mujeres con las que me gustaría acostarme. Sé más o menos cuántas mujeres han compartido mi maquinaria, pero aparezco y a veces se ponen contentas de verme y a veces no. Mujeres..., ¿sabes? —continúa, mientras transporta tres neumáticos, una estantería y unos cuantos tambores watusi al dormitorio de Rosa.

—¿Conoce alguna de ellas la existencia de las otras?

—Bueno, Stacey sabe lo de Alex, porque Alex es su mejor amiga, pero Alex no sabe lo de Stacey. Sue no sabe nada ni de Alex ni de Stacey ni de ninguna de las otras tampoco, pero ése es el precio que hay que pagar por vivir en St. Albans. Jo, en Manchester, sospecha que me estoy acostando con Charlie, lo cual tiene gracia, porque no es verdad, pero les hago visitas a Stephanie y a Sarah, que trabajan en la misma agencia de viajes que ella.

Suena su teléfono móvil. Galantea al auricular.

—Sí, sí, acabo de pasar la noche con una seductora que me quería seducir, pero me mantuve firme guardándome para ti.

Continúa luego, conforme arrastra un tambor tribal más grande que Rosa:

—Sophie y Nicole saben la una de la otra, porque se pelearon por mí en Doncaster. No acabo de entenderlo..., la verdad es que hay montones como yo.

—¿Y tú esperas que yo me acueste contigo? Te estás acostando con medio país y hace tiempo que ni siquiera te has lavado —Rosa se venga—. Tienes una manera de vestir que parece salida del neolítico. Y, además, ¿qué haces trayendo aquí toda esa mierda?

Aparece un gong.

—Oye, tienes que ayudarme a salir de este apuro.

—¿Por qué estás tan interesado en mí?

—No veo aquí a otra más guapa.

Lo agarra por el brazo y lo pellizca hasta hacerle daño. El chilla.

—Pregúntales a Viv y a Grace. Tú eres la única que no me ha probado.

—Estás haciendo un repaso completo, ¿no?

—Pregúntale a la que quieras, a ver si es que todas van a estar equivocadas.

Rosa agarra uno de los tambores.

—No creerás que estos cacharros son genuinos, ¿no?

De vez en cuando el tamborilero pasa la noche con ella. Rosa empieza a sospechar que a él le gusta ese arreglo porque no se le exige que se ponga a tocar su codiciado órgano, o al menos no de la manera convencional. Cuando está empalmado pone cubitos de hielo en la punta de su miembro y los catapulta a través de la habitación para que Rosa trate de atraparlos con la boca. De manera fortuita e intermitente viven juntos así durante dos años y todo el mundo asume que Rosa es un nombre más en la lista de ligues del Tamborilero. A ella le excitaba saber que era la única que estaba al corriente. Las otras llamaban al móvil y ella escuchaba divertida cómo él se las quitaba de encima. Rosa no busca el orgasmo criselefantino con él, ni tampoco se ha dejado engañar. Aprende a su lado un montón de cosas de los hombres y de las mujeres.

Un sistema de amplificación defectuoso causó su muerte, pero veo también que enganchado a esta caravana de recuerdos está el tercero de sus sueños favoritos, ese en el que el Tamborilero aparece con sus defectos a flor de piel: se encuentra allí junto a ella porque ha venido a recoger su tamtan de Papuasiay trata de abrir el bote de remolacha en salmuera.

—Me alegro de que hayas guardado el tamtan, Rosa —le dice con el viejo instrumento entre las manos—, porque no es de ningún modo un tamtan, sino toda la honradez que me queda en el mundo. ¿Quién hubiera pensado que yo volvería a buscarla?

Rosa está aún absorta trasteando en el Club de la Crueldad. Me introduzco en otro de sus recuerdos cercanos.

ROOsa a los 22 años

—El perro se ha comido la lámpara —dice él.

Rosa está teniendo una noche de esas en las que se siente cansada de mantener sus ideales sin ayuda de nadie. Está borracha. La bebida ha derrumbado sus fortificaciones. El dormitorio está frío y se balancea como una hamaca. Conforme entra en él ve por el pasillo pedazos de la lámpara que se acaban de comer. Todas las puertas de la casa están equivocadas, fuera de los quicios, como sujetas entre sí por trozos de chicle. Las escaleras gimen y se mueven.

El techo es tan bajo que apenas puede mantenerse erguida. La cama es pequeña, triste, está deshecha. Se las arregla para dejarse caer sobre ella. Por debajo de la

puerta ve una gran cuña de luz en el sitio donde puerta y pared toman caminos diferentes. Se quita sólo el vestido... el frío y la dejadez que siente en sus brazos hacen que no vaya a más. Emmett el ecologista —un nombre que una vez aprendido ya nadie olvida— está en el cuarto de baño, refrescando bajo la ducha su risueña anatomía. Rosa oye sus pasos que se acercan envueltos en un silencio que le oprime los oídos. Está lo bastante sobria como para sentir gratitud por la oscuridad. Si lo viese desnudo sabe que tendría que cambiar de opinión. Echa de menos a los trápalas que se quitó de en medio. ¿Por qué hace tanto frío, por qué no se oyen los tambores?

Con más sorpresa que deseo se da cuenta entonces de que Emmett es como un ratón enfermo de laboratorio, siempre temeroso del próximo jeringazo de indignidad. Decide abandonarse y se las arregla para quitarse el sostén. Oye un par de pasos precavidos y luego un crujir de cristales y un ruido pesado de un cuerpo al caer. Después, un minúsculo «oh». Al cabo de unos cuantos ecos desmañados, del rumor del cuerpo que se arrastra, se enciende de nuevo la luz en el pasillo para revelar que Emmett ha dejado una mancha de sangre en la moqueta proveniente de su muslo, en el que tiene un tajo. Su pene es como una letra cedilla impresa en tamaño minúsculo. Ha tropezado en una botella vacía de limonada y ha caído sobre otra. Ella trata de evitar que se corte de nuevo con los cristales restantes. Le resulta tedioso. No le apetece llevarlo al hospital; no es tan cruel como para irse de allí ni tan compasiva como para que le importe.

Rosa sigue ensimismada en el Club de la Crueldad. ¿Se habrá dado cuenta de que alguien le está arrancando el fruto de su mente? Como un saltimbanqui, volteo de costado sobre manos y pies y me introduzco en una de sus experiencias posteriores.

ROOsa a los 24 años

Rosa está boca arriba en la cama. Se ha quitado el sostén y las bragas y yace en actitud tentadora. Él tiene la verga tan ridículamente empalmada que se le engancha en el ombligo. Es un jefazo de ventas por teléfono y su porte presuntuoso lo confirma: pecho perfecto, cadera estrecha. Se pavonea un instante.

A Rosa no le gusta mucho, pero ha de admitir que no sabe resistirse a sus impulsos. Televentas la mira como si estuviera mirándose en un espejo en el que mira su mirabilidad; da con sus dedos un par de golpecitos anticipatorios a la estatuilla número uno que nace en su entrepierna.

La habitación está en penumbra. Rebosante de veteranía, Televentas se sitúa en el vano de la puerta, arqueado sobre el umbral, que es la línea de salida; sólo tiene que pegar un salto. Polla en ristre, la coloca encima de Rosa para que sienta su calor. De manera perfecta deposita pequeños besos sobre sus pechos y ella gime. Ha

sido una buena idea. Introduce luego la teta izquierda de ella en su boca; se ha dado cuenta de su capacidad bucal y se lo toma como si fuera un hallazgo revolucionario. Rosa se ve envuelta en un aroma triunfante de jabón y almizcle. Televentas se retira un poco hacia atrás.

—Esto te puede doler —le dice, anunciando la presión.

Se oye un pequeño «oh», otro intento y otro leve quejido.

—Espera —dice, y enciende la luz.

Se mira fijamente el paquete y levanta la mano. Está manchada de rojo. Mientras Rosa piensa que no le ha dolido nada, ve que a él se le ha rasgado el capullo y gotea sangre.

El horror invade cada músculo de la cara de Televentas. Se concentra, porque no quiere hacer nada repentino o insensato antes de que lo vean los mejores médicos del mundo. Acariciando su aparato como si fuera un mesías agonizante, lo envuelve con vendas.

—Llama a una ambulancia —susurra, temiendo que si habla más fuerte se agrave la ruptura.

Rosa ha llegado casi al final del Club de la Crueldad. Menuda serie... Decido no entrometerme más en su pasado. Si sigo así la vaciaré antes de que ella arañe mi superficie.

El trapecio

Regresamos al apartamento de Rosa.

Nikki interpreta el papel del «qué alegría verte de nuevo». Prepara pastelitos. Luego, mientras Rosa friega los platos, suena el timbre y Nikki abre la puerta a un hombre que lleva en sus manos una enorme maceta.

—Nikki, ya lo hice: he dejado a mi mujer. Ahora ya podemos vivir juntos.

Nikki pone gesto ceñudo ante tal ruptura de la etiqueta fornicadora.

—Darren, permíteme que te dé un consejo que te será útil: antes de dejar a tu mujer y de llevarte la maceta para vivir con otra persona deberías consultarlo primero con esa otra persona, porque de no ser así, esa persona puede decirte lo que yo te digo: «Maldita la gracia, imbécil».

El Macetero se va descontento. No escucha con la misma facilidad que transporta macetas. Nikki traiciona con demasiada rapidez para ser traicionada.

—¿No te cansa todo eso? —pregunta Rosa.

Nikki se encoge de hombros.

—Oh, se me olvidaba. ¿Cómo se llama...?, Helen te buscaba. Para lo del cuenco. En efecto, Marius debe de estar impacientándose.

Rosa sale al día siguiente por la mañana y no me lleva consigo; tal como estaba

previsto, Nikki se me aproxima enseguida. Tres minutos y cuarenta segundos después de que Rosa se haya ido a una cita con algún gilipollas, me roban por tres mil doscientas undécima vez.

—Es duro poseer un gran ego —reflexiona Nikki— cuando no se tiene éxito en la vida. Pero tú me vas a ayudar.

Esta vez, nada de tienduchas de mierda. Vamos directamente a una casa de subastas, la misma en la que empecé. Nikki no lo sabe. Trata de ver a la encargada, pero no está. Me gustaría que ella y Rosa apareciesen, porque ni siquiera la ingenuidad le serviría a Nikki para inventar una buena excusa ante alguna de las dos. Nos vamos.

Voy a conocer el sitio donde Nikki entrena. Decide darse una buena sudada.

El lugar está dedicado a toda clase de números de circo, a hacer sonreír, a provocar los oooooohs. Me recuerda a los bailarines minoicos de la danza de los toros en Creta. El circo ha fascinado a la gente desde siempre. No se trata de habilidades, sino de predicar la buena nueva de que existe la felicidad, de que existe la perfección, de que existe la belleza, de que existe un principio y un fin. Todo tiene lugar en una pista. Hay quien dice que un circo es un símbolo de un sin principio y un sin fin; por el contrario, yo creo que es un símbolo que muestra que el principio y el fin pueden encontrarse en cualquier parte. Por eso es un trabajo tan duro. Los focos de luz se abren paso entre las tinieblas. El circo hace olvidar los problemas, chasquea el látigo sobre la miseria.

Nikki se dedica a dar saltos durante unas pocas horas. Practica esos ejercicios conocidos por nombres como «despellejar al gato» y «el medio ángel». Su esbelta y frágil envergadura oculta una fuerza colosal; es valiente, pero si comparamos lo que hace con la elocuencia de quienes se ganan la vida con esto, ella sólo tartamudea. Huele a café malo y a té aguado. Nikki charla con los profesionales, les pregunta por sus trucos. Pollametálica hace su aparición.

Revolcón a la vista.

Sus atuendos deportivos causan maravilla. Nikki se abre camino desde atrás y se masajea los pechos como si fueran el disco marcador de un teléfono; la virilidad de Pollametálica se levanta como la barrera de un paso a nivel. Le ha hecho reformas desde la última vez que lo vi; ahora se introduce en la uretra una barra delgada de metal que fija luego con un tornillo. Pollametálica ya contaba con una verga más que recia, de modo que endurecerla aún más es una pobre inversión. Pero esto no es más que el comienzo: agarra otro objeto metálico que tiene forma de cabeza de lagarto y lo incrusta en la barra de la uretra.

Trepan por las cuerdas. Parece ser que los trapecios y el resto del aparataje han sido verificados de antemano.

Todos y cada uno de los músculos de Pollametálica son visibles, sin arrogancia, y

dan fe de una vida dedicada por completo al ejercicio; no hay simio que pueda enseñarle nada, porque él ya lo sabe. Cabe imaginarse a Europa entera haciendo cola para una migaja de su fuerza. Aunque está caliente, Nikki no se ha puesto tan dura como Pollametálica; la edad le ha gastado ya una o dos bromas preliminares en su cuerpo, pero sus folladores no se quejarán.

Se aproximan suavemente; las piernas de Nikki se enroscan alrededor de la cintura de Pollametálica y poco a poco, con entusiasmo y considerable destreza femenina, se acopla de manera apropiada y los dos forman en el aire una hamaca carnal.

En la postura que se encuentran no les queda mucho espacio para moverse sobre el trapecio, pero se restriegan un poco el uno contra el otro e, inhalando y exhalando vigorosamente, empiezan a llamar a la puerta del placer. El suplicio de Nikki se hace bastante aparente, ya que la parte superior de su cuerpo no puede marcar el ritmo sobre el trapecio, y resulta comprensible que a causa del herraje suplementario no se entere de que Mole está allá abajo en la penumbra.

No hay red bajo los dos. Están a una altura de veinte metros, de manera que, si se caen, como mínimo pueden contar con grandes destrozos de huesos y músculos.

La gente del circo hormiguea por allí de un lado para otro, tratando de seguir tirando con bajos presupuestos. No prestan mucha atención, ya sea porque todo sucede al mismo tiempo o porque tienen la costumbre de hacer como si así fuera.

Una muchacha de cabeza rapada está comiendo palomitas y contándole a su amiga que quiere ir a visitar a un amigo que está en la cárcel en el sur de Francia; dice que ha conseguido una camioneta, aunque está en tan mal estado que no sabe si aguantará todo el camino. No tiene dinero para la gasolina. Tampoco tiene permiso de conducir y al parecer a la policía de Francia no le hacen gracia esas cosas. Su amigo, que se llama Cabezahueca y se dedica a la artesanía por cuenta propia, ha ido al sur de Francia para visitar a otro amigo, un chiflado que terminó en la cárcel porque había ido al sur de Francia sin permiso de conducir para visitarla a ella cuando ella estuvo en la cárcel por no tener permiso de conducir cuando fue a visitar a un tercer amigo, un arquitecto especializado en casas de madera, que estaba en la cárcel porque no tenía permiso de conducir, aunque como la camioneta en la que fue no hacía más que averiarse por el camino, para cuando ella llegó ya lo habían soltado.

Entra otra muchacha y mira hacia la misión voladora. Mete la mano en su bolso y saca una cámara. Reluce el destello de un flash. Nikki se desentiende de su faena y le gruñe:

—¡No hagas fotos!

Está tan enfadada que no se da cuenta de que Mole me esconde subrepticamente debajo de su chubasquero. Mole no destaca en este lugar. Todo el mundo piensa que es una más.

Esperamos sentados pacientemente en la camioneta mientras Mole lee una y otra vez la misma página de un diccionario (la trece). Comprendo perfectamente por qué lo inventado puede fallar, lo enredadas que son las noticias y cómo lo didáctico es a menudo una papilla indigesta. Conozco el atractivo del Arden. Una hora y veintitrés minutos más tarde, cuando la incandescente Nikki sale en tromba del edificio del trapecio, la seguimos a casa.

Mole

Entramos, ya que Mole tiene una copia de la llave.

Nikki está metiendo sus cosas en la mochila y se queda helada al verla; por primera vez desde que la conozco acusa el golpe, incapaz de buscar posibles armas o escapatorias.

—Hola, Nikki.

Nikki está aún tratando de comprender la situación. ¿Qué hacer? ¿Hablar? ¿Suplicar? ¿Saltar por la ventana?

—Supongo que no me esperabas.

Nikki dice que no. Le tiemblan las rodillas.

—No, supongo que no esperaba ver a alguien a quien le pegué seis tiros en el pecho.

Dice esto con calma, como una niña que en la escuela tratase de resolver el problema de cuánto tiempo tardarían doce lombrices en salir de una sala de fiestas en Bogotá si habían entrado a las nueve en punto. No es una sangre fría simulada ni el preámbulo glacial de una erupción de rabia; es ausencia de pasión.

Nikki se ha dado cuenta de que no va a morir en los próximos segundos y de que incluso si intentan matarla no puede hacer gran cosa, pues carece de objetos puntiagudos o de armas decisivas y los normalmente eficaces seis tiros que le pegó a Mole no funcionaron.

—Sin mencionar el tiro en la cabeza —añade ésta.

Su cara no muestra cicatrices, pero quizás aquel disparo sea la causa de sus dos nuevos dientes de oro.

—Tienes buen aspecto —dice Nikki—. ¿Quieres una taza de té?

Limpia maniobra: la amabilidad y el acercarse a los cuchillos de la cocina van de la mano. Ahora ya controla la situación.

Nikki se dirige hacia la cocina, y entonces se da cuenta de que me han restituido.

—Entonces fuiste tú la que trajo eso de vuelta, ¿no? —Sí.

—Nunca me lo hubiera imaginado. No estoy segura de que las alas sean lo tuyo.

—He venido a traerte un mensaje.

—¿Un mensaje?

—Un mensaje del otro lado. Tuve que morir para traértelo.

—¿Morir?

—Tú me mataste. Estaba muerta. Seis balas en el pecho, sin mencionar la de la cabeza.

Nikki pone a calentar la tetera.

—Si te sirve de algo, te diré que lo siento. ¿Sabes?, tenía miedo de que tú me abandonarás. La pistola se disparó y cuando vi que te había dado... me entró pánico y seguí disparando... hasta dejar el cargador vacío.

—No te culpo. Estoy segura de que te has perdonado a ti misma. Perdí por completo los estribos. Tuviste razón al hacerlo.

—Tampoco diría yo tanto.

—Tuviste razón al hacerlo, porque nos cambió la vida a las dos.

—Pero ¿qué pasó? ¿Te salvaron en el hospital? Perdona que no llamara a la ambulancia, pero es que no creía que la necesitases.

—No me salvaron. Certificaron mi defunción, pero cambié de idea.

—¿Cómo lo hiciste?

—Uno de los empleados del depósito de cadáveres me persuadió para que volviese.

—¿Cómo dices?

—Cosas de hombres... A veces los perversos hacen cosas buenas. Me sorprende que no te enterases de mi recuperación. Fue una gran noticia.

—Me había ido. Me fui antes de que cayeras al suelo. Supongo que cuando llegaste al hospital yo ya estaba en el aeropuerto.

—¿Entonces has permanecido fuera todo este tiempo?

—Sí —dice Nikki—, casi todo. ¿Cuál es el mensaje?

—El mensaje es que no puedes continuar viviendo así.

—¿Y has venido desde el más allá para decirme eso? Una postal hubiera sido más fácil.

Nikki se ha precipitado desde el terror infecto hasta la tranquilidad en menos de un minuto. Sabe que está a salvo. Dudo si situarla en el número ciento treinta y dos o en el ciento treinta y tres de mi catálogo de gente.

—Tuve mucho tiempo para pensar mientras estaba en el hospital. Mi vida no fue particularmente mala. Le había dado grandes palizas a más de uno, pero es que ése era mi trabajo. La mayoría de ellos se las merecía. Hice algunas locuras cuando era joven. Solía ir a los *pubs* y les preguntaba a los idiotas que estaban bebiendo cerveza: «¿Os apetece mi amiga?»; si decían que sí, los tundía a palos, y si decían que no, les preguntaba: «¿Por qué no?», y los tundía a palos también.

—¿Y si decían que tenían que pensárselo?

—Ninguno dijo eso. No me gustaba aquella gente, porque estaba convencida de

que lo tenían demasiado fácil.

Es verdad; lo peor es cuando la gente se halla espiritualmente indecisa, cuando cree que el pozo en que están hundidos es más profundo que el de los demás.

—¿Has jugado alguna vez con juegos de ordenador? —pregunta Mole.

—A veces.

—Esos juegos tienen la clave. Los más sofisticados poseen varios grados de dificultad. Te permiten escoger diferentes tácticas, diferentes herramientas: paletas, armas nucleares, osos hormigueros, lo que quieras. Tú y yo, tú y yo y todo el mundo formamos parte de un juego.

—Pero nosotras no tenemos que escoger el grado de dificultad.

—Lo que pasa es que no tenemos conciencia de ello. Forma parte del juego. La mayoría de las cosas que valen la pena son difíciles.

—Hay muchas cosas difíciles que no valen la pena, son sólo difíciles.

—Cuando estaba en el hospital no creí que fuera a sobrevivir. No pensaba que debería haber tenido más dinero, que podía haber follado más; lo que pensé es que podía haber hecho más el bien.

—Entonces, ¿cómo debería yo cambiar mi vida?

—No robes más, no hagas más daño, paga tus facturas, deja de pegar tiros, de matar a la gente.

—¿Y no me dices nada de la pesca submarina? —ironiza Nikki. Se acerca a Mole—. Anda, enséñame las cicatrices.

Despeina la frente de Mole mientras la mujer permanece sentada, impasible. Le saca los dos inmensos pechos, cada uno tan grande como un perro guardián, y los junta de tal manera que una lengua puede lamer ambos pezones. Nikki se ha calentado como una fogata, pero después de ochenta segundos de gemir oooooohs se detiene, porque sabe que le causa el mismo efecto a Mole que si estuviese mordisqueando la ventana en el cuarto de al lado.

—Tengo algo que decirte: *Anhedonia*. Estoy más allá del placer.

—Anne Hedonía. Eso sería un buen nombre falso para mí. Está claro que te morirte, ya no me queda la menor duda.

—Créeme, las cosas terrenales se le caen a una a los pies como ropa sucia que no importa. Todo lo que una es se desploma en el suelo igual que una uña postiza.

¿Por qué será que nadie le pregunta a las uñas cómo se sienten?

—¿Entonces tú crees en eso del bien y del mal?

A propósito, no acabo de entender la popularidad que tiene ese dúo dinámico que es el bien y el mal, porque está claro que las cosas me han parecido siempre como una lucha entre el mal y el mal. Y eso si todo va bien, porque lo normal es una lucha entre el mal y el mal y el mal, pero tampoco es infrecuente una lucha entre el mal y el mal y el mal y el mal, aunque yo he presenciado luchas entre el mal y el mal y el mal

y el mal y el mal y el mal y el mal.

—Te lo estoy diciendo, tienes que cambiar. Hice la promesa cuando estaba en el hospital de que haría algo para cambiar el mundo; lo cual quiere decir por ti.

Mira plácidamente a Nikki, que se lo está pensando.

—¿Cómo te lo puedes tomar en serio? —dice—. Eso parece la palabrería de las dietas: el filete de unos es la perdición de los otros.

—Todo lo que sé es lo que siento.

—¿Y no me vas a quitar ojo?

—Exactamente. Tienes que elegir, pero si eliges malamente, yo estaré detrás para darte la oportunidad de elegir de nuevo.

—¿Sí?

Nikki ha pasado del terror al aburrimiento; ahora se está preguntando si puede obtener algún beneficio de Mole.

—¿Cuántos amigos tienes? ¿Hay alguien de tu pasado que esté deseando verte? Y si lo hay, ¿no será porque quiere partirte el cuello?

—¿Cómo está el Apestoso?

—Bien, su negocio se fue a pique.

—Qué raro. Era tan tonto del culo que yo creía que nunca podría fallar.

—¿Y tú? ¿Qué es lo que tienes tú para alardear? ¿Bragas agujereadas?

—Es verdad que yo no tengo un par de alas elegantes como ésas. Yo voy de un lado para otro. Cuando cumplí catorce años, en Market Harborough, me juré a mí misma que no me importaría lo que pudiera pasarme: padecer la esclavitud, que me comieran los tiburones, que me pegaran un tiro en un callejón o en una ciudad de mala muerte, que muriera de hambre, cualquier cosa, no me importaría lo brutal o desagradable que fuese con tal de estar lo más lejos posible de Market Harborough, en el último sitio del mundo que se pudiera imaginar. Quería algo inimaginable.

—Todos somos nuestros propios verdugos.

—¿Eh?

—Yo elegí caer por ti. ¿A quién puedo culpar sino a mí?

—Es verdad.

—Me parece que no te he causado una gran impresión. Lo único que te pido es que te preguntes a ti misma por qué necesitas todo eso, la jeringa y los cuerpos.

—Veamos: ¿porque da gusto?

—Las dos sabemos que estás mintiendo.

—Tuve un globo terráqueo cuando era niña. Solía jugar con él, y supongo que me estás entendiendo. No sabía realmente lo que hacía, pero me daba gusto. Quizá sea por eso por lo que siempre quise tener el mundo entre mis piernas. Terminé clavándole una aguja de ganchillo para ver lo que había del otro lado del mundo, lo más lejos posible. Luego, ya nada fue lo mismo. Eso es lo que importa..., estar en

metimiento, ser la única, la muchacha rodeada de muchachos.

Los objetos siempre han servido para eso; los objetos siempre son tratados como objetos; he sido sometido a indignidades que parecerían inimaginables con una vasija, pero es que nosotros también estamos inmersos en el camino de la libido. La mayoría de las veces por parte de hombres que tratan de meter su miembro en algo: en ojos de cerraduras, en butacas, en sandías, en melones, aunque también las mujeres nos han visto como emisarios capaces de interceder ante los mercaderes del placer.

—¿Y qué le dijiste a la poli?

—Te dejé al margen —asegura Mole—, no tienes por qué preocuparte. Les di la descripción de una mujer grandota de pelo corto y de unos treinta años. No parece que se dieran cuenta de que les estaba dando mi propia descripción. Era yo la responsable. Estaba obsesionada contigo y tú no hubieras empezado a disparar de no haberme tenido tanto miedo. Deberías empezar a entender lo que es responsabilidad.

—Oh, sí —dice Nikki, sirviendo el té.

—¿No te das cuenta de que lo que has hecho está mal y te hace infeliz?

—Si esto es la infelicidad, lo puedo aguantar. Hay dos clases de gente: los que traicionan y los traicionados. Existe una forma muy fácil de evitar que la traicionen a una.

—Cuando una está viva siempre le preocupa el no tener bastante. ¿Por qué cogí sólo cuarenta libras esterlinas de la gaveta y no cien? ¿Por qué no le pegué al Apestoso? ¿Por qué le pegué a Phil? ¿Por qué no le di también una patada en la cabeza? ¿Por qué no pedí más? ¿Por qué no cogí más?... Cuando una está muerta es diferente, piensa: ¿por qué no le presté a Alma el dinero cuando lo necesitaba? ¿Por qué no le presté más a Sophie? ¿Por qué la engañé? ¿Por qué hice que las dos nos sintiéramos mal?... Tienes que apreciar qué es lo importante, Nikki. Una vez había un tipo en un accidente, desangrándose atrapado entre hierros, y yo traté de ayudarlo. No me pidió poesías, ni dinero, ni cuadros hermosos para mirar, ni ninguna declaración en los periódicos. Lo único que deseaba era que le diesen la mano, algo que incluso un extraño podía hacer. Sé muy bien lo que estoy diciendo.

—¿Entonces estás aquí para hacerme feliz? —pregunta Nikki.

Mole asiente.

—¿Y si te vas a tomar por el culo?

—Pues me iré. Ya te he transmitido el mensaje. Pero, Nikki, que sepas que no me voy porque tú me lo digas. Hacerte feliz no significa hacer lo que tú quieras. No te olvides, te conozco bien.

Se dirige hacia la puerta. Cuenta algún dinero.

—Si de verdad necesitas un poco, te daré un poco. Y te he encontrado, no lo olvides. Me extrañaría mucho ser la única persona que te está buscando... Oh, una

cosa más. Estuvo bien que me mataras.

—Ni me lo menciones.

Mole se va. Para lo que ha servido, el argumento de la conversación podría haber versado sobre el precio de las legumbres. Deduzco que ella y Nikki vivieron juntas unos tres años; la causa específica de que Nikki se ventilara a Mole sigue siendo un misterio, pero no cabe duda de que cuadra bien dentro de la categoría de los que hacen con creces aquello que no deben.

Se han distanciado. El único indicio de su intimidad de entonces (tres veces por noche) proviene de los tiros. Sus revolcones no han dejado restos. No hay huellas. Es el crimen perfecto. La gente lo pierde todo: sus pendientes, sus muelas, sus esperanzas, sus ofensas, sus intimidaciones, sus recuerdos y a ellos mismos; lo único que no pueden perder es la pérdida. La pérdida de la pérdida. El final del final. Ése es el gran proyecto. Que se lo pregunten a un coleccionista.

Aunque el amor puede evaporarse sin dejar vestigios, uno olvida raramente a alguien a quien le ha pegado un tiro. Que se lo pregunten a un antiguo soldado.

Pozo sin gozo

Rosa me reclama. De haber vuelto a casa diez minutos más tarde, sin duda yo hubiera sido objeto de otro robo.

Nos vamos a la campiña. Nos acercamos al pozo. No hay respuesta. Rosa alumbra el fondo con una linterna para ver si es que Tabatha se ha arrugado y está en actitud taciturna. Nada.

Se ha ido. Rosa no es buena jugando a este juego.

Está preocupada por lo que le puede haber pasado a Tabatha e, inevitablemente, por las consecuencias. Nikki encontraría divertido este desenlace. Regresamos a casa.

Sentada en una silla nueva, Rosa trata de leer un artículo de periódico sobre dos especialistas en sida que tuvieron un lío entre ellos durante un Congreso Mundial sobre dicha enfermedad. Están enzarzados en los tribunales, porque los dos se echan las culpas entre sí de haberse contagiado el virus.

Nikki llega.

—Pareces muy deprimida.

—He tenido un mal día en el trabajo. Me siento tan mal que ni siquiera me apetece ir de compras.

—Eso se llama tocar fondo.

Tabatha inunda el pensamiento de Rosa. La decisión está próxima. Se levanta. Pronóstico: va a buscarla.

—Si alguien pregunta por mí, dile que estaré fuera un tiempo.

Nikki sonrío conforme Rosa sale.

¿Sin mí? ¿Me robará Nikki?

El Sin Palabras y el Sin Respuesta

Nikki entra en su dormitorio para seguir metiendo sus cosas en la mochila; luego va al cuarto de baño y abre el grifo de la bañera para darse un último baño.

Los dos penetran en el apartamento de manera tan furtiva como un olor; seguramente han forzado antes la cerradura y estaban esperando a que saliera Rosa.

Sus ropas han sido escogidas cuidadosamente: zapatillas baratas, vaqueros baratos, camisas baratas, gorras de béisbol baratas, todo muy grande para que sea difícil adivinar su complejión. Son tan indescriptibles como si fuesen invisibles. Sólo ahora que están dentro se ponen los pasamontañas que les dan una apariencia de asesinos baratos. También los guantes.

Se trata de asesinos del tipo cuarenta y uno, de los que cuando vuelven a su casa limpian el horno. Tienen el mismo aspecto en todas partes, eso es lo gracioso, con o sin pasamontañas. No arman camorra, lo hacen casi bostezando: éste es el oficio que les da de comer.

Nikki se encuentra en el cuarto de baño oyendo música. El Sin Palabras (número ciento sesenta y cinco) lleva un saco. Lo abre. El Sin Respuesta (número noventa y cinco) saca una pistola pequeña con silenciador, mira por el apartamento para ver si hay alguien y corre las cortinas.

El Sin Palabras ha sacado una cámara de vídeo y una pequeña sierra mecánica. Se hacen una señal y comienzan la actuación.

Entonces entra Rosa. Probablemente ha vuelto a buscarme o ha olvidado algo.

Nikki sale del cuarto de baño y todos se encuentran al mismo tiempo. El Sin Palabras y el Sin Respuesta les hacen señas a las dos de que tienen que tirarse al suelo.

—El cuenco está ahí —dice Rosa.

Pero ellos muestran una irremediable falta de interés.

—Oh, Dios —dice Rosa—. Os ha mandado Tabatha, ¿no?

—No tiene nada que ver contigo —interviene Nikki.

Sin Palabras indica a Nikki que se desnude. Ella se quita lo de arriba. No tiene problemas en incluir su cuerpo en el espectáculo. Sin Palabras le indica que más.

—¿Todo? —pregunta Nikki.

Él asiente con la cabeza. A ella no le importa.

—¿Eres Shiner? —pregunta.

No hay respuesta.

—¿Eres Phil?

No hay respuesta.

—¿Los Cash Brothers entonces?

El Sin Palabras empieza a atarle las manos a una pata de la mesa.

—Oh, Dios —dice Nikki.

Acaba de descubrir por eliminación quién está detrás de todo esto. Ahora sí que se preocupa.

—Os daré el doble de lo que os están pagando.

El Sin Palabras le pregunta cuánto, frotando el pulgar con el índice.

—No lo tengo aquí, pero...

El Sin Palabras ya ha subido el volumen de la música y ha puesto en marcha la sierra mecánica.

—¿Por qué no me dejáis hacer algo por vosotros?, ¿no os apetece un poco de placer antes del trabajo? —ofrece Nikki, con un tono de miedo en su voz que nadie ha oído nunca.

El Sin Respuesta pone en marcha la cámara de vídeo y por señas indica que algo no le funciona. Se nota que el Sin Palabras está cabreado a pesar del pasamontañas y del mutismo.

Entonces la puerta vuela por el pasillo, como si estuviese compitiendo en salto de longitud. El Sin Palabras y el Sin Respuesta se miran uno al otro.

—Esto es demasiado —dice el Sin Palabras, lamentando vivir en un universo donde la profesionalidad se castiga en vez de ser respetada.

Mole de Alas Blancas está de pie frente a ellos y desde luego no parece más pequeña de lo que es.

—Adiós, caballeros —dice, en un tono tan poco amenazador que parece aberrante para las circunstancias.

El Sin Palabras se deja caer al suelo. Tiene la pistola, pero en vez de terminar el trabajo intenta ser gracioso. Le pega un tiro de nada en la pierna, suponiendo que se va a derrumbar de dolor. Quizá si le hubiera destrozado la rodilla hubiese obtenido alguna satisfacción, pero el proyectil únicamente atraviesa el grueso muslo de Mole, dejando una marca color carmesí en la pared que está tras ella. En vez de arrugarse, ella le agarra la mano y se la gira entre 450 y 452 grados, sin que le importen los crujidos que se oyen.

Pronóstico: se van a partir varias bocas.

Al mismo tiempo le asesta un puñetazo de espanto sobre el pasamontañas. En un momento tiene cara, en el siguiente, no. Se derrumba como una toalla mojada.

—Tengo algo que decirte —le dice. Pero el Sin Palabras está inerte y fuera de servicio para sinónimos—. *Analgesia*.

El Sin Respuesta tiene la sierra mecánica. Lo inteligente de su parte hubiera sido utilizarla, porque en este tipo de altercados es difícil superar a una sierra mecánica. Sin embargo, le parece poco deportiva, o quizás es que desea rentabilizar algo del

dinero que pagó recibiendo clases de artes marciales; intenta un patadón en la cara, que, si funciona, es lo más eficaz. Pero el problema es que un patadón en la cara tiene que ser aplicado al ciento por ciento, porque al noventa y nueve por ciento no funciona. Mole le agarra el pie a quince centímetros de su cara. Lo malo de las peleas callejeras, al igual que sucede en la guerra, es que no hay premio para el segundo clasificado.

—Esto te pasa por chulo —le dice, retorciéndole el pie de manera tan violenta que apenas se oyen resquebrajarse los ligamentos y los huesos.

Pronóstico: rodillazo en la entepierna.

—Y ya sabes por quién va ésta —continúa Mole, agarrándolo de los testículos y tirando de él para arriba una y otra vez, dándole golpes con la cabeza en el techo.

No había presenciado nunca esta maniobra, tengo que admitirlo. Aplaudiría si me fuera posible. Suelta al Sin Respuesta, que se desploma como un saco, pues el sentido ha abandonado su cuerpo.

—Qué pena que la cámara esté descompuesta —dice Nikki, no tan compuesta como sus palabras sugieren—. Oye, no me importaría que me desataras.

Mole la libera mientras Rosa trata de entender que dos asesinos a sueldo han entrado en su casa y han estado a punto de eliminarla poco antes de presenciar cómo los hacían trizas.

—Gracias —dice Nikki, de manera poco apropiada, mientras se viste—. ¿Cómo lo sabías?

Mole sonríe. Nikki se siente inquieta. Está empezando a suponerle poderes sobrenaturales a Mole, pero en realidad lo que debería suponer es que coloca micrófonos en los objetos cuando los devuelve. El Sin Palabras gruñe suavemente; Nikki le pega un puntapié en el estómago.

—Llamaré a la poli —dice Mole—. Creo que les gustará hablar con nuestros amigos.

—¿La bofia? —pregunta Nikki.

Horror. Repugnancia. Debe de estar bromeando.

—¿Se te ocurre algo mejor?

Nikki tiene algunas ideas, pero éstas no mejorarán su vida. Se conforma con pegar patadas esporádicas a los gruñidores hasta que llega la policía y se tira al suelo para interpretar su papel habitual.

—¿No te duele eso del muslo? —le pregunta Rosa a Mole.

—No.

Rosa no puede entenderlo:

—Yo tuve una vez un ratón en la cocina.

Regresan de la comisaría tras un gran intercambio de información. He sido custodiado sin mucho entusiasmo por miembros novatos de la Metropolitan Pólice. La puerta ya ha sido persuadida para que cumpla su función anterior.

—Supongo que lo único que falta ahora es que arda la casa —dice Rosa.

—Lo siento —contesta Nikki, y es casi verdad—. Si quieres me voy.

—No. ¿Por qué? ¿Qué otra cosa puede pasar? Ahora me siento muy bien. Según la ley de las compensaciones ya debo de haber agotado mi ración de mala suerte. A partir de este momento las cosas sólo pueden mejorar.

Llegan sonidos de música por el techo a través del boquete tamaño cabeza que hay en éste.

El té está listo.

—Todavía no comprendo por qué tu amiga Mole estaba junto al aparcamiento —comenta Rosa.

—Yo tampoco —reflexiona Nikki—. Unas veces quieres tenerlos encima y otras no te los quitas de encima.

—¿Quién es Shiner? —pregunta Rosa—. ¿Y quiénes son los Brothers?

—¿Quién es Tabatha?

—Mmm...

—Shiner..., qué importa. Sé quién está detrás de esto. Lal, un hermano de uno de mis antiguos clientes. No me acuerdo ahora de su nombre; no era muy notable como persona, aunque como cliente disciplinado fue uno de los mejores.

—¿Existe alguna diferencia?

—Oh, sí. Algunos pueden ser asquerosos. Me hice imprimir una tarjeta en la que ponía: AMA, porque pensé que sería más fácil, que me iría mejor. El primer cliente que tuve era un bracero escocés grandullón, que en cuanto se quitó la ropa me dijo: «Hazme daño», así que yo cogí el látigo de nueve ramales y le arreé. El tipo se volvió entonces y me pegó un puñetazo en la boca. «Me has hecho daño, puta», me dijo. Creí que me había partido la mandíbula. Pero, ¿sabes?, en algunos aspectos la dominación puede resultar bastante fácil desde el principio. Tuve un agente de viajes asiático que se arrastraba a mi alrededor, lamiéndome los dedos de los pies y diciéndome: «Castígame, ama, soy sucio, y, a propósito, puedo conseguirte una ganga de vacaciones en Karachi», de manera que lo puse a pasar el aspirador, a limpiar ventanas, a darle betún a los zapatos..., pero claro, las tareas de la casa tienen un límite. Al poco tiempo lo puse a cuidar los jardines del vecindario, a restregar los váteres de los vecinos, a hacerles la compra. Nunca hizo nada que pudiese molestarlos. Luego puse a otro a hacer alguna inconveniencia, como cagarse en un plato y a otro más a limpiarlo. Pero el asunto se convirtió en un tostón, porque ellos lo que esperan es que una esté siempre revoloteando a su alrededor, pegándoles algún latigazo o haciéndoles algo que duela, y no puede una ni ir al *pub*, ni ver la televisión,

y tampoco es que hagan bien las cosas. Le dije a uno de ellos que limpiara el cuarto de baño y no fue capaz; me dejó desconcertada. Le pegué tal paliza que me dio cincuenta pavos... Hasta que terminas por hartarte, como pasa con todo; al cabo del tiempo me deshice de los más desagradables y se me ocurrió la idea de tener un calabozo. No es que fuera un verdadero calabozo, era sólo una cabina grande con unas pocas modificaciones, pero los metía dentro para que estuvieran quietos y en paz. Y a algunos les gustaba mucho, porque los dejaba allí metidos un día o dos y les cobraba barato, y un poco más caro si querían que apareciera de vez en cuando para responder a sus plegarias y echarles una meada... Uno de mis mejores clientes era el hermano de Lal. Se ganaba la vida de chupatintas en la Compañía de Electricidad, así que ganaba muy poco, pero trabajaba en el departamento de finanzas. Yo debía un montón de facturas, me parece que no había pagado en un año. Habían estado viniendo a mi casa y hacía meses que me amenazaban con cortar la luz, y estaban a punto de hacer un hoyo en la calle para dejarme a oscuras cuando él canceló el montante. De manera que a cambio de un precio empecé a arreglar con mis vecinos el que no les llegaran facturas de la luz, y al final con la calle entera y con la mayoría de la manzana y con los restaurantes y con las tiendas de por allí. No creo haber sido nunca tan popular, y el pájaro se pasaba los fines de semana en el calabozo... Un fin de semana tenía dos calabozos funcionando, uno con el hermano de Lal y el otro con un tío del Ayuntamiento de Lambeth. Era un domingo por la tarde y hacía mucho calor. Habían estado en chirona desde el viernes, sin comida ni bebida, sólo palabrotas; de allí salía un tufo que tiraba de espaldas y yo estaba a punto de sacarlos, pero terminé todas las faenas de la casa, hice mi gimnasia y me sentí contenta conmigo misma, porque era una buena chica, así que pensé en darme un premio antes de echarlos a patadas a la calle: decidí ir a casa de mi amigo el camello de al lado... Este camello es un gilipollas increíble, le llaman Doctor Deleite y si hay una buena definición de la palabra *perdedor* en un diccionario ilustrado, es la suya. Nunca supe cuál era su verdadero nombre, ya que se lo cambió legalmente, pero me apuesto que es uno de los cinco nombres más aburridos de la historia de la humanidad. Vivía a cinco minutos a pie de mi casa, así que me fui dando un paseo y tomando el sol. Llego a casa de Deleite, le compro unas dosis de caballo, y ya estoy a punto de irme cuando se pone amigable, me ofrece vodka y me sugiere que me pinche. Así que me dije: «¿Por qué no? Vale». Ese Deleite tiene que sobornar a la gente si quiere que le dirijan la palabra. Por otro lado, pensé, los del calabozo estarán contentos de pasar media hora más en el agujero. Me tomo una copa, me pincho la aguja en vena. Me siento bien, bien, demasiado bien. Aunque parezca increíble, me decía a mí misma, lo que de verdad he logrado es comprar caballo directamente de un traficante, lo que me acabo de pinchar es puro, no la mierda rebajada de siempre. De lo último que me acuerdo es de que Deleite estaba ofreciéndome serpiente para cenar y de su cara algo

preocupada. Luego tuve un tripi y me iba, me iba, oye, que me iba... Cualquiera hubiera pensado que lo hacía adrede, pero él es demasiado imbécil. Fue sólo un desliz. Lo que pasó pude reconstruirlo después: me quedé traspuesta con una cara de muerta difícil de imitar. Deleite se asustó, por supuesto, y escondió su mercancía, pero, todo hay que decirlo, llamó a una ambulancia. De modo que así estaban las cosas, yo inconsciente y la ambulancia de camino, y Deleite sudando y pensando en una buena excusa para explicar lo que estaba pasando allí. Por supuesto era verano y yo no llevaba mucha ropa encima. Deleite empezó a pensar que la ambulancia podría tardar y yo no estaba en situación de decir que no a un polvo rápido... De forma que lo tenía sobre mí, con los pantalones a media pierna, cuando entró su novia. Tengo que decirte que Deleite colecciona toda clase de cosas raras. Su apartamento es como una tienda de antigüedades, bueno, como una mierda de tienda. Hay un traje de buzo, un casuario disecado...

—¿Un casuario?

—Un casuario disecado. Es como un avestruz. Estoy seguro de que lo obtuvo porque pensó que todo el mundo pensaría que es un avestruz y le diría: «¿Por qué tienes un avestruz disecado?», y él podría responder: «No, no, es un *casuario*». Una oportunidad más para hacerse el interesante. No sé de dónde sacaba el dinero, porque no es posible que lo sacara de vender droga ni de algo que necesitara un esfuerzo por su parte. No había nada que hacer con él. Pero tenía toda clase de cosas disecadas, cosas caras. ¿Sabes?, si alguien te contara algo como lo que te estoy contando, podrías pensar: «Qué interesante, no lo sabía», pero con Deleite sólo piensas: «Gilipollas, estás tratando de hacerme creer que eres interesante». También le gustaban las armas medievales... Así que su novia le tiró con una ballesta en el culo y luego le pegó con un ábaco en la cabeza. Lo dejó fuera de combate. Ella no era demasiado brillante, o quizás es que vio el vodka y pensó que yo estaba borracha o únicamente durmiendo sin bragas en el suelo de Deleite. Miró en mi bolso y encontró el resto del caballo. Se pegó un chute y dos segundos después se cayó sin sentido encima de Deleite... Luego entraron dos camellos más. Los otros camellos de la zona sólo dejaban que Deleite siguiera en el negocio porque les gustaba divertirse dándole palizas y cobrándole impuestos de manera regular. Lo que pasó después es algo bastante confuso. Los dos hombres empezaron a discutir, ya fuera porque no encontraban el caballo de Deleite o por el dinero que le habían sacado de los bolsillos o porque no se pusieron de acuerdo sobre quién de los dos tenía que follar primero conmigo, que estaba todavía en una postura adecuada; se pelearon. Yo creo que debió de ser por el caballo, porque uno de los dos camellos recibió una paliza impresionante, no te lo pierdas, con una iguana helada que Deleite tenía en el congelador para hacer sus pinitos como taxidermista. Había por toda la casa roedores salvajes que parecían haber sufrido un accidente de circulación, porque Deleite no

sabía cómo disecarlos. Aparentemente la iguana es un buen arma de ataque, porque después de darle había sangre por todo el apartamento. Y el camello se puso a pelear con el leopardo africano medio drogado de Deleite.

—¿El leopardo africano medio drogado?

—Sí. Un leopardo africano medio drogado. Yo no lo había visto porque estaba en otra habitación, pero parece ser que Deleite tenía su leopardo africano —su piso pertenece al ayuntamiento, no te vayas a creer— para consolarse del problema de no ser muy interesante. Le había dado un poco de caballo, probablemente para poder ir al *pub* y chulear diciendo: «Mi leopardo africano está completamente enganchado», así que el leopardo africano se había mantenido al margen, hasta que lo agarraron por el rabo... Y entonces entró el primero de la ambulancia. Resbaló en la sangre, se dio un golpe en la cabeza y se quedó tieso. Entró el segundo y le pegaron un iguanazo, probablemente porque el camello pensó que se trataba de otro camello disfrazado que venía a sacarle los impuestos a Deleite, ya que éste, después de tantas palizas, no quería abrir la puerta. O quizá lo que quería era escaparse de allí, porque salió corriendo hasta la calle y lo pilló un autobús... Total: a los dos días me desperté en el hospital y lo primero que vi fue que una enfermera con una fila de policías detrás de ella me estaba entregando un diploma. «Es del personal del hospital y se entrega cada año al paciente más extraordinario de la temporada». Parece ser que suele ganarlo alguien con una trampa de nutrias en el culo o con el pene metido en un aspirador, pero aunque sólo estábamos en agosto, estaban seguros de que yo iba a salir a pie de allí; una sobredosis es algo un poco pedestre, pero pensaban que mi interpretación había sido algo especial... Entonces me di cuenta de que había estado sin conocimiento durante dos días, los más calurosos del verano. Al cabo del rato me acordé de los calabozos. Me escapé del hospital en condiciones no muy buenas y me fui a mi apartamento. Uno de los calabozos estaba desplazado hasta el otro lado de la habitación; era el Electricista, que obviamente había estado tratando de salir. La había palmado y se había ido a arrastrarse a los pies de la gran puta dominadora que está en los cielos. El funcionario del Ayuntamiento de Lambeth, quizá porque como buen funcionario estaba acostumbrado a gandulear sin hacer nada, respiraba todavía.

—Tuvo suerte.

—Sí, pero también pudo ser porque le di un poco de agua antes de irme a casa de Deleite. «Vaya fin de semana», fue todo lo que dijo al salir del estado de coma en que se encontraba, justo antes de que yo me fuera corriendo al aeropuerto. No me sentía muy contenta con todo aquello, está claro, pero cuando uno paga para que lo maltraten, se expone a cualquier cosa. Yo siempre había deseado ir a Estados Unidos. En todo caso, el problema era el hermano del Electricista, ese Lal, que es famoso por su poco sentido del humor. Al Electricista lo hubieran engañado hasta los niños de pecho, pero su hermano se pasa el tiempo libre desvalijando camionetas de seguridad.

Yo no creo que Lal se llevara bien con su hermano, pero no le gusta ir a los *pubs* y que la gente cuchichee a sus espaldas: «Oye, su hermano se murió en un calabozo».

—¿Y cuál era el otro nombre que mencionaste? ¿Shiner?

—Ni me lo recuerdes. Eso fue en Estados Unidos. Ni me lo recuerdes.

—Deberías escribir un libro.

—¿Y quién coño me creería?

Taza de té número veintiuno

Suena el timbre. Nikki está ausente haciendo ejercicios de trapecio. Rosa abre. Es Tabatha. Inmunizada contra las grandes sorpresas, la hace pasar como si estuviera esperándola.

—Me sorprende que no llamas a la policía —le dice.

—Se me pasó por la cabeza, no vayas a creer. ¿Qué le ha ocurrido a tu puerta? Con leche y sin azúcar, por favor.

—¿Cómo lograste escapar?

—Intenté subir apoyándome en la pared con la espalda y con las piernas, como si estuviera arrastrándome hacia arriba, pero al principio no tenía fuerzas en la barriga, aunque día a día fui mejorando.

—¿Cada día mejorabas en todos los sentidos?

—Sí y no. Y no le sentó muy bien a mi vestido. Pero finalmente llegué a lo alto, y si hubiera habido un teléfono en la casa creo que habría llamado a la policía. Menos mal que cuando llegué a una cabina ya me había calmado un poco. Me di cuenta de que al menos había perdido un montón de kilos mientras permanecí en el pozo y empecé a pensar que tú debías de haber estado muy convencida de lo que hacías para meterme allí. Y vi que, de alguna forma, tenías razón: ¿qué objeto tiene mi trabajo si no puedo aplicarlo con éxito a un caso específico? Al fin y al cabo no es culpa tuya si tuviste la idea de raptarme.

Tabatha lleva puestos un par de pendientes de ágata que sugieren a un viejo quejándose de que le cambien el nombre a su *pub* habitual, donde la cerveza es tan horrible que parece agua sucia y donde todo el mundo lo odia. Ella ni lo sabe ni lo siente.

—¿Nadie te estaba buscando?

—No. Eso es algo irritante. Se cree una que va a dar un seminario y termina en el fondo de un pozo durante dos semanas; luego vuelve y se encuentra con unas cuantas facturas y unas cuantas preguntas amables en el contestador automático interesándose por el texto de la conferencia. Incluso las plantas parecían haber resistido bien. Todo el mundo asumió sencillamente que yo estaba ocupada o que me había ido de vacaciones.

—Tengo la palabra *fracaso* grabada en mi alma —dice Rosa.

—Eso sería una buena frase para mi sección. Oye, te voy a invitar a una fiesta. Te voy a preparar el terreno. Es ridículo que una muchacha guapa como tú siga sola.

Tabatha coge el bote de remolacha en salmuera y trata de abrirlo.

—Podría conseguir una cita en cinco minutos. Sólo tengo que salir a la puerta de la calle y abordar al hombre más cercano. A estas alturas me conformo con que no vaya a cuatro patas.

—Si tienes dudas, organiza una fiesta. Buscaremos a los hombres diciéndoles que habrá muchas mujeres e invitaremos a un montón de gente que no conocemos. Eso siempre funciona.

—¿Por qué soy así? —se pregunta Rosa—. ¿Por qué no soy capaz de ser una puta?

Se toman otra taza de té.

—Confía en mí —le asegura Tabatha—. ¿Para qué sirve que estemos aquí si no podemos ayudarnos?

Se come medio pastel de pacana. Rosa la acompaña a la puerta. Fuera, un hombre con gorra de béisbol orina lentamente. Se la sacude y luego le saca una navaja a Tabatha.

—Comprendo que se vaya usted a cabrear —le suelta Tabatha—, pero no puedo darle mi dinero, porque eso lo convertiría en un criminal y no quisiera cargar en mi conciencia el haber estropeado su futuro.

El otro le pega un tirón del bolso.

—Se lo advertí —dice Tabatha—. Tengo una memoria excelente y estoy dispuesta a utilizarla. Si no me devuelve el bolso ahora mismo le daré a la policía una descripción perfecta de usted.

Gorra se va despacio, eructando y revolviendo el contenido del bolso, tirando maquillajes y lápices de labios.

—Adonde hemos llegado —dice Tabatha.

Deposite su voto

—No comprendo por qué la gente quiere ser rica. Es algo que me deja perplejo, por qué la gente persigue el dinero —dice Marius, mostrándole a Rosa una cálida sonrisa, como si aún estuviera esperando que ella lo considere su tipo favorito—. Siempre hay gente que los ayuda, aunque sean asesinos de niños, y también gente que les tiene lástima. Los desarrapados que andan por ahí sueltos tienen hordas de gentuza que los cuidan, que los escuchan, que se preocupan por ellos. Los quieren. Pero cuando uno es rico, si está haciendo cosas que benefician a la sociedad, si dirige compañías que ayudan a los demás a mejorar sus vidas, todos lo odian. Se pasan las

noches pensando en cómo quitarme el dinero o secuestrarme, a mí o a mi familia. Y es algo tan molesto cuidar del dinero...

—Dame entonces un par de millones, Marius —dice Rosa, mirándolo con el asco que tiene reservado para los carbúnculos repugnantes.

—Yo no te haría nunca eso —dice Marius, a la espera de que esa cortesía le ofrezca una nueva oportunidad con Rosa—. El dinero es un verdadero problema. ¿Sabes cuántos bancos de los grandes, de los que tienen gente astuta, gente educada para dirigirlos en países seguros y sin guerras, se van a pique, desaparecen de la noche a la mañana, ¡puf!, como un pedo? Y se llevan por delante millones de sueños... ¿Y qué puede uno hacer? Yo incluso he comprado varias montañas, porque se supone que al menos a una montaña no le va a ocurrir nada, nadie puede robarla.

—Bueno, alguien podría si se empeña —dice Rosa—. Unas piedrecitas cada día...

Marius se siente preocupado e indefenso durante una fracción de segundo, antes de continuar:

—Bromea si quieres, pero incluso las montañas pueden derrumbarse. Habla uno con un experto y le asegura que las montañas son tan seguras como las casas. Habla con otro y le asegura que quizás esa montaña no sea tan segura. Así que uno busca a un tercero que le asegura que sí, que es segura por el momento, pero que nadie puede asegurar que sea segura a largo plazo. Podría encargarse otro estudio y seguir pagando. Es terrible, una montaña en Indonesia se desplomó el otro día. ¿En qué se puede confiar ya?

Marius ha venido a por mí.

No sabe que estoy escondido bajo el aparador. Rosa le ha dicho que me ha devuelto a la encargada de subastas para que me custodie y que ésta —Rosa está al tanto— se ha ido de vacaciones durante dos semanas y no hay manera de localizarla. Lo cual es doblemente bueno para Rosa, ya que también la encargada ha preguntado por mí. Rosa está encontrando cada vez más difícil inventar excusas para guardarme.

Marius habla mucho. Probablemente está haciendo tiempo para que Nikki tenga tiempo de volver y así tratar de enfangar otra vez o quizás es que acostumbre a racanear por todas partes diciendo memeces hasta que terminan por echarlo. Rosa debería empezar a toserle encima o a activar su extintor de incendios. Marius adopta una expresión tan horrible como el sonido de las teclas de un piano al despancijarse por un balate.

—Todo el mundo me odia: la gente que he llevado a juicio, la gente que está a mi servicio, la gente que aún no ha nacido ya me odia antes de existir. Son millones, cientos de millones por esos mundos de Dios, que todavía no están en esos mundos de Dios pero que lo estarán, porque los pobres que menos cosas se pueden permitir son los que más desean tener hijos, y todos me odian. El dinero es una horrible

responsabilidad. Lo único que me consuela es que mi sufrimiento puede ayudar a que la gente sea más feliz.

Quizá sea verdad; todo el mundo tiene al final lo que se merece.

Me temo que a Marius no hay quien le gane en las elecciones para determinar quién es el tonto del culo número uno de todos los tiempos. La competición va a ser terrible.

Yo le doy mi voto al boecio Agatón, que vivió en una comunidad paupérrima amante de la paz, y era paupérrima porque, al ser amante de la paz, los habitantes en cientos de leguas a la redonda se acercaban por allí a robar lo que les daba la gana y a poner la bota encima; llegó un momento en que fueron tan pobres que los visitantes se acabaron. Como eran amantes de la paz les gustaba la austeridad, pues estaban convencidos de que ésta los fortalecía. No eran nada eficaces predicando la doctrina, ya que tan pronto como llegaban a la frase: «Creemos en la paz porque...», recibían un puñetazo en la boca por parte de sus interlocutores, que luego impedían cualquier otro discurso con una buena tunda de palos. Agatón estaba siempre por allí, diciendo cosas como:

—Pero, entonces, ¿por qué es la paz una cosa tan grande?

En cualquier otra sociedad lo hubieran pulverizado o lo hubieran metido en un saco lleno de piedras y lo hubieran arrojado al mar. Pero eran amantes de la paz y creían en el intercambio de ideas. Intercambiaban ideas.

—Sí, pero, entonces, ¿por qué es la paz una cosa tan grande? —continuaba Agatón—. ¿Me podéis dar algo de vuestro grano? ¿Puedo entonces quedarme el terreno de lo alto de la colina? —Luego decía—: ¿Puedo quedarme el terreno de allá abajo? —Luego—: ¿Puedo quedarme el de en medio? —Y unas semanas después de que le hubieran dado el de en medio, decía—: ¿Por qué me disteis este terreno, si no sirve para nada?

—Fuiste tú quien lo pidió.

—No deberíais haberme escuchado.

Trataron de eludirlo. Se pasaban la noche en pie. Y también Agatón. Trataron de esconderse en un extremo del pueblo. Agatón los encontró. No dormía nunca y les hacía las preguntas más desconcertantes:

—¿Sabes por qué tienes ese grano tan gordo en la punta de la nariz? ¿Sabías que no te quedan dientes?

Contraatacaron de manera pacífica.

—Nos hemos reunido, Agatón, y hemos votado que no se permitirá hacer más la pregunta de «¿por qué, entonces, es la paz una cosa tan grande?».

—Vale, pero ¿por qué es tan importante votar?

—Hemos votado, Agatón.

—Pero mis alubias no votaron.

—A las alubias no se les permite votar, Agatón.

—¿Por qué no?

—Vale, votarán las alubias. Nuestras alubias votan contra las tuyas.

—No, no lo hacen. Sois vosotros quienes votáis por ellas.

Al final, una noche toda la comunidad se fue a otro sitio. Se acostaron para descansar y, al despertar, allí estaba Agatón.

—Me parece que no votamos que nos íbamos, ¿o sí?

Empezaron a contarle historias sobre un pueblo fabuloso a muchas leguas de distancia en dirección a la costa, en el que todos los que se llamaban Agatón eran agasajados y atendidos por las mujeres más hermosas del mundo. Pero él no se movió de allí. Buscando darle esquinazo se fueron al mediodía, en medio del calor, cuando Agatón estaba durmiendo, cada uno en una dirección, y se juntaron luego de muchos rodeos. Hubo diez personas que llegaron después de Agatón.

—¿Acaso votamos esta vez?

Recorrieron una y otra vez la costa de arriba abajo y, al final, tras varias décadas de privaciones, de labios partidos, de cráneos fracturados, de estómagos rotos y de gente que se les meaba encima a placer, decidieron que tenían que quitarse de en medio a Agatón.

—Pero eso significa abandonar nuestros principios —dijo uno.

—No, no, no. Eso significa dejarlos de lado durante uno o dos segundos. Echemos a suerte a ver a quién le toca.

No supe si lo hicieron o no: yo era entonces un leutrophos ovoide, la única posesión que les quedaba, y fui robado poco antes por un lacedemonio que pasaba por allí y que le dio al que me tenía un tremendo puñetazo en la oreja izquierda, lo cual lo dejó entristecido. Esperaba que se lo hubiesen dado en la boca, puesto que sufría de un agobiante dolor de muelas.

—El dinero —dice Marius— no puede comprar las cosas que uno quiere de verdad. Cuando yo era niño no teníamos nada. Yo no lo sabía entonces, porque uno asume que lo que tiene es lo que hay. Pensaba que nadie tenía mucho y que hacía frío. Ahora, cuando me acuerdo de la habitación helada y oscura donde vivía con mi madre, es cuando me doy cuenta de cómo era mi vida. Por mucho que ahora coma no podré compensar aquellos años de hambre. Nada podrá cambiarlos... Yo pasé hambre de niño porque no tenía nada y ahora de adulto tengo que pasar hambre porque lo tengo todo y estoy gordo.

Rosa, con bastante razón, se ríe de la idea de que Marius haga dieta; para él, saber controlarse es rechazar el cuarto postre. Menuda ficción. De la misma manera que es posible manchar de mierda un lingote de oro, también es posible depositar una mota de oro sobre una mierda. Todo es posible.

Marius se alarma. Teme que los hombres que trabajan a su servicio le estén

robando su mansión y se va a toda prisa:

—Esa gente es capaz de sacar un montón de dinero por mis ladrillos. No te lo puedes ni imaginar.

Rosa se me acerca.

Cuando me pone las manos encima decido contarle la trapatista del amoooooor.

El telescopista de San Francisco

Le encantaba el vino blanco espumoso, no el champán.

—Cada vez que bebes champán le estás dando dinero a un francés.

Le encantaba decantarlo dentro de mujeres jóvenes; no tenían que ser delgadas ni de pechos grandes ni rubias ni altas. Ésa era su manera de ser católico.

—¿No te da vergüenza? —le preguntó uno.

—La vida, como yo y como todas las mejores cosas, es corta —replicó.

Tenía un libro con las direcciones de todas las mujeres con las que se había acostado —no un gran número, al menos para lo que suele ser la norma de los atletas sexuales— y con las direcciones y los detalles de las que había cortejado sin llevárselas a la cama. Les enviaba postales en sus cumpleaños y en los aniversarios de sus encuentros, y pequeños pero agradables regalos que eran una prueba irrefutable de que había observado sus gustos: pendientes cuidadosamente hechos a medida, chocolates exquisitos, perfumes raros. Estaba siempre dispuesto a comprar algo y a menudo lo hacía ocho meses antes de ofrecerlo, meramente para asegurarse de que su regalo no tendría parangón.

No podía soportar olvidar ni que lo olvidaran.

—Necesitamos una precisión militar. Estamos luchando una guerra contra el olvido. Cada vez que alguien me olvida, algo de mí se muere.

No podía dejar de ser amable con las mujeres; nada ensombrecía más su rostro que una carta devuelta porque la dirección había cambiado o porque la destinataria estaba harta de él. No podía parar de comprarles flores ni de quitarles la ropa, y tomaba nota de sus fechas de nacimiento, de sus colores favoritos, de la música que preferían. Mientras le hacía el amor a una mujer, solía decirle:

—Eres el ser más maravilloso que ha existido jamás.

Y estaba convencido de ello.

No obstante, se había divorciado tres veces. Detestaba cuando una esposa venía a decirle:

—Me has arruinado la vida.

Tras el tercero decidió cerrar su corazón, ya que sólo sabía amar de una manera; y no lo hizo para ahorrarse sufrimientos, sino porque no podía soportar la infelicidad femenina. Tenía una leve manía por la cerámica: poseía un espléndido aríbalo

esférico con plumeados increíblemente luminosos y una vasija con un dibujo de Gorgona que de manera inexplicable fue encontrada un día rota en doscientos treinta y seis pedazos.

Una noche en que miraba por la ventana la oscuridad —no más tenebrosa que la de su alma—, vio otra ventana iluminada a lo lejos. Como sentía curiosidad por las vidas de los demás, fue a buscar un telescopio que formaba parte de los objetos que un amigo le había dejado para que se los guardase.

Descubrió una vista de una escalera que conducía a lo que pensó que serían el dormitorio y el cuarto de baño. Se sentó a oscuras, sin ambición ni interés, preguntándose si podría aprender algo de la vida al observar a los otros en secreto; ¿habría algún truco que se le estaba escapando?

Una forma subió las escaleras y se introdujo en la habitación de la izquierda. Él decidió que aquel destello fugaz era una mujer; redobló su observación, sentado pacientemente durante treinta minutos, que le parecieron menos. Ella fue al cuarto de baño. Vio que la luz llenaba los cristales opacos de la ventana. La probabilidad de que hasta cierto punto estuviera desnudándose empezó a angustiarlo.

Permaneció sentado durante lo que le pareció un largo tiempo, porque fue una hora y media, pero luego fue recompensado con un parpadeo de su cuerpo al pasar del cuarto de baño al dormitorio, cosa que dedujo al ver que llevaba encima sólo la ropa interior. Por supuesto, tenía otras alternativas para conseguir vistas más francas de desnudez, mujeres más atractivas, pero aquella visión momentánea hizo que temblara sin poder controlarse.

—No hay nada como las rarezas —se dijo a sí mismo.

Solía situarse ante el telescopio por las noches, que era cuando se le ofrecía la ocasión de verla durante sus abluciones. La claridad diurna bajaba las persianas, pero la oscuridad le ofrecía claridad. Memorizó su ropa interior, el color, el estilo, el tiempo que pasaba en el cuarto de baño, la hora a la que apagaba la luz. Mientras esperaba su aparición, sus ojos se fueron enterrando en los pliegues del empapelado que cubría la pared entre las puertas de ambas habitaciones, estudiaron las grietas de la barandilla, las fibras de la moqueta. El telescopista se convirtió en aquella escalera, esperó sus pasos con una paciencia de peldaño.

Luego llegó el gran día en que ella hizo una pausa al llegar arriba con el pecho desnudo y luego descendió de nuevo; la pausa duró sólo unos pocos segundos, pero ocupó más sitio en su memoria que años enteros. Estaba tan excitado que se derrumbó en el suelo. A los cuarenta y dos años, por pura casualidad, acababa de recuperar la fuerza y la novedad de una pasión adolescente.

Se sentía un poco avergonzado de lo que hacía, pero no se estaba inmiscuyendo más de lo que lo hace la luz; el telescopio solamente le proporcionaba más detalles, mientras que la sustancia de las imágenes estaba allí para cualquiera que tuviese

buena vista. Y ocupaba muchas horas. Se impacientaba cuando ella llegaba tarde a casa, se ponía triste cuando se iba de vacaciones, se maravillaba del tiempo que pasaba en el cuarto de baño.

«No perjudico a nadie», se dijo, dándose cuenta de que la mayoría del placer era esto, de que su placer no podía perjudicarla, de que no habría enfrentamientos.

El día y la luz significaban poco para él; su sangre palpitaba únicamente cuando llegaba la oscuridad. Le hubiera gustado poder sacarla desnuda del cuarto de baño para contemplarla. Hasta que un día encontró en su buzón una carta con las señas equivocadas, con un nombre y una dirección que, se dio cuenta, podrían ser los de ella. Anduvo por la manzana y contó las casas. Efectivamente, eran los suyos. Mientras estaba acechando, ella salió a la calle; se trataba de una oportunidad perfecta para darse a conocer, qué gesto de amabilidad hubiera sido entregarle la carta. Pero decidió que el telescopio era mejor. Esperó a que se alejara para echar la carta en el buzón.

Sin embargo buscó a toda prisa su número de teléfono en el listín. Allí estaba. Se le ocurrió que si el teléfono se encontraba al pie de las escaleras podría llamarla cuando estuviera en el cuarto de baño y, si ella pensaba que la llamada era importante—como suele pasar con las llamadas por la noche—, podría bajar con poca ropa encima.

Aquel pensamiento lo incapacitó. Descolgó el auricular de su teléfono y pegó el oído para asegurarse de que funcionaba. Tuvo que permanecer acostado todo el día mientras esperaba, tomando sólo líquidos. Se situó en su lugar antes de tiempo. Permaneció durante horas con los codos entumecidos por el dolor de apoyarse en ellos sobre la mesa de su despacho, a la espera de que ella fuese al cuarto de baño. Cuando entró en él, contó unos cuantos minutos, la vio mentalmente abrir el grifo de la bañera, mirarse en el espejo, mesarse los cabellos, inspeccionar los maquillajes, rascarse los sobacos, estrujarse unos cuantos granos, quitarse alguna ropa y, luego, marcó el número y escuchó la señal de llamada.

Ella bajó por las escaleras, sin blusa pero con un nuevo sostén. Él sintió un delirio. El hecho de saber que poseía el poder de sacarla del cuarto de baño lo desequilibró. Aquel efímero destello de carne era un tesoro erótico tan grande como sus relaciones más tenaces y acuático-terrenales.

Sin embargo lo utilizó raramente. Primero temió que ella cambiase el número si él abusaba, y, segundo, las noches en que ella no aparecía porque no estaba en casa o no le enseñaba nada de su cuerpo hacían que una pierna desnuda al salir del cuarto de baño fuera algo mucho más eficaz. Había que pagar con tedio los momentos elevados.

Observaba y saboreaba todas las minucias de su vida. Le desagradaban los hombres que iban a visitarla a última hora, pero no duraban mucho. De forma

anónima le mandaba pañuelos de seda y otros regalos, y disfrutaba viendo cómo se los ponía y cómo se los quitaba. Con frecuencia se sorprendía a sí mismo silbando y sus amigos notaron el buen humor que tenía.

Entonces, una noche, cuando llamó, la vio aparecer luciendo en las orejas los pendientes que él le había enviado, que representaban la aventura de ir a una fiesta en la que no se conoce a nadie.

La vio caer por las escaleras. Se partió el cuello.

Lechuga otra vez

—No puedo creerlo —dice Lechuga—. Iba yo sentada en el tren leyendo unos diarios de la primera guerra mundial cuando dos idiotas se liaron a puñetazos. Se agarraron por las solapas y se enzarzaron encima de mí, dándose cabezazos. Eran enormes, y yo me quedé atrapada debajo cuando perdieron el conocimiento al mismo tiempo. Dejaron el libro de la guerra perdido de sangre. Se me pasó la parada del tren, porque no pude zafarme y salir, de tanto que pesaban. Pero ¿qué es lo que está pasando aquí?, me decía yo.

Saca de su bolso un abrelatas y se dispone a destapar el bote de remolacha en salmuera.

—No me lo preguntes.

—Ojalá algún día reemplacen a los hombres por saquitos de esperma. No habría más guerras, ni más crímenes —continúa—. ¿Qué significa ese cartel de SE VENDE ahí afuera? ¿Te vas de aquí?

—No, será algún vecino de arriba. O quizá sea uno de esos letreros de mierda que hay por todas partes para tratar de convencer a la gente de que estamos en un periodo de recuperación económica. Pero, dime, ¿de qué has venido a quejarte esta vez?

—¿Qué te hace suponer que he venido a quejarme? —jadea Lechuga, dejando las remolachas y dirigiéndose hacia la ensalada de col picada.

—Bueno, pues el que cada vez que vienes a verme te quejas sin parar desde que entras, a menos que sea para comer o para pedirme algo.

—No, eso no es verdad —dice, ofendida—. Hablemos de ti, Rosa. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, si dejamos aparte al asesino a sueldo que me dejó el apartamento hecho un desastre.

—¿Sabes lo que me dijo anoche?

—No.

—Me dijo: «Lo que más me gusta de ti cuando me chupas la polla es que no puedes hablar».

—No entiendo por qué.

—¿No te parece algo terrible que me dijera eso?

—Sí, lo es. Dime, Lechuga, ¿es ése el tipo que conociste en Kew?

—Sí.

—¿Me estoy acordando bien si te digo que es el mismo que te dijo nada más conocerte: «Ten cuidado conmigo, porque soy un verdadero hijo de puta»?

—Sí.

—De manera que te encuentras con alguien que según tú no es guapo, que se describe a sí mismo como un hijo de puta, que te cuenta después que una de sus novias se suicidó (si me equivoco, corrígeme), y ahora me vienes con quejas porque se porta mal contigo.

—Pero ¿por qué tienen los hombres que comportarse así? Además, cuando vienen nunca se quedan. Éste llega, ¡ruuuuuump!, me hace el amor y... sale disparado. No vamos juntos a ninguna parte.

—Lechuga, ten estos diez pavos.

—¿Por qué?

—Te los regalo si no mencionas que a lo mejor estás embarazada, que prefieres que te metan la polla hasta la campanilla para paladear el sabor cuando se corren y que los hombres no tienen remedio.

—No seas cruel. Si no eres capaz de ser amable con tus amigas, ¿con quién puedes?

—Tú siempre podrás contar conmigo, Lechuga —la abraza—. Siempre podrás, no tienes más que decirlo y yo te ayudaré; pero no pienses que tienes que solicitarlo, porque así no funciona la cosa.

Lechuga le echa el ojo a la ensalada de patatas.

—Lo que me molesta es que está saliendo con otra de la facultad.

—¿Otra historiadora?

—Sí, y se parece a mí, es morena y tiene el pelo corto. «¿Qué tiene ella que no tenga yo?», le he preguntado. «Es como tú, de verdad», me ha dicho, «pero más joven y tiene tetas». Creo que estaba tratando de ser amable... Te admiro. La verdad es que te admiro. A ti nunca te pasan estas cosas. Te sienta tan bien estar soltera...

—¿Quieres que te prepare algo?

—No —dice Lechuga, poniendo el ojo en un puré de guisantes con semillas de sésamo—. ¿Tienes pan?

—Sí, ahí está. Ojalá las cosas fueran distintas. Casi me matan, me sale mal un secuestro y luego me tengo que poner a limpiar el polvo. Es una cosa tan aburrida eso de limpiar el polvo de mi casa. Deberían de haber inventado un sistema con el que se limpiara el polvo del vecino, para poder ver otras fotos enmarcadas, otras cortinas, otros manteles, un paisaje diferente desde la ventana, repisas distintas que limpiar...

Rosa tiene razón. La historia de la humanidad puede llegar a comprenderse a través del estudio de quienes limpiaron el polvo. La agricultura, la medicina, el arte

de la guerra han cambiado hasta nacerse irreconocibles, pero la vieja chacha con viejo delantal no tiene sustituto. El turismo es el otro catalizador, por supuesto; cuando uno quiere ver el mundo se junta con una cáfila de merodeadores.

—¿Te ha salido mal un secuestro? —pregunta Lechuga, apurando lo que queda del puré de guisantes con semillas de sésamo.

—Estaba bromeando.

—Este folla bien, pero tampoco es que sea nada del otro mundo.

—¿Te lo he preguntado?

—No seas así. ¿Puedo hablar?

—¿Qué es lo que esperabas? Tampoco debe de ser tan hijo de puta como dices, porque al menos te avisó. Es solamente un hijo de puta a medias.

—¿Quién es un hijo de puta? —pregunta Nikki, que acaba de llegar.

—El último novio de Lechuga.

—Me encantan los hijo de putas —Nikki se dirige a Lechuga sin que se la presenten—. Cuatro minutos —dice—. Eso es lo que necesitamos para despelotarnos. Nada de flores ni de conversaciones estimulantes. Solía encontrarme con uno a las diez y media en punto los viernes por la noche en el apartamento de alguien, al otro lado de Londres, en Hornchurch. Media hora. Únicamente para el polvo. Creo que le decía a su mujer que iba sólo un momento a comprar tabaco. No valía más que para eso, pero en eso era bueno. Es lo mejor que hay cuando se trata de follar: hijos de putas integrales y segundas noches.

—¿Segundas noches?

—Sí, segundas noches. Suponiendo que la primera funcionara bien. Pero es la segunda cuando todo va de maravilla y una disfruta aún de la novedad. Frescura y trabajo de equipo. Luego la cosa empieza a declinar.

—Es posible. ¿Es bueno ese vino? —dice Lechuga, mirando en el frigorífico.

Se sirve con generosidad.

—¿Por qué será tan difícil encontrar un hombre? —se pregunta Lechuga—. Incluso encontrar gente que haga bien el amor cuesta demasiado trabajo para lo que luego se obtiene.

—Es posible que siempre haya sido así —propone Rosa—. Quizá la verdad sea que incluso en la prehistoria las mujeres se sentaban juntas a quejarse de no encontrar hombres, de no encontrar los hombres que querían, de no ser capaces de quitarse de encima a los hombres que no querían. Quizás hemos nacido con sueños, pero los sueños están para que los destrocen, son nuestro refugio, el envoltorio para protegernos de las garras de la vida, para ayudarnos en el camino hacia el final de la vida. Recuerdo que mi madre estaba limpiando los platos una noche y me dijo: «No caigas en esta trampa». Si una supiera lo que le espera, nunca saldría de la barriga. Todo serían cesáreas.

—Lo más probable es que a una la asesine alguien que la amó una vez —dice Lechuga, como si estuviera discutiendo sobre su futuro.

—Sí, no sé lo que está pasando —interviene Nikki—. Yo terminé follando con un transexual brasileño antes de que se operara. No entendía una sola palabra de lo que él, o ella, decía. Tenía tetas y polla, bueno, no mucha, se le había encogido con el tratamiento. ¿Sabéis?, lo que él, o ella, quería era que se lo pasara por la piedra uno de esos que hacen pesas, pero allí estaba yo, porque no había nada mejor en la tele, metiéndole el dedo por el culo. Él no me hacía gran cosa, francamente, se dedicaba a gritar algo que yo no comprendía, algo que yo pensaba que era brasileño, y luego me di cuenta de que era el nombre que yo utilizaba por entonces. Las cosas se han puesto tan complicadas...

—Me imagino cómo te podías sentir —dice Rosa—. ¿Sabes que Mole está aún sentada ahí fuera? ¿Cómo te fueron hoy las entrevistas de trabajo?

La bebida las acompaña hasta bien entrada la noche. Le piden a Mole que entre y ella se sienta tan en silencio como si fuera un jarrón. Nikki le pregunta a Lechuga por el origen de su apodo. Al parecer Lechuga se gastó el dinero de su beca comprándole un coche a su novio, lo cual la obligó durante un año a rebuscar fruta y verduras pasadas entre las basuras del mercado.

—¿Y qué pasó con el novio?

—Se fue con el coche.

Son las tres y cuarto cuando Rosa viene a buscarme para la historia de antes de dormir. Saco del archivo una que trata de la profanación del amor...

El trompetista

Siempre iba en compañía de su cerdo favorito, al que llamaba Cerdo. Tenía un perro, al que llamaba Perro, y su mujer un gato, al que llamaba Gato.

Una mañana se dio cuenta al despertar de que tenía que desprenderse de su mujer. Decidió que un accidente parecería algo normal. Cada vez que hacía mal tiempo empezó a enviarla a ver a su hermana, que vivía al otro lado del río. La barca de pasaje, que solía hundirse con frecuencia, nunca se hundió cuando iba ella. La envió a visitar a su hermano, que vivía en la otra punta del país, pero por alguna razón los bandidos nunca la molestaron.

Le puso veneno en la comida; cayó enfermo él y ella lo cuidó con amor. Hizo que se pusiera los vestidos de la gente que se estaba muriendo de horribles enfermedades contagiosas. Cayó enfermo él y ella lo cuidó con amor. Iban a dar paseos junto al precipicio.

—Échale un vistazo al barranco, es maravilloso —solía decirle.

—No te acerques tanto al borde —respondía su prudente esposa.

—No, es precioso. Tienes que verlo —le dijo él en una ocasión.

Estiró el cuello y resbaló.

Tuvo suerte y cayó en un saliente a cinco metros y sólo sufrió la agonía de una pierna rota durante dos horas, antes de que le lanzaran una cuerda. Su mujer lo cuidó con amor.

Fue a ver al jefe de una banda de facinerosos de por allí y le llevó casi todos sus ahorros en monedas de oro.

—Mi mujer pasará por aquí a tal hora. Espero que aceptes esta oferta y aceptes mi sugerencia de prepararle una emboscada; no la maltrates, pero máatala. Tiene unas joyas criselefantinas soberbias.

—Muy interesante —dijo el jefe—, pero dime una cosa: ¿Qué es lo que me impide quitarte el dinero, reírme de ti, atarte a un árbol, sacarte la piel a tiras y luego apostar si sobrevivirás o no?

—Nada.

—Eso mismo es lo que yo estaba pensando.

Milagrosamente se las arregló para volver a su casa, tras perder al arrastrarse la poca piel que le quedaba en los codos y en las rodillas, y se pasó los meses siguientes en cama, sufriendo lo indecible en cualquier posición. Su mujer lo cuidó con amor.

Le dio una bebida fuerte, la metió en la cama y luego le prendió fuego a la casa. Al volver como si viniera de dar un paseo, empezó a dar gritos una vez que las llamas se avivaron. Ardió la casa entera, respetando sólo a su mujer —vestida con su ropa favorita y sin que se le llegara a chamuscar un solo cabello—, la cama y un cuenco increíblemente recio y bien conservado. A su mejor cerdo, en cambio, se le había pasado el punto. Tuvieron que irse a vivir con la cuñada, que nunca lo había querido mucho.

Un día fue a ver al médico del lugar y le dio un magnífico regalo que había conseguido con dinero prestado.

—¿Qué le pasa? —le preguntó el galeno—. ¿Tiene problemas al orinar?

—Nada, nada. Simplemente creo que a usted no se le aprecia en lo que vale, y a mí me gusta su compañía. Dígame, ¿conoce la historia de aquel tipo, no me acuerdo cómo lo llamaban, que vivía en un pueblo, no me acuerdo dónde, pero que encontró la manera ideal de matar a su mujer? Fue algo muy pero que muy ingenioso, porque nadie sospechó nada, no había huellas de violencia ni de veneno; fue requeteingenioso, pero que me aspen si me acuerdo de cómo lo hizo. ¿Le suena?

—Ah, ¿un método ingenioso y vil de matar a la propia esposa? Sí, creo que lo conozco. Es una historia muy conocida. Yo tampoco me acuerdo de su nombre ni de dónde vivía, pero el método que utilizó fue de verdad requeteingenioso; besó a su mujer en el culo y empezó a tocar una larga tocata, como si el culo fuese una trompeta, y la presión del aire dio lugar a lo que llamamos una embolia, que produce

una parada cardiaca igual que las que sobrevienen a causa de una gran pasión.

—¿Alguna melodía en especial?

—La que más le guste. Pero no lo olvide: como con cualquier instrumento musical, lo importante es la práctica diaria. ¿Habría algo en el mundo que no se consiga con diligencia? Oh, de paso, mi cumpleaños es el mes que viene. Me encanta el pavo.

Fue al dormitorio de su mujer y sopló y sopló, con un ardor que la dejaba impresionada, ardor que no decayó durante las siguientes semanas, de tal manera que ella se veía obligada a recordarle que comiese. Al cabo de un mes a él se le escapó la vida soplando por el culo de ella.

—Siempre termina por estirar la pata uno de los dos —dijo el médico—. Lo siento por el pavo.

Me quiiiiita las manos de encima.

Pero Rosa sigue mirándome. No logra conciliar el sueño, es insaciable. Las mujeres son capaces de proferir un ooooooooooh sin fin; son siempre los hombres quienes abren la espita de su placer. Guardo aún muchas más historias, pero cada vez que ella se introduce en mí se acerca más a la verdad, y empiezo a sospechar que su apego al pasado se está convirtiendo en una adicción. El pasado, el futuro, son atracciones para turistas. El presente en cambio es el pariente pobre del tiempo, pues tiene que cargar con toda clase de tribulaciones.

Me pooooone otra vez las manos encima.

El hoyo

Estaba prometida al muchacho más alto del pueblo, que se pasaba el tiempo zurrándoles la badana a los muchachos más pequeños o, cuando se cansaba de eso, imaginando métodos complicados para que los muchachos se rompieran la crisma entre sí.

—Dale un gancho con la derecha, una patada en el hígado; y ahora retuércelo los huevos o te los retuerzo yo a ti.

Su otro pasatiempo favorito era describir con todo detalle lo que pensaba hacerle a su novia, para que nadie en el pueblo tuviera dudas sobre la noche de bodas. Andaba por el pueblo agitando vigorosamente las caderas y retorciendo la lengua con espasmos de placer. No le permitía a nadie que mirase a su prometida.

—No quiero que nadie piense siquiera en pensar en ello —decía, y hacía una pausa por si había pensado lo que había dicho y por si lo decía bien—. Ni que piense en pensar en que puede pensar en ello.

Estúpidamente estúpido, el Follador del Aire hubiera podido reclamar para sí mismo el haber sido el inventor del bidé cada vez que espetaba:

—Lámeme el culo.

Lo decía en sentido no figurado.

Su prometida era muy hermosa. Tenía asimismo tan buen corazón que no le cabía en la cabeza que su futuro marido fuera tan malo, y era demasiado buena para quejarse.

—Eres tan hermosa —le solía decir el muchacho con la polla más embelesadora del pueblo.

Cuando el muchacho con la polla más embelesadora del pueblo nació, la comadrona había sentenciado:

—Nunca se casará, no con esos atributos.

Todas las madres habían animado a sus hijas a que jugaran con él, a pesar de que eran demasiado jóvenes para saber por qué.

—Las mujeres sois maravillosas, pero algunas sólo son maravillosas durante unos minutos —continuaba el Embelesador—. Y eso puede pasarles por la noche o cuando no hay nadie. Tú tienes tanta suerte..., tú serás maravillosa cada instante de tu vida.

La muchacha de buenas maneras sonreía al oírlo, porque era un piropo ingenioso y porque hacía falta tener los cojones como barriles para atreverse a hacerlo; su sonrisa no buscaba darle pie a él, pero era tan natural que lo parecía.

—No soy capaz de mirar a otras. Me gustaría, porque muchas son bonitas y sería menos peligroso. ¿Ves ese par de caballos encabestrados? —y el Embelesador le señalaba a un par de caballos consumidos—. Fíjate cómo se les señalan los huesos. Están muertos de hambre, no pueden verse, pero se apoyan el uno en el otro. Lo tienen todo, porque se tienen entre sí. Yo quisiera que nosotros fuéramos como ellos.

El Embelesador podría haber hecho referencia a un sencillo cuenco, glorioso en su simplicidad, que estaba por allí. Podría haber evocado una imagen sobre la inmaculada perfección de su forma, pero no lo hizo. Así suele suceder con el destino perfectamente imperceptible de la perfección.

La muchacha de buenas maneras sonrió de nuevo. Era otro gran piropo, de los que no se habían oído en la región durante centenares de años. Tener un admirador secreto era agradable. Deseaba enseñarle sus tetas como recompensa, pero no hubiera sido una buena idea.

—Pensé en traerte flores, pero eso es algo demasiado fácil (y demasiado visible) —dijo el Embelesador—. He decidido cavar para ti el hoyo más grande del mundo.

Ella sonrió y se preguntó qué significaría el hoyo, pero no era más que eso.

Estalló la guerra, contra gentes que hablaban la misma lengua y que tenían el mismo aspecto que la gente del pueblo; llegó tan de improviso que no dio tiempo de nada. El Follador del Aire —un lugal en potencia— se ajustó la parafernalia guerrera mientras daba golpes poderosos en el vacío y dejaba claro qué partes de la muchacha de buenas maneras reclamarían su atención al regresar.

Entretanto, durante una hora más o menos cada día, el Embelesador se dedicaba a cavar en un trozo de tierra árido, sin cultivar y de poco riego fuera del pueblo. Al principio nadie se dio cuenta, pero cuando ya le llegaba a los hombros la gente se volvía al pasar.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntaban.

—Estoy buscando un tesoro —respondía.

Algunos lo creyeron y lo acompañaron en la tarea durante unos pocos días, pero en general lo que iban buscando era una oportunidad para quitarse los jubones en presencia de las muchachas del pueblo.

—¿Estás seguro de que aquí hay algo?

—Estoy seguro —decía el Embelesador.

Pronto lo dejaron solo.

La guerra continuó. Los dos ejércitos no llegaron a encontrarse frente a frente. Persiguiéndose los unos a los otros por las montañas, se equivocaron de valles, se confundieron de ríos, se toparon contra otros ejércitos que no esperaban, los aniquilaron, les nevó y siguieron sin encontrarse, y se decía que los dos generales que estaban al mando de los ejércitos no tenían ninguna prisa por volver, porque sus esposas eran unas pelmas insoportables; pero no les importaba; había masacres geniales, portentos como el de torturar a los prisioneros lentamente hasta que morían, y hallazgos maravillosos como el de los armiños que hacían juegos malabares.

Al final echaron cuentas. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que había sido una de las mejores guerras de las que se tenía noticia, muchísimo mejor que la que sus padres habían combatido y muchísimo mejor que las futuras. El Follador del Aire mereció incluso una ovación del ejército enemigo por el ingenio de su brutalidad.

Una noche cerrada, el Follador del Aire se dirigía de regreso a su pueblo, ansioso por llegar, andando a través de tierras que conocía desde que aprendió a andar, cargado con su botín (que incluía un pene de oro con una inscripción que decía: ¿QUÉ ESTÁS MIRANDO?) y quejándose de un dolor de muelas, cuando se cayó en un hoyo de siete metros que no se esperaba y se partió el cuello.

La gente se molestó, pero no mucho, puesto que no iban a armar otra guerra en la entreguerra. El hoyo era la cosa más grande que nadie había visto jamás. El Embelesador se casó con la muchacha de buenas maneras; el éxito de su unión quedó patente por los aullidos que ella daba cada noche, aullidos que resonaban por todo el pueblo y que eran muy apreciados por las parejas y por los que prefieren el placer solitario.

No obstante, esta historia se acabó una tarde cuando una lluvia de iguanas heladas asoló el pueblo.

En el hoyo se formó un pequeño lago. Por los alrededores corrió la voz durante mucho tiempo de que los enamorados que nadasen juntos en sus aguas permanecerían

juntos toda la vida.

Me ha quitado las manos de enciiiiima.

Rosa se queda dormida, pensando en el lago.

¿Qué es esto?

Tras un buen sueño, Rosa se levanta por la mañana y nos vamos a ver a algunos clientes que visten traje y corbata y están apiñados con aspecto ansioso en torno a varias monedas. Rosa coge las piezas de oro y las frota. Son cincuenta y ocho. Le dedica un tiempo a cada una, pero yo sé lo que va a pasar. Las sopesa un momento, no porque necesite sopesarlas, sino porque se está decidiendo.

—Son tan auténticas como mi culo —sentencia. Está disfrutando.

El más viejo de los clientes enchaquetados, que estaba intentando no dar rienda suelta a su decepción, la deja fluir. Tiene la nariz más grande que he visto en ciento setenta y dos años, si bien a las narices, para ser precisos, hay que clasificarlas según el peso y el volumen. Todo el mundo en la habitación se pregunta cómo se las arregla para mantener el equilibrio con una trompa como ésa.

—Esto es absurdo. Absurdo. ¿Cree usted que alguien puede tomarse en serio una tasación así?

El Abuelo del Traje de Chaqueta se siente vejado, pero a pesar de lo que los otros opinen de Rosa y de su capacidad profesional, las ganas de comprar se han evaporado por la ventana. La duda es algo que se reproduce con rapidez. Rosa introduce la mano en su bolso y le tiende su tarjeta al Abuelo, que está echando espuma por la boca. Sé que incluye la siguiente inscripción:

NO SE ADMITE PUBLICIDAD.
NO SE ADMITEN ALBOROTOS.
NO SE ADMITEN CHEQUES
Y NO SE ADMITEN DISCUSIONES.

—Le daré un detalle extra: las acuñaron durante los últimos veinte años, probablemente durante los últimos diez.

Posee la seguridad de alguien que sabe que puede hacer algo mejor que nadie en el mundo.

Uno de los trajeados más jóvenes, o menos viejos, que tiene mejillas rosadas, pone diez billetes de veinte libras en la mano de Rosa.

Volvemos al apartamento cuando Nikki está despidiendo a una pareja. Parecen gente preocupada por ganar dinero o miembros de un club deportivo. Sonríen con amabilidad al salir. Nikki suprime deliberadamente las presentaciones.

—¿Quiénes son? —pregunta Rosa.

—Oh, testigos de Jehová.

—Parece que te gustan.

—Me dan pena, siempre de un lado para otro y todo el mundo dándoles con la

puerta en las narices... Llamó Helen; dice que necesita el cuenco.

Llega el chófer de Marius y trae otro jarrón. Un jarrón con cabeza de Gorgona.

Accidente a la vista. Éstas son las cosas que uno no ve durante siglos y que de pronto suceden sin parar.

—Ya lo ha comprado, pero quiere que le dé usted el visto bueno.

El chófer le entrega entonces un ramo de flores a Nikki.

—Quería darle a usted las gracias, señorita. Cuando lo llamó jodido asqueroso fue el momento más feliz de mi vida. Si lo vuelve a ver, espero que no se eche para atrás.

Rosa mira al vacío. Está pensando en dejarlo todo. Llega un momento en que uno piensa en abandonar, ya sea porque está descontento con lo que tiene ya sea porque sabe que nunca va a tenerlo o porque le va a costar más de lo necesario, pero sigue en la brecha no por gusto sino por disgusto, porque no puede hacer otra cosa.

Nikki está tratando de desenroscar una bombilla en el pasillo para cambiarla, no por altruismo, sino porque le gusta mirarse en el espejo de allí. Está subida en una silla, pero ésta es baja y el techo alto.

—¿Tú no llegas? —pregunta Nikki.

—No. Siempre tengo que pedirle a alguien que lo haga: he devuelto la escalera de mano que me prestaron.

—¿Cuántos ángeles se necesitan para cambiar una bombilla? —musita Nikki, saliendo a buscar a Mole, que se ocupa de la chapuza—. Ya que estás aquí, podrías abrir este bote de remolacha —le dice.

—No podrá —interviene Rosa.

—Claro que podrá —replica Nikki, tendiéndole el bote a Mole.

Esta aprieta con fuerza metálica, pero la tapadera permanece imperturbable. El bote se hace añicos y la remolacha lo pone todo perdido.

—Te lo dije. No había nada que hacer. La pegué con cola para frenar a Lechuga. Mole, te invito a una taza de té, o a sentarte.

—Estoy bien afuera —se vuelve hacia Nikki—. ¿A que te van las cosas mejor así?

—Sí, muy bien —dice Nikki, cerrando la puerta tras ella.

—¿Por qué no le dijiste que se quedara? —pregunta Rosa después de que Mole se haya ido.

—Se está divirtiendo. Estar sentada en una camioneta es bastante barato para lo caro que resulta divertirse.

—¿Cómo os conocisteis?

—En un supermercado. Mis limones se mezclaron con su compra. Estábamos en la caja.

Recomposición: Lo que Nikki está tratando de no decir es que sin duda intentó robar los limones de Mole, puesto que se había olvidado de comprarlos ella. No hay

objeto demasiado pequeño, ni probablemente demasiado grande, para ser sustraído.

—Empezamos a charlar.

Recomposición: prácticas sexuales de las que rompen huesos.

—Luego me quedé en su casa durante un tiempo.

De repente me doy cuenta de que el equilibrio ha cambiado; Nikki alteraba a Rosa; ahora es Rosa la que altera a Nikki; sólo las rocas permanecen siempre duras, lo cual no tiene nada que ver con la conversación, pero es cierto.

—Las dos obteníamos beneficios.

En efecto, resulta fácil imaginar un capital despelotado.

Mole y Nikki

—Cuando vivía con Mole volví una noche y aquel asqueroso había estado en el metro acechando mujeres para violarlas. Llegué agotada y me metí en la cama, apagué la luz y me dormí. Y entonces empecé a despertar como se despierta una por la mañana, pero estaba todavía oscuro y noté calor y una respiración a mis espaldas, así como una fuerte fragancia a loción para después del afeitado. Sentí una barbilla en la nuca y traté de acordarme de si había traído a alguien conmigo, porque ya me había ocurrido que Mole se pusiera hecha un basilisco si nos encontraba juntos; entonces vi en el reloj de la mesilla que había estado dormida sólo diez minutos y me di cuenta de que quienquiera que fuese el que estaba allí no lo había invitado yo. Me pregunté qué mierda hacer, porque me percaté de que él estaba despierto y se lo estaba pasando en grande. Sabía también que él sabía que yo no estaba dormida por cómo yo respiraba y por lo tensa que me sentía. Esperamos los dos unos diez minutos hasta que empezó a jadear. Entonces me puso un cuchillo de cocina en el cuello... Por lo visto le gustaba el magreo antes de follar, así que lo mantuvo allí y se puso a la tarea. Yo me preguntaba si seguiría adelante con el cuchillo, pero entonces me abrió de piernas y estaba a punto de montarme cuando Mole regresó del trabajo y nos lo estropeó...

»Era un tipo bastante impasible. Aquello lo excitaba, parecía como si se le notase el pensamiento. Yo nunca había visto una polla tan grande como la suya. “Desnúdate”, le dijo, agitando el cuchillo.

»De modo que Mole le partió el brazo, una vieja costumbre que adoptó desde que trabajó como guardia de seguridad. “Si les pego en la cabeza me expongo a mucho papeleo, ya que me llevan a los tribunales; en cambio les rompo el brazo y todo el mundo se lo toma a chufra”, solía decir. Pero luego lo pensó mejor y lo estrelló contra la pared, con tanta fuerza que la abolló. Yo creo que si no lo tiró otra vez fue porque no quería estropear más el empapelado...

»Nuestro amigo no hubiera podido ni aplastar una mosca, estaba escupiendo babas en el suelo y amenazándonos con llamar a la policía. Yo no sabía si pegarle una

patada en la cabeza o en los huevos cuando Mole cogió la caja de herramientas sadomasoquistas, le puso una mordaza, lo ató y luego sacó un consolador enorme, ese balumbo de color púrpura que tiene unas venas que parecen de verdad y que a nadie se le ocurriría utilizar, se lo metió por el culo y empezó a darle para dentro y para fuera que era un primor. Yo creía que al tipo se le iban a salir los ojos de las órbitas. Estuvo dándole por el culo hasta el amanecer; luego me dijo que había perdido un kilo con el ejercicio. El tipo daba pena por la mañana cuando llegó la poli para llevárselo.

»El violador violado; tal pulcritud, tal justicia, son algo raro. Tan raro como las iguanas heladas. Se trata de una historia que se ha extraviado dentro de la vida. Por eso la cuentan.

Estoy arropado en la cama de Rosa. Ahora ella querrá que la vida se extravíe dentro de una historia. Le tengo preparada una épica pastoral con un reparto de miles de paisajes maravillosos. Me poooooone las manos encima.

El pueblo que no era

Nadie venía al pueblo.

Todos los demás pueblos tenían algo de qué hablar. Unos producían buenas cosechas, otros eran famosos por sus intrincados bordados. El que estaba río abajo era conocido por las legumbres de curiosos perfiles que solían crecer en él: zanahorias en forma de burro, una chirivía exactamente igual que el lugal del pueblo, el cual concedió grandes privilegios a los que se la llevaron (aunque las malas lenguas dijeron rápidamente que en realidad era el lugal quien se parecía a la chirivía, en vez de la chirivía al lugal), cebollas que apenas se diferenciaban de una enfervorecida pareja copulando.

El pueblo que estaba río arriba tenía un lobo que montaba a caballo, una urraca que bebía cerveza y se rumoreaba también que tenían armiños a los que les enseñaban a hacer juegos malabares.

El pueblo al pie de la montaña producía un vino horrible, pero en él vivía un hombre llamado Embudo. Lo llamaban así porque era capaz de beberse de una sentada cualquier cantidad de vino, barril tras barril. Las demás gentes de este pueblo habían intentado hacer lo mismo; unos cayeron gravemente enfermos y, los más asiduos, no sobrevivieron para contarlo. Los borrachines de los pueblos vecinos fueron a retarlo. Solían estirar la pata a los dos barriles. El más prudente pagó los suyos y se puso a mirar cómo Embudo jugaba al acueducto, a la espera de que reventase. Naturalmente, después de chuparse tres o cuatro barriles perdía el conocimiento, pero sus ayudantes lo acostaban, le metían un embudo en la boca y le echaban vino hasta que se terminaba el dinero del público.

(He pasado la mayoría de mi tiempo profesional, ya fuese como crátera o como esquifos, en compañía de bebedores audaces; en honor a la verdad, tengo que decir que Embudo era el dipsómano más grande que me he encontrado... y no olvidemos que yo ya existía cuando las uvas y los cereales eran considerados como alimentos al alcance de la mano para que la gente comiese. Fue una pena, considerando el talento que tenía, que su público fuera tan reducido y tan rústico. A veces me he preguntado si era realmente humano, pero tengo todavía que encontrar pruebas más sólidas de una cultura alienígena en otros planetas que guste de participar en los jolgorios que se alargan a lo largo de quince largos años.)

Embudo se bebía él solo casi toda la producción de vino del pueblo, lo cual no estaba mal, ya que como había que estar casi al borde del suicidio para intentarlo, el consumo hubiera sido modesto de otro modo. Al final, un año en que falló la cosecha, se murió cuando iba a otro pueblo, desesperado por echar un trago. Pero mientras Embudo estuvo en activo, la afluencia de visitantes aportaba ganancias a los vecinos y, de vez en cuando, una vez establecido que un forastero no tenía parientes, ni era poderoso, ni violento, ni del género vengativo, solían divertirse torturándolo y matándolo, y luego utilizaban los restos como abono.

Las gentes de aquel pueblo que no tenía legumbres para partirse de risa, ni armiños que hiciesen juegos malabares, ni el mejor borracho de la historia solían reunirse por las noches, antes de retirarse a dormir cansados de trabajar, y se quejaban de que nadie hablara nunca de ellos, de que nadie los visitara y, ni que decir tiene, de que tampoco nadie abusara de ellos.

—Hemos de hacer algo para ser más interesantes.

—No, antes tenemos que ser más interesantes y después pensar en divulgarlo.

Solían mantener cada velada una conversación similar, con gente distinta diciendo lo mismo. Entonces, una noche, una muchacha pobre y fea de un pueblo vecino, que había contraído matrimonio con el trillador principal sólo porque pensó que la miseria podría ser más soportable en otro sitio, sugirió:

—¿Y por qué no hacemos algo?

Hubo un silencio. Nadie en el pueblo había tenido nunca una idea. Pero la muchacha no lo sabía, de modo que continuó:

—¿Por qué no empezamos a vivir de noche y a dormir de día? Seremos conocidos como los que viven en la oscuridad. Puede que la gente piense que tenemos poderes ocultos especiales.

Hubo otro silencio, sobre todo porque la muchacha había interrumpido la misma conversación de siempre y ninguno se acordaba de lo que venía después. Tardaron varias semanas en pensar en pensarlo, pero luego se volvieron locos de alegría con el invento y aceptaron la sugerencia.

El desbarajuste duró diez días. Se terminó porque no hacían más que insultarse

entre ellos, porque los labradores no podían labrar como Dios manda y porque los vecinos de los alrededores, perplejos ante lo que estaba pasando, se acercaban durante el día para robar gallinas y cualquier cosa que no estuviera a buen recaudo. Volvieron a las de antes, pero se sentían orgullosos de que se hubiera hablado de ellos.

—¿Y qué podemos hacer para ser todavía más interesantes? —decían todos por las noches, dándose palmaditas en la espalda, pues aunque no eran conocidos como el pueblo que vivía en la oscuridad, lo eran incluso de manera más intrigante como el pueblo que a veces vivía en la oscuridad pero cuando uno menos se lo espera y no por mucho tiempo. Estaban abrumados por el éxito.

—¿Por qué no cambiamos el nombre del pueblo? —sugirió la muchacha después de seis meses de felicitaciones extremadamente repetitivas. Había decidido que su vida iba a ser corta y horrible, de manera que era mejor que fuera corta y horrible en un lugar donde de vez en cuando pudiera divertirse antes de morir. Decidió morirse al día siguiente.

El nombre del pueblo en aquel tiempo era el de «el pueblo que no es el pueblo al pie de la montaña ni el pueblo que está río abajo ni tampoco el pueblo que está río arriba»; o, dicho de manera más sencilla, «el pueblo que no es».

—¿Por qué no cambiamos el nombre del pueblo por el de Ojo del Culo?

—¿Y por qué haríamos eso? —le preguntaron con incredulidad.

—Pues porque tiene gracia. ¿A que si hubiera un pueblo llamado Ojo del Culo iríais allí a pitorrearos? La gente vendría aquí y podríais venderles aguamiel.

Esperó hasta que se lo pensaron bien, preguntándose si alguno sería lo bastante listo como para señalar que cambiar el nombre por algo evocativo como Herosas Floraciones o El Verdadero Lugar Que Nadie Quiere Que Usted Conozca tendría el mismo efecto, pero sin la ignominia.

Se murió un día después de que cambiasen el nombre. Los visitantes venían y se burlaban, aunque una ojeada les bastaba, y solían comprar cantidades cicateras de aguamiel.

Con el tiempo, como suele ocurrir, llegaron los maleantes. Ya habían empalado a dos intérpretes que, preguntados si quedaba algo por saquear, les habían respondido:

—El Ojo del Culo.

Los maleantes se sintieron ofendidos por su estupidez. Quemaron el pueblo y obligaron a todo el mundo a saltar sobre las cenizas durante un día entero. Localizaron al desgraciado y le ofrecieron salvarle la vida a cambio de que matara a todos los habitantes.

—¿Cómo queréis que lo haga?

Le dieron una cuchara.

—¿Qué es lo que se supone que debo hacer con ella?

—Usa tu imaginación.

—Necesitaré tiempo.

—No tenemos prisa.

La cuchara era pequeña y los alaridos grandes, y la verdad es que los maleantes no se preocuparon demasiado, porque tenían más armiños que hacían juegos malabares de los que necesitaban.

Tabatha entra en acción

Parece como si me hubieran crecido un par de piernas.

Rosa me lleva a todas partes. Vamos a la fiesta de Tabatha, donde me dejan en un dormitorio, enterrado entre varios abrigos, bolsos y el rastro oloroso de sus propietarios. La confusión está localizada en el otro lado del apartamento, de forma que ni siquiera con mi agudeza de oídos soy capaz de distinguir los detalles vocales por encima de la polución del parloteo, pero eso no me preocupa, porque si Rosa decide poner más tarde su mano sobre mi hontanar de memoria, haré lo mismo. Nada lascivo o impropio sucede en el dormitorio, el ambiente es lúgubre aquí y al cabo de unas horas vienen a buscarme.

En casa veo que Rosa está tan contenta y tan borracha que pronostico que se va a ir directamente a dormir; pero en la cama se vuelve hacia mí y me toma en sus manos.

Le cuento la historia de «Los coreanos que trataron de comerse la China o Los tres estómagos contra el Imperio».

Me introduzco de nuevo en su mente y encuentro allí los recuerdos de la fiesta, disponibles como una esterilla a la entrada de una puerta.

—No, yo soy siempre la que inicia los bailes —está diciendo una muchacha.

Se ve que le gusta atraer las miradas de los hombres que la rodean y que éstos se esfuerzan por dar la impresión de que están bastante habituados a discusiones tan candorosas. La muchacha es bastante corrientucha. Muchos hombres revolotean a su alrededor; están acicalados, son profesionales con dinero y tiempo libre para mantenerse en forma en clubes deportivos, para coleccionar vinos. Sus trajes tratan de mostrar dejadez y falta de profesionalidad, pero son gente que maneja cifras de muchos ceros y eso siempre se nota.

Junto al aguacate, Rosa es acorralada por un abogado que lleva gafas con montura de oro y tiene la cara redonda, pero no del mucho comer, sino a causa del destino. Su mandíbula sobresale un poco, dándole un aire de firmeza y de afectación. Pego el oído en el pimpón de su conversación, en el peloteo que mantienen hasta el final de la velada conforme trazan un bosquejo de sus vidas.

Mandíbula (número cuarenta mil ciento nueve) se burla del mundo del arte; Rosa

cuenta los chistes habituales sobre los abogados (y no hay que olvidar que uno nunca se equivoca si le salta la tapa de los sesos a un abogado). Se ve que a Rosa le preocupa que él pueda hacer algo imperdonablemente desagradable o que no la invite. Tabatha está exultante al otro lado de la habitación al ver que él anota el número de teléfono de Rosa.

Una vez en el apartamento Rosa no vuelve a salir, lo cual resulta extraño, porque no hay nada para comer; va de un lado a otro sin parar. Deduzco que está esperando una llamada telefónica, puesto que cada cuarenta minutos más o menos descuelga el auricular para asegurarse de que hay línea. Finalmente, tras dar vueltas y más vueltas durante once horas y veintiséis minutos, cuando ya está temiéndose que va a tener que llamar en vez de ser llamada, el teléfono suena. Cuenta hasta diez antes de contestar y de sugerirle una cena en el cuarto restaurante más de moda en Londres.

No obstante, al día siguiente Rosa se piensa mejor eso de ir fuera a cenar; lo llama por teléfono y lo invita a una cena que ella cocinará. Lo cual, como se sabe, significa sólo una cosa.

—Nikki —le dice Rosa—, ¿podrías asegurarte de no aparecer por aquí durante *toda* la noche del miércoles?

—¿Tenemos fiesta? ¿Es alto?

—Un poco grandullón.

—Eso es bueno. No nos engañemos. Una polla pequeña de un hombre alto es mejor que una polla pequeña de un hombre bajo.

Hace la comida el día antes. Limpia enfebrecidamente la casa; anda como una posesa hasta las dos de la mañana frotando el cuarto de baño y haciendo desaparecer las manchas recalcitrantes de la cocina.

—De todas maneras tenía que hacerlo —se dice.

Quita el polvo de las bombillas y le da una mano de pintura a un ángulo de la puerta de la habitación del frente.

Tabatha telefonea:

—No te des prisa. Me parece que el mensaje está claro; no hay nada que diga las cosas con más franqueza que un buen guisado de cordero.

Mandíbula llega. Rosa lo hace pasar con esa sonrisa que las mujeres reservan para los hombres que las acompañarán de vuelta a casa, pero su sonrisa vacila y desaparece cuando ve a una mujer que va con él.

—Hola, Rosa. Ésta es Jacky, mi mujer. Espero que no te moleste, pero es que ella quería acompañarme.

—De ninguna manera —dice Rosa, con una cortesía que le aflora sin pensar—. Pasad.

Los Mandíbula hablan, a sabiendas de que Rosa se ha quedado sin habla. Sirve el aperitivo, un pastelito de champiñones silvestres, que es objeto de alabanzas por parte

de los invitados. Pero ella hace un alto.

—Mirad, os pido perdón, pero no puedo continuar con esto. Yo pensaba que Simón era soltero. Lo siento, pero no vale la pena continuar.

—Pero el guiso huele muy bien —dice la mujer de Mandíbula.

—No tengo hambre.

—Con toda franqueza, Rosa, el hecho de que yo esté casado no hace que sea diferente. Vamos a comer y luego hablaremos de los arreglos.

—¿Los arreglos?, ¿qué arreglos?

—Vamos a no ser tímidos. Tú me encuentras atractivo. Yo te encuentro atractiva. Todos necesitamos *l'amour*. Dejemos que la naturaleza siga su curso y Jacky puede mirar.

—Por supuesto —dice Jacky—. *L'amour* es algo que todos necesitamos. Deja que te diga, Rosa, que te encuentro muy atractiva y me encantaría hacerlo contigo en cualquier postura.

—Quisiera que os fueseis de aquí.

—¿Te gustaría vernos?, ¿inspeccionar la mercancía...?

—No.

—Tengo que decirte, Rosa, que tu actitud es muy ofensiva. Jacky es demasiado educada para decírtelo, pero trata de imaginarte cómo debe de sentirse por tu rechazo.

Rosa les hace una demostración de cómo funciona la puerta.

—Tienes razón. Hemos sido demasiado bruscos, ¿no? Pero creo que te vas a dar cuenta de que no hay nada interesante esta noche en la televisión. Tengo una idea: nosotros nos vamos al *pub* de la esquina. Aquí tienes el número de mi teléfono móvil... Si cambias de idea, llámanos. Y tienes que darme la receta de tu pastelito.

Rosa se sienta en el sofá y se abraza a sí misma lo más fuerte que puede.

(Durante mucho tiempo los llamados triunfadores han sido el objeto de los elogios: los ricos, los rápidos, los lugales, la gente que está por encima de los demás. Eso es algo muuuuuuy falaz, ya que no se hallan tan al abrigo del tormento como muchos se imaginan y, además, son muy poco representativos.

Los dirigentes, los prósperos, los superlativos son la rareza. A quienes habría que considerar ejemplares es a los segundones, a los patinadores que no ganan medalla, a los filatélicos en quiebra, a los inventores frustrados, a los funcionarios que se odian a sí mismos, a aquellos con talento y educación y determinación que van tirando para que la gente pueda ver que sus vidas no son mediocres, sino normales. Es algo absurdo que hacer frente a la vida con alcohol o con drogas haya llegado a ser el deporte nacional.

Por cada campeón hay mil competidores y otros dos mil que no llegan a serlo porque se olvidan de competir, o porque tienen una gripe, o porque estaban ocupados con un asunto amoroso, o porque no se molestaron en inscribirse. La vida no consiste

en ganar, la vida es luchar por la tercera posición. Pero, por supuesto, el brillo procede de los que brillan, de los vencedores, y los perdedores gustan de estudiar a los vencedores porque piensan que de ello podrían sacar algún provecho. ¿Cuál es la diferencia entre un hombre con millones y un hombre sin millones? Los millones.

Lo que habría que enseñar no es cómo lograr el éxito, que por definición es asunto de unos pocos, sino cómo ver el color de los ojos del fracaso sin arrugarse, cómo tolerar el mal aliento de la ordinariéz. Quien habría de estar sobre un pedestal es el decorador que no se lamenta de haber perdido su negocio, ese al que pillan incluso cuando roba un botellín de whisky, el que después de treinta años de trabajo no tiene más que un abrigo deslucido, mientras que a su hija, a su única hija, le pega palizas un bruto sin blanca en el bolsillo; es la fregona con niños que criar, la que vuelve a su casa agotada y a la que le roban los pendientes en el metro, quien puede enseñar una lección importante: cómo perder.)

Rosa escoge una postal y escribe primero el nombre y la dirección de su hermana; luego mordisquea la pluma mientras busca la frase. Lo único que sé de su hermana es lo que le mencionó a Nikki durante la taza de té número catorce:

—Se casó con el primer muchacho con el que salió, ¿te imaginas?

Rosa sigue mordisqueando durante dieciséis minutos y luego escribe: «Tenías razón».

Se acuesta antes de tiempo. Permanece quieta más o menos durante una hora, incapaz de poner su mente en blanco. Sus manos se me aceeeeeercan. Creo que desea alguna historia capaz de ayudarla a prolongar la acritud que atenaza su corazón.

Napia

—Son todos iguales —le dijeron en casa de la costurera.

Las más viejas eran las peores y ella se sintió avergonzada y estúpida por haber defendido a su esposo.

—¿Pero qué es lo que te hace pensar que el tuyo es diferente? —cacarearon—. ¿Acaso es un jorobado sin polla? Porque eso sería lo único que le impediría joder con otras mujeres, e incluso así lo intentaría.

Las viejas rezumaban amargura. Sus maridos las habían engañado con diversos grados de discreción entremezclados con borracheras y con palizas; el más inútil de ellos la había traicionado muriéndose. De las quince mujeres que trabajaban allí, únicamente la Topo tenía un marido sobrio y trabajador (y se estaba consumiendo de caquexia). Y ella.

—Lo más que puedes esperar es que no lo haga bajo tus narices —corearon.

Su marido la había cortejado con delicadeza y con pasión. Anduvieron paseando hasta perderse, y llegaron tan lejos que al regresar ya era de noche. Él se había

contenido respetuosamente, pero cuando le cogió la mano, la piel de ella se agitó exultante.

Siempre se habían burlado de ella a causa de su nariz larga y aquilina. La noche de bodas su marido hizo el inventario:

—Quiero proteger los dedos de tus pies y lamer tu ombligo. Tu pelo es maravilloso. Tus pechos son del tamaño ideal. Nadie podría pedir más. Pero tu nariz..., te amo y me he casado contigo por tu nariz.

Le dio un tortazo, persuadida de que se estaba mofando de ella como los demás. Lloró hasta que se le agotaron las lágrimas. Pero él pronto le demostró que su rinfilia no era un chiste, ya que hizo cosas por ella que ella nunca hubiera imaginado, y pronto estuvo orgullosa de él.

Con él siempre se sintió segura. Si no hubiera sido por los constantes comentarios que tuvo que aguantar en el trabajo sobre su fidelidad, nunca se le hubiera ocurrido dudar de él.

Una vez le pidió prestado a una amiga su pasamontañas y lo siguió por la noche a cierta distancia, y vio que iba a una taberna y pasaba allí horas con sus amigos. Una mujer joven se les acercó y ella observó que mientras los otros hombres la jaleaban, su marido no mostraba interés alguno. Empezó a bostezar y abandonó el grupo.

Pasaba horas con los niños ayudándoles en sus deberes. Si ella estaba ocupada, era él quien llevaba pasteles a su madre. Ella tenía que insistirle para que se comprase ropa. Sus trajes eran buenos, pero viejos y deslucidos.

—¿Para qué tenemos que gastar el dinero? —solía decirle—. Estos trajes se han portado bien. Además, yo ya no tengo que impresionar a ninguna mujer.

Era aquél un hogar modesto. Sólo poseían un objeto de verdadero valor: un soberbio jarrón de porcelana que les había regalado un amigo con un buen gusto poco habitual.

Hasta que ella se convenció a sí misma de que si él pudo ser tan indiferente a la joven, tan hacendoso en casa y tan despreocupado por su aspecto personal, debía de ser porque tenía una amante. Lo siguió por todas partes y, como no encontró nada, se convenció aún más de su infidelidad, ya que la falta de evidencia significaba que le estaba ocultando algo. ¿Cómo iba a contar cada moneda que gastaba si no fuera porque sabía que podían pedirle cuentas?

Una noche llegó tarde a casa y le dijo que había tratado de ver a un dentista a causa de un dolor de muelas. Ella lo acusó de estar mintiendo. Él se enfadó y tiró el jarrón. Era la única vez que había llegado tarde, la única vez que se había enfadado con ella. Pero sólo es preciso enfadarse una vez para convertirse en un hombre amargado, de la misma manera que un jarrón que se rompe una vez se rompe para siempre. Un jarrón tiene las grietas para recordarlo; él tenía a su mujer.

Me quiiiiita las manos de encima.

El teléfono está sonando. Esto me incomoda, porque estaba a punto de ponerme didáctico. Rosa contesta. Es una llamada a cobro revertido.

—¿De Nigeria?

Está confundida; son las dos de la mañana y ella no conoce a nadie en Nigeria, pero temiendo que sea algo importante, acepta la llamada.

—Hola —dice la voz—. Tengo un negocio que proponerle.

—Me parece que se ha equivocado —dice Rosa.

—No, no, nos vimos hace seis meses.

—¿Cómo me llamo? —pregunta Rosa.

—Me acuerdo muy bien de usted.

—Se ha equivocado de número.

—No, déjeme que le diga en unas palabras de qué trata el negocio.

—Escúcheme bien, por favor: no sé quién es usted, pero estoy segura de que es un imbécil.

Cuelga el teléfono y se va a ver la televisión, aunque no echen nada. La pantalla es como un cuchillo que corta la oscuridad del mundo. Rosa bebe tanto whisky que dos horas más tarde, cuando regresa a la cama, casi no puede tenerse en pie. Odio que me interrumpan una narración. Quizá Rosa no quiera saber cuál fue el destino de Napia al subir por una escalera de mano hasta la ventana de un dormitorio donde ella pensaba que descubriría a su marido, sin descubrirlo, ni cómo bajó luego por la escalera de manera tan vertiginosa y tan fatal.

Adelante

Es un nuevo día. Pienso en cómo darle el pasaporte al jarrón de la Gorgona.

No corre prisa: he estado esperando más de dos mil años y unos pocos días no van a cambiar nada. Quiero encontrar un método para que no parezca que Rosa es descuidada o poco profesional. La devoción que me profesa ya le está causando problemas.

Viene Tabatha. Se escandaliza al escuchar los pecados de Mandíbula.

—Estamos viviendo tiempos confusos —asevera.

Pura filosofía barata.

Tabatha posee constancia suficiente para preocuparse de una nación entera. Todo consiste en té y en estrategia, en buenas intenciones y en nuevos arreglos casamenteros. Se tira del pendiente derecho (su sentido para elegir los pendientes oportunos no ha mejorado y éstos siguen haciendo en clave la siguiente pregunta: «¿Quién es en verdad el coleccionista de coleccionistas de coleccionistas?». Pero ella no lo sabe, ni lo sospecha, ni llegaría a comprenderlo si se lo explicaran):

—No me digas que no quieres conocerlo. Explícame por qué.

—Un arreglo como ése no funcionaría —insiste Rosa—. Has sido muy buena y yo nunca podré pagarte lo que has hecho por mí, pero estoy en un callejón sin salida. A lo mejor si me rindo pasa algo.

—Yo creo que deberías salir con él.

—¿Por qué?

—Porque tenéis algo en común.

—¿Qué?

—Él dijo lo mismo.

A Rosa no le quedan fuerzas para protestar. Acepta ir a tomarse una copa con el descubrimiento de Tabatha. Una copa y adiós.

—¿Quién era el tipo con el que estabas hablando en la fiesta, Tabatha? —le pregunta Rosa cuando está a punto de salir—. Parecía que estabais muy a gusto. Tengo la sensación de que lo he visto en alguna parte.

—Claro. Probablemente no lo reconocerías sin el cuchillo.

—No estarás hablando en serio.

—Me llamó para tratar de comprarme mi agenda de direcciones y estuvimos hablando.

—No estoy en condiciones de decir nada —concluye Rosa.

—Por el momento la cosa funciona —dice Tabatha—. Para serte franca, está funcionando muy pero que muy bien en cierto sentido.

—¿Y qué es lo que no está funcionando?

—Es un tipo muy sociable. Sus amigos pasan mucho tiempo en mi casa.

Me introducen en la caja de caudales que ha comprado Rosa.

Es antigua, fea, no muy grande, pero muy pesada, lo cual hace que el robo sea no imposible, pero sí que exija un esfuerzo enorme. Me depositan junto al jarrón de la Gorgona. Se trata al mismo tiempo de una humillación y de una tentación cada vez mayores. Doble humillación y doble tentación, puesto que me han puesto boca abajo y encajado encima del jarrón de Gorgona. Estoy pensando protestar. Esto es inadmisibile.

Permanezco en esta posición durante varias horas. Nikki entra en el apartamento con unas personas. La conversación es banal. Rosa vuelve, se echa en la cama y me deja abrazado a la Gorgona. Su cita ha sido un éxito, ya que prefiere la compañía del recuerdo en vez de pasear por mi pasado.

A la mañana siguiente, sin decir adiós, se va a Amsterdam para negociar un friso y unas figuras de Djenne y Luba. Estará ausente tres días, Nikki recibe algunas visitas..., la conversación es banal.

Aparece Marius.

Nikki le sugiere que revise su extintor de fuego, porque a menudo no funcionan cuando hace falta. Marius está muy enfadado. Quiere saber dónde estamos el jarrón

de la Gorgona y yo. Nikki le dice que Rosa se ha ido al continente y que mencionó algo de vender un cuenco. Marius tiene dificultades para respirar. Nikki le dice que Rosa no había comentado nada sobre este viaje al continente que pudiera hacerla sospechosa. El chófer tiene que traer una bombona de oxígeno para Marius. Mientras aspira profundamente el gas, Nikki le explica que por un mínimo de quinientos pavos ella le puede soplar algo de las actividades de Rosa. La billetera se pone en marcha.

—Tu sentido común da pena, Marius. Confías en la gente que no debes.

Cuando Marius se va, Nikki trata sin éxito de abrir la caja fuerte. Dentro, yo imagino doscientas una maneras de hacer añicos un jarrón de Gorgona.

Rosa vuelve... sin decir buenos días. Mucho teléfono. Mucho perfumarse. Por la noche regresa acompañada. La conversación es banal.

Abre la caja fuerte.

—Es a esto a lo que me dedico —dice Rosa.

Rizos (número tres mil cuatrocientos setenta y cinco), que está en pie detrás de Rosa, se toma la molestia de mirarnos, pero sus manos están ya culebreando hacia arriba para agarrar las tetas de Rosa. No se anda por las ramas, y ella es una mujer capaz de apreciarlo. No había ninguna necesidad de enseñarle a Rizos el interior de la caja fuerte, que está situada, por supuesto, en el dormitorio de Rosa.

Acaricia sus pechos durante dieciséis segundos, hasta que no quedan dudas de dónde pasará la noche.

—Espero que no te moleste —le dice, quitándose la camisa y mostrándole su fuerte pecho y un pulido bíceps derecho en el que hay tatuada una rosa y el nombre Rosa.

—Puede que parezca pretencioso, pero tengo la sensación de que esto va a funcionar. Me gusta jugar, pero no perder.

Aunque he visto la seducción representada cuatrocientas mil novecientas ochenta y una veces, he de reconocer que el Rizos es un maestro en trabajos de piel. Sus armas: tosquedad y suavidad y la mejor de las mejores friegas de tetas. Rosa, que no necesita mucho para rendirse, lo deja hacer. Se quita los pendientes (que representan a un nadador solitario en una nítida piscina azul, nadando desmañadamente hacia uno de los bordes porque aguanta en alto, con su dedo índice derecho, un abejorro mojado que ha decidido rescatar de la tiranía del agua) y los pone sobre la mesilla de noche.

Apagan la luz, pero de todas formas yo puedo ver.

Rizos recorre con un dedo la cara de ella, como si estuviera afeitándole suavemente la mejilla. No dicen nada. El único sonido que se oye es el de las ropas al caer y los jadeos. Los pezones de Rosa sobresalen como palos de béisbol; los dientes del Rizos se convierten para ellos en una gozosa prisión.

Rosa tiene los ojos en blanco y probablemente no se acuerda ni de su nombre. Le ofrece su cuello, su sangre, su vida. De manera invisible, inaudible, indetectable,

como elefantes que han perdido toda su elefancia, menos la fuerza, comprimen ahora un cuerpo contra el otro.

Le quita a Rosa la última prenda. Ella alza un segundo las nalgas para ayudarlo, antes de taparse los ojos con su brazo derecho, según el gesto internacional que significa: estoy a punto.

La polla de Rizos es fornida; gorda como un congrio con las agallas abiertas; he de confesar que es del tipo que más gusta a las mujeres. Rizos se enfrenta con sus labios a la entrepierna de Rosa y paladea su sabor. Pero no es un ataque directo. Primero le da la vuelta y su lengua se desliza de arriba abajo por el valle de la columna dorsal. Su lengua abandona entonces la espalda y se dirige abiertamente hacia las nalgas, abriéndole los cachetes como si fueran un libro. Su lengua gira como un carrusel mientras Rosa espolvorea el cuarto con oooooohs que dan fe una vez más del extraño sentido del humor y de la extravagancia que tiene la naturaleza, pues al igual que depositó en las serpientes un veneno capaz de matar a todo un pueblo, ha situado zonas erógenas en un lugar tan insalubre como ése.

Dos dedos se zambullen entonces en el canal principal. Rosa ya no puede estar más preparada de lo que está y el Rizos se alza para bambolearla hasta que hable en sumerio.

Pero desiste y una tristeza infinita se dibuja en su cara.

Es algo inefable. Permanece inmóvil y la tristeza lo invade todo. Se pone en pie. Rosa no para de temblar. Se imagina que él está buscando algo en su ropa o planeando cualquier otro preámbulo amoroso. Ronronea mientras Rizos, en silencio y con increíble rapidez, se viste y se va.

Rosa emite una serie de ruidos inquisitivos y falsamente quejosos. Dos minutos después va a ver si está escondido en la cocina. Retiene por un momento la desesperación antes de lanzar quejidos genuinos y romper en sollozos.

Tengo que admitir que nunca había visto una cosa así. Es algo exasperante y Rosa se atormentará tratando de descubrir un motivo que no existe. Nikki tiene la mala suerte de encontrarse fuera, porque Rosa necesita desesperadamente echarse en sus brazos.

—Yo no quiero ser así. Yo no me creo mejor que nadie. Estoy dispuesta a trabajar duro. Estoy dispuesta a luchar. He trabajado y he luchado y no me importa, con tal de que haya algo por lo que luchar. Una tiene sus principios; o termina odiando a todo el mundo y quedándose sola, o si se doblega termina odiándose a sí misma; ¿son ésas las opciones? No lo entiendo.

Va a la ventana. En medio de la noche ve hogares como luciérnagas titilantes, las pavesas de la ciudad.

—Sé que estás ahí, no soy tan arrogante como para pensar que soy rara. ¿Pero cómo podré encontrarte?

Taza de té número treinta y uno

—No lo entiendo, no paro de pensar en si fue algo que dije o hice, pero lo único que yo hacía era estar allí tumbada, ronroneando agradecida.

—A lo mejor no ronroneabas de la buena manera —dice Lechuga, desenterrando un paquete de pasas cubiertas de chocolate que Rosa había escondido bajo unas revistas.

Está claro que esta amistad es una especie de calamidad para Rosa, pero muchas amistades tienen una habilidad de cucaracha para sobrevivir, a pesar de ser poco recomendables.

—¿Cuál es la buena manera?

—No lo sé. Estoy tratando de ayudarte. A mí nunca me ha ocurrido eso, ni a nadie que yo conozca. ¿No podría ser que estaba casado y que, ya sé que suena poco probable, le remordió la conciencia? Estas pasas engordan, ¿no?

—No estaba casado, no tiene novia, acaba de volver de pasarse siete meses en la Antártida estudiando los glaciares, habíamos hablado de lo terrible que fue para él tener que separarse de su antigua novia. Lo lógico hubiera sido que estuviese deseando follar bajo cualquier circunstancia. Tenía mi nombre tatuado en su brazo, hablamos del futuro, ya sabes lo agradable que es eso para los hombres.

Por supuesto, pero Rosa no le presta valor a que el tatuaje no era reciente. Yo calculo que tenía unos siete años.

—Bueno, ¿sabes?, a lo mejor es que las mujeres no le...

—Pero si hubiera podido picar hielo con su polla. Algo lo estaba excitando y no creo que fueran las musarañas.

—Quizás es que tenía que ser así.

—Vaya, a eso lo llamo yo un pensamiento profundo. Está claro que algo fue mal, no hace falta que me lo digas, lo que me gustaría es saber qué. La cosa no podía ir mejor. Yo sentía como si lo conociera desde hacía años. Nos gustaban los mismos libros, las mismas películas, la misma música. Le encanta la comida china. Yo estaba ya segura de que Tabatha había acertado. Era casi como si lo hubieran contratado para ser perfecto.

—A lo mejor es que lo que le excita es calentar a las mujeres.

—¿Qué pasa? —dice Nikki, que aparece desnuda y mira largamente a Lechuga.

—Un desastre.

—Oh, eso. Nunca se sabe —dice Nikki rascándose ostensiblemente la nalga izquierda—. Yo tuve uno peor. Era un cocinero griego que me siguió a casa desde el supermercado. Imaginaos la frase que me dijo: «Te hago pedazos en la cama y luego cocino algo para chuparse los dedos con cualquier cosa que tengas en el frigorífico». No era guapo, pero era persistente y no había gran cosa en la televisión, así que yo me dije: ¿por qué no? Para una noche son todos muy parecidos. Pues allí estaba yo

con los tobillos enganchados en las orejas cuando el griego empezó a mirarme de forma extraña y yo me dije: oh, no, algo no va bien, ¿me habré olvidado de afeitarme los sobacos? Y entonces, no os lo perdáis, sacó una pistola con el cañón recortado. Estábamos los dos completamente desnudos y él tenía su polla en una mano y la pistola en la otra, y a pesar de que yo creo ser muy liberal y no suelo juzgar a nadie, me asusté, porque tenía pinta de loco. Le dije: «Spiros, quieras lo que quieras, ya sabes que me encantaría hacerlo por ti, no hay ninguna necesidad de pistolas». Me miró como si yo fuera un jarrón de cerámica con la cabeza de tres antiguos presidentes americanos, levantó la pistola, y esto que os digo pasó en la fracción de un segundo, se la metió en la boca y apretó el gatillo.

—¿Por qué lo hizo? —pregunta Lechuga.

—No lo sé. Me hubiera gustado preguntárselo, pero por desgracia ya no tenía cabeza. No os podéis imaginar lo que me hubiera gustado haber dicho que no, o haberme lavado el pelo en vez de aquello. ¿Qué os creéis?, ¿que el seguro paga por los desperfectos si alguien se vuela la cabeza en un apartamento? Claro que tampoco es que yo tuviera seguro alguno, sin contar con que vomité por todos los rincones que no estaban cubiertos por pedazos de griego. Y no digamos lo que me divertí con la poli: «No, no sé quién es, ni dónde vive, ni dónde trabaja, me lo he encontrado hace una hora y vinimos a mi casa y en vez de acostarnos se le ocurrió volarse la cabeza». ¿Acaso necesitaba saber más?

Es cierto, Nikki: la verdad es raramente necesaria. Los filósofos, los científicos, los detectives, los maestros, las madres, todos ellos alaban y buscan la verdad, cuando lo que de verdad tiene valor son las buenas mentiras. Pocas veces resulta ventajosa la verdad. Al condenado a muerte que está a punto de ir al patíbulo no le interesa escuchar que el patíbulo está bien engrasado; cuando su mujer lo visita, lo que quiere escuchar es que le han concedido el perdón pero que sólo se lo van a anunciar en el último segundo, una vez que le hayan tapado los ojos con una capucha y lo hayan colocado en posición, así que eso es lo que ella le dice, que le han concedido el perdón, aunque sepa que todo el mundo se está peleando por los mejores asientos del espectáculo.

La primera vez que oí este principio fue en un vagón en medio de los Alpes; las ruedas descarrilaron y la mitad del vagón se balanceó sobre el pintoresco precipicio. Los pasajeros se quedaron paralizados, despavoridos ante la posibilidad de que cualquier movimiento pudiera precipitar un despeñamiento instantáneo hacia las rocas que esperaban pacientemente cientos de metros más abajo. El más joven miró con cuidado hacia atrás.

—La mitad del vagón está en el aire.

—¿Para qué has dicho eso? —le recriminó el más viejo—. No nos hace falta saberlo. Lo que necesitamos es una buena mentira.

—¿Como cuál?

—No lo sé, sólo sé que la necesitamos. Haz algo.

El muchacho cerró los ojos.

Fue una caída terrible. Me costó mucho tiempo reunir los pedazos para reconstituirme. Creo que lo que dijo el timonel del barco fue algo parecido: «No tienes que decir que nos estamos hundiendo, sino que el mar está subiendo por todas partes y toda la humanidad comparte nuestro infortunio».

—Es algo deprimente —dice Lechuga pescando la última pasa del paquete—. Sólo he visto a una pareja que logró permanecer unida y fue en el pueblo donde me crié. Él llevaba una barca de pasajeros y por entonces debía de tener unos setenta años. Estaba siempre en su puesto, en Navidad, con tormentas o ventiscas. Era un tipo muy feo y a su mujer parecía que la hubiera pisado un elefante. Seguían juntos porque no había nadie más feo que ellos. Eran más pobres que las ratas, pero increíblemente felices. Nadie los vio nunca pelearse o caer enfermos. Todo el mundo hablaba mucho de ellos, porque ella tenía un buen mostacho y él siempre decía que el secreto de su felicidad consistía en que le gustaba chuparle el bigote en la cama. La gente encontraba eso divertido, pero yo creo que la razón por la que se chismorreaba sin parar de ellos era porque a todo el mundo le molestaba que fueran tan felices.

Ya en la cama, cuando Rosa me pone las manos encima, qué otra cosa podría contarle, sino la historia de...

El pintor del pasado que veía el futuro

—Le encanta chupármelo en la cama —dijo la modelo. Lucas asintió.

Mi coleccionista era pintor y además coleccionaba antigüedades hasta donde le permitían sus medios. Trabajaba duro y utilizaba para todo el blanco, porque había comprado a muy buen precio grandes cantidades de dicho color. El estilo de Lucas no terminaba de encajar en la Venecia de 1440; en Ibero lo hubiesen adorado y es probable que un mecenas egipcio que se había muerto hacía dos mil años lo hubiese protegido bajo su manto, pero en Venecia era sólo uno más. Hoy, por supuesto, a todo el mundo le gusta la ostentación de lo blanco. Lo más importante para cualquier carrera es nacer en el momento adecuado. El padre de Lucas era un aburrido fabricante de cerveza que no tuvo problemas económicas porque trabajó toda su vida como un azacán. Le dio a su hijo un plazo de cinco años para que ganase dinero con la pintura.

Mientras Lucas se dedicaba a pintar un mito de la creación inspirándose en su esférica modelo (sus bigotes no le interesaban en absoluto), ya habían pasado cuatro años y once meses y acababa de recibir una carta de su padre en la que le ordenaba que regresara si no quería morir de hambre.

Lucas había logrado pintar algunos buenos cuadros (y sé de lo que hablo), pero no pudo vender ninguno: nadie estaba interesado en encargarle trabajos, y las pocas obras al fresco que había pintado sin cobrar fueron luego enjalbegadas. Sin embargo, aquél era un tiempo de grandes ambiciones y los hombres aspiraban a que ninguna parcela del conocimiento o la destreza les fuera ajena: Lucas había conseguido sus mayores logros exterminando a sus detractores.

El abad del monasterio que rechazó su oferta de una Anunciación murió envenenado cuando Lucas embadurnó los pezones de su prostituta favorita con cianuro.

A otro que había criticado su pintura de Jesús caminando sobre las aguas lo dejó caer en medio del Adriático.

—¿Qué te parece el mar ahora, ves el blanco, estás seguro o lo dices solamente porque te estás ahogando?

—Sí, sí, lo veo —respondió el hombre, aunque cabe preguntarse si estaba diciendo la verdad, ya que esto ocurría pocos minutos después de la medianoche.

—¿Qué tipo de blanco ves?, y cuidado con lo que respondes, porque te estoy poniendo a prueba.

—Un blanco maravilloso —farfulló—, el mismo que tú utilizaste en aquel cuadro que yo no llegué a entender porque había estado lejos del mar demasiado tiempo como para reconocer su verdadera naturaleza.

—Me alegro de que estés de acuerdo conmigo —dijo Lucas—. Sabía que podría hacerte razonar.

Lucas se alejó entonces remando, mientras el otro intentaba seguirlo sin gran resultado, ya que tenía las manos sujetas a la espalda con fuertes ataduras que estaban empapadas de agua y le impedían flotar.

—¡No puedes abandonarme aquí! —suplicó el crítico—. ¡Eres un sacerdote!

—Sí, tienes razón, eso está mal —replicó Lucas—. Pero fíjate bien, aunque no sé si conoces al detalle las enseñanzas de la Iglesia: Dios es bondad y suele perdonar, así que pocos momentos antes de morir me confesaré como un hombre e imploraré la indulgencia divina. Uno de estos días iré a hacerle una visita en tu honor a tu prostituta favorita.

Pero la posibilidad de que se le terminasen los fondos lo angustiaba. Nos embarcamos en un navío. Con él me llevaba cuidadosamente a mí y a un jarrón de baja calidad con figura de Gorgona. Luego desapareció durante un rato y volvió con dos tipos como torres que llevaban un bulto liado en una manta. Esto sucedía en las tripas del barco, donde incluso las dos torres se tambaleaban del hedor. El bulto que llevaban fue maniatado sin grandes protestas, pues estaba claro que le habían dado un bebedizo. Poco a poco se fue recuperando y empezó a gritar. Lucas apareció de nuevo.

—Bueno, ¿cómo estás? ¿Son de tu gusto las ratas muertas?

—¡Sácame de aquí al instante! Puedo hacer que te maten por esto.

—Sí, podrías, aunque lo malo es que estás maniatado en un barco que se está haciendo a la mar y lo tienes bastante difícil. Pero déjame preguntarte algo: ¿todavía piensas que mi pintura de la congregación de ángeles es una porquería?

—Sí.

El hombre era un valiente.

—¿Entonces no lamentas haber arruinado mis posibilidades con el Dux ni haber destruido mi carrera?

—No.

—Ya veo. ¿Se basan tus objeciones en la técnica que empleo?

—Sí, precisamente en eso.

Una rata muerta fue agitada cariñosamente cerca de su cara.

—Bueno, está claro que todo el mundo tiene derecho a manifestar sus opiniones; pero también todo el mundo tiene derecho a morir lentamente de forma cada vez más dolorosa en el fondo de este barco. Ésa es la única ocupación que tengo además de pintar. La mayoría de la gente puede sobrevivir durante semanas sin comida. No soy hombre por completo incapaz de perdonar: si logras una copia perfecta de mi cuadro, lo cual no te resultará por lo visto muy difícil, pues mis habilidades son tan escasas, podrás salir a cubierta con nosotros y tener comida. Probablemente evitarás la muerte si te comes alguna de las ratas. Pero, por otro lado, puede que ellas te coman a ti.

—¿Dónde está el capitán?

—Tiene otros problemas de que ocuparse.

—Pero está muy oscuro aquí dentro.

—Pues... la verdad es que sí.

Estuvo un día entero echando espumarajos, pero en cuanto se dio cuenta de que la tripulación sólo bajaba a reírse de él, empezó a pintar. Cuando llegamos al estrecho de Gibraltar su copia se iba pareciendo al cuadro de Lucas, pero nadie le hacía mucho caso. El capitán reunió a la tripulación para hablarles.

—Vosotros creéis que vamos a Burdeos a llevar especias... La verdad es que no. Cargaremos provisiones y zarparemos hacia Catay.

—¡No, eso no! —exclamó la tripulación, insubordinándose al unísono.

—¿Y qué pasa con los propietarios del barco? —preguntó uno.

—No los conozco —respondió el capitán—. Vamos, muchachos, pensad en la gloria y en las riquezas.

—¡No!

—De acuerdo —dijo el capitán—. ¿Quién es aquí el hombre más fuerte?

Un gorila de largos cabellos se acercó correteando.

—Todo el mundo sabe que soy yo.

—¿Y tú no quieres ir a Catay?

—No.

El capitán sacó un arcabuz y le descerrajó un tiro en la cara, lo cual era una novedad en aquellos tiempos. El gorila se desplomó por la borda. La innovadora violencia del gesto fue muy apreciada.

—Espero que la cosa haya quedado clara. Si alguien quiere ver otra vez cómo funciona esto, se lo enseñaré con mucho gusto. Ya conocéis a Pietro —dijo, señalando a un hombre amenazadoramente gigantesco con un hacha en cada mano—. Está convencido de que los habitantes de Catay quieren matarlo, así que tiene que ir allí y matarlos antes. No le va a gustar si alguien se pone en contra. Y ya conocéis al cura Lucas, que es un artista y se dedicará a pintar las maravillas de las nuevas tierras. Es también astuto, un soberbio envenenador y no utiliza su cuchillo únicamente para cortar el pan. Él es otro de los que, junto con mi hermano Argentino, quiere ir a Catay, de modo que ni se os ocurra seguir discutiendo. Pensad más bien en la fama que ganaréis. ¿Hay alguien entre vosotros que no esté interesado en ganar fama?

—Sí —dijo uno.

—¿Por qué no?

—Porque la fama no sirve para gran cosa cuando uno se muere, ni tampoco cuando uno está vivo: no lo hace a uno feliz.

—¿Y qué te parece el oro, entonces? ¿No quieres oro?

—No.

—¿Y por qué diablos no quieres oro?

—Porque la riqueza no da la felicidad. Si vuestra merced quiere escucharme, con mucho gusto le nombraré las cosas que sí aportan felicidad.

—No quiero. Espero de todas formas que disfrutes con el viaje y nos recuerdes todo eso cuando volvamos a Venecia como reyes. Acuérdate de que cuando se construyó el primer barco, todo el mundo decía en la orilla: «¿Para qué sirve eso? Es mejor andar». Alguien tiene que ser el primero.

El crítico que estaba preso entre ratas intentando la copia del cuadro sobrevivió una semana más.

—Es una pena, porque estos últimos días su trabajo se estaba volviendo interesante —señaló Lucas—. Sobre todo en los contrastes. A lo mejor le plagio esa técnica.

A las pocas semanas la tripulación empezó a aburrirse. El cocinero saltó por la borda porque el capitán exigía a todas horas que le guisara el pescado con albahaca. En cada cena, en cada almuerzo, incluso en el desayuno o en los refrigerios. Siempre con albahaca, fuese cual fuese el pescado.

—¿No le gustaría a vuestra merced con limón o con ajo?

—No.

—Está increíblemente bueno con almendras...

—No. Con albahaca.

—La salsa con pimienta es una cosa tan rica, incluso varios hombres se mataron por ella...

—Con albahaca.

—Hay quien dice que mi pescado con espinacas es lo mejor que hago.

—¡Con albahaca, joder!

El cocinero se tiró por la noche y por la mañana no había nadie en el barco capaz de cocinar el pescado con albahaca, a pesar de que había dejado instrucciones precisas. Ocho horas más tarde descubrieron una figura nadando en el agua. Era el cocinero.

—Es el cocinero, capitán.

—No puede ser el cocinero —declaró éste observando al nadador—. El cocinero se tiró ayer y no hubiera podido nadar tanto. Lo razonable es pensar que se trata de un demonio muy parecido a él o de una dragona disfrazada, que sabe que he comido mucha albahaca para protegerme contra ella y que quiere subir a bordo para persuadirme de que deje de comer albahaca.

—Quizá —dijo el marinero más antiguo—, pero también todos nosotros creemos que el mundo es redondo. —¿Y?

—Bueno —continuó el marinero más antiguo—, si es redondo podríamos haber navegado hasta una latitud en la que estaríamos tan cerca del polo que dando una vuelta por el paralelo no sería difícil alcanzar al cocinero que se tiró por la borda anoche.

Fue un bonito intento. El capitán se asomó por la borda.

—¿Quién eres?

—Soy el cocinero. ¿Y vos?

—Soy el capitán. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Por qué me pregunta vuestra merced quién soy?

—Porque sospecho que eres una dragona disfrazada que trata de subir a bordo para persuadirme de que deje de comer albahaca.

—Me parece prudente por vuestra parte —dijo el cocinero—, pero si yo fuera una dragona trataría de hacer cosas mejores que chapotear en el agua. Sospecho que sois todos un montón de diablos hábilmente disfrazados que os parecéis a mis antiguos compañeros de barco para engañarme y condenarme.

—Eso es justamente lo que yo esperaba que dijese una dragona.

—O bien otra cosa —dijo el cocinero.

—¿Qué?

—Que sois mis antiguos compañeros de barco y vos un marino ridículamente

inepto que ha estado navegando en redondo.

—Eso es justamente lo que yo esperaba que dijese una dragona.

—¿Qué dragona que quisiera subir a bordo os insultaría diciéndoos que sois el capitán más incompetente de la cristiandad?

—Una dragona me insultaría precisamente de esa manera para que parezca que no desea subir a bordo.

—¿Qué te parecería si ahora apareciera un gran pez y se comiera a esa dragona? —preguntó Lucas, con su fajo de bocetos en la mano—. Siempre me hizo ilusión pintar un Jonás y la ballena.

—¿Acaso una dragona os llamaría mono peludo con barbas en las orejas? —continuó el cocinero.

—Probablemente.

—Oíd, esto ya resulta aburrido. O me recogéis o me decís cómo hundirme, porque se me ha olvidado.

—Te mueres por subir a bordo.

—No, no es verdad, porque supongo que os volvería a ver mañana cuando aparezcáis en cubierta.

—Hundid a la dragona —ordenó el capitán.

Los marineros empezaron a arrojar reliquias santas contra la cabeza que fluctuaba en el mar.

Navegaron durante tres semanas sin avistar tierra. Pronto estuvo claro para la tripulación que ni siquiera valía la pena pensar en amotinarse, ya que no hubieran podido regresar, aparte de que al tomar el mando hubiesen tenido que renunciar a los placeres del odio. Tenían que seguir adelante.

Entonces Lucas empezó a ver el futuro.

—He visto el futuro —le dijo al capitán.

—¿Qué has visto?

—El mar —respondió Lucas.

—¿Algo más?

—No, sólo el mar.

—En ese caso —añadió el capitán—, creo que yo también estoy viendo el futuro. ¿Es ondulante, húmedo y gris?

—No me crees, ¿eh? —dijo Lucas—. Sé cómo estará el mar mañana a esta hora.

—Eso está bien —dijo el capitán—, pero todos nosotros nos enteraremos dentro de veinticuatro horas y no veo qué hay de provechoso en esa capacidad tuya.

—Vale. Pintaré el mar tal como estará mañana.

De modo que pintó meticulosamente las olas tal como estarían y las nubes agrupadas como un rebaño.

Al día siguiente la tripulación se quedó sorprendida al ver que todo era como

Lucas lo había pintado, aunque éste se empeñó en que lo había representado con más energía que Dios. Se sentó y pintó el mar del día siguiente, un mar gris con nubes en forma de reptiles helados. Por supuesto, al día siguiente el cuadro coincidía a la perfección con el estado de la mar. Los marineros estaban estupefactos.

—¿Vamos a llegar a tierra? —le preguntaban a Lucas.

—Sí —dijo—. Cada vez veo más cosas. Llegaremos a tierra en seis días.

Entretanto jugaba mucho a los dados y les ganó todo el dinero que cualquiera de ellos hubiera soñado con obtener.

—Fui a ver a una vieja agorera en Portugal que estaba ciega y sin dientes pero que hacía mamadas y adivinaba la fortuna —recordó el capitán—. Era famosa por su precisión.

—¿Qué es lo que dijo, «Mmmmmggg, mmgghhh, mmmmbbbggg»? —sugirió Lucas.

—No, me adivinó mi fortuna después.

—¿Y qué dijo?

—No lo sé. No hablo portugués. Me pareció comprender algo sobre que iba a hacer un largo viaje. ¿Pero a quién le importa el futuro? Yo no tenía ningún interés en dejar el puerto.

El dolor de muelas le estaba molestando.

Tal como predijo Lucas, avistaron tierra; poco antes habían colocado todas sus ropas sobre la regala para que Pietro las lavara; enhebró una maroma a través de la indumentaria y luego la suspendió por uno de los lados del barco con vistas a dejar que las olas hicieran el trabajo; pero no sujetó bien la maroma y, llegado el momento de desembarcar, estaban todos desnudos; si en vez de Pietro lo hubiera hecho cualquier otro, las protestas hubiesen sido mucho más amargas.

—Estamos salvados —repetía la tripulación conforme se acercaban a la orilla sin ropa alguna.

Sólo Pietro se quedó a bordo.

—Hay un río justo detrás de la colina y encontraréis algunas frutas tentadoras allí a la derecha —dijo Lucas—. Y ahora, si me lo permitís, debo ocuparme de mis asuntos.

Y diciendo esto se dirigió a algunos árboles junto a la playa y pintó un cuadro de sí mismo colgado de una rama —el retrato del artista como un despojo desposeído—, algo nunca visto si mis conocimientos son buenos, con una ardilla subiendo por una ramita caída del mismo árbol.

—Sí, ahora puedo verlo todo —dijo.

Y luego se ahorcó. Un minuto más tarde la ardilla se desplomó. De manera que Lucas no andaba merodeando por allí cuando llegaron los indígenas, dolorosamente molestos de que esquilmaran sus árboles frutales. La tripulación estaba indefensa, ya

que el capitán no les había permitido llevar arma alguna. A los indígenas les parecían divertidos aquellos extraños salvajes que no estaban lo suficientemente civilizados para llevar ropa o para pintarse la cara de forma interesante o para haber inventado armas de matar; encontraron satisfactorios los aullidos, aunque fue una pena que no compartiesen el mismo universo lingüístico, ya que se perdieron los detalles de las súplicas que imploraban piedad. Hubo entre ellos cierto debate sobre si aquellos intrusos con el culo al aire eran humanos o simplemente unos nuevos y extraños monos. El capitán fue el único en escapar, remando de vuelta conmigo y con unos sacos de fruta en dirección a donde se encontraba Pietro, que estaba afilando sus hachas.

Zarpamos.

Y navegamos.

Y seguimos navegando.

Soy bastante bueno en cuanto a paciencia, pero aquél fue un viaje horrible. El capitán y Pietro acabaron pronto reducidos a hablar sólo un par de veces al día; una línea divisoria pintada sobre la cubierta separaba en dos el barco por el centro. Se turnaban en el timón. La brújula estaba estropeada, no parecían comprender las estrellas e incluso el sol naciente no les servía gran cosa.

Había grandes barriles en cubierta para conservar el agua de la lluvia. Lanzaron una red para pescar. ¡Que Dios amparara a cualquier ave de mar que se aventurase cerca de nosotros! Las albahacas crecieron, unas cuantas plantadas en mí y otras en lo que quedaba de la Gorgona. Los muchos barriles de frutas secas, nueces y miel terminaron por ser devorados. Los dos hombres pasaron el tiempo insultándose mutuamente y la única regla que respetaban era la de no repetir los insultos a lo largo de un mismo día. Esto condujo a un montón de altercados y de trifulcas fuera de la competición oficial de insultos. Pasaron también mucho tiempo discutiendo sobre cuál era el mayor tonto del culo que habían conocido. Un barbero de Génova era el que tenía más puntos.

Y así transcurrió un año y medio; y no avistábamos tierra.

O, dicho de otro modo, ellos no avistaban tierra, porque yo avisté masas terrestres a veinte, a treinta y a cuarenta leguas marinas, aunque no dije nada. Varias veces pasamos cerca de tierra, pero estaba oscuro o había niebla. Dos veces bordeamos la costa, pero no se enteraron porque andaban insultándose furiosamente. Vieron algunos barcos a lo lejos que parecían familiares. Viajar no despeja necesariamente las entendederas.

No hubiesen podido resistir las privaciones de no haber sido por dos remesas de alimentos. La primera fue un oso polar sobre un pequeño iceberg que en algún momento debió de ser una respetable masa de hielo flotante; el oso estaba hambriento y encorizado, pero no tuvo ninguna oportunidad frente a Pietro, a quien los nativos

de Catay disfrazados con abrigo de pieles no lograban engañar. La segunda fue una canoa a la deriva llena de piñas. El reparto de éstas se convirtió en otro amargo altercado durante el resto del viaje.

Finalmente, el barco encalló una noche y su maderamen se desintegró con el encontronazo.

Saltaron a la orilla, casi incapaces de andar. Erraron tambaleantes hasta que vieron a un hombre que araba la tierra.

—No le arrees hasta que yo le haya hecho unas cuantas preguntas —ordenó el Capitán.

—Venimos de Venecia en busca de cristianos y dispuestos a hacer trueques —dijo, hablando con muuuuuucha lentitud.

Todavía me asombra que el del arado no saliera corriendo, pero para entonces ya habían suavizado las asperezas.

—Soy un labrador, marinero, no un imbécil. No tienes por qué hablar tan despacio.

—¿Y cómo te las arreglas para hablar tan bien nuestra lengua?

—¿Cómo estáis?

No pudo decir nada más, porque Pietro le dio un puntapié en el estómago.

—Uno menos —comentó Pietro antes de pasar a mejor vida de agotamiento—. Es increíble, han aprendido nuestra lengua para invadirnos.

El Capitán llegó andando a la ciudad, que le recordaba mucho a Venecia, porque era Venecia. Casi dos años después de haber salido y de haber dado la vuelta al globo a fuerza de invectivas, arribaron a doce leguas de distancia. Hasta que murió en la más mísera miseria, el Capitán pasó los días que le quedaron preguntando a todo el que veía cómo llegar al Gran Kan o cómo regresar a Venecia para llevar a la cristiandad noticias de Catay y de lo muy parecidos que son los hombres en todas partes.

Rosa no se ha quedado satisfecha. Le infundo el manual práctico de los dioses benignos y decido rebuscar otra vez en su pasado.

ROOOOOsa a los 23 años

Rosa entra en un pub. Odia los pubs, pero tiene sed después de haber comido curry con Marius.

—No me gusta la comida india, Marius.

—Lo que pasa es que no has probado la buena comida india —dice él.

—Preferiría cualquier cosa que no fuera india.

—No, no, no es eso lo que quieres decir —responde Marius—. No sabes lo que dices.

La comida sabe mal y el restaurante es caro.

—No voy a insultarte ofreciéndome a pagar tu consumición —añade Marius.

Pide un zumo de naranja. Es por la tarde y hay poca gente. El camarero desaparece durante un momento y justo entonces aparece un hombre que le pregunta si tiene cambio, porque va a llamar por teléfono. Cuando regresa se sienta a su lado y le pregunta de manera cordial si puede invitarla a tomar algo. Ella estaba pensando en irse, pero el curry la ha dejado sedienta.

Pasean sin ningún esfuerzo; las palabras caen como fruta madura. Media hora después se le ocurre que nunca en su vida se ha sentido tan bien con nadie. Trata de no perder el control. Es como encontrarse con un viejo amigo. Una reunión sin unión previa, ingeniosa pero sin aspavientos, sin acrobacias, sin fuegos artificiales. Caballerosa y, sin embargo, excitante. Rosa empieza a hacer la lista de posibles problemas: ¿Comprometido? ¿Casado? ¿Follador de ocasión? ¿Enfermo terminal? ¿A punto de que le peguen un tiro? ¿Castrado en la infancia a causa de un accidente con una segadora?

De manera que cuando él le dice: «Te pediría que saliésemos juntos, pero me marcho de emigrante a Australia mañana por la mañana», ella se siente casi complacida, porque ya preveía las dificultades. Rosa no puede (a pesar de que le gustaría), pero yo sí puedo ver que se trata de un ave de presa capaz de saltar con desenvoltura sobre cualquier oportunidad, de manera que si no lo hace es porque debe de andar con retraso con el equipaje.

Rosa estaba preparada y disimula su abatimiento; trata de ignorar la desesperanza que le pellizca los tobillos. Sonríe y le pregunta si tiene dirección en Australia, ya que alguna vez ha pensado pasar sus vacaciones allí. El parece sorprendido, pero le da unas señas en la costa.

Trabaja haciendo películas sobre animales salvajes. Habla con verdadera pasión de los djintamoongas y de los wopilkaras. Rosa deja bien claro que le gustaría ir a Australia y que sería muy agradable que se vieran allí. Se da cuenta de que lo que le gustaría de verdad es que él le sugiriera sin rodeos que fuesen a follar al sitio más cercano, pero sabe también que uno de los inconvenientes más asiduos de los hombres que sugieren follar sin rodeos es que son los mismos con los que ella no tiene interés en follar o en compartir cualquier clase de placer, mientras que aquellos con los que hubiera querido nunca se lo piden.

—Debo irme a hacer las maletas —dice él.

Duda si ofrecerse a ayudarle a doblar camisas, pero llega a la conclusión de que sería demasiado patético y elige adoptar una expresión provocativa y feladora, aunque siente un deseo irresistible de morderle las nalgas mientras lo ve alejarse.

Trata de convencerse a sí misma de que al fin y al cabo no era tan irresistible, pero el hecho de pensar en él le produce cálidos escalofríos; hubiera sido un

verdadero sostén para su amor. Conforme se dirige a su apartamento saca del bolso con cuidado dos veces el papel con la dirección para asegurarse de que está allí, y se siente gratificada por la tinta, feliz al ver que su futuro se halla suspendido en la escritura. Piensa incluso copiarlo en otro sitio, pero no tiene pluma. Luego deja pasar el resto de la tarde fantaseando sobre si existirán buenos vestidos de boda en Australia. Es un reto enorme, pero se siente capaz de afrontarlo.

Mientras deja correr el grifo en la bañera, decide estudiar de nuevo la dirección, como si ese gesto fuera capaz de aportarle la felicidad, pero no logra encontrar el bolso. No está, lo ha perdido, se lo han birlado, se encuentra oculto. Se viste de nuevo y vuelve a andar lo andado. Tres veces. Pregunta en la oficina de objetos perdidos.

De todas maneras viajó a Melbourne. Sólo fue al hotel para dormir y el resto del tiempo lo pasó sentada en lugares públicos, tras poner un anuncio en el periódico local. Al no obtener respuesta puso otro tres días más tarde, y uno adicional la víspera de su partida, pues no tenía otra cosa que hacer. Había visitado todos los lugares con animales, así como varios museos, en los que obtuvo algunos detalles de vasijas y de objetos y se interesó por su historia.

Catorce meses después, tras pasar por un trabajador social en paro y por un supervisor del banco de sangre, recibió una llamada telefónica de la policía diciéndole que habían recuperado su bolso. El romántico carterista paraguayo que se lo robó lo había guardado a causa de una fotografía de Rosa que describió como «encantadora». Todo había sido una prueba y acababa de pasarla con éxito. En un pliegue del bolso estaba aún el papel con las señas.

Tomó un vuelo dos días más tarde y cogió un taxi en el aeropuerto hasta la dirección, sólo para encontrarse con un edificio chato que era el consulado checo. Intentó toda clase de combinaciones numéricas, quizá fuese el 148 en vez del 48, o el 84, quizá se trataba de una avenida en vez de una carretera, pero sin resultado alguno. Tocó el timbre del consulado, sintiéndose casi incapaz de levantar el brazo bajo el peso mortal del desencanto que se lo agarrotaba, pues sabía que de no hacerlo le tocaría únicamente pagar otro taxi después, cuando decidiera regresar a hacerlo. Abrió una mujer. Le explicó que estaba buscando a un hombre, pero la mujer llamó a la policía.

Puso otro anuncio, incapaz de quitarse de encima el pensamiento de que si existiera un campeonato mundial de dificultades para encontrar a alguien con quien llevarse bien, ella como mínimo sería la favorita. La veo sentada en la terraza de un café, el Argentina, y echa un vistazo al menú; hojea el periódico y se identifica con una noticia sobre una mujer que se ha roto la pierna izquierda trece veces, dos de ellas mientras tenía puesto aún el yeso. La duodécima estaba cruzando la calle cuando de improviso apareció un automóvil (ella sólo tuvo tiempo de volverse

instintivamente hacia la derecha para recibir el impacto). Rodó por encima del vehículo y cayó sobre el asfalto, donde su pierna izquierda fue aplastada por un carricoche reciclado del ejército que conducía un vendedor de helados. Encamada, trabajó durante la convalecencia pegando etiquetas de direcciones en sobres, sin salir ni a la puerta, acordándose de que una gitana le había dicho que su pierna izquierda estaba de nuevo en las cartas y que evitara el fútbol a toda costa, cosa que ella encontró extraño, ya que no había practicado nunca dicho deporte ni había asistido a ningún partido ni tenía intención de hacerlo. La predicción le había parecido absurda, pero un día el techo de su cuarto se hundió y el fichero de su vecino de arriba, repleto de calendarios de fútbol, se estrelló en su pierna izquierda, haciéndole añicos la tibia.

Todo estaría bien si yo supiera que van a ser trece veces, razona Rosa, si me lo asegurasen desde el principio, de tal manera que sólo fuera necesario contar y terminar de una vez. Quizá si vuelvo la vista atrás en mis fracasos vea un número que tenga algún significado, el veintitrés, los años que he vivido. Quizás un día se derrumbe el techo y don Correcto aterrice en mi cama.

El camarero se le acerca y le dice lo del plato especial del día:

—Iguana.

—¿Cómo, fresca?

—No, congelada. Pero está buenísima.

Esa noche se tapa la cabeza con la sábana para esconderla y para esconderse del mundo. Su cuarto es pobre pero rico en miseria: muebles nunca amados, cortinas de tristeza, colchón antifelicidad. Los tiene todos. Permanece así demasiado deprimida para hacer otra cosa aparte de respirar. Había planeado quedarse unas cuantas semanas, pero recibe una llamada de la encargada de subastas para consultarle algo de un par de pendientes.

Me quiiiiita las manos de encima. Rosa se ha aprendido el manual de los dioses benignos.

—Tú eres el único que me comprende —dice abrazándome.

Se duerme.

El final

Rosa se levanta y ve que su rostro la espera en el espejo.

Nikki regresa.

—Creo que hay un vecino nuevo —dice—. Está bastante bueno.

Oyen golpes en el piso de encima.

—O trata mal sus muebles o le gustan los polvos salvajes. Como siga así va a caérsenos encima.

Rosa se para a pensar en eso.

—Quizá deberías poner la casa en venta. Sería una buena manera de conocer a los hombres jóvenes de la ciudad. —Nikki bosteza—. Estoy hecha trizas. No hay nada peor que alguien que piensa que porque estamos durmiendo juntos tiene derecho a contarte su vida toda la noche.

Rosa llena la taza.

—Dime, Nikki, ¿eres feliz?

A Nikki no le gusta hablar de un asunto que para ella es tabú; se siente incómoda ante una pregunta que considera de mal gusto.

—Vas demasiado de un lado para otro. ¿Buscas algo o es que estás tratando de perder algo?

—No había pensado en eso. Un poco las dos cosas.

—¿Eres feliz?

—Sí. Supongo que lo soy cuando las cosas no van mal. No se puede tener todo, eso ya lo he aprendido. Antes solía pensar que sí, pero ahora sé que no. Podemos escoger de qué manera perder, hay cierta libertad, con tal de que la insatisfacción sea satisfactoria.

Llega Lechuga para pedir prestada una chaqueta y se dirige al nuevo bote de remolacha en salmuera.

—¿Cómo se las arreglan para diseñar cosas así?

—¿Puedo prepararte algo de comer, Lechuga? —le pregunta Rosa.

—No, no. No tengo hambre.

—¿Y tú, Nikki?

—No, yo tampoco —dice, mirando las tetas de Lechuga—. Me están doliendo las muelas.

Me pregunto cómo puede aguantarse bajo los efectos del caballo.

Marius llama por teléfono. Le preocupa su colección.

—Era Marius. Está preocupado por sus cerámicas.

—No puedo entenderlo —dice Lechuga—. Yo echo de menos mis ositos de peluche.

—¿Tus ositos de peluche? —Nikki se da brillo en los dientes con la lengua.

—Yo coleccionaba ositos de peluche. Tenía más de doscientos, desde los que me regalaron de niña hasta ositos de todas las partes del mundo.

—¿Doscientos?

—Algunos eran muy pequeños, osos en miniatura —se llena una cucharada de puré de guisantes con semillas de sésamo—. Me marcaron para toda la vida. Compraba ositos después de los exámenes, cuando iba de viaje, me los regalaban para mi cumpleaños, después de un aborto... Tuve ositos que iban en coche, en submarino, en aviones bimotores, ositos esquiendo, ositos que tenían corazones,

ositos que se casaban, ositos en el parlamento, con pantalones de tirantes, en platillos volantes, lápices con ositos por contera...

—Animales muertos de compañía —dice Nikki—. ¿Y qué pasó?

—Me fui a vivir con uno que odiaba los ositos —dice Lechuga, poniendo la vista en el mango a la salsa picante, que está en un bote con tapa—. Me dijo que tenía que desprenderme de ellos. Me negué, pero supuse que no había nada que hacer. Pensé que podría meterlos en algún sitio, pero insistió en que los tirase al vertedero de basura en su presencia.

—¿Y por qué le molestaban tanto?

—No lo sé. Sólo sé que no le gustaban los ositos de peluche. Decía que eran como el diablo. Así que tiré el saco y entramos en casa. Una hora después me escapé para recuperarlo, pero ya no estaban, porque él seguramente se había escapado antes y los había tirado en otro sitio.

—¿Y cuánto duró la cosa?

—Dos días —dice Rosa.

—Tres —insiste Lechuga, comprendiendo después de insistir que no vale la pena. Está tan agitada que desparrama el mango por todas partes—. Me pasé días enteros por los vertederos municipales con la esperanza de encontrar las bolsas de basura. Los echo de menos, porque ellos me apoyaron...

—¿Cuando dices que te apoyaron quieres decir que no te abandonaron? —la interrumpe Nikki.

—Sí.

—Supongo que al menos el revolcón fue extraordinario.

—Aquel hombre era de los que pensaban que eso de meterla está pasado de moda —examina un tomate que lleva puesta encima una peluca de mango picante—. Me parece que no me estoy expresando bien.

—Yo creo que sí. ¿Y qué es lo que le gustaba?

Nikki está realmente interesada.

—Nunca lo supe.

—Se empalmaba tirando ositos a la basura —dice Rosa, escondiendo unos chocolates.

—Sin duda —comenta Nikki—. Todo eso por una mierda de revolcón sería frustrante para los ositos.

—Quizá no deberíamos creer en eso —reflexiona Rosa—. Cuando estaba en el último año del colegio alguien sugirió que fuéramos en coche a Brighton para pasar el día. Ya sabéis cómo es una a los dieciocho años..., capaz de ir al otro lado del mundo por una fiesta o únicamente para ver lo que hay. Decidimos ir un viernes, me acuerdo todavía porque teníamos clase de química. De manera que me levanté y estuve esperando que vinieran a recogerme. Los estuve esperando. Y seguí

esperándolos, hasta que a las dos horas telefoneé para saber dónde se habían metido. Me entraron ganas de ir al colegio el resto de la jornada, pero pensé que seguramente habían tenido un pinchazo o algún otro problema y estarían de camino y se sentirían mal si yo no me encontraba con ellos. No llegaron porque, por supuesto, estaban en el colegio. Había sido una broma, que a mí no me pareció graciosa. Y sigue sin parecérmelo.

—Tú debes de ser de esas que están aún en contacto con todos sus compañeros de colegio —dice Nikki.

—Pero cada vez estoy más convencida de que la vida es así. Te dicen cualquier cosa que no es verdad y luego se sorprenden de que te lo tomes en serio.

—Sí, mi madre es así —reflexiona Lechuga—. Cuando estaba deprimida después de mi segundo aborto y fui a verla, lo único que yo quería era que me abrazaran y me hicieran mimos y me dijeran cosas bonitas. No te preocupes, todo va a ir mejor, ten paciencia y verás..., ya sabéis, las cosas de una madre, aunque no sea lo que piense. «Por supuesto que estás deprimida, tienes mucha razón para estar deprimida, y más que lo estarás», fue lo que me dijo. Lo que tendrían que hacer en el colegio es enseñarnos las cosas importantes; la batalla de Hastings no sirve para nada o, desde luego, no de la manera que la enseñan. Si dejaran bien claro que la vida consiste en que la gente con más éxito y mejor vestida le dé patadas en el culo a los demás a lo mejor surtía efecto.

—Sí, tienes razón —dice Nikki pensativa—. No enseñan las cosas importantes. Me acuerdo de que yo pensé eso mismo cuando terminé en la cama con mi maestra. No tuve ninguna asignatura que me explicara que los mejores momentos de mi vida los pasaría con la cara encajada entre los muslos de alguien.

—¿Te acostaste con tu maestra? —se maravilla Lechuga.

Quizá Nikki esté tratando de subir el tono salaz en el ambiente, porque si hay una lección de la vida incuestionable, y ella lo tiene claro, es que quien la sigue la consigue.

—Como lo oyes. Yo había dejado ya el colegio y me la encontré en un club. Son cosas que pasan. Aprendí mucho.

Lechuga ya no puede con los panecillos calientes.

—Francamente —dice Rosa—, ¿alguna de vosotras conoce a una pareja feliz o que haya sido feliz durante más de unos meses? Yo conozco a personas que siguen juntas porque no quieren molestarse en cambiar de casa o porque se han acomodado a las costumbres de sus parejas, aunque les resulten desagradables.

—No, existen algunas —sostiene Nikki, la persona de quien menos yo hubiera sospechado tal afirmación—. Fue uno de los trabajos más raros que he tenido. Era un tipo cuarentón que se estaba muriendo de cáncer y empezó a buscar otro hombre para su mujer. Lo que hizo fue poner un anuncio en el periódico; no era «se busca nuevo

marido» ni nada por el estilo, sino un puesto de directivo, porque él tenía su propia compañía. Así que entrevistó a docenas de aspirantes, arrancó la mala hierba, se quitó de en medio a los aburridos, a los imbéciles, hizo una selección y luego nos mandó a nosotras a ponerlos a prueba. ¿Nos ayudaban a quitarnos el abrigo, a salir del coche, escuchaban con cortesía los rollos que les soltábamos, decían la verdad? Fue una operación de mucha envergadura. A mí me tocó un tipo de Birmingham. Ya sabéis que la gente suele hacer chistes de Birmingham, de lo tontos que son los de allí. Pues es verdad, esa ciudad parece una fábrica de cretinos. Al final redujo la lista a tres y se los presentó a su mujer la semana antes de morir.

—¿Y se casó con alguno de ellos? —pregunta interesada Lechuga.

—Eso no lo sé.

Lechuga baja el nivel del tarro de pistachos.

—Nunca me han gustado los pistachos —dice—. En la agencia de viajes donde trabajé antes de mi primera depresión todos los hombres se dedicaban a mariposear con las mujeres, pero había un tipo que se pasaba el tiempo diciendo que estaba deseando que llegara la tarde para ver a su mujer. Casi nunca salían y llevaban dos años casados. A mí me parecía encantador.

—¿Así que se había tragado el anzuelo? —pregunta Nikki.

—¿Mmm? —dice Lechuga, masticando una ensalada de alubias.

—Tragarse el anzuelo. De eso se trata —dice Nikki—. Arriesgarlo todo por alguien. ¿Cómo te las arreglas para estar delgada? —le pregunta a Lechuga.

—Comiéndose la comida de los demás —responde Rosa—. Pero tampoco sabes si la cosa duró en ninguno de los dos casos. Tres años infelices de matrimonio pasan igual de rápidos que diez años felices. Puede que el tipo que andaba buscando un sustituto lo que quería era un don nadie para que su mujer no se olvidara de él.

—Y yo que creía que era la cínica del grupo —dice Nikki.

—¿Por qué será que los hombres ya no duran nada? —dice Lechuga, abriendo una lata de anchoas—. ¿Alguien quiere una anchoa? —pregunta, como si ésa fuera la razón por la que ha abierto la lata—. Antes solían darse la vuelta y quedarse dormidos, y luego esperaban que una les hiciese el desayuno por la mañana. Ahora ya ni siquiera hacen eso. Se levantan y una piensa que van al baño, pero no, llaman un taxi y se van.

—Vivimos tiempos muy degenerados —dice Rosa.

—Los hombres pasan, los revolcones permanecen —señala Nikki.

—No sé, pero todo el mundo con quien hablo se queja —dice Lechuga—. Al abrir las revistas las lágrimas se desbordan.

—Eso es porque los que son felices no dicen nada y probablemente tienen otras cosas mejores que hacer, en vez de escucharte.

—A veces me lo creo —dice Lechuga—, a veces estoy en el baño o mirando por

la ventana y me siento feliz sin tener ninguna razón para ello. Creo que es posible pillar de rebote una buena aventura entre dos amantes de verdad —se sumerge en las anchoas—. Estoy pensando en ir de vacaciones, necesito mucho colorido, pero no quiero ir sola.

—Yo nunca he comprendido eso de llevarse a un hombre de vacaciones —dice Nikki—. Es como llevarse el fregadero de la cocina: sólo tiene sentido si estoy completamente segura de que allá donde voy no hay un fregadero en la cocina. Otro trabajo raro que tuve fue con una pareja. Tengo que reconocer que cada uno de ellos estaba dispuesto a mojarse por el otro. Vivían juntos desde hacía unos diez años y todos los veranos planeaban unas vacaciones de dos semanas. Pero se iban por separado. El truco se basaba en buscar un lugar, por ejemplo, Venecia. Ella salía en un vuelo y él la seguía en el siguiente, pero sin saber dónde se hospedaba. Ella utilizaba un nombre falso, ropa nueva, se cambiaba el peinado y él tenía las dos semanas para encontrarla. Habían establecido unas reglas muy complejas y sólo podían pasar un número limitado de horas en el hotel. Pero una parte del juego consistía en que preparaban algunas tentaciones para ambos y al final tenían que adivinar las que eran verdaderas y las que eran falsas.

—¿Y para qué hacían eso?

—Para mejorar la relación. Y si él no la encontraba tenía que sacar al perro todos los días, pero si la encontraba, era ella la que sacaba al perro.

—Pero ¿para qué preparaban lo de las tentaciones?

—Bueno, por supuesto yo asumía que era una manera de ponerse cachondos y no me importaba, eran una pareja agradable, pero creo que en realidad lo que buscaban era impedirse a sí mismos hacer algo, ya que no sabían nunca si les estaban haciendo proposiciones de verdad o no. Era algo complicado.

—¿Tú crees que el pasado tranquiliza cuando se tienen problemas? —pregunta Rosa.

—Depende de los problemas y depende del pasado —dice Nikki.

—No todo en la vida es follar —dice Lechuga—. Una de las cosas que más me gustaba era ir al mercado para uno de mis novios. Me encantaba comprar la comida que él prefería. Era como alimentar a un perro; se excitaba mucho.

—Y tener confianza, ni siquiera hablo de fidelidad —dice Rosa—, sino del convencimiento de poder contar con alguien, alguien que en una situación de peligro, si está ardiendo la ciudad, deje a la sirvienta francesa y venga a salvarnos.

—¿Tú crees que habrá en algún sitio tres hombres inteligentes sentados en torno a una mesa preguntándose dónde estaremos? —especula Lechuga.

—Es poco probable —dice Nikki—. Estarán hablando de fútbol.

—¿Qué es lo que tendrá el fútbol? —se pregunta Lechuga.

—Pues el fútbol no tiene nada que ver con el fútbol ni con el balón al que le

pegan patadas —señala Rosa.

Nikki va a lavarse el pelo (o más probablemente sus arterias). Rosa acompaña a la puerta a Lechuga.

—Me gustaría ayudarte —dice—. Si hubiera un botón que yo pudiera apretar, lo haría. O incluso si fuera algo más. Pero no creo que nadie pueda hacer nada por nadie. Hoy vi a una ardilla que iba saltando de rama en rama y la última de ellas se partió, de manera que la ardilla empezó a trepar como una loca, pensando que podía hacer algo para remediarlo.

Me poooooone las manos encima. Le cuento la historia de la Ciudad de los Lagartos Esquiadores.

El Aniquilador

Al día siguiente por la mañana Rosa sale para certificar en Birmingham la autenticidad de una sartén proveniente de las Cícladas. Se pregunta si debe o no llevarme consigo; decide dejarme encerrado con la quincalla.

Quince minutos después de haberse ido, giran las ruedas giratorias de la caja de caudales y aparece la cara sonriente de Nikki. A juzgar por la correcta secuencia de números debe de haber encontrado la combinación entre los papeles de Rosa.

—Vas a ser un buen regalo de despedida —dice.

Parece que está preparando la Gran Limpieza. Coloca la Gorgona sobre la repisa de la chimenea y a mí me deja sobre el nuevo aparador, mientras ella va a darse una ducha de despedida. Considero que éste es un buen momento para estirarme un poco y darle un codazo a la Gorgona.

Llega él. La nueva puerta y la nueva cerradura no cumplen muy en serio sus funciones.

Tiene el pelo largo, color naranja y de punta, como si se hubiera colocado varios peces barba sobre la cabeza. Lleva gafas de sol, el disfraz de moda, una chaqueta color verde loro y guantes. Hay que pasar completamente desapercibido o completamente percibido si lo que se desea es que nadie se fije en uno.

Lleva una bolsita de la que saca una pistola. Le lanza a Nikki una sonrisa de bienvenida cuando sale del baño.

—Tengo un mensaje para ti. Y perdona si me entrometo en tu vida.

A Nikki le pasa por la cabeza interpretar la escena de gritar y salir corriendo, pero se da cuenta de que no tiene escapatoria.

—Siéntate —él se está divirtiendo—. Ten calma.

Nikki tiene el pelo húmedo y lleva ropa interior roja.

—Dame la mano, por favor.

Saca papel y un tampón de tinta, le toma las huellas dactilares y luego las

compara con una muestra que lleva consigo, utilizando una lupa de fotógrafo. Saca una lista.

—Entonces, ¿Magenta Scott?, ¿Blanche Rickenbauer?, ¿Candida Jones?, ¿Olive Frampton?, ¿Violet Nugent? . Tienes una gran imaginación, señorita. ¿Cómo quieres que te llame?

—Como te parezca.

—Nikki es el nombre actual, ¿no? Me gusta estar al día.

—Lo siento, pero no sé cómo te llamas tú.

—Los demás me llaman el Aniquilador.

—¿Quiere eso decir que no lo has inventado tú?

—Así gano más pasta. Se puede pedir el doble con un nombre como ése. Los clientes tienen la sensación de que obtienen un servicio. Si uno se llama Fred Bloggs, de entrada ya ha perdido unos cuantos miles. Es verdad, mis clientes son en su mayoría tan estúpidos que no saben lo que significa, pero suena bien. Algunos se traban al pronunciarlo y, por supuesto, me llaman Ani. Pero tú eres una chica inteligente.

—¿Qué quiere usted que haga, señor Aniquilador?

—Bueno, Nikki, puedes colaborar y morir de un suicidio. Oh, déjame decirte que si crees en esa gilipollez de hacer hablar a la gente para que terminen por verte como una persona y sean incapaces de matarte, yo no. ¿Por qué no me preguntas cómo empecé?

—¿Cómo empezaste?

—Estrangulé a un gordo hijo de puta. Era un hincha del Manchester United. ¿Sabes?, la gente va por ahí con la murga de lo difícil que resulta matar a alguien. Están equivocados. Claro que así tengo más faena, supongo, porque casi no lo toqué. Sólo... apreté un poquito. ¿Te has dado cuenta alguna vez de lo irritantes que son los gordos? Tienen el cuello fofo. De todas formas, si no te has visto nunca entre rejas por asesinato es que has tenido suerte.

—Lo tendré en cuenta.

—Yo tenía dieciséis años y me jodieron la vida a causa de ese hijo de puta con el cuello fofo. De acuerdo, tampoco me fue tan mal; eché dentro los mejores polvos de mi vida y cuando salí era especialista en medicina legal. Le vendí mi historia a un periódico. Volví a mi casa preguntándome qué iba a hacer, y entonces uno de mis vecinos me pidió que quitara de en medio a su socio. Era un contable. Le conseguí una muñeca inflable y lo obligué a dejar una nota de suicidio explicando que estaba harto de lo sórdida que se había vuelto su vida. Nunca más volví la vista atrás.

Saca un puñado de pelos.

—Los colecciono —dice, y los tira por la habitación—. Me encanta darles trabajo a los forenses. Son pelos de todo el mundo, con manchas de sangre de iguana. Les

encanta. ¿Qué estaría haciendo una iguana aquí? Cogeré incluso algunos tuyos.

Saca una botella vacía.

—La encontré antes en un cubo de basura de la esquina. No creo que la investiguen, pero es que, claro, uno no consigue ser el mejor de este oficio poniendo las cosas fáciles. Ponte un poco de esto en las uñas. No hay que dejar indicios, cualquier imbécil lo sabe, pero sí indicios falsos. Éste es uno de mis favoritos —dice, sacando un vaso de cristal—. El jefe del servicio metropolitano de medicina forense va por mi club. Me encanta discutir casos con él y llevarme sus vasos. Un día aparecerán en una investigación... Y ahora —dice—, échale un vistazo a esto.

Mete una cinta en el nuevo vídeo.

—¿Shiner? —pregunta Nikki.

Aparece un rostro en la pantalla. No dice gran cosa, sólo maldice de manera apoplética durante cinco minutos, hasta que le falta la respiración y la voz se le casca; incluso con el volumen bajo resulta ensordecedor.

—Se supone que debes responderle —dice el Aniquilador, sacando una grabadora de bolsillo y poniéndola en marcha.

Nikki se aclara la garganta.

—Oye, Shiner, que sepas que fingí cada uno de los orgasmos y que tienes la polla más pequeña que he visto en mi vida, y he visto unas cuantas.

Se calla. No por anticuado el insulto resulta menos eficaz. El Aniquilador le lanza una mirada inquisitiva como si ya lo hubiera dicho todo. Luego, apaga la grabadora.

—Es una estupidez, pero dicha por ti parece superior —dice, guardando la cinta—. Shiner no es más que un pedazo de mierda —añade.

—Sí, se dará cuenta de que estoy tratando de joderlo, pero de todos modos le joderá. ¿Puedo ofrecerte dinero?

—¿Tienes algo?

—Podría conseguirlo.

—No, no perdamos tiempo. Yo siempre cumplo con mi obligación, que quede claro; si tuvieras algún dinero por aquí, te daría las gracias y seguiría con mi faena. Únicamente estarías ganando unos pocos segundos. Todos los contables lo hacen. Sacan el montón de pasta creyendo que me iré al instante. Es lo que suele pasar en este oficio: desde fuera se diría que conozco gente interesante, pero casi siempre son maridos, o mujeres, o socios que lo quieren todo para ellos. Saben cómo las gasto, por eso ninguno se atreve a joderme, no vaya a ser que algún día necesiten de mis servicios. Cada vez que lees algo sobre un contable que se suicida con una bolsa de plástico en la cabeza o un poco de fruta en la boca, he sido yo. O al menos algunas veces. La policía está demasiado ocupada carcajeándose para hacer algún trabajo serio. Incluso me he ocupado de un comisario jefe, a petición de un ayudante del comisario jefe. Las viudas no quieren ninguna publicidad. No desean que se especule

sobre si se suicidaron o *no*. La gente no debería preocuparse de los tipos como yo, sino de los que tienen a su alrededor.

—Si no puedo ofrecerte dinero, al menos podría ofrecerte otra cosa.

—No, creo que no. Eso sólo sirve para complicar la faena y, no quisiera ofenderte, pero ya no estás en tu mejor momento, tienes el culo lleno de celulitis. Estoy seguro de que podrías hacerme una mamada increíble, pero prefiero dejarlo estar. Además, las mujeres que se encuentran en una posición como la tuya a veces hacen cosas extrañas. Conozco a uno que cumpliendo un encargo aceptó un favor sexual y le arrancaron la polla de un mordisco.

—¿Toda?

—Lo bastante como para que su vida después fuera muy distinta. Y terminó con una condena de seis años por intento de asesinato. ¿Te imaginas los seis años que se pasó en chirona con todo el mundo llamándolo Sin Polla? A propósito, ¿por qué ha montado ese Shiner todo este asunto? ¿Fuiste tú la mujer que lo jodió vivo?

—Eso parece. Tuvimos un trato muy breve. Y cuando digo breve, quiero decir breve: estoy hablando de menos de un minuto cada vez. Pero sospecho que lo que más le molestó fue que yo tuviera una aventura amorosa con su mujer.

—¿Eso le cabreó? Muchos hombres pagarían cualquier cosa por un arreglo como ése. ¿Es que no lo dejabais participar?

—No creo que él quisiera. No le interesaba, y también le dolió bastante que su mujer le dijese que yo aguantaba más. Pero supongo que la razón principal por la que tú estás aquí es que hubo algún otro detalle que ella se dio el gusto de contarle.

—¿Como qué?

—Que yo nací siendo Nicholas, no Nicola.

El Aniquilador se cae de la silla. Se le saltan las lágrimas de tanta carcajada. Nikki podría estar mintiendo. Pero podría estar diciendo la verdad. No me atrevo a opinar.

—También es mala suerte. La mayoría de los contables con los que tengo tratos se escandalizarían. Eres cojonuda. Hacía tiempo que no me reía tanto. Me encantan esos chismes. Lástima que en estos tiempos que corren la conversación esté tan devaluada. Bueno, te diré lo que haremos. Te vas a tomar un montón de pastillas en unos minutos.

—¿Y si no me da la gana?

—Entonces te pego un tiro. Y si tengo que pegarte un tiro no tengo por qué hacerlo sin dolor. Créeme, las pastillas están mejor.

—¿Y tú crees que no sospecharán?

—¿Sabes lo que suele pasar en las investigaciones? De acuerdo, las hay fáciles, como los casos de bancarrota, desengaños amorosos, etcétera, pero hay otras muchas en las que la familia y los amigos se ponen en fila para afirmar: «La vimos el día

antes. Estaba encantadora. No tenía el más mínimo problema». Eso es lo que dirán de ti.

—Hace poco otro quiso también matarme.

—Pues sí que eres buena haciendo amigos, ¿eh? ¿No te das cuenta de que eso lo hará todavía más convincente? Qué ironía, la gente dirá: «Sobrevivió a aquel trance para poder darse muerte ella misma». A la gente le gustan las ironías. Nunca se cansan.

—Déjame que te advierta —dice Nikki levantando un poco la voz— de que tengo un ángel custodio al que no le gusta la gente que trata de matarme.

—Muy bien, él debería decir algo al respecto, ¿no te parece?

Ahueca la palma de la mano y se la coloca detrás de la oreja. Yo me pregunto si el micrófono electrónico que Mole puso en el enchufe de detrás del montón de revistas funciona todavía. O si ella funciona todavía.

—Aquí no hay ángel custodio que valga, y el único aniquilador soy yo, aunque comprendo que resulte insultante para ti que me salga con la mía. De acuerdo, te concedo cinco minutos: quiero que te quites las bragas, que hagas el pino y que juguemos a que eres un jarrón; yo te meteré la flor.

Como Nikki ha hecho cosas mucho más extrañas, acepta y se pone a hacer limpiamente el pino. El Aniquilador coge un narciso del florero y se lo introduce a Nikki.

—Éste es el momento que más me gusta, cuando la gente hace cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa para vivir unos cuantos minutos más. Déjame que te pregunte algo: ¿vale la pena? Lo único que has logrado es contemplar un primer plano de una moqueta asquerosa desde una posición bastante incómoda. Yo creo que si un mierda con pelo color naranja viniera a decirme que me arrastrase lo mandaría a tomar por el culo.

—Te apuesto a que no. Dame la pistola.

—¿Cómo es la moqueta?

—Está bien. Mucho mejor que vivir en Market Harborough.

—¿Por qué no me hablas de tu experiencia sexual más inolvidable? —pregunta el Aniquilador.

Estaremos aquí todo el día. No es ésta probablemente la experiencia sexual más satisfactoria de Nikki.

—Una vez me follé a toda una familia. En Túnez. A la hermana, al hermano, a la madre, al padre, al tío, a la tía, a los primos. Para completar el cuadro estuve pensando en el abuelo, porque era un hombre que estaba en forma, pero tenían otros parientes en otro pueblo. En casos así, nunca sabes cuándo parar.

—No está mal. ¿Puedes darme más detalles?

—Todos decían: «Yo no suelo hacer estas cosas, así que no se lo digas a nadie».

—Está bien, pero eso no es todo lo jugoso que me esperaba. Dime algo sobre la vida. ¿Hay algo que hayas aprendido que te parezca verdaderamente interesante transmitir a los demás?

—Evita a los hombres con pelo color naranja y pistola.

—Te estás burlando. ¿Cómo puedes burlarte? Estoy tratando de mantener una conversación seria. ¿Lamentas algo que hayas hecho?

—No, decidí no lamentar nada. He cometido equivocaciones, pero no lamento nada.

—Pues es bueno lamentar algo. Permite pensar.

—¿Qué lamentas tú?

—No haberle pegado un tiro a dos cabrones. Fue al volver de un encargo que me había salido de perlas. Acababa de cargarme a un tío. Entré en su casa y le dije: «Échate al suelo». Y de pronto me suelta: «Eso no es una pistola de verdad». Yo le digo que sí. Se viene contra mí y me arrea un revés con una piña. Duele mucho, no creas, así que le pegué un tiro. Luego me fui calle abajo y dos pedazos de mierda se me acercaron y me pidieron la pasta. Uno debía de tener quince años. Era a plena luz y había una videocámara de seguridad. Yo tenía la pistola, los podía haber dejado fritos con una bala entre los ojos a cada uno y seguir andando. Pero pensé que no valía la pena, así que les di la pasta. ¿Pero te crees que se fueron? No. El pedazo de mierda número uno sacó una navaja automática; ¿sabes?, probablemente le habría costado una hora enterarse de cómo se abre, y va y me dice: «Lámeme las botas». Y en ese momento pasa de largo un coche de la poli, parece algo increíble. Yo empezaba a pensar que debía habérmelos cepillado, pero una vez que tomas una decisión tienes que cumplirla. Se me ocurrió que quizás alguien podría estar asomado a la ventana y pudiera ver la navaja. Así que le dije: «Ahí hay una cámara de vídeo». «¿Y qué?», dice. «Pues que eso es una prueba», le contesto. «Una prueba», replica, «¿y qué es lo que prueba una prueba?». La verdad es que no sé lo que les enseñan hoy en la escuela. Y de nuevo me ordena: «Lámeme las botas». Como la sobaquera me estaba dando mucho calor, me abro la chaqueta y le enseño la pistola. «Si no te vas a tomar por el culo ahora mismo», le digo, «te salto la tapa de los sesos». «Eso no es una pistola», me responde, «¿o es que te crees que yo soy tonto? Lámeme las botas, so cabrón, que debes de tener una mierda de trabajo para llevar sólo treinta libras en el bolsillo». Cuando uno trata con ignorantes hay que pisarles el cuello de inmediato, no ser nunca razonable. Si aquel pedazo de mierda hubiera sido un profesional habría cogido mi dinero y habría salido pitando, sin más. Y yo me hubiera contentado con perder la pasta. Pero aquel pedazo de mierda era tan tonto que parecía incapaz de tirar un pez al retrete, y a mí, después de cepillarme a docenas de personas, me estaba tocando los huevos. Aun así yo trataba de concentrarme para seguir siendo razonable y cumplidor de la ley pero su amigo, que tendría dos años

más y era bastante recio, me dio una patada en los huevos. Me quitaron la pistola. Estaba revolcándome de dolor cuando pasó por allí una vieja con su bolsa de la compra y yo pensé, ¿por qué no hace nada? Y el de quince años cogió entonces la pistola y pegó dos tiros al frente. «No tiene balas, es una de esas pistolas de fogueo». Pero lo que había hecho era pegarle dos tiros al parabrisas del coche de la poli que estaba a medio kilómetro calle abajo. Los policías pararon en seco y se escondieron en el asiento. Entonces aquel pedazo de mierda se puso la pistola en la sien y apretó el gatillo. La justicia existe, pensé yo. Pero el cargador estaba vacío, por supuesto, de manera que tuve que lamerle las botas mientras él discutía con su amigo a qué *pub* iban a ir.

—¿No te deja algún remordimiento todo lo que haces?

—No. Soy un atajo hacia la muerte. No es que les niegue a las personas la inmortalidad. Sólo les quito unos cuantos años.

—Más de unos cuantos en mi caso.

—Vamos..., ¿cuántos tienes, treinta..., treinta y dos? Ya has vivido lo mejor. A partir de ahora irás cuesta abajo. Las tetas se te empiezan a descolgar. Terminarás acostándote con contables gordos a falta de algo mejor. Todo esto no es más que una ilusión... y yo te estoy evitando la peor parte. La verdad es que te hago un favor. ¿Eres hincha de algún equipo de fútbol por casualidad?

—No. ¿Te gusta el fútbol?

—Ésa es una pregunta difícil. Soy del Manchester United, pero eso no quiere decir que me guste el fútbol. —¿Oh?

—Sí. ¿Sabes?, un verdadero amante del fútbol quiere ver... fútbol: técnica, ritmo, excitación, drama. Yo todo lo que quiero es que el Manchester United gane cada partido por diez a cero. Ni siquiera me importaría que el otro equipo no apareciese en el campo. Y no me importaría que fuese cada semana así. Quiero que les gane a todos los equipos del mundo, una y otra vez. Diez a cero. Quiero que llegue un platillo volante con once hijos de puta vestidos con los colores de la Osa Mayor y que el Manchester United les meta diez a cero. Quiero que sea el club de fútbol más grande de la historia del universo. Quiero que toda la historia se quede pequeña por la grandeza de sus hazañas. Cuando la gente piense en el Manchester United, quiero que lo primero que se les venga a la cabeza sea: diez a cero.

—¿Y vas a verlos cada vez que juegan?

—No. No he visto un partido en mi vida. Ni siquiera me interesa ver los resultados.

—¿Cómo es posible?

—Porque me pongo de muy mal humor cuando pierden.

El pulso, que le batía a sesenta y nueve, se le pone a cien.

—Y cuando digo que me pongo de mal humor quiero decir que me pongo de mal

humor.

Ciento veinte. Da varios puñetazos en la pared, con una fuerza que debe de estar haciéndole mucho daño en la mano; agarra una silla y la hace trizas. Ciento veintidós.

—Los empates no me hacen gracia tampoco —jadea.

Ciento dos.

He aquí la perfección, el ideal de ideales. Una perfección de la que vale la pena formar parte. O ni siquiera eso.

—He pensado en cargarme a algunos de los jugadores rivales, pero ¿quién ha oído alguna vez que un gilipollas joven, rico, sano y famoso se suicide?

—¿No sería considerado como algo irónico?

—No. Sería improbable. Y habría demasiada gente interesada en meter la nariz. Se cargan a un contable y a nadie le importa. Tiene unos pocos chelines en el banco, pero nada del otro mundo. Sus socios no se preocupan, porque suelen ser los que me pagan por el encargo. A las familias les importa un carajo, porque se quedan con el dinero y sin el hijo de puta. Ropa nueva, vacaciones, más espacio en la casa, menos rifirrafes sobre lo que ver en la televisión... Pero si te cepillas a un jugador famoso se arma un cisco. Representantes, entrenadores, agentes, hinchas. Además, tengo demasiado trabajo, pero sí que me apetece, Dios bendito, sobre todo cuando hay una diferencia de uno o dos puntos para ganar la liga. Y a algunos de los árbitros también me gustaría meterles mano.

Obliga a Nikki a ponerse boca abajo y a formar un arco siguiendo sus instrucciones hasta agarrarse las piernas con las manos. Le introduce unos cubitos de azúcar, convirtiéndola probablemente en una especie de tazón.

—Yo siempre les pregunto a todos de qué equipo son, por si acaso me cruzo con alguno del Fulham. No suelo tratarlos bien.

—¿Por qué?

—Iba una vez en tren cuando se subió un tonto del culo que era hincha del Fulham. Era el tonto del culo más grande que he visto en mi vida. Me hubiera gustado utilizar mis capacidades profesionales, pero el tren estaba lleno de policías. Tuve que aguantar sus canciones y sus chistes malos durante dos horas. Oye, necesito algo tuyo que sea muy personal, algo que no tenga precio, que no se encuentre en ningún sitio..., ¿un par de pendientes?

Rosa entra en el apartamento.

—Se suponía que estabas en Birmingham —dice el Aniquilador agitando la pistola en el aire.

—No me sentía bien —contesta Rosa.

Tarda un momento en comprender lo que está pasando allí, en fijarse en la pistola de Ani y en estar segura de que no se trata de una de las elaboradas costumbres sexuales de Nikki, sino de otro asesino a sueldo. Aunque Rosa se siente decepcionada

al presenciar de nuevo en su apartamento un espectáculo de violencia, Nikki se siente más decepcionada aún al ver que se trata de Rosa y no de Mole.

—Probablemente tienes razón: es mejor estar muerta que en Birmingham, pero esto me complica mucho las cosas. Venga —y utiliza la tercera frase más utilizada en las relaciones hombre-mujer, una evidente pérdida de tiempo—: Quítate la ropa.

Lo que pasa con los asesinos a sueldo es que no suelen ser amables y la gente no suele quererlos en su casa. Se vuelve hacia Nikki.

—Bueno, está llegando la hora..., te quedan cinco minutos antes de que haga el trabajo.

Su pulso: ochenta y cuatro. Tiene la sensación de que está obteniendo algo a cambio de su esfuerzo. Nikki tiene por fin acceso visual a las bondades de Rosa, pero en cierto modo se ve que no está muy interesada en verle su pubis en estos momentos. Rosa se ha desvestido con apatía. Nikki, me doy cuenta, está harta de ganar tiempo y se dispone a atacar.

La puerta vuela por la habitación. Entra Mole. El Aniquilador no sale de su asombro.

—¿Dónde has estado? —pregunta Nikki.

—He ido a tomar un té —responde Mole.

—No importa —sigue Nikki—. Pártele los huevos a este tío.

El Aniquilador presencia la escena. Apunta a Mole con la pistola y ella no hace ademán alguno.

—Te lo dije, pero por lo visto no has querido escucharme —le regaña Mole.

—Tú no me has dicho nada, gorda.

—Aunque me pegues un tiro te voy a ganar. Anda, pégame un tiro en la cabeza y verás lo que hay dentro.

Le dispara en el pecho, y al ver que no se alarma mucho, le tira a la cabeza. Por un segundo, antes de que ella se desplome, la luz ilumina el vacío que se ha abierto en el pequeño círculo de su frente, dejando ver a través de él el empapelado verde de la pared.

El Aniquilador da un paso adelante, curioso por saber de qué estaba hablando Mole. A pesar de su resistencia y de su desdén a los trasiegos corporales de cada día, Mole está ahora inmóvil, irreversiblemente simplificada, una vez cumplida su misión. ¿Ha tenido éxito? Depende de cuál fuera su misión. La pistola, deduzco, está descargada y, puestos a comparar, me apuesto a que Nikki es más cruel y, por supuesto, está más furiosa.

El Aniquilador está de cara a mí; las muchachas, frente a él, me dan la espalda.

Es mi turno, aunque no me guste interferir. En una centésima de segundo aumento hasta una altura de dos metros y medio y a una anchura de dos metros y, cubierta de colores atómicos, le muestro a él lo que nadie es capaz de mirar: su propia muerte.

Me lo agradece perdiendo el control esfintérico de sus funciones corporales; las funciones corporales que no quiere que funcionen, funcionan; las que quiere, no. Alcanza las ciento cuarenta y tres pulsaciones antes de morir y yo vuelvo de nuevo a ser una cerámica sobre el aparador.

Rosa se desploma y empieza a gritar. Nikki vaga sin objeto sobre los cuerpos.

—Vaya, ella tenía razón —mira hacia la cabeza de Mole buscando aclararse—. Necesito unas vacaciones.

Llama por teléfono a la policía, pues está claro que no tiene ganas de hacer la limpieza.

El jarrón de Gorgona que estaba situado detrás de Mole ha recibido dos balas y los cascotes resultantes han quedado hechos añicos, por el peso del ángel custodio, hasta un tamaño que desafía la paciencia y el pegamento. Se trata de una complicada irreversibilidad. Puede que algún mísero museo provincial de cuarta clase le ofrezca acogida. Que se joda. Oigo con satisfacción cómo el pie de Nikki quiebra otro fragmento. No deben de quedar muchas ya. Soy paciente, terminaré por destruirlas a todas. Gorgonas, temblad.

En verdad todo esto me importa un rábano, pero he de convencerme a mí mismo de que sí me importa, pues si no hubiera odios no habría nada que hacer. Si no hubiera pasiones uno estaría únicamente sobre el anaquel, más aburrido que una cerámica.

La sorpresa del aficionado a los djintamoongas y a los wopilkaras

Rosa se da cuenta de que las cosas de Nikki han desaparecido.

Esta vez parece que Nikki se hartó, nada más.

Hemos pasado una semana en la casa de campo para recuperarnos; Rosa sabe que ya va siendo hora de que me devuelva. Ha pensado en adquirirme, pero es consciente de que Marius me desea tanto que a ella le será imposible pujar más que él. No, los dos esperaremos que Marius se vaya de este mundo. ¿Cuánto, diez, veinte años? Probablemente todo el tiempo que sea capaz de aguantar, ya que la voluntad de negarles dinero a sus parientes o a cualquier otro lo rejuvenece; además, estoy seguro de que le divierte saberse apestoso, desagradable y rastrero y el ver que todos le ríen las gracias porque quieren su fortuna. Por lo tanto, deduzco que Rosa esperará para coleccionarme.

Rosa no parece sorprendida ni apenada de que Nikki se haya ido. Un problema menos. Probablemente pasará algún tiempo antes de que eche en falta una de sus prendas íntimas de color rojo, desaparecida por motivos oscuros, aunque fáciles de adivinar. Nikki se la ha llevado porque a todos nos fascina lo que se nos resiste y porque quizá también Nikki es lo bastante lista para saber que la imaginación puede

ofrecernos amantes que la vida nos niega.

Llega la encargada de las subastas y me envuelve dentro de un paquete.

—¿Cómo van tus amores? —le pregunta.

—Ya no me interesan.

Nos detenemos en la acera mientras la encargada de subastas busca en su bolso las llaves del coche. Ella no puede oírlo, pero yo percibo el timbre del teléfono cuando empieza a sonar en el apartamento. Se trata, supongo, de Tabatha, porque escucho la voz de Rosa, que dice:

—Ya no me interesan —y también—: ¿Qué estás haciendo en la comisaría de Battersea?, ¿pagando una fianza?

Un coche rebosante de cosas acaba de pararse detrás de nosotros. Pertenece a alguien que se está mudando a un nuevo apartamento, a alguien que está ansioso por rellenar cada centímetro cuadrado de espacio.

Veo libros de texto de zoología aplastados contra las ventanillas del automóvil, tomos pesados y caros, libros de texto de un fanático, llenos de anotaciones sobre los djintamoongas, los wopilkaras y otras criaturas australianas. Hay material de camping, cintas de vídeo... Un hombre sale del coche dando un brinco de los que indican una nueva vida. Es alto, atezado, tiene pinta de buceador, de haber pasado mucho tiempo sudando en la jungla. Su pelo es negro y brillante como un chorro de aceite. Es un ave de presa.

La razón principal por la que Nikki no se preocupó por llevarse más cosas es que, habiendo vendido el apartamento de Rosa, ahora tiene en el bolsillo una buena suma de dinero con la que viajar.

Nikki se ha ido con sus sueños al volante. Resulta difícil acabar con los sueños. El brillo de una nueva vida es maravilloso, pues la convicción de que el futuro no será el pasado resiste todos los ataques. Rosa era la dueña del apartamento y tenía las escrituras en un cajón. Es extraño que no haya más gente que lo intente. Todo consiste en asumir que si alguien vende algo será porque es el dueño. Rosa, al estar ausente durante un tiempo suficiente, ha permitido que Nikki fuera Rosa. El cheque probablemente ya ha pasado por la caja del banco y Nikki se ha escabullido para seguir dejando un rastro de facturas sin pagar, quizá para dejar de traicionar y de ser traicionada durante una temporada.

Pronóstico: Volverá a Market Harborough y cerrará el círculo, al terminar en el último lugar que hubiera imaginado. La parte trasera de Market Harborough está muy lejos de su fachada.

El pelo y la frente del ave de presa son sin duda alguna los de Estropajo; los labios, los de la hija del pintor. Al fin y al cabo fueron ellos quienes lo hicieron. Es también, sospecho, el rostro que vi veladamente en el recuerdo de Rosa. Vuela sobre los escalones y abre la puerta con el juego de llaves que le dio Nikki; deduzco por su

bolsa de deportes que lleva dentro una iguana congelada, probablemente no muy grande.

Conforme la encargada de subastas y yo subimos al coche, le oigo decir: «Hola», con una voz cordial, sin sentirse nada molesto al encontrarse en su apartamento con una mujer guapa que le resulta vagamente familiar y que no lleva mucha ropa encima. Esa palabra es un fragmento verbal que me permite reconstruirlo todo, una célula germinal del cuerpo perfecto. Es una palabra que se le ha clavado a Rosa en el corazón con tanta rapidez que no se ha dado ni cuenta. No dice nada, pues ya no se sorprende ni le molesta nada de lo que entra por su puerta.

Pronóstico: éste es el hombre con el que Rosa discutirá el resto de su vida. Andando el tiempo hablarán de Nikki con cariño; de Nikki, la casamentera sin casar que les proporcionó a los dos un apartamento en el que valía la pena vivir. Ambos colaborarán juntos en el placer más criselefantino.

A través de los años, él la pondrá frenética haciendo que lleguen tarde a todas partes y pretendiendo luego que la culpa sea de ella. Cuando Lechuga contraiga matrimonio afrentará a Rosa por la tacañería del regalo que decidirá comprarle. La elección de Rosa, unos candelabros, le irritará a él, y también el pavor que ella le tiene a las arañas.

No se me escapa ni una.